Hay algún error de numeración en las páginas, que subsanará el buen criterio del lector, pues en nada afectan al texto de la obra.

PUNTO-NEGRO

ES PROPIEDAD

SERÁ ILEGAL TODO EJEMPLAR QUE NO ESTÉ SELLADO POR EL AUTOR

1317

Gráfica Renacimiento.-O'Donnell, 24, Tetuán. Teléf. 167-J

LD
Z232

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

VII

PUNTO-NEGRO

(UNICA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL AUTOR)

199072
30/11/25

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1921

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

I.—La alegría de andar. *(Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro-América y América del Sur).*

II.—Europa se va... *(Novela).*

III.—El otro. *(Idem).*

IV.—Duelo a muerte. *(Idem).*

V.—Memorias de una cortesana. *(Idem).*

VI.—La opinión ajena. *(Idem).*

VII.—Punto-Negro. *(Idem).*

En prensa:

El seductor.

ADVERTENCIA

Muchos escritores son refractarios a corregir sus libros, una vez impresos.

¿Razón?

Acaso por creerlos, vanidosamente, limpios de defectos; o quizás, porque dejándolos todos así, según nacieron, los críticos aprecien inmediatamente la inferioridad de los primeros con respecto a los últimos, y facilitarles de este modo la tarea de seguir al autor paso a paso en su ruta de selección.

Yo, opino lo contrario; los libros deben ser examinados y pulidos a cada nueva edición, pues si el Tiempo nos altera las líneas del semblante y nos blanquea el cabello, y nos encorva, ¿cómo no cambiaría también nuestros gustos? Las horas que transforman el cuerpo, ¿cómo no revolucionarían el espíritu, por anto-

nomasia tan vibrante, tornadizo, andariego y mudable?... La experiencia y la lectura son los dos grandes vientos removedores de nuestro jardín interior; las dos fuerzas culminantes que traen y se llevan las ideas. Un hombre inteligente vive en discusión perpetua consigo mismo; y discutir es dudar, rectificar "puntos de vista", sustituir una creencia por otra, modificarse, contradecirse. El progreso constituye una enmienda constante, y la Vida debe ser nada más que un pretexto para arrepentirnos hoy de lo que hicimos ayer.

Nadie extrañe, de consiguiente, las diferencias de pensamiento y de forma que separan los volúmenes que van apareciendo ahora, en el mediodía de mi vida, de aquellos que llamo de "mi primera época".

Escritos de prisa y vendidos a precios irrisorios (1), reconozco, con harto quebranto y luto de mi corazón, haberlos echado al mundo vestidos de andrajos. Realmente no merecían tan mal trato, y así quiero con la edición presente remediar en algo el daño que les hice. Ni

---

(1) La enferma, Punto-Negro, Incesto, Loca de amor, Tik-Nay, El seductor, Duelo a muerte, Memorias de una cortesana, Sobre el abismo, De carne y hueso, Horas crueles, Impresiones de arte.

la fábula, ni la arquitectura o distribución de los capítulos, fueron alteradas; no creí necesario meter el escalpelo hasta tan hondo. Sólo he intentado aliviar en lo posible su estilo de solecismos, repeticiones y demás vergüenzas gramaticales que lo manchaban. También procuré tranquilizarlo, simplificarlo, aligerarlo de frondosidades retóricas,..

De consiguiente, la única edición de mis libros que me atrevo a recomendar es ésta, de RENACIMIENTO. *Todas las anteriores, mal impresas, mal corregidas y ensuciadas vilmente con portadas obscenas, son execrables y únicamente merecen silencio.*

Por rescatar los millares de ejemplares que de ellas se han vendido en estos últimos diez y nueve años, daría el autor su mano derecha.

Madrid, Enero 1916.

E. Z.

HISTORIA DE MIS LIBROS

Todos, alguna vez, después de una cena íntima—la sinceridad fué casi siempre una función estomacal—en un momento de abandono cobarde del ánimo y de indiscreta exaltación lírica, cometimos la ligereza de descubrirle a nuestro amigo mejor nuestra página sentimental más arcana. Nadie la conocía; era un secreto que debió bajar a la tierra con nosotros; pero él, tan fraternal, lo sabría todo..... Y con el impertinente empaque de quien hace merced, le explicamos cómo «Ella» se acercó a nuestra vida; y las vicisitudes de nuestra pasión ingente, y su crepúsculo; y cómo, de súbito, los fortísimos lazos de aquel idilio los rompió la Muerte; o cómo diestramente, sin sacudidas ni lágrimas, con suavidad amarga, fué desatándolos el Olvido.....

Más de una hora hace que monopolizamos la conversación; y he aquí una manifestación muy frecuente del humano egoismo ésta de creer que lo que nos interesa es siempre interesante. Nuestro amigo, entre tanto, parece vernos, parece oirnos.... pero nó; realmente ni nos ve ni

nos oye, porque su natural egolatría sólo le permite pensar en sí mismo. De pronto nos interrumpe para interrogarnos:

—¿Quiere usted otro café?....

Y entonces sentimos el rubor de haber hablado, porque aquellas palabras triviales acaban de demostrarnos que la persona que tenemos delante... ¡no está allí!

Por desgracia o por dicha—¿quién lo sabe?—lo que nos ocurre con nuestro hermano suele repetirse dentro de nuestra conciencia. Quiero decir: que de tal modo el Tiempo nos muda y rehace, corrigiendo aspiraciones unas veces y otras templando apetitos y emborronando memorias, que frecuentemente el conflicto pasional que ayer nos arrancó lágrimas, hoy sólo nos inspira una sonrisa y un desdén piadoso, por cuanto poco a poco, en el interminable filar de las Horas, vamos convirtiéndonos en espectadores desinteresados de nuestra propia vida. Y así acontece que un día, hallándonos inmergidos en una larga meditación solitaria, mientras nuestro «Yo» sentimental recuerda y sopla las cenizas frías de las viejas hogueras, nuestro «Yo» actual, irónico, analítico y desengañado, nos sirve «una segunda taza de café»....

Esto me ha sucedido al releer este libro publicado hace veinticuatro años.

Punto-Negro es, antes que una novela, la historia fiel de ese terrible amor—más imaginativo que real, sin duda—inseparable de toda «primera juventud»; la cinta cinematográfica que tiembla aún con las inquietudes de los más calientes días vernales: tienen sus páginas la grave tristeza de los viejos retratos pálidos, la emoción de camposanto de los museos, la melancolía de los jardines abandonados, el dolor de la lluvia. Todo cuanto allí se cuenta sucedió y fué verdad. Vivió «Matilde Landaluce»; vivieron también «Doña Carolina», con su austero porte matronil y sus cabellos blancos; y el poco afortunado «Pablo Estrada», y «Amparito Guillén», y «Antonia Carrasco», y «Don José Tarazona»; y hasta el mismo autor, que entonces estudiaba «Preparatorio» de Medicina, y escribía artículos demoledores en *Las Dominicales del Librepensamiento,* y leía apasionadamente a Teófilo Gautier, intentó retratarse moralmente en aquel «Claudio Antúnez» que llevaba «la enmelenada cabeza de Rubens sobre los hombros atléticos de Danton». Salvo detalles ligerísimos, las escenas, las citas, los lugares y hasta los muebles, que allí se describen, también son verdad....

Ahora, al trazar estos renglones, mi «Yo» evocador murmura:

—¿Te acuerdas bien aún?.... ¡No mientas!....

¿Te acuerdas de las arboledas hospitalarias de La Moncloa y de los bosques de El Pardo, por donde tantas veces paseaste tu júbilo desvergonzado de gorrión; y de aquellas felices mañanas de sol en que el Colegio de San Carlos te veía llegar por la puerta de Atocha y huir enseguida por la del callejón de Santa Inés?

¡Sí, recuerdo!... Pero no vibro, y la resignación ha teñido de gris las antiguas rosas. Desde entonces y semejantes a vestales blancas, pasaron tantas ilusiones.... ¡pero tantas!.... por los caminos de mi corazón, que ya no miro hacia atrás y sólo sonrío a la hora que vivo y a la hora que llega.

En el otoño de 1897 determiné marcharme a París, y para arbitrar recursos escribí *Punto-Negro*. Matilde, que, con pretexto de ir a misa, salía de su casa todos los domingos, corría a buscarme, yo la leía las cuartillas escritas durante la semana, y ella temblaba de emoción con aquellas páginas donde se reconocía retratada y que eran nuestra historia. Sus aplausos hiperestesiaban mi orgullo, y llegué a creer que mi libro sería «su inmortalidad». ¿Necesitaré decir que ella creía lo mismo?

Los dos últimos capítulos, sin embargo, me resistí a leérselos, pues no sabiendo cómo terminar mi novela, la había desenlazado bruscamente y de un modo trágico. Pero tanto in-

sistió en conocerlos que hube de complacerla, y ella me aseguró que eran los mejores y que no influirían en su salud.

—«¡Chico, qué bien!»....

A mediados de diciembre llegué a París, y al mes siguiente supe que Matilde había muerto del mismo mal, precisamente, que mató a *Punto-Negro;* y así la invención novelesca se hizo profecía.

Punto-Negro se fué y, no obstante la prosa modestísima en que apareció envuelto y que yo ahora, en esta nueva edición, traté de mejorar, su nombre vive aún y más de una mujer lo adoptó. En España, como en América—¡oh virtud bruja de «lo que fué verdad»—de «Matilde Landaluce» muchos me han hablado, y muchos ojos femeninos se humedecen todavía con su recuerdo.

¡Sombra ida, cascabelera ilusión de otros tiempos, risa de otros días!....

Yo me alegro—mientras lleno de nuevo mi taza de café—de que nuestra novela, aquella humilde novela de traición y pecado que callamos tanto, después de veinticuatro años de enterrada la sepa todo el mundo.

Mayo, 1921.

Eduardo Zamacois.

PUNTO-NEGRO

Más que al odio de un hombre,
temed al amor de una mujer.
SÓCRATES

I

El encuentro ocurrió a mediados de Noviembre y en la Puerta del Sol, frente al café Universal. Eran las siete de la tarde: él salía, embozándose hasta los ojos; ella pasó muy de prisa, abierto el paraguas y las faldas recogidas, y un pasito menudo de perdigón: era pequeñita, gruesa, con un talle que exaltaba las turgencias de las caderas y del seno; él la miró con ojos de codiciosa sorpresa, admirado de que un cuerpo tan diminuto compendiase tantos atractivos. Pero no pudo ver más: aquello fué un chispazo, una sombra de mujer que se aleja, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... La imagen huía y su cabecita desapareció entre la multitud que obstruía la acera, cual

si aquella masa humana fuese un abismo hambriento.

El frío era intenso, la lluvia arreciaba; Claudio Antúnez hizo ese gesto indefinible del hombre que renuncia a un deseo por pereza, y corrió hacia el tranvía que en aquel momento empezaba a subir penosamente la calle de la Montera. En la plataforma trasera iban varios individuos de diversas cataduras, un clérigo y dos soldados de la Escolta Real, inmóviles y fríos, bajo sus blancas capas, como copos de nieve.

—Pase usted, caballero — dijo el cobrador a Antúnez—; a la izquierda, hay asiento...

Y agregó:

—Señores, tengan la bondad de apretarse un poquito...

Los viajeros, aunque de mala gana, se estrecharon, y Claudio pudo acomodarse entre un jovenzuelo que dormitaba con el rostro metido en el cuello de su gabán, y una jamona coloradota, que llevaba sobre sus rodillas un cesto lleno de legumbres. Aquellas hortalizas despedían un hedor insoportable para olfatos delicados, y su dueña ofrecía señales inequívocas del más incurable desaseo; Antúnez estuvo tentado de levantarse, pero no lo hizo temoroso de que su ademán pareciese excesivo a cuantos, indudablemente, sufrían sin protestar la misma repugnante sensación.

Casi todos los viajeros eran gente trabajadora, obreros de Chamberí y Cuatro Caminos que volvían de sus talleres; las manos negras y deformadas por el continuo ejercicio, los semblantes marchitos, el mirar apagado. Sus frentes acuchilladas por el dolor decían el hondo abatimiento de los seres obligados a una lucha sin treguas: iban mal vestidos, los pantalones salpicados de

barro y las chaquetas de remiendos; desgreñados, silenciosos, con mutismo altanero y hostil, agobiados de cansancio y miseria, sin otro pensamiento que el de llegar pronto a sus chamizos para echarse a dormir y olvidarse de todo. Aquel pueblo, que salía de las fábricas secándose con el dorso de la mano el sudor que le inundaba la frente, era zafio y olía mal; pero la culpa no era suya, sino de la miseria implacable, que no permite discurrir ni asearse; y Claudio Antúnez, condolido de tantos sufrimientos ignorados, observaba atentamente aquellas cabezas vigorosas, curtidas por las inclemencias del cielo y el hálito abrasador de las fraguas, que se destacaban melancólicas bajo la amarillenta luz de los quinqués del coche.

El tranvía avanzaba lentamente; algunos granizos que caían mezclados con la lluvia, azotaban furiosos los cristales; fuera resonaba el metálico tableteo de las herraduras del ganado, que resbalaba en los mojados adoquines, y la voz robusta del mayoral, que chasqueaba su tralla, estimulando a las mulas del encuarte, que no tiraban bien:

—¡Hiá, hiá...! ¡Arre...! ¡Maldita sea...!

El coche se estremecía y los quinqués parpadeaban, lanzando, a través del ambiente infecto que abotagaba a los viajeros, un fúnebre resplandor de cirio: los cristales de la ventanillas habíanse cubierto de una leve capa de vapor acuoso, y el olor a cuerpos sudados y a legumbres acrecía, asemejándose el interior de aquel vehículo cerrado a un estómago digiriendo una copiosa comida. Al enfrentar la calle de Jardines, el cobrador mandó parar.

—¡No puedo detenerme aquí!—gritóle el mayo-

ral—, ¿no ves que estoy en la cuesta, hombre, o es que se te ha subido el vino a la sesera...? ¡Hiá, hiá...!

El timbre repitió la orden.

—¡He dicho que no quiero, y ya puedes tocar hasta que el corazón se te parta!

Los pasajeros miraban al cobrador.

—¿Qué ocurre?—preguntó alguien.

—Nada—repuso una mujer que había limpiado el vaho de su ventanilla para ver lo que en la calle sucedía— que una señora quiere subir y el mayoral dice que no puede ser.

—¡Valiente modo de tratar al público!

—Pero, señor mío—replicó agriamente un obrero, ya viejo—, ¿no conoce usted que el hombre está en la cuesta y que si el ganado se detiene no hay quien le haga después arrancar...? ¡Cuidado con las pocas luces...! Yo quisiera verle a usted ocho horas seguidas de pie en esa plataforma, con frío o con sol, y sin moverse ni para beber un maldito vaso de veneno...

Otro obrero terció en la conversación.

—¡El caballero tiene razón!—exclamó—; los empleados de estas Compañías están al servicio del público que paga, y este coche se detiene ahora mismo por encima de la cabeza del gobernador...

Afortunadamente para los «empleados de la Compañía», aquella generosa intervención fué innecesaria, pues la señora, causa inocente de la trifulca, había logrado subir ayudada por uno de los militares que iban en la plataforma. La nueva viajera se asomó al interior del vehículo.

—No hay asiento—dijo el cobrador.

—No importa—repuso ella—; iré de pie.

—Sientese usted aquí—exclamó Claudio Antúnez, levantándose.

La joven, que joven y muy linda era la mujer a quien el galante ofrecimiento iba dirigido, lo agradeció con una leve sonrisa y una inclinación de cabeza. Claudio quedóse en pie, el dorso apoyado contra la puertecilla delantera, y el mirar sonriente puesto en la recién llegada. ¡Qué casualidad...! Aquella señora era la mujercita que momentos antes vió en la Puerta del Sol, al salir del café Universal.

Representaba veinte años; pero, aunque sabrosamente desarrollada, parecía una niña. Vestía un traje color azul marino, guantes blancos, una vistosa capa de piel con cuello Médicis, y una capotita que adornaban plumas y lazos negros: sus cejas eran arqueadas, los ojos grandes y risoteros, la nariz fina y un poquito levantada; los labios delgados, enigmáticos, formaban una línea casi imperceptible; la barbilla saliente y audaz; la frente de marfileña blancura; la fisonomía alegre y expresiva; y como si tantas perfecciones no bastasen, poseía una cabellera encrespada, fuerte, negrísima, que encerraba las sienes en un marco de azabache. Era una cabecita inteligente, deliciosa y pálida, de retrato antiguo.

El jovencillo del gabán la miró receloso; Claudio Antúnez la examinaba también: en cuanto a los demás viajeros, satisfecha su curiosidad con una ojeada, pronto olvidaron aquella dama tan diminuta que no alcanzaba al suelo con los pies.

Claudio reflexionaba:

«¿Será casada? No es posible, porque no hay quien, teniendo una mujer tan joven y tan linda, la deje corretear por Madrid a estas horas y con este frío. O quizá

sea novia de alguno de esos olorosos pisaverdes que pasean sus cabezas imbéciles entre las dos puntas de un cuello de pajaritas...»

Continuó examinándola con embeleso creciente: la desconocida tenía arrugas en la frente y en las comisuras labiales.

«Y debe de hablar y discurrir mucho—pensó Antúnez advirtiendo estas particularidades fisonómicas—; y probablemente tiene talento, para que nada bueno la falte...» Sonó el timbre, y el coche se detuvo frente a la calle del Desengaño para que subiese una señora anciana, a quien el chaparrón había salpicado de barro y calado hasta los huesos; la pobre mujer asomó la cabeza por la portezuela mendigando con los ojos un asiento; pero, como era vieja, nadie se movió.

El cobrador empezaba a cobrar los billetes: al ofrecerle el suyo a la viajera pequeñita, ésta sacó de su portamonedas una pieza de cinco pesetas, y guardó el cambio sin contarlo; en cuanto al billete, lo arrojó al suelo convertido en una bolita de papel azul. En todas estas minucias reparó Claudio Antúnez, acomodándolas luego al curso de sus pensamientos.

«Parece—se dijo—una burguesita acostumbrada a manejar dinero; y despreocupada, porque no examina el dinero; y confiada, porque no conserva el billete....»

El tranvía enfrentaba la calle de las Infantas, y Antúnez recordó que en su casa estarían esperándole para cenar; pero el coche iba de prisa y una fuerza secreta, un magnetismo de mujer hermosa, le quitaron los deseos de marcharse. Prodújose entonces ese momento novelesco que sirve de origen o punto de partida a los enredos amorosos; la viajera había levantado la cabeza

y parecía mirar a Claudio con la indiferencia del distraído que no sabe lo que ve; pero Antúnez sintió culebrear por su cuerpo un calofrío nervioso: aquellas pupilas negras, húmedas y brillantes, le registraban, le confesaban... Varias veces los ojos de la joven y los de Claudio tropezaron y hasta quisieron decirse algo, y él, enloquecido por tan insinuantes preliminares, ya no sentía el repugnante olor de las legumbres podridas, ni recordaba aquellas cabezas de obreros que oscilaban a cada nuevo traqueteo del vehículo; pues aunque era altruista y las desgracias del prójimo le afligían tanto como las suyas propias, el lejano amor de aquella mujer le quitaba, haciéndole feliz, los deseos de ser socialista; ningún dichoso lo es; el socialismo es el credo político de los que sufren.

Claudio Antúnez se mantenía en la misma actitud; una actitud de emperador romano: con un pie delante del otro, los brazos cruzados sobre el pecho, orgulloso de preocupar a la monísima viajera. Ella también le examinaba de reojo, seducida por su arrogante figura de macho apasionado y triunfador. Antúnez tocaba al apogeo de su juventnd: era alto, fornido, y poseía una elegancia y una soltura de movimientos dignas de un luchador clásico: la frente grande y algo echada hacia atrás, las cejas pobladas, los ojos expresivos y dominadores, la tez bronceada, la nariz ancha, los labios gruesos y sensuales; usaba bigote y barba corrida, negra y fuerte, y el pelo a media melena, como los poetas del período romántico; hermosa cabeza de artista, que sobresalía altanera por entre los pliegues de un pañuelo blanco anudado al cuello con byroniano desaliño.

Cuando el tranvía llegó a la Glorieta de Quevedo,

hubo entre los viajeros un gran movimiento, y Claudio pudo sentarse frente a la coquetona mujercita de la capa de pieles, y de modo que ella tenía forzosamente que mirarle. Fuera una voz aguda y viril pregonaba:

—¡Chuletas de huerta, patatas *asaás...!*

El sordo ruidito del aguacero persistía; después vibró el timbre, y el vehículo empezó a rodar por la calle de Bravo Murillo.

A través de los empañados cristales veíanse desfilar confusamente, cual perdidas en jirones de niebla, las casas, algunas de pobrísimo aspecto, y los faroles, semejantes a agujeros luminosos abiertos en la obscuridad; luego aparecieron los raquíticos jardinillos que circundan el Deposito de Aguas, y los arbolones plantados en las cunetas del camino. Aquel terreno desierto y fangoso, anegándose lentamente bajo el chaparrón, tenía una nostalgia infinita; únicamente turbaban la quietud los sordos rumores de la lluvia y del viento, que azotaban el follaje, y el crujir de ruedas y cadenas del tranvía que pasaba como un meteoro a lo largo de la calle solitaria, con sus luces encendidas y su atmósfera cálida y mal oliente de estómago que digiere, dejando tras sí, según se alejaba, un reguero de tristeza que reforzaba los tonos sombríos del cuadro.

Nadie hablaba: algunos viajeros habían inclinado la cabeza y dormitaban, la boina echada sobre las cejas y el rostro oculto entre los pliegues de sus bufandas; una mujer joven, pero ajada por el trabajo, que iba amamantando a un niño, bostezaba continuamente, y como el silencio era completo, el eco perezoso de aquel soñoliento bostezar quedaba flotando en el aire y aumentaba el general fastidio. Claudio Antúnez, resuelto a em-

prender la conquista de la linda desconocida, seguía acosándola con los ojos; ella, aburrida de tan rudo asedio, miraba hacia fuera, impaciente.

Al fin rechinó el freno que apretaba las ruedas, y el coche se detuvo: a un lado aparecia la casucha de las oficinas de Consumos; al otro, la rojiza luz del farol de una Casa de Socorro. Habían llegado a Cuatro Caminos y cada cual marchó por su lado; unos desperezándose y frotándose los ojos; otros renegando del mal tiempo y del frío, que les atería los pies.

La joven bajó del coche, abrió su paraguas y echó a andar con su menudo pasito de perdigón, recogiéndose las faldas con urbana pulcritud; primero torció a la derecha, buscando la parte más alta y menos enlodada de la carretera, y luego continuó hacia Tetuán, seguida de Claudio. Eran cerca de las ocho: muchas puertas estaban cerradas, en las tabernas resonaban las voces broncas de los borrachos que disputaban o reían, la lluvia caía siempre y la ruta era casi impracticable, porque el alumbrado público, muy deficiente en aquellos sitios, no bastaba a mostrar los barrizales del camino. Sin embargo, la tentadora desconocida dejó atrás la primera manzana de casas, y la segunda y la tercera también, y atravesó varias bocacalles que los aguaceros convirtieron en pantanos, y prosiguió su marcha con el aplomo del que sabe perfectamente adónde va.

Antúnez empezó a dudar; no sabía si continuar como hasta allí, respetando la honesta distancia que le separaba de la viajera, o si abordarla fiando a su buena suerte el feliz remate del amoroso empeño.

Al llegar al convento de Nuestra Señora de las Maravillas, quiso ella saltar la cuneta; mas como era muy an-

cha por aquel sitio y estaba llena de agua, tuvo que detenerse a buscar un vado; este incidente decidió a Claudio.

—Señora, ¿me permite usted acompañarla...? El camino es tan solitario, tan obscuro...

Ella no contestó; había descubierto el paso practicable que necesitaba, y siguió adelante, impasible, como si nada hubiese oído. Pero Claudio, con las primeras palabras había roto el hielo que hasta allí le detuvo.

—Creo—agregó—no pecar de imprudente reiterándola mi ofrecimiento, pues las circunstancias excepcionales de esta noche me disculpan.

Entonces la interpelada volvió la cabeza y repuso con cortesía y aplomo:

—No, muchísimas gracias; se molestaría usted inútilmente.

—Tengo mucho honor...

– Es usted galante y no permito que tan cortés caballero se incomode; mi casa está cerca y el camino no ofrece peligros. Buenas noches.

Y como comprendiese que él se disponía a insistir, añadió, la voz ligeramente turbada por la emoción o por el despecho:

—Le he dicho que se retire, y espero de su amabilidad esta obediencia.

—Señora—repuso Claudio inclinándose hipócrita—, mi mayor gusto sería complacerla en algo; pero exige usted un imposible. Yo deseo hablar con usted unos momentos, y la he seguido desde Madrid acechando la ocasión de acercarme a usted; y ahora que esa oportunidad se ofrece, ¿voy a desaprovecharla...? ¡Sería pueril...!

—Ea, pues vamos andando—replicó ella con un tono entre jovial y zumbón—; empiece usted; ya le oigo..., puesto que es absolutamente preciso...

Habían llegado a un convento de monjas, y ella continuaba hacia Tetuán.

—Lo que voy a decir—prosiguió Antúnez sin desconcertarse—, ya lo supone usted, y por eso lo expongo así, sin retóricas impertinentes. Todavía no la adoro a usted, pues el amor en los hombres de treinta años va despacio; pero me agrada usted muchísimo, como no ha logrado interesarme ninguna otra mujer, y espero, si tengo ocasiones para ello, merecer su estimación y más tarde su cariño..., porque yo la querré a usted de veras, ¡qué digo...!, creo que la quiero ya..., y las grandes pasiones son contagiosas...

Ella acortó el paso.

—Comprendo que mi declaración es intempestiva—prosiguió el pintor— pero mía no es la culpa; esclavo de mis pasiones soy y voy adonde ellas me arrastran; además, el temor de perderla me hace temerario; aquí la he visto y aquí me declaro a usted, fiado en que su discreción adivinará todo el respeto que hay en mis palabras.

—Va usted muy deprisa—repuso ella sonriendo.

—Es muy grande la fuerza que me empuja.

—¿No tiene usted treinta años?

—Treinta años hace, en efecto, que nací...

—Pues procure no abandonarse así, irreflexivamente, a sus simpatías—contestó riendo—porque la edad de la crucifixión se acerca...

Habíanse apartado del camino y avanzaban por una hondonada destinada probablemente a figurar como

calle limpia y bautizada en los futuros planos de Madrid. A un lado aparecía un cobertizo con arados y carretas a medio construir, y al frente varias casitas de planta baja y algunos arbolillos escuetos.

—No comprendo si habla usted en serio o en broma — dijo Claudio — pero insisto en la sinceridad de mi afecto. No la he preguntado por su estado—añadió exaltándose—, pues no me importa; yo la quiero a usted soltera, y la quiero viuda a pesar del recuerdo del marido muerto, y casada a despecho del esposo vivo. Soy huérfano; no tengo familia ni compromisos amorosos; vivo feliz porque vivo de mi trabajo, y estoy orgulloso de mi profesión y de mi apellido, que usted conocerá... Soy pintor, señora, y me llamo Claudio Antúnez.

—Sí, efectivamente... Recuerdo haber leído ese nombre más de una vez.

Salieron de la hondonada, y la joven exclamó extendiendo el brazo:

—Aquella es mi casa.

En el término de un llano que se ensanchaba en ligero declive, aparecían tres hotelitos juntos, iluminados por un farol.

—Ahí vivo yo—añadió—, en el de en medio. ¿Ve usted una luz en el pabellón de la izquierda? Aquel es el gabinete donde por las tardes me siento a coser; y, adiós..., que están esperándome.

Estas últimas palabras las dijo poseída de extraña agitación, cual si luchase contra la sugestión de una idea.

—Pero, ¿se va usted así...?—exclamó Antúnez—; eso es cruel.

—¿Qué desea usted?

—Saber cuándo puedo verla. ¡No juegue usted conmigo...!

Ella titubeaba.

—¿Para qué ese empeño—murmuró tristemente—, si el amor no existe fuera de los libros...?

Y luego:

—Pues bien, sea; usted tuvo la fineza de decirme quién es, y debo corresponder a su atención con otra igual. Ahí tiene usted mi casa; puede usted visitarme cuando guste...; yo me llamo Matilde...

Y se interrumpió, avergonzada de haberse franqueado tanto.

—Matilde..., ¿y el apellido?—preguntó Antúnez.

—Landaluce... Y, adiós, otra vez, pues es muy tarde..

—Pero, ¿vive usted sola?—repuso el pintor estrechando la manecita enguantada que ella le tendía.

—Con mi familia,

—¿Es usted casada?

—Sí.

—¡Ah!

Hubo una pausa. Matilde agregó:

—¿Qué piensa usted?

—Entonces—dijo Claudio—no quiero, por ahora, verla ahí; probablemente no sabría representar mi papel de simple amigo; conviene que nos reunamos en otro sitio, para que usted acabe de conocerme.

—No exija usted eso; yo no puedo salir siempre; a veces no me dejan...

Estaban en medio de la explanada, y él continuaba porfiando sin calcular el peligro a que se exponía.

—Sin embargo—insistió—, como esta tarde habrá muchas...

—Espéreme usted pasado mañana, a las tres de la tarde, en la iglesia de Chamberí—repuso ella, retirando violentamente la mano que el pintor retenía prisionera entre las suyas.

—¿Sin falta?

—Sí, sin falta; sólo prometo ir...; en cuanto al resultado de la entrevista, nada digo... Y no siga usted; es una imprudencia...

El aún quiso decir algo; ella le interrumpió, repitiéndo:

—Es una imprudencia...

—Bien, Matilde; adiós.

—Adiós, Claudio.

La vió alejarse como horas antes la viera en la Puerta del Sol: con el paraguas abierto, las faldas graciosamente recogidas y dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... y abrir la verja del jardín de su hotel, y desaparecer entre las sombras sin volver la cabeza.

II

Claudio Antúnez habitaba un hermoso gabinete con alcoba y dos balcones sobre la Plaza de Bilbao, desde los cuales se veía la calle de San Bartolomé, estrecha, húmeda, poblada de zapaterías que exhibían sus géneros al aire libre; y las de Infantas y Clavel, por donde empezaban a discurrir desde muy temprano un reguero de transeuntes.

La dueña de la casa era Teresita Sanz, una manchega pequeñita y redonda que, a pesar de sus cincuenta años bien corridos y de su viudez, conservaba una amabilidad y un buen humor inalterables. Cuando se quedó sola, sin varón que la defendiera ni hijos crecidos que la mantuviesen, púsose a servir; y más tarde, merced a la protección generosa de un señorito aristócrata, logró emanciparse y amueblar decorosamente un pisito adonde poco después fuéronse a vivir Claudio Antúnez y dos empleados del Banco, hombres formales, que pagaban su pupilaje puntualmente.

Con este modestísimo haber quedaban satisfechas las aspiraciones de Teresa; sin ambiciones mortificantes ni recuerdos torcedores, vegetaba como cualquier cuadrumano, satisfecha de no tener trampas ni papeletas de empeño en las gavetas de su cómoda, ni otro deseo que el de aderezar bien las comidas y conservar la casa reluciente, como tacita de oro. Este esmero lo tuvo al principio por cálculo; pero después fué hacendosa por costumbre, y ya en las postrimerías de su vida hosteril, más parecía abuela complaciente y benévola, que pupilera codiciosa.

Claudio Antúnez estaba muy satisfecho de hallarse tan bien instalado, disfrutando largamente de su libertad de soltero que no mantiene queridas, y entregado a sus pinceles y a sus juveniles disipaciones. La fiebre de sus costumbres se revelaba en el desaliño de sus trajes, en su media melena áspera y rebelde a los peines y al cosmético, que le daba un aspecto de trovador provenzal, y en el desorden de su cuarto, que trascendía a museo o a tienda de trastos viejos. De las paredes pendían multitud de cuadros, unos terminados, los más a medio concluir. Entre aquéllos había algunos paisajes andaluces rebosantes de color y varias copias de los grandes maestros. El lienzo más notable representaba una cabeza de mujer rubia, admirable por la exquisita delicadeza de los rasgos y la frescura de la carne, con ojos verdes de inenarrable expresión y una boca gruesa, coloradita, incitante, como las de las mujeres que dejó el prodigioso pincel de Boticelli en la capilla Sixtina: la tersura de la frente, el arco perfecto de unas cejas que la pasión nunca había contraído, la nariz fina y casta, las mejillas rosadas, el cabello ondulante, formaban un con-

junto armónico y plácido, como el de las *madonas* de Rafael: era un arquetipo, una exaltación de la virginidad, unida solamente a la carne por vínculos sutiles que el artista no supo romper, pues para ello hubiera necesitado dejar de ser hombre.

Antúnez acariciaba un ideal extraño y personalísimo, aquella cabeza de mujer, con el sedoso cabello suelto, los grandes ojos dirigidos al cielo en místico deliquio, los carnosos labios extendidos, cual si murmurasen una plegaria, y la nariz henchida por un hálito de fe, era de una corrección irreprochable, de una espiritualidad sin límites; y, no obstante, disimulaba algo sexual que no saltaba a la primera vista: la cabeza, caída hacia atrás, tenía una actitud de voluptuoso abandono; los ojos, que la fantasía del artista concibió verdes, no eran los de una iluminada, precisamente; en ellos había fulgores sensuales, crispamientos nerviosos, espasmos de deleite represado; lo espiritual y lo humano unidos, lo perecedero y lo eterno abrazados, la pasión hambrienta y la fe resignada que todo lo espera del porvenir, fundiéndose en el fondo de unas pupilas; y la boca, aquella boquita de labios gruesos y entreabiertos, parecía solicitar, no el beso helado que da Cristo a sus siervas, sino un beso de macho ardiente, que muerde besando.

Tal era la poderosa visión de Claudio: una fusión de idealidad y de verismo, de divina emoción y de carne que se estremece y ama; y es porque él era así, como aquel cuadro: y si su carácter hubiera sido susceptible de fotografiarse, hubiera tenido el perfil y la enigmática expresión de aquella cabeza rubia con ojos verdes. Imposible sospechar lo que ocultan las obras del hombre: el público ve un cuadro, lee un libro o escucha

una obra musical, y no presume la interminable cadena de ideas, las tragedias íntimas, los recuerdos dolorosos, los crímenes tal vez, velados en el cuadro, en el libro o en la melodía: los artistas egregios trabajan retratándose en sus obras; y el músico llora en sus nocturnos, y los pintores llevan al lienzo jirones de su alma, y los novelistas desgarran sus entrañas al analizar las de sus personajes. Así, aquella mujer rubia era un retazo del espíritu de Claudio; y por eso la doró los cabellos y dió a sus mejillas la blancura del lirio, porque era un soñador enamorado de lo invisible; y la puso la cabeza inclinada hacia atrás, porque él también caminaba con la frente alta, sediento de gloria y de luz; mas como su genio de poeta romántico convivía mal con su cuerpo sanguíneo, manchó la casta inocencia del ensueño con aquellos labios que pedían besos y aquellos verdes ojos lascivos.

En la concepción de este cuadro intervinieron muchas circunstancias: la educación de Claudio, el medio donde vivió, la lucha del espíritu creador con la realidad incorrecta y tardía que viste de harapos los hijos más hermosos del entendimiento: sus hábitos de hombre soltero que corre tras el placer y la novedad de las sensaciones, y tal vez la herencia, que parecía haber grabado un sello indeleble sobre aquel semblante femenino; como los nietos, cumpliendo misteriosas leyes atávicas, suelen asemejarse a sus ascendientes lejanos, cual si la Naturaleza, descontenta de su obra, quisiera volver a empezarla.

Cuando José María Antúnez terminó su carrera de ingeniero, marchó a Málaga, donde conoció a la que más tarde fué su mujer: una hembra admirable, nacida en Argel y criada en Alicante, que parecía una estatua de

bronce. Después los recién casados se trasladaron a Córdoba, y allí tuvieron un hijo, que fué bautizado con el nombre de Claudio. Al estallar la revolución de septiembre, José María Antúnez peleó a las órdenes del general Serrano, y estuvo en Alcolea, donde recibió un balazo que puso en grave riesgo su vida. Luego trasladóse a Madrid, arrastrado por su pasión política, que le obligó a luchar en las barricadas y en los periódicos más exaltados durante el turbulento período del 68 al 70: finalmente regresó a Córdoba aquejado de un padecimiento al estómago y sintiendo flaquear las energías de su cerebro. Los últimos años del desencantado revolucionario fueron aciagos: sus asuntos iban de mal en peor; tuvo que pedir dinero con réditos exorbitantes, y pronto llegó a una situación insostenible. Estos últimos golpes fueron decisivos; su razón empezó a experimentar extraños delirios, alucinaciones terroríficas; tornóse huraño y maniático, y una noche, en un acceso de locura, se suicidó.

Entonces tenía Claudio quince años y ya pintaba tablitas que luego eran vendidas por los cafés, y con lo poco que esto le producía y las cincuenta pesetas mensuales que ganaba en la notaría de un amigo de su difunto padre, pudo ir comiendo y perfeccionándose en su arte. Cuando murió su madre, Claudio Antúnez hallóse solo, con veinte años, muy poco dinero y una experiencia tan menguada como grandes eran sus deseos de merecer laureles y fortuna.

El notario, al saber los proyectos del mozo, procuró disuadirle de ellos ofreciéndole un aumento considerable de salario: al buen hombre le horripilaba la idea de salir de una capital provinciana para lanzarse a Madrid,

un pueblo muy grande que vive muy de prisa. Aquel aumento de sueldo fué el obstáculo mas seguro que la medianía cobarde podía oponer a los arranques del genio que aspira a emanciparse. Claudio dudó, seducido por las risueñas perspectivas que le ofrecía un dinero ganado sin fatigas y puntualmente. Todas las personas con quienes consultó sus vacilaciones, robustecieron la opinión del notario: un muchacho como él no debía salir de Córdoba; allí tenía sus relaciones de niño, que son las más leales; una campiña bellísima, un sol espléndido, una Naturaleza exuberante en que inspirarse, y su oficina y su sueldo, ¡el sueldo, sobre todo...!, aquel sueldo omnipotente que parecía un dios convertido en monedas de plata...

Antúnez aceptó la opinión general y continuó como hasta allí, domeñando los impulsos de su alma, entretenida por entonces en escribir minutas y redactar escrituras. Pero llegó momento en que su voluntad batalladora se sublevó. Ya no podía aguantar más; el silencio de Córdoba le ahogaba, y esta misma efervescencia le reveló la inutilidad de su vida: no, aquello no era vivir vida racional; era existir y embrutecerse; él no podía avenirse a ser un oficinista distinguido, esclavo de su reloj y de sus documentos, que pintase tablitas en los ratos de ocio; él quería luchar... y así, de pronto, con gran estupefacción de su jefe, que le creía curado de todo prurito vagabundo, lió sus bártulos, que eran bien escasos, y con ellos metidos en un maletín se presentó en la oficina. El notario le oyó como se oye a un loco; después, enternecido, se enjugó una lágrima y llegó a abrazarle, prometiendo reservarle su empleo para cuando regresase deshecho y ahito de desengaños.

Pero tales profecías no intimidaron al aventurero, y mientras el tren corría devorando kilómetros, ¡con qué desprecio compasivo recordaba a sus amigotes que malgastaban las horas en la mesa del café refiriendo cuentos picantes y tijereteando honras; juventud indiferente que dejaba allá atrás, lejos del mundo que marcha, sumida en un marasmo bestial! El tren le llevaba a Madrid; Madrid era el misterio, la esfinge cuyo secreto urgía descubrir para triunfar, la gloria que parecía tenderle los brazos. El era un hombre formado, y los hombres no deben vivir como mamoncillos, en perpetua y denigrante tutela. Córdoba era su cuna; pero allí no pensaba regresar sin la victoria; y los trabajos, la miseria, hasta el suicidio, todo lo prefería a la confesión de su impotencia ante los camaradas que, menospreciadores de su talento, le despidieron en el andén con una sonrisita de duda.

De aquel pasado que iba esfumándose, según el tren corría, sólo guardaba un recuerdo dulcísimo de poeta: el de una niña rubia, con pupilas de color de cielo andaluz, que conoció en Lucena y con la cual mantenía una correspondencia de amante platónico.

Los primeros años de vida madrileña fueron para Claudio un calvario durísimo. Antúnez no sabía moverse, tenía una pereza mahometana que sin duda heredó de su madre, la hermosa argelina con cara de bronce; y sin embargo, venció, porque tenía inspiración y una voluntad inflexible que, aunque despacio, iba derecha a su objeto. ¡La gloria...! Ella era el tormento de Claudio, la querida impalpable en cuya posesión necesitaba deleitarse eternamente: la gloria es una embriaguez de la Historia, un himno que repercute inacabable de si-

glo en siglo. Alcibiades, el famoso calavera ateniense, cortándole el rabo a su perro para singularizarse, le parecía un mentecato presumido; pero Erostrato, que quemó el templo de Diana, en Efeso, con el solo propósito de inmortalizarse, era a sus ojos un loco sublime; Erostrato dió su vida por perpetuar su nombre, y él también lo hubiera hecho, pues una vida no vale lo que un rinconcillo en la historia de la Humanidad. El borracho aplaca, bebiendo, su sed de alcohol; el amante rinde su pasión entre los brazos adorados; el avaro duerme tranquilo sobre sus tesoros; pero la gloria es una sed que no da treguas, pues el aplauso público y la crítica son para el artista lo que esas colleras que, cuanto más corre el animal, más suenan y más le incitan y obligan a correr.

Madrid trastornó el carácter de Antúnez; mientras estuvo en Córdoba amarrado a su notaría, observó una vida regular de empleado pundonoroso que cuenta los pasos que separan su casa de la oficina; pero cuando se halló libre de aquel medio enervante, sus costumbres se desconcertaron. ¡Abajo el orden...! Para él sólo existía el arte, y quien repara en los prosaísmos de la vida, es tan necio como el viajero que renunciase a las bellezas del paisaje por mirar los baches y piedrecillas del camino; para eso la Naturaleza nos hizo bípedos, para caminar mirando al cielo; su mayor placer era fantasear, y si hubiese tenido la costumbre de escribir sus sueños, como hacía Daudet al levantarse, hubiera escrito su historia, pues su vida sólo fué un ensueño continuado.

Por entonces comenzó a insinuarse en Claudio el ideal que más tarde inspiró todas sus obras. «Las mu-

jeres forman los poetas», decía Musset, y también hacen los pintores. El ideal femenino de Claudio no tenía la casta serenidad de los desnudos de Correggio, ni el tinte sensual de los de Rubens, ni los tonos sombríos del hollín italiano; durante mucho tiempo permaneció indeciso, sin saber retratar aquella sombra de perfiles borrosos; recordaba el corte de su cara y el color de sus ojos y la forma de la nariz, pero no tenía idea exacta del conjunto.

Al cabo los contornos del milagroso ensueño cristalizaron en una cabeza de mujer rubia con pupilas verdes: en aquella cabeza había vagas reminiscencias de su platónica amada de Lucena y una aspiración misteriosa, tal vez algo mística, de artista a quien preocupa «el más allá». El la veía así: con un cutis de blancura nívea, el pelo dorado y ondulante, los rojos labios extendidos, los ojos fijos en el cielo; esta figura no se parecía a ninguna de sus modelos: llevaba en el semblante un resplandor etéreo, una divinidad magnífica y triunfante, como la Magdalena de Rubens que guarda la catedral de Amberes; y enamorado de ella comprendía la divina locura de Pigmalión, comiéndose a besos la estatua que hicieron sus manos.

Sólo esta mujer impalpable pudo quitarle el sueño; las demás no le preocupaban. Hijo del Mediodía, llevaba en las venas la sangre africana de su madre, y sentía hacia la hembra esa afición despectiva característica de los pueblos orientales, donde el gineceo quita a la mujer cuantos derechos la concede el matrimonio cristiano. Antúnez sólo veía en el sexo débil el símbolo risueño, cálido y palpitante, del placer; el animal dócil y sumiso, que se embellece para recreo y deleite del ma-

cho: pero la mujer moderna, que reina despótica en los salones y a la cual la estúpida galantería masculina ha endiosado, no existía para él, y los hombres que se arrastran a sus pies le parecían tan ridículos como el salvaje que, después de modelar sobre un tarugo de madera un rostro humano, le llama Dios, se arrodilla delante de él y le sacrifica sus hijos. Por esto nunca tuvo pasiones asoladoras; sus coimas fueron conquistas fáciles, amoríos que pasaron en alegre turbión, caprichos de hombre vicioso que compra y olvida el grosero sabor de los besos vendidos: las mujeres no le habían molestado: todas le parecían hermosas, complacientes y frágiles, y los poetas que escribieron versos lacrimosos evocando el doloroso recuerdo de sus malos amores le inspiraban risa; todos eran unos pobres diablos llorones dedicados a convertir en tragedia el risotero sainete de la vida.

Amén de estos devaneos, Antúnez tenía un compromiso sentimental de otra índole: su noviazgo con Amparito Guillén, una chiquilla de diez y ocho años, inocentona como una profesa, de ojos grandes y claros y un rostro carirredondo de muñeca o de figurín, que reflejaba un espíritu simple, desnudo de atractivos y como anquilosado por un exceso de honestidad. La conoció en un baile, y se declaró a ella por recurso, no sabiendo de qué hablarla; pero aquella niña, que siempre le recibía sonriendo, no le preocupaba.

Tras un largo calvario había logrado asegurar su porvenir económico, y dedicarse con más sosiego al planeamiento de los grandes cuadros que meditaba. Su mayor satisfacción era trabajar para luego poder decir: «Este dinero que tintinea en mi bolsillo y que puedo

distraer a mi antojo, lo he ganado pensando, salió de mi cabeza y no le ha costado penas a nadie; mi caja de valores la llevo siempre conmigo, sobre mis hombros, y no pueden robármela, yo no tengo mi capital en oro, ni en billetes del Banco: lo tengo en ideas»...

En esto cifraba Claudio Antúnez su felicidad, y no comprendía cómo madame de Staël dijo que «la gloria es el luto esplendoroso de la dicha». Esta frase, a su juicio, era absurda, pues no habiendo sentido ninguna pasión ajena a su arte, no concebía que hubiera dicha sin gloria, ni que ésta pudiese servir de mortaja al contento. Amaba el dinero porque proporcionaba comodidades y regocijos, y a las mujeres porque en sus brazos experimentaba el supremo deleite; pero pronto le aburrían, y entonces no hubiera trocado un desnudo de Rembrandt por el amor de la más gentil de sus amigas; y bebía y jugaba, porque en el vino y en el azar hallaba sensaciones que le distraían del trabajo diario, no por el grato saborcillo del mosto ni por la fortuna que le trajesen los naipes: lo único que codiciaba era aquel aplauso póstumo de la Humanidad, que se detendría conmovida ante la milagrosa grandeza de sus cuadros; aquella gloria que su inquieta imaginación personificaba en una cabeza de mujer rubia con ojos verdes: este era su talismán, el zapatito de los cuentos hadados, la varita mágica que le permitía rodar sobre el fango del vicio sin mancharse...

—Mientras mi alma conserve la devoción al arte—decía—no habrá pasión que me domine ni mujer que me subyugue...

Porque Claudio, que no era filósofo, ignoraba que el Destino es, quizá, el pseudónimo de la Providencia.

III

El pintor acudió a la cita de Matilde Landaluce mucho antes de la hora convenida. La iglesia de Chamberí se halla en la plaza de su nombre, entre las calles de Santa Engracia y Habana; al frente tiene una verja no muy alta, y adosados a uno de sus muros varios establecimientos que parecen sostenerse allí, a despecho del ornato público, protegidos por la santa casa.

Claudio penetró en el templo: consta éste de una nave grande y de otras dos laterales muy pequeñas, especie de capillas abiertas: sobre la puerta principal está el órgano y una barandilla metálica aisla el altar mayor. Antúnez permaneció unos instantes sin saber orientarse en aquella semiobscuridad soñolienta; después avanzó y fué a sentarse sobre un banco, que crujió sordamente; en todas partes flotaba algo inquietante que parecía revolotear sobre los altares y amortiguaba el resplandor de las luces encendidas; al pie del púlpito un grupo de mujeres enlutadas murmuraba oraciones con un tonillo

monótono, ininterrumpido, como el zumbido de las abejas; Matilde no estaba allí. En un ángulo, un reloj pequeñito llamó la atención de Claudio. Aquel reloj mundano trascendía a tocador de dama elegante, y en las iglesias desentonan esos chismes frívolos de bazar: el templo simboliza lo infinito, lo eterno, y en la eternidad no se cuentan las horas; la religión—pensó Claudio—debe ser como el misterio mismo que representa, pues una religión que sujeta sus prácticas al movimiento de un minutero es una farsa ridícula, una especie de farándula.

El aspecto del altar mayor bañado en un frío resplandor espectral, y el monótono sonsonete nasal de aquellas devotas que rezaban apresuradamente, como aguijoneadas por el isócrono tic-tac del reloj, disgustaron a Antúnez, que levantó la cabeza buscando en las alturas de la nave algo que le distrajese de esa torpe devoción que se arrastra de hinojos por el suelo. Y lo halló: eran unos frescos de Taberner, iluminados por la lechosa claridad que inundaba la bóveda. El primero representaba una matrona hermosísima, adornada por una corona de oro y un velo blanco hinchado de viento; a sus pies y reclinado sobre una nube, había un ángel con las alas negras extendidas y un rostro seductor de mujer rubia. Estas dos figuras que conservaban, a pesar de los esfuerzos del artista por divinizarlas, el pecado de la carne joven, cautivaron la atención de Claudio: el pintor vencía al hombre, y hubo momentos en que olvidó el templo y el poco piadoso fin que allí le condujo. Las dos creaciones de Taberner tenían una belleza triunfante, sobre todo aquel angelote de alas negras y cabellos dorados, en cuyos rasgos Antúnez creyó sor-

prender un vago parecido con los de su idolatrado ideal de ojos verdes.

Después había un segundo grupo, formado por un viejo mendigo y una mujer de lujuriantes caderas. Más allá otro ángel alargaba el brazo mostrándole el camino del cielo a una monja. Luego aparecía un seráfico personaje de alas blancas; y en último término, y ya sobre el altar mayor, el Espíritu Santo en forma de paloma.

Pero lo que porfiadamente vencía la atención de Claudio era el primer grupo: la matrona morena, resplandeciente de oro, y el serafín con alas negras y rostro de mujer, que más parecía una de aquellas bacantes que danzaban coronadas de pámpanos en torno del regocijado Sileno que un espíritu del paraíso cristiano: indudablemente en esta atracción, que el modesto mérito de las figuras no explicaba, intervenía como factor principal el estado psicológico de Antúnez, pues los ojos verdes eran para su ideal lo que las alas negras para el angelote de Taberner: el hálito del infierno, el sello del pecado, que sin caer en las profundidades del abismo, no acaba, sin embargo, de redimirse.

Cansado, al fin, de mirar, púsose de pie, y por entretenerse adelantóse hacia el altar mayor. A ambos lados de éste aparecían dos gigantescos santos de cartón, y al fondo los retratos de los cuatro evangelistas: Marcos, Lucas, Juan y Mateo; estas figuras, obras también de Taberner, abogaban bien poco en favor del artista. En la capilla de la izquierda había tres altares, y en uno de ellos un Crucifijo, a cuyos pies una Virgen pequeñita y feísima juntaba las manos con una exagerada afectación teatral. Antúnez vibró ante el crimen estético que aquel Cristo representaba: era una imagen ridícula, con las

piernas excesivamente delgadas y salientes, y una cadera deforme, como dislocada. El primer movimiento de Claudio fué de indignación; luego, aquel semblante enflaquecido y aquellos ojos que parecían cerrarse de debilidad, que no de sufrimiento—como procuró expresar, sin duda, la inexperta mano del artífice—excitaron su hilaridad, y según le miraba, sus deseos de reir iban en aumento: aquel Cristo, huérfano de divinidad, moría de fatiga, de hambre...

Y a su memoria acudió un saladísimo cuento andaluz...

...Era un gitano vendedor de arencones que, orgulloso de la frescura y buena estampa de los que llevaba en su banasta, salió una mañana de Agosto pregonando por las calles de Cádiz:—¡Arencones a dos reales; a dos reales arencones...! Mas como viese que la hora meridiana se echaba encima y los compradores no acudían, decidió abaratar su mercancía:—¡Arencones a treinta céntimos, a treinta céntimos arencones...! También esta vez sus esperanzas fallaron, y entretanto el sol, un sol insoportable que reblandecía el asfalto de las aceras, iba estropeándole la pesca. Entonces, desesperado, resuelto a vender aun a trueque de perjudicar los intereses de sus compañeros de oficio, comenzó a gritar:—¡Arencones a real; hoy sí que van buenos; a real arencones; a realito, a realito van hoy...!

Al cabo tuvo que rendirse; tenía la cabeza ardiendo, la garganta y las piernas doloridas; para colmo de desventuras, el pescado empezaba a oler mal, y esto concluyó de oprimirle el corazón: furioso, harto de tan largo como inútil trabajo, abrasado de calor, muerto de fatiga, entró en una iglesia a descansar, sentóse en el

suelo, la espalda apoyada en el muro para mejor sentir la frialdad de la piedra; y al levantar la vista hallóse a los pies de un Crucifijo tan triste, tan escuálido, con un rostro tal de desmayo, que interpretando aquel dolor por el suyo propio, exclamó, meneando compasivamente la cabeza:—¡Ay, Señor!... ¡Parece que tú también has vendido arencones...!

Pues bien; para Claudio Antúnez, el Cristo lacio y desmedrado de la iglesia de Chamberí se parecía «al Cristo de los arencones»... En estas imaginaciones estaba cuando le tocaron ligeramente en la espalda; volvióse y...

—Buenas tardes—dijo Matilde—; ¿le hice aguardar mucho?

—Una mujer como usted—repuso Claudio con galante familiaridad—, tarda siempre; que el deseo con que se la espera es muy grande, y el tiempo lo medimos por nuestra impaciencia.

Ella sonrió: iba vestida como la tarde en que se conocieron: con su traje color azul marino, su capita con cuello Médicis y una capotita sembrada de plumas.

—¿Me permite usted rezar?—dijo—; desde pequeña tengo ribetes de devota, y las devotas somos intransigentes...

Se arrodilló, y después de signarse púsose a orar ante aquel Cristo grotesto que Claudio llamaba ya, mentalmente, *Cristo de los arencones*...

Antúnez se había recostado contra uno de los pilares medianeros y meditaba. Bullía en su cerebro una caótica confusión de ideas, y tan pronto se acordaba de su ideal de ojos verdes y del serafín de Taberner suspendido en las alturas del templo, como de su flamante

conquista; aquella mujercita tan menuda, tan amable, tan despreocupada, que seguía rezando con el ahinco de una devota rutinaria. Matilde estaba de rodillas, las manos cruzadas y la cabeza erguida: en esta posición, las luces del altar iluminaban su semblante; con sus ojos grandes, su nariz fina y levantada, su boca entreabierta, su rostro pálido, rebosante de nerviosa inquietud. Antúnez contrajo los párpados y su visión se precisó al anegarse el templo en un océano de betún sobre el cual destacábase únicamente aquel semblante de mujer, expresivo en medio de su inmovilidad, codiciable a pesar de su místico arrobamiento bajo la moribunda luz que alumbraba la silueta escuálida del Redentor: era una mancha blanca, un rostro perdido entre tinieblas, como los que surgen en los cuadros del trágico Ribera de una noche sin fin; un angel de luz aleteando en el seno de la eternidad fría, negra y muda.

De pronto el encanto se deshizo y la realidad derrotó al vértigo; Claudio abrió los ojos y recobró la posesión de sí mismo; el mundo de las leyendas huía y quedaba la iglesia silenciosa, desierta, con sus paredes desnudas, su puñado de devotas rezadoras, sus altares miserables y su Cristo, «de los arencones», reventando de ridiculez...

El movimiento del pintor debió de traducirlo Matilde como un gesto de impaciencia, pues se levantó en seguida.

—Usted dispense—murmuró—; le he hecho esperar mucho, pero... quería pedirle perdón a Dios por el delito que he cometido citándole a usted aquí.

Llegaron a la puerta, y ella, que había mojado sus dedos en agua bendita, se los alargó a Antúnez.

—Tome usted—dijo; y pasó delante.

El pintor aceptó con embarazo la piadosa oferta; luego, distraído, se limpió los dedos disimuladamente en los pliegues de su capa. Salieron a la calle.

—Me alegro de haber merecido de usted o de la casualidad esta preferencia—dijo Claudio reanudando la conversación interrumpida—, pues habiendo tenido a Dios por testigo de nuestra entrevista, estos amores no pueden concluir mal.

—¿Quién sabe...? Lo más fácil es que esos amores no empiecen; no vaya usted a creer que estamos componiendo el primer capítulo de una novela; yo, por mi parte, no me siento capaz de aceptar el difícil papel de protagonista, que naturalmente me correspondería; y usted... tiene demasiado mundo para ser primer galán. Las comedias de esta clase dan mucho trabajo y un placer muy discutible...

Hablaba de prisa y sin tartamudeos, sonriente, poniendo en la expresión de los ojos y en la vivacidad de los gestos una animación fascinante. Claudio propuso ir a un café.

—Bien; vamos adonde usted quiera—repuso ella—; decididamente me arrastra usted a las mayores locuras... porque conste que esto no lo he hecho con nadie...

Entraron y fueron a sentarse en la sombra discreta de un rincón: a sus oídos llegaban las voces de varios parroquianos que jugaban al dominó, y el ruído seco de de las fichas al chocar contra el mármol de la mesa; la atmósfera era tibia y el diván cómodo; el café que acababan de servirles humeaba en los vasos.

Claudio, en su moceril deseo de hacerse simpático, hablaba con el enérgico acento de los hombres since-

ros; Matilde le escuchaba atenta y después respondía vivamente, como mujer que hallándose bien segura de su ingenio y de la solidez de sus argumentos, no piensa rendirse. Poco a poco la verbosidad de Antúnez fué decayendo; el pintor perdía terreno; ella, en cambio, lo ganaba, tornándose más insinuante y expresiva. Claudio, allá en sus profundos, se desesperaba de no poder dominar la conversación; Matilde era la directora, y él, pese a sus pretensiones de hombre corrido, tenía que limitarse a representar un papel secundario en aquel dúo amoroso.

Al principio oyó a su interlocutora con gusto; después, mortificado por aquel verbo subyugador, quiso rechazar el encanto; más no pudo, y acabó por escucharla embelesado. Matilde Landaluce poseía el secreto de los grandes oradores para convencer; si hablaba, lo mismo que cuando reía, ponía en juego los músculos de su movible semblante con tal precisión y tal diabólico gracejo, que todos charlaban o reían a la vez; era una concurrencia de ademanes, de miradas y de palabra irresistible, magnética, fascinante; era el suyo un espíritu de simpatía que se asomaba a los ojos y miraba con ellos, y jugueteaba en sus labios, y estremecía sus facciones y agitaba sus gráciles manecitas enguantadas. Tenía la palabra fácil, la pronunciación correcta, la voz bien timbrada y de un eco argentino que inspiraba alegría; la concepción pronta y graciosa; y discurriendo así, hablando tan bien, sonriendo tan a tiempo, accionando con tanta oportunidad, completando con un desmayo de la mirada o un mohín de la boca lo que no quería decir francamente, aquella mujercita, sin haber nacido en la púrpura, ni ser una académica decidora de

perlas, revelaba un ingenio, una distinción y un arte mundano por todo extremo peligrosos. Según Claudio Antúnez se admiraba, Matilde crecía y tocaba las nubes; ella era la voz dominadora, la inteligencia irresistible, el acento cariñoso que penetra oídos adentro hasta enseñorearse del auditorio; y él era el público, juguete de las travesuras del orador.

Mientras la joven hablaba y reía, interrumpiéndose a ratos para beber un sorbo de café y proseguir riendo y hablando, Claudio la examinaba con detenimiento prolijo; y entonces advirtió mejor su desparpajo, el aplomo de sus palabras y actitudes, y la facilidad con que accedió a otorgarle una entrevista; y súbitamente experimentó una explosión de celos que en circunstancias tales era pueril y ridícula. Matilde, entretanto, hablaba sin afectación, pero sin incurrir tampoco en lugares comunes, y hablaba siempre, cual si la conversación fuera un fuego sagrado que importase conservar.

Ella había comenzado a atacar al pintor, significándole que todo cuanto entre ellos acababa de suceder era asunto de gorja y pasatiempo.

—Usted—agregó formalizándose y como deseando terminar la entrevista—, es un hombre a quien los romanticismos de la vida ya no cuadran bien, y yo tengo muchos años para creer a nadie capaz de morirse por mí.

—¿Que tiene usted muchos años?

—¡Vaya...! En una sociedad que vive tan de prisa como la nuestra, casi puedo considerarme vieja. Cuento veintisiete... Y acaso—agregó riendo—usted me creyese más joven, y este descubrimiento hiera mortalmente el amor eterno con que hace un momento me convidaba.

—Ni yo he pensado en eso ni usted puede creerlo—repuso el pintor—, pues tan absurdo es enamorarse de una mujer por sus años, como por la sonoridad de su apellido; pero confieso que representa usted menos edad; a juzgarla por su estatura y lo infantil de sus movimientos, es usted una niña; ahora, oyéndola hablar, ya es diferente.

Charlaron mucho.

—Sea como fuere—añadió Matilde—, ésta será, seguramente, nuestra última calaverada. Porque, créame..., usted y yo no podemos amarnos.

—¿De dónde nace esa imposibilidad...?

—¡Ah...! ¿Cómo explicarme? ¡Nace de tantas circunstancias...!

Hubo un silencio divinizado por algo misterioso y solemne. Se había quedado seria; luego sus facciones palidecieron y sus ojos se empañaron con el velo acuoso y brillante de los que lloran por dentro. Claudio, emocionado, no pudo contenerse y exclamó cogiéndola una mano:

—¡Lloras....! ¿Y por qué...?

Había tanto cariño, tanto interés en su pregunta, que formuló familiarmente, olvidado del respetuoso tratamiento que la costumbre establecía entre ambos, que Matilde rompió a llorar.

—Dispénseme usted—murmuró.

Aquellas lágrimas abrumaban a Claudio.

Pero, ¿por qué lloras?—exclamó—; explícate... ¿Por qué...?

—Porque no puedo querer a nadie.

—¡No entiendo...!

—Porque... soy casada... Y el matrimonio es una errata incorregible del poema de nuestra vida...

El pintor, que ya esperaba esta respuesta, añadió:

—Ya me lo dijiste...; pero ese no es un obstáculo insuperable.

—Sí, si lo es—murmuró ella bajando la voz—; una mujer que quiere realmente a su amante, no puede soportar las caricias de su marido...

Antúnez no respondió, y las palabras de la inconsolable quedaron flotando en el aire, graves, solemnes, rindiéndole bajo el peso de su verdad. A partir de aquel instante la conversación fué menos alegre, pero más expresiva, más penetrante; un secreto dolor les hermanaba.

Cuando salieron del café se encaminaron hacia la plaza de Chamberí. Declinaba la tarde. Matilde iba seria, ensimismada, la cabecita escondida en el empinado cuello Médicis de su capa; él, medio embozado, el sombrero echado sobre las cejas y aquel su contoneo firme y airoso de macho potente.

—¿Y «él», está en Madrid?—preguntó Claudio.

—Sí, vivo con él y con mi madre.

—Pues mira: cuando me acerqué a ti no pensé en tu estado, y ahora que lo conozco y te quiero, me importa menos... Tú me querrás también, ¿no es cierto...? Dilo, mirándome a la cara...

Había empezado a tutearla y ella le oía halagada por aquella ardiente explosión de ternura que sus lágrimas habían provocado.

—Lo que usted propone—repuso—es suicidarse, y a la muerte no se la reta tan de ligero: yo creo que los suicidas, antes de matarse, lo piensan mucho.

—¿Cuándo te casaste?

—Hace dos años.

—¿Le querías...?

Ella vaciló; pero apremiada por la insinuante mirada de Claudio, replicó titubeando:

—¡Qué se yo...! ¡Tal vez...!

Llegaron a la plaza de Chamberí y siguieron por la calle del Cisne. La tarde era serena, y el aire seco y frío; a un lado aparecía la chimenea renegrida de una fábrica de aserrar maderas, cuyos motores trajinaban con un ronco y prolongado gruñido de trueno, y, limitando las aceras, un convento de monjas y varias casitas de modesto aspecto: al fondo del paisaje y entre los árboles de la Castellana, blanqueaban multitud de hoteles: aquel era el Madrid rico que vive de sus rentas y humilla a la miseria con el esplendor insultante de sus millones: a la izquierda había una gran extensión de terreno desigual, pedregoso, sembrado de casuchas miserables, por el cual Claudio y Matilde continuaron su marcha un poco más unidos, porque el frío les obligaba a estrecharse. Todo aquello era triste y árido; el arrabal extremo de una ciudad adormecida bajo el cielo gris de una tarde invernosa.

Matilde empezó a hablar tranquilamente, con un tono familiar que añadía singulares encantos a sus palabras; era la confesión explícita de una mujer talentosa que, repentinamente, sobrecogida por el paisaje y la soledad del sitio, abriese el arca secreta de sus recuerdos.

—Prescindamos de mi niñez—dijo—: ¿para qué hablar de ella, si la historia de los chicos es una cadena de inocentes nimiedades que sólo a sus abuelos interesa...? Hablemos del presente, que nos preocupa, porque es lo que nos separa.

Diciendo esto le miraba fijamente para leer con sus

grandes ojos habladores los pensamientos del pintor.

—Yo habito—continuó—en el hotelito que usted conoce; lo compré pocos meses después de casarme; allí vivo con mi marido y mi madre; tengo también dos hermanas casadas, Juana y María del Carmen: esa es mi familia... Todas son buenas y si yo no soy un modelo de virtud es porque me falta mucho para ser feliz: poseo, por añadidura, una sensibilidad enferma, una imaginación ardiente que me arrastra más allá del deber... Y aunque parece que mi carácter es entero, sé que la voluntad es mi facultad más débil... ¡He sufrido tanto...!

Interrumpióse para suspirar, y prosiguió:

—Mi matrimonio se realizó de un modo bien original: un individuo que frecuentaba mucho la casa de mis padres, propuso a cierto amigo suyo para esposo mío, y mis padres accedieron en seguida.

—¡Caso tan extraño!—exclamó Antúnez—; no comprendo que ese hombre, siendo mozo, se metiese a corchete de voluntades; yo, en su puesto, me hubiera casado contigo.

—En todo esto mediaron circunstancias extraordinarias; el que hoy es mi marido vivía entonces en Cuba; cuando nos conocimos personalmente hacía seis años que estábamos casados por poder...

Seguían el camino que conduce al pueblo de Chamartín, y en aquella parte corre encajonado entre los antiguos desmontes del Palacio de la Exposición y la cerca del Hipódromo.

El pintor había recobrado su apasionada verbosidad; Matilde, seducida por el leal acento que vivificaba aquel canto de amor, acortaba el paso poseída de orientalesca languidez, y Claudio, mientras hablaba la oprimía el

brazo; un bracito pequeñín, regordete, cuya carne vibraba bajo la tela del vestido. Antúnez nunca pensó que hubiese tanta poesía en las sacudidas del amor carnal, ni soñado nada tan artístico ni más refinadamente conmovedor que el abandono fortuito de una mujer en medio del campo, a la puesta del sol, esa hora de plácido sosiego que precede a la noche, diosa dispensadora del reposo y del deleite.

—Y... ¡quiero serle a usted enteramente franca!—exclamó Matilde.

—Serme—rectificó el pintor—; hemos convenido en tutearnos.

—Bien, serte, ¿qué importa?

Y se detuvo aún, temiendo estropear, con aquel nuevo secreto, alguna ilusión.

—Yo—añadió—soy viuda...

—¡Viuda, tú...!

—Sí; y el hombre que dispuso mi segundo matrimonio fué mi primer esposo. Eran mis dos maridos camaradas íntimos, y el superviviente quedó encargado de velar por mí; fué una boda insípida que salía de un sepulcro abierto. Yo, en ella, no intervine para nada; fuí el instrumento, el eje sobre que giró una maquiavélica combinación de afectos interesados: mi familia lo arregló todo.

Diciendo esto le miraba, sondeándole: Claudio, aturdido, se encogió de hombros, sin responder. Pasadas las casetas del resguardo, necesitaron echarse a un lado de la ruta para dejar franco el paso a un coche que dos caballos arrastraban: el auriga, metido en una esclavina de pieles, ocupaba el pescante con esa tiesura de los criados aristócratas; el vehículo, que huía rápidamente

envuelto en una liviana nube de polvo, salvó el puentecillo tendido sobre el Canal de Lozoya, y los caballos atacaron al trote largo la cuesta que tiene allí el camino, y pronto desaparecieron tras un grupo de árboles.

La campiña ofrecía un triste aspecto: a la izquierda y en un extenso declive, aparecían varias casitas de arcilla y ladrillos; más allá el barrio de Cuatro Caminos se perfilaba sobre el cielo blanquecino; a la derecha extendíase un terreno inculto y yermo, y cerrando el horizonte el Canal de Lozoya recortaba una larga curva ondulante entre dos filas de árboles escuetos. Los dos enamorados caminaban a lo largo del Canal. La tarde declinaba rápidamente; de los campos desiertos ascendía una oleada de tristeza que acrecentaba los tintes melancólicos del cielo encapotado; aquella Naturaleza muerta, sin ruidos y sin luces, bajo las flotantes gasas de una neblina naciente, parecía un paréntesis de la vida, un inmenso templo abandonado.

—Me duelen los pies—dijo Matilde—; ¿descansamos un momento...?

Hallábanse en un sitio demasiado alto, y buscando algún abrigo descendieron a una hondonada, acomodándose al borde de un arroyo seco, entre un grupo de árboles desnudos. A la izquierda, y en el límite más lejano del cauce, había una casucha miserable con cobertizo en la parte trasera, y junto a ellos, tres arcos minúsculos de piedra, sobre los cuales pasaban las aguas de Lozoya; aquel sitio que en verano sería delicioso, parecía en invierno y a tales horas el esqueleto de la dicha.

Claudio Antúnez se sentó muy cerca de Matilde y la rodeó la cintura con un brazo. Ella no hizo ningún movimiento hostil. Estaba rígida, los pieccecitos muy reca-

tados bajo las faldas, como temerosa de ofrecer al deseo un pretexto para estallar; y Antúnez a su lado, envolviéndola con sus palabras en una atmósfera de horno. En esta conversación el pintor agotaba sus recursos oratorios refiriendo conmovido episodios diversos de su juventud: sus afanes de artista que empieza a conquistar una reputación, la necia historia de los amores mercenarios y volanderos, que no sacian; su sed de un cariño que ocupase toda su vida y al cual prometía ser fiel; su amada platónica, la mujer de ojos verdes, que le consolaba en sus horas interminables de nostalgia... Y al narrar estos combates íntimos adulaba a su interlocutora diciéndola que ella sería la fuente caudal y siempre fresca, de su inspiración; y también su contento y su sostén en los momentos crueles de desmayo.

—Ya que nos hemos conocido, amémonos—decía el pintor—; yo no pretendo conocer tu historia; sólo anhelo tu presente y tu porvenir, que embellecerá mi vida, si seguimos juntos. Tú, Matilde, eres buena; pero ese hombre es tu perdición, el cerebro de corcho que con su ineptitud te empuja al abismo...

Ella callaba y languidecía.

—Yo—continuó Antúnez—tengo pasiones vírgenes que me encandecen, y no te dejaré morir en el océano de vulgaridad donde hoy te ahogas; no te ofreceré esas ridículas atenciones que tanto placen a las mujeres frívolas, pero sí arrebatos que calmarán tu anhelo de ser amada hasta la perdición. En tí compendiaré todos mis afectos: serás mi madre, mi mejor amigo, el sol fecundador de mi cerebro, la musa inspiradora de mis mejores cuadros, la querida de carnes lujuriantes que sustituiría a mi helada quimera de ojos verdes...

La joven claudicaba y él continuó hablando. Después, desenredándosele el deseo, la cogió por el cuello y la besó en la boca: una vez, dos, muchas, con encelado ardor: ella, al principio, se defendió con arrulladoras protestas de hembra que quiere ser poseída, y al fin, se abandonó... Allí fué: junto a aquellos arcos de piedra por donde resbala el Canal de Lozoya, al pie de aquel grupo de árboles desnudos, bajo aquel cielo blancuzco de invierno, que iba envolviendo los campos en un velo brumoso... Después Claudio, en el apogeo de su delirio, cogió a Matilde por el talle, aupándola entre sus brazos, mientras se la comía a besos; con su elevada estatura y sus hombros de titán, parecía un Hércules jugando con una figulina de Sévres.

Así empezaron sus amores, de golpe, como acontece en los corazones propensos a querer y que no sacrifican el deleite al pudor: Matilde Landaluce, dejándose vencer, rindió al pintor; ella era el Destino y Claudio seguiría encadenado a su carne, como Ixión a la rueda de su tormento.

IV

Esta caída provocó otras muchas: las primeras ocurrieron en el mismo sitio: en el cauce del arroyo seco, junto a los arcos de piedra, a la puesta del sol, sobre el suelo húmedo; el pintor y su amada habían hecho de aquel rincón de tierra un tálamo que tenía por dosel el espacio infinito; allí, abandonados a los impulsos libérrimos de su pasión, abrazábanse mientras hablaban; y arrebatándose los besos de la boca, fantaseando y riendo, y enfadándose para reconciliarse en seguida, parecían dos figuras de la poesía clásica, dos pastores de Arcadia forzados por la necesidad a vestir a la europea, pero que conservaban su amor a la independencia y a las campiñas solitarias.

Después, aquel sitio donde siempre se reunían con zozobra, temerosos de que el ojo avizor de algún guardia le sorprendiese, empezó a serles molesto, y entonces Claudio se acordó de Antonia Carrasco, una amiga experta, complaciente y sufrida, cuya casa le servía desde antiguo para centro de sus devaneos y trapisondas.

Era la tal una viejecilla enjuta y avellanada, tan seca y mal perfilada de rostro como tacaña de cuerpo, y con pies y manos de muñeca; sólo guardaba de su antigua belleza, que debió de ser graciosa y picante, unos ojos negros muy expresivos y un carácter siempre alegre; en éste y en su mirada habíase refugiado su lejana juventud, y aquel residuo de travesura intantil imprimía vivacidad simpática a toda su persona: su espíritu, dotado de inagotable buen humor, luchaba contra el cuerpo decadente, liberándolo del marasmo de los años y obligándole a vivir una mocedad contrahecha, tristemente cómica, de polichinela.

Cual mujer habituada a las fáciles costumbres del mundo vicioso, harta de saber cómo se rinden las virtudes más austeras y la duración de las pasiones más ardientes, persuadida de cómo la dignidad y el honor son conceptos elásticos que varían según las circunstancias y el temperamento de cada individuo, tenía una conciencia bonachona, una moral tolerante, de vieja corrida que todo lo disculpa. Nada la sorprendía, de nada podía maravillarse, y, a su juicio, los exagerados puritanismos sólo cuadran bien en las niñas que salen de los conventos creyendo que los hombres son como Cristo, ese marido frío que nunca cierra los brazos para estrechar a sus esposas: la joven que huye con el novio, el hermano que no estorba a su hermana en sus placeres, el marido cesante que permite a su mujer andar por los ministerios buscandole un destino; el adulterio, hasta el incesto... todo lo encontraba Antonia Carrasco, si no natural, excusable, al menos: eran éstas flaquezas humamanas, debilidades incorregibles de la carne, necesidades de la juventud enamoradiza; eran *cosas de la vida*,

como ella decía, condensando en esta frase vulgar todo lo sucio, lo repugnante, lo pornográfico, lo que no puede decirse...

Vivir, a su juicio, era reir, beber y prostituirse; parecía una vieja del mundo pagano, acostumbrada a las lupercales de la Roma antigua; y si la hubiesen dicho que a orillas del Manzanares un grupo de mujeres y de hombres bailaban desnudos alrededor de un tonel de vino, se hubiera callado benévolamente, echando sobre aquella orgiástica explosión de la humana lujuria una sonrisa de perdón.

Habitaba en la calle de Pozas una guardilla, y allí fué donde Matilde y el pintor ocultaron sus amores. Unos días se citaban por la mañana, otros por la tarde, según los obstácnlos que ella hubiese de vencer para salir; ¡ban separados, y el que llegaba primero esperaba al otro.

Constaba el cuarto de una cocina muy pequeña y de dos habitaciones; una de ellas, la interior, era el saloncito, decorado con una consola de mármol y un sofá de anea: en la otra, que tenía una ventana al tejado, había un lecho y dos sillas, junto a un brasero que la previsión de Antonia Carrasco cuidaba de encender oportunamente.

Este refugio gélido, desmantelado, sin más abrigo que el ofrecido por el brasero y una esterilla de esparto, fué para el pintor la realización del paraíso prometido. Todos los días los amantes se aguardaban con idéntica emoción, y apenas Antonia los dejaba solos, se precipitaban el uno en brazos del otro. Ella acomodábase sobre las rodillas de Antúnez, después de quitarse los guantes y la capa para no sentir frío a la salida, y

mientras él la besaba los ojos y la nuca, ella relataba entre risas las dificultades que necesitó vencer para salir; siempre había obstáculos: su madre, su marido, una vecina indiscreta...

—No sé adónde vamos a llegar—decía—; cada escapatoria supone un andamiaje de mentiras que el peor día se descubren...

El recompensaba tanta abnegación besándola mucho, y todo lo olvidaban; y si Claudio llevaba una botella de Jerez y algún bocadillo suculento, la comida fortalecía los estómagos y transformaba la entrevista en pequeña orgía, en la cual el amor era la salsa sazonadora de los manjares.

Empezaban hablando tranquilamente, como amantes circunspectos que no necesitan recurrir a las manos para expresar sus pensamientos; después el vino y la conversación, obrando de consuno, despertaban el entusiasmo; ella charlaba y reía, reía siempre, con su carita picaresca de angel caído y unas carcajadas alegres, sugestivas, como el repiqueteo de una bandurria; enseñando sus dientes blanquísimos de lobezno, pequeños y apretados; frunciendo la nariz, contrayendo los ojos, en cuyos extremos las arrugas de la hilaridad se dibujaban semejantes a las varillas de un abanico abierto; estremeciéndose con nerviosas sacudidas que la conmovían de pies a cabeza, y aplaudiendo los donaires del pintor o los suyos propios con carcajadas sonoras, argentinas, y su frase favorita:—«¡Eso tiene gracia, la mar de gracia...!» que repetía echándose hacia atrás, sofocada por la risa...

Matilde había nacido en Madrid, del matrimonio de Carolina Prado con don Juan Landaluce, antiguo em-

pleado en los ferrocarriles del Norte. Sus primeros estudios los cursó en el colegio de San Antonio de la Florida, y aunque crióse enfermiza y mimada, pronto sobrepujó a sus condiscípulas, pues reunía todas las condiciones del buen estudiante: inteligencia clara, voluntad firme para perseverar en el trabajo y no dormirse ante los libros abiertos, y un amor propio que no admitía ir a la zaga de nadie.

A los doce años ya alcanzaba la estatura que luego conservó; era muy derecha, con su cabeza un poquito grande, de mujer talentosa, sus ojos adormilados y soñadores a veces, a ratos chispeantes y reidores; su nariz levantada de hembra sensual, sus caderas que empezaban a bosquejarse y un aplomo encantador de mujercita vestida de corto. Celebróse por entonces una función teatral en casa de unos amigos de Landaluce; todos los actores eran niños, y el principal papel del drama fué encomendado a Matildita, que lo representó a maravilla. Entre los concurrentes hallábase la gloriosa Matilde Díez, la cual, seducida por las aptitudes de su tocaya, prometió hacer de ella una excelente comedianta; pero Landaluce, a quien repugnaba la vida de bastidores, se opuso rotundamente, fundando su negativa en la menguada estatura de su hija.

—Esa no es razón—porfiaba la Díez—, porque bien chiquitita soy yo...

Al cabo Landaluce transigió un poco, y desde la semana siguiente Matildita fué todas las tardes a casa de la insigne actriz. Esta, que ya estaba retirada del teatro, vivía sola en un pisito de la calle Lope de Vega, y la enseñanza de aquella niña fué, en el ocaso de su luminosa carrera, un dulce recreo. Allí, en un espacioso ga-

binete decorado de azul y separado de la alcoba por una cortina blanca, era donde daban la lección: Matildita Landaluce recogía la cortina y hacía escenario de la alcoba, mientras la Díez, sentada en el gabinete, de espaldas a la luz, representaba al público: cuando la discípula hacía un gesto inoportuno o no acentuaba debidamente la expresión de una frase, ella, la gran actriz, intervenía y, olvidando sus años, reverdecía sus viejos laureles. Así pasaban las tardes. Desgraciadamente Matilde Díez murió poco después, y su muerte cambió el porvenir de su última discípula.

Quince años tenía Matilde Landaluce cuando conoció a su primer marido, Antonio Santero, mozo simpático y rico, que la desposó borracho de ilusión y a quien los excesos de su mismo cariño hirieron en el pecho mortalmente. Matilde, que le quería de veras, le lloró mucho, esquivó la compañía de sus amigas y todos los domingos iba al cementerio a prosternarse sobre la tumba del pobre muerto. Aquellas tardes de recogimiento pasadas en la soledad del Camposanto, lejos del mundo que sofoca, riendo, los gritos del dolor, y arrodillada ante el inmenso silencio de un sepulcro, la sirvieron de lento consuelo. Insensiblemente la crueldad del luctuoso recuerdo disminuyó, otras escenas fueron venciéndola y a medida que su dolor decrecía, la sociedad alegre la reconquistaba con seductores espejismos. Resurgió su hilaridad, la alegría iluminó sus ojos, que las lágrimas derramadas en su solitario lecho de viuda joven habían empañado, y su imaginación acarició otra vez el placer de vivir. El ave fénix, que renace de sus cenizas, es la imagen más perfecta del corazón humano, esa víscera traidora que se arranca el fúnebre crespón de sus re-

cuerdos, para vestirse la máscara de la locura y volver a reir.

Así las cosas, atento don Juan Landaluce al consejo que Antonio Santero le dió al morir, de casar a su íntimo amigo Pablo Estrada con Matilde, y temiendo que su hija incurriese en los deslices a que las viudas jóvenes están expuestas, dispuso aquel nuevo casamiento; para llevarlo a buen término hizo que entre ella y Estrada, que a la sazón estaba en Cuba, se cruzasen algunas cartas, y como éste se mostrase propicio a la boda todo quedó concertado, y a poco aquellos novios extraños que nunca tuvieron ocasión de hablarse, se casaban por poder.

En estas segundas relaciones la voluntad de Matilde no intervino: la ofrecieron un marido y le aceptó distraidamente, como se aceptan los negocios dudosos y lejanos. Seis años tardó Pablo Estrada en ultimar los asuntos que le retenían en Cuba, y durante este largo período ocurrieron en la familia de Matilde graves mudanzas: Landaluce murió, sus hijas Juana y María del Carmen se casaron, y Matilde y su madre quedaron solas. En esta nueva fase de su vida, junto a la tristeza de su madre, presentes los muebles que recordaban a las hermanas ausentes y al padre muerto, y sintiendo la fiebre de placeres que el fin prematuro de su marido no satisfizo, Matilde experimentó con inaguantable intensidad la nostalgia de su viudez; y hallándose sola, quiso *al hombre,* a un ser indefinible y seductor, que poblaba de figuras rientes o sentimentales sus noches de insomnio.

Matilde Landaluce, tan expresiva en sociedad, era a solas esquiva y huraña; sentada en un sillón y con una

novela sobre las rodillas, junto a la chimenea encendida si era invierno, o frente al balcón abierto si verano, dejaba correr el tiempo sumida en un marasmo voluptuoso; los conceptos estampados en las páginas del libro, el monótono chisporroteo de la madera quemada, contribuían a exaltar su sopor; deleite orientalesco y exquisito remedo del nirvana indio.

En aquellas horas de plácido recogimiento, lejos del mundo que corre a la muerte, Matilde soñaba con el amante informe de sus pesadillas: esta quimera constituía su tormento, su sed de un más allá borroso, impalpable, como los espejismos del desierto abrasado. Recordaba a su marido, y aunque la muerte enaltece a sus víctimas, comprendía que aquel hombre no fué el ideal; faltábale algo, como a los otros les faltaba también. Las cartas de Pablo Estrada aumentaron su fastidio: juzgábale insípido y vulgarísimo: en medio de sus requiebros apasionados, se traslucía al comerciante que procura labrarse un porvenir dichoso, pero sin olvidar el precio de su felicidad: en aquellas epístolas hablaba de cariño y de negocios, de ilusiones y de dinero, de su futuro nido de amor y de lo que la instalación de tan poético retiro podía costarle, de besos y de números; era una repugnante confusión de afectos, un idilio escrito al dorso de un pagaré; y Matilde lloraba leyéndolas, y lloraba de despecho de verse encadenada a aquel mercader, con pujos de poeta, que cerraba el libro Diario para hablarla de amor.

Las mujeres impresionables son propensas a caer, y ella cayó también en brazos de un advenedizo que no la interesaba y era ya casi viejo; rindióse a él estúpidamente, sin meditar lo que hacía, rabiosa, como desean-

do vengarse así del remiso galán de sus soledades. Y entregó cuanto tenía: los tesoros de su ingenio picaresco, las bellezas de su juventud lozana, las ternuras de su corazón, la magia de sus caricias: todo fué para aquel individuo alto, barbudo, un poco calvo, que no tuvo otro mérito que el de enamorarla a tiempo; y dándose a él creyó satisfacer su afán de ideal, sus romanticismos de mujer que ha leído mucho, y estimó amor legítimo lo que sólo fué un vértigo sexual. Sumida en el misterio de esta pasión, buscando por las tardes a su amante para mitigar en un cuarto, bien cerrado, la fiebre que la consumía, y saboreando luego a solas el goloso sabor de los besos recibidos, dejó pasar tres años. Y entretanto, Pablo Estrada, ordenado y buenazo, seguía escribiendo por *primera vía* sendas cartas de amor en papel comercial...

Aquel amante aminoró en Matilde la obsesión de su quimera, ofreciéndola un cariño real, orlado con la poesía del crimen, y que al rendir sus nervios, sosegaba también su imaginación. Mas su ilusión duró poco, pues aquel hombre murió repentinamente de un ataque cerebral, sin hacer un gesto ni lanzar un quejido, como el buey que recibe un mazazo en el testuz.

Matilde le lloró según años atrás llorara la muerte de Antonio, si bien sus lágrimas fueron más tristes, pues el origen de su dolor era inconfesable, y las devoró en silencio, como en secreto había paladeado su dicha. Volvía a quedar viuda y el informe fantasma de sus ensueños reapareció; y tornó a divertir sus soledades sentándose junto a la ventana abierta o al amorcillo de la lumbre, y allí permanecía muda, cual sí en aquellos solemnes instantes de silencio escuchase la voz del Destino.

Y transcurrieron dos años preñados de hastío; Pablo Estrada escribía asiduamente, demostrando mucho amor y mucho juicio, y anunciando su regreso a la Península. Aquellas cartas provocaban largos comentarios: doña Carolina lloraba de gozo con la visión de un porvenir plácido, embellecido por la presencia de traviesos nietezuelos: Matilde, devorada por sus recuerdos, callaba y sonreía con una risa más triste que un sollozo.

Con Pablo Estrada sufrió Matilde Landaluce una terrible decepcion, porque desgraciadamente su figura ratificaba el espíritu de sus cartas. Representaba cuarenta y cinco años, era de regular estatura, delgado, con los brazos demasiado largos y las piernas arqueadas, el busto exiguo, la cabeza ladeada; y aunque nacido en Asturias, tenía el acento meloso de los antillanos, que arrastran las vocales finales de las palabras con su característica pereza tropical.

Pablo fué recibido en la salita, decorada con muebles de color rojo obscuro; doña Carolina ocupaba una butaca, Matilde otra, de espaldas a la luz; Pablo Estrada se instaló en el sofá. Doña Carolina contemplaba a su yerno con arrobo, cual si fuese una especie de dios tutelar o de angel ultramarino dotado de cualidades seráficas; y Matilde, encogida en su asiento, le veía y temblaba; era la primera vez que un hombre la infundía miedo y que no cuidó de parecer hermosa.

Pablo Estrada vestía un traje gris claro, camisa con cuello marinero, corbata verde, zapatos blancos y sombrero jipijapa. Al principio de la entrevista mostróse intranquilo, el busto rígido, las manos sobre los muslos y separadas las rodillas; vencido luego por el natural cansancio del viaje, dejó ir el cuerpo hacia atrás

y cruzó una pierna sobre otra, como quien poco a poco va convenciéndose de que está en su casa.

La conversación desfloró diversos asuntos. Dedicaron un ligero recuerdo a Antonio Santero, conviniendo los tres en que fué un buen muchacho; y después hablaron de Cuba, de las enfermedades que allí se padecen, de la existencia lánguida que arrastra el comercio habanero, del presente, del porvenir...

Estrada era un asturiano que olvidó en Ultramar la dulce poesía de los países montañosos. Cuba era su verdadera patria, allí se enriqueció, de las entrañas de aquella isla fecunda arrancó el capital que pensaba disfrutar tranquilamente en su vejez. Emocionóse recordando las campiñas feraces, las apocalípticas tormentas y las dulces noches tropicales; y luego, dejando divagaciones aparte, abismóse en una soporífera disertación acerca de la zafra en los ingenios, del cultivo del tabaco y de la influencia que Cuba ejercería en el comercio mundial si canalizasen el itsmo de Panamá; entonces las aguas del Océano Pacífico, al mezclarse con las del Atlántico, determinarían una poderosa corriente submarina que extirparía el vómito del golfo mejicano, y la Gran Antilla podría relacionarse fácilmente con los centros fabriles del continente asiático.

Esta conversación le entusiasmó al extremo de confesar el sentimiento que le causaba haberse retirado tan pronto del comercio. Seguidamente refirió los accidentes del viaje: desembarcó en Santander, y sin detenerse a gozar las bellezas de la pintoresca ciudad, facturó su equipaje y subió en el primer tren que salía para Madrid... Y allí le tenían, con su traje gris claro salpicado de manchas grasientas, su sombrero jipijapa y su sem-

blante marchito de hombre que ha rodado durante veinticuatro horas en un fementido coche de segunda clase. De pronto, fiel a sus obligaciones de esposo, manifestó a Matilde su satisfacción al encontrarla tan hermosa y tan superior al retrato que meses antes le enviara; y ya más contento, habló del porvenir, diciendo que pensaba comprar un hotelito en los alrededores de Madrid, y vivir tranquilo, entregado a la horticultura y a la cría de palomas. Terminada la entrevista, y mientras doña Carolina conducía solícita a su yerno al cuarto que con la antelación debida le había preparado, Matilde permaneció inmóvil, aturdida por el golpe de su infortunio. Ella nunca imaginó a Pablo Estrada tan insípido, desvaído y prosaico. Estrada tenía el color cetrino, el rostro aguileño, la barba rala y puntiaguda, las orejas grandes y delgadas, los ojos pardos, de mirar insistente y buído; ojos preguntones de agente policíaco o de comerciante que busca en su interlocutor la dosis de buena fe que hay en el negocio que le propone. Oyéndole hablar acabó de conocerle. Le vió apenarse un instante con el recuerdo del amigo muerto, y luego discurrir largamente acerca de Cuba, una tierra que amaba porque en ella se enriqueció; y de la caña de azúcar, y del medio de sanear los terrenos de plantío, y de la canalización del itsmo de Panamá, cuestiones todas que más o menos de cerca interesaban al comercio, única obsesión de su vida; y, finalmente, sorprendió su tristeza de no haber continuado trabajando hasta esquilmar los recursos de su industria; gesto de avaro insaciable, de especulador metalizado para quien todas las pasiones, excepto la del dinero, son lujos del corazón, distracciones del sentimiento. Y agotada aquella

conversación, ni una frase acerca de sus impresiones al divisar desde la cubierta del buque las montañas santanderinas, tan semejantes a las asturianas, ni una frase relativa a su niñez o a la memoria de sus padres: sólo tuvo para Matilde algunas galanterías banales y la promesa del hotelito, en el cual el espíritu suspicaz de la joven adivinó al hombre práctico que quiere asegurar su capital invirtiéndolo en bienes inmuebles...

Y cuando se marchó a su cuarto, precedido de doña Carolina, siguió viéndole en su imaginación, con su traje gris, su sombrero de jipijapa, sus botas blancas, su color cetrino, sus ojos inquisitivos de mercader desconfiado, su barba rala y puntiaguda, sus brazos demasiado largos, sus piernecillas arqueadas, su conversación monótona, su voz que a ella le parecía sonar a moneditas de oro; su tipo, en fin, de hombre que se retira creyendo su misión terminada, y sin más esperanzas ni otras ilusiones que las simbolizadas en el lazo de su corbata verde...

En su primera noche de amor con Pablo, Matilde cumplió sus deberes de mujer casada pasivamente, sin resistencia ni alegría. Ni una ráfaga de ilusión estremeció su alma. Meses después, Estrada halló en Cuatro Caminos un hotel que reunía las comodidades apetecibles, y allí se trasladaron inmediatamente. Cuando Matilde Landaluce, tan comunicativa, tan mundana, se encontró recluída en la soledad de su retiro, sin más compañía que la de su madre y la de Pablo, el hotelito convirtióse para ella en presidio durísimo, su marido en el más abominable de los carceleros y su madre en una vieja de carácter seco, punzante y agresivo como una bayoneta. Allá lejos quedaba Madrid, con su juventud

aventurera, sus lances amorosos, sus teatros rebosando alegría sensual; todo había concluído para ella, y su belleza y su ingenio eran inútiles, pues que el amante deseado no vendría nunca.

Pablo Estrada no era celoso; adoraba en su mujer, pero la quería mansamente; jamás la interrogó acerca de su pasado, ni procuró explorar las reconditeces de su conciencia; estaba cierto de que ella le quería, con esa seguridad propia de los necios; achacaba su falta de cariño a cortedad de carácter, y así vivía, inalterable como un reloj de sol, satisfecho de su mujer y de la marcha de sus asuntos, y entretenido en las labores de su huerta y en la cría de sus palomas.

Un domingo Pablo Estrada no pudo ir con Matilde a misa, y ella salió sola; a la semana siguiente ocurrió lo mismo, y la joven sintió que aquellas raras horas de libertad la producían grandísimo alivio: permanecía en el templo hasta que iban a cerrarlo, y regresaba a su hotel muy despacio y por el camino más largo: a falta de otras diversiones aficionóse a la iglesia y comenzó a mezclar en una misma aspiración sus ilusiones juveniles y su misticismo; después trabó conocimiento con otras señoras, también propietarias y vecinas suyas, y en esto halló nuevos motivos para escaparse a la calle diariamente. Así, mientras ella se aficionaba a salir, doña Carolina y Pablo Estrada, poco a poco, se acostumbraban a dejarla marchar.

Transcurrieron muchos meses, más de un año, y la joven encontró mezquina aquella libertad; quería más distracciones, más independencia; el término de sus afanes estaba en Madrid: allí era por donde quería andar, pero sola, como en sus buenos tiempos de viuda.

La enfermedad de su hermana Juana vino en su auxilio; el marido de Juana no podía atender a ésta porque los asuntos de su oficina le reclamaban, y Matilde y Pablo hubieron de constituirse en enfermeros; pero la dolencia se prolongaba, y luego empezó a iniciarse una convalecencia lenta e insegura que prometía durar mucho. Estrada, aburrido de soportar las impertinencias de su cuñada, dejó de ir a verla, y Matilde continuó cumpliendo sola sus deberes fraternales; finalmente, con un tacto de diplomático consumado, consiguió salir casi a diario merced a diversos ardides.

En estas escapatorias, que siempre costaban trabajo y dinero, Matilde Landaluce no perseguía ningún fin concreto, y sólo esperaba la realización de su ensueño: creía verle de un momento a otro, saliendo de un portal, subiendo a un tranvía... Aquel hombre seductor la rendiría con razones avasalladoras, y después ella, las mejillas arreboladas aún por el fuego de los besos recibidos, le contaría su historia con acentos mimosos de niña: su viudez, la muerte de su primer amante, sus horas de nostalgia ante la chimenea, sus relaciones de seis años con el rico indiano que la escribía cartas de amor en papel comercial; su reclusión en aquel hotelito cuyos cimientos parecían oprimirla el pecho; su juventud perdida para el deleite, anegada en lágrimas, asaeteada de recuerdos fúnebres...

Pensando en todo esto iba siempre, y cuando llegaba la hora de volver a su prisión y subía en la Puerta del Sol al tranvía de Cuatro Caminos, y cruzaba la solitaria planicie extendida ante el jardinillo de su hotel, se admiraba de que el galán anónimo tan esperado, tan deseado, no hubiese aparecido. ¿Por qué no iba a verla...?

¿Sería como las hadas de los cuentos...? ¿Le retendría el Destino prisionero bajo las bóvedas de algún palacio de cristal...?

Al igual de la mayoría de las mujeres era algo supersticiosa, y aunque convencida de que los sortilegios y bebedizos que componen las gitanas para ligar las voluntades son puras invenciones, creía vagamente en la virtud profética de las cartas, y en que las sotas combinadas con los reyes y los bastos, o los caballos saliendo en pos de copas o de espadas, representan las letras del misterioso alfabeto del libro del Destino... Con este pensamiento consultó a una corredora de alhajas, que era pitonisa a ratos; y, en efecto, ésta la dijo que era casada, que tendría un amante y un hijo, que moriría desesperada... y un rosario más de peripecias que, sin asustar a Matilde Landaluce, la dejaron tan perpleja como antes.

Paulatinamente, en el lento curso de sus conversaciones, Matilde fué descubriendo a su hermana el incurable tedio de su vida; pronto sus dolores hallaron eco en el corazón de Juana, que también se aburría, y como la crítica de los maridos es un tema innagotable entre mujeres mal casadas, sus confesiones no tenían término; siempre dejaban algún secretillo pendiente para la entrevista próxima; algunos días almorzaban juntas, y en esta intimidad, sobre la cual vigilaba el Pecado con su rostro de sátiro pasaron muchos meses.

Cierta noche, en un tranvía de Cuatro Caminos, conoció Matilde a Claudio Antúnez: ella le miró de reojo, sacudida por un inexplicable magnetismo: era el hombre de sus ensueños; su ideal que al cabo destacábase hecho carne del mundo nebuloso de las quimeras, con su arrogante figura de gladiador romano y su encrespa-

da cabellera de artista; sus manos atléticas; su boca voraz, su voz potente, metálica, de marinero viejo acostumbrado a dominar el fragor de las tormentas. Matilde concibió en seguida la idea de atraerle, y muy después las palabras del pintor llamaban a su corazón. ¿Cómo resistirle si era «el amo»...?

Todo coadyuvó a su caída: el misterio de la iglesia, la conversación en el café, la nostalgia de aquella tarde de invierno, el dolor del camino solitario que serpeaba a través de la llanura desierta, aquel arroyo seco que ofrecía en su cauce un tálamo a su amor, aquel hombre invitándola con frases ardientes a realizar sus supremos anhelos juveniles... Y cayó, cayó de súbito, como para no discutir el instante de su perdición, dándose por entero, sin esas inpertinentes esquiveces de las virtudes metódicas que calculan de antemano los favores que han de otorgar.

Claudio Antúnez reunía la viril hermosura, el arrebato, la palabra fácil, la voz simpática y la altitud de miras, de su ídolo: ella le había soñado así: garrido, valiente y genial: un tipo de clásica belleza, que llevase la enmelenada cabeza de Rubens sobre los hombros atléticos de Danton.

V

Los locos y los niños creen—decía Franklin—que veinte pesetas y veinte años son entidades que no acaban nunca; y algo de esto le ocurría con su amor a Claudio Antúnez, quién a fuer de artista tenía mucho de niño y mucho de loco.

Matildita Landaluce le había demostrado que sobre el cariño a la pintura está la afición a la mujer, la fuerza subyugadora de la hembra de cuerpo ondulante formado para el supremo deleite, manantial inagotable de inspiración, panal que exprime en caricias su fecunda y dulcísima miel.

El amor es un enigma que no se descubre hasta después de haber amado; y Antúnez, al despejarlo, quedó prisionero en la belleza de su descubrimiento: hizo de su querida, su musa; una musa ardiente, como aquellas diosas del paganismo que fortalecían sus miembros con agua perfumada con rosas de Falerno, y a ella consagró las energías de su cariño y de su fantasía.

Las pasiones intensas son a modo de sutiles vaporci-

llos que salen del corazón, la retorta donde los humanos sentimientos se funden para engendrar misteriosos precipitados de química moral, que luego suben al cerebro, trastornándolo; diríase que entre él y la cabeza hay una lucha callada, implacable, en la cual el cerebro procura encadenar entre sus pensamientos a su enemigo, y secarle como muérdago que ciñe el tronco de robusta encina y vive de su savia: mientras el corazón, siempre desbordado, resiste y trata de enloquecer a su rival con las adormideras del cariño. Dispone la cabeza del amor interesado que escribe números, del amor que no se rinde sin antes cobrar los beneficios de su rendimiento; y en el corazón reside el amor ciego, irresistible, como una ley de la materia; aquel que, según Ovidio, anda desnudo porque otorga sus favores caprichosamente y no necesita bolsillos para guardar un dinero que no reclama.

Este combate íntimo desapareció en Claudio apenas conoció a Matilde; la quería mucho, comprendía que su inspiración aumentaba bajo el látigo de aquellas tormentas sensuales, que concebía más y expresaba mejor, e inconscientemente fué abandonándose al placer de amar y ser amado: hoy un poquito, mañana otro poco, siempre cediendo, olvidándose de sí mismo para mejor pensar en ella, anulándose; y Matilde, atenta a conservar su imperio, iba capturándole irremisiblemente, adormeciéndole con sus palabras o enardeciéndole con sus besos, pues ella sabía que el cariño, como el acero de las espadas, se templa con las alternativas bruscas de la temperatura; y sin decírselo, suavemente, fué separándole de sus amigos y desencantándole de todo lo que no fuese su amor. Para conseguir esto ha-

lagó la devoción de Claudio por el arte: Matilde vió en la pintura una aliada que coadyuvaría eficazmente a la realización de sus planes; una mujer casta, incorruptible, que enloquece a sus adoradores con un beso ideal, y procuró que Claudio dedicase a aquella hembra impalpable las horas que no pasaba a su lado, aunque reservándose para más adelante el derecho de tener celos del arte y hacérselo odiar. Sagazmente la seductora utilizaba todas las circunstancias: la seducciones del ingenio, la blandura de las caricias femeninas, los placeres alquitarados del arte, los deslumbrantes espejismos de la gloria ambiciosa que fantasea coronas y estatuas; y Claudio Antúnez, que amaba sin reflexión y no sospechaba la doblez de su querida, renunció a sus amigos y a sus fáciles conquistas de antaño. ¿Para qué rodar por las calles con camaradas pegadizos y tenderas de amor, si en Matilde Landaluce todas las necesidades de su carne y de su pensamiento hallaban satisfacción cumplida...? Atesoraba Punto Negro cuanto él podía desear: una inteligencia despierta que preveía sus deseos, una voluntad discutidora, un cuerpo hermoso que rendía el vigor de su pasión una compañera que hacía de su trato afabilísimo su principal atractivo; nueva Aspasia enamorada del talento y de las bellas artes. Cumplióse una vez más en aquella pareja la eterna paradoja del amor; la debilidad venciendo a la fuerza, la astucia a la audacia; era la historia de Dalila encadenando a Sanson, de Marco Anionio renunciando al imperio del mundo por Cleopatra, de Otello muriendo por Desdémona de celos y de amor; y era también la poética fábula de las diosas y de las ninfas, de las mujeres superiores que saben hermanar lo humano con lo perdurable, los platónicos

deliquios del espíritu con los crispamientos de la carne, y ser de este modo simultáneamente inspiradoras del arte y sacerdotisas del deleite.

Claudio madrugaba mucho: el sol es el mejor colaborador de los pintores, y Antúnez lo quería porque aquel su gran amigo le excitaba el cerebro y daba firmeza a su pulso.

Alrededor de las nueve, mientras se desayunaba y concluía de vestirse, bromeaba con Teresa Sanz, que se santiguaba ante la profusión de desnudos que adornaban la habitación. La buena mujer decía que aquello era una indecencia y que, no obstante ser muy alegre y de servir lo mismo para un fregado que para un barrido, nadie, ni aun su difunto esposo, pudo llegar a verla nunca en camisa: Antúnez burlábase a carcajadas de de las gazmoñerías de su patrona, asegurándola que había de servirle de modelo para un cuadro que meditaba.

—Será mi obra magna—exclamaba—; y ¡qué gloria para usted, Teresa, y qué gusto para mí, el de ver perpetuada su figura...! Porque, no lo dude usted: la inmortalidad nos la dará a los dos ese pedazo de trapo pintado por mí bajo el fuego de la inspiración que usted, como hembra de atractivos, me irradie.

—Pero ¿cómo iba a ser el retrato?—decía ella, que tomaba en serio las invenciones del pintor.

—Desnudo.

—¡Ave María, qué horror...! Eso es por demás...

—Aunque sea... «por demás...» no admito ni un velo, ni una mano que disimule indiscreta aquel supremo incentivo de la figura; ni siquiera la pastoril hoja de parra...

—No, don Claudio, por la memoria de mi pobre ma-

rido... ¡El Señor me asista...! ¿Quién le ha metido a usted en la cabeza ese disparate?

—El Destino, Teresa—respondía Antúnez, con ridícula gravedad—; el hado, dispuso que usted sea eterna y yo también, retratándola a usted... Ya conoce usted el asunto de mi cuadro: un soto muy verde; a la izquierda, un grupo de árboles, entre cuyas ramas estarán jugando al zurra que te pego varios amorcillos; sobre el césped habrá dos o tres mancebos solazándose con algunas jóvenes sin más adorno que su hermosura y una corona de pámpanos en la cabeza; y a la derecha, junto a un estanque y como figura principal, estará usted... Usted, sí señora; necesito una jamoncita así, de esa edad y de esas carnes; usted saliendo del baño, un pie dentro del agua y el otro apoyado en la orilla; y junto a usted, y como para quitarla el frío, Sileno, o cualquier otro personaje pagano de buen humor, la ofrecerá un ánfora colmada de vino...

Desde su casa iba Claudio al estudio, situado en la calle del Barquillo; allí le llevaban el almuerzo, y pintaba hasta hora muy avanzada de la tarde.

Hacía tiempo que Antúnez trabajaba para el duque Giovanni Berocatti, rico y linajudo caballero perteneciente a la más rancia nobleza veneciana, el cual le había pedido una galería de retratos de reyes españoles, desde Viriato hasta Fernando el Católico, para con ellos facilitarle el estudio de la Historia Universal a su hijo Manfredo.

Esta labor monótona era para Claudio un quehacer rutinario, que trascendía a oficina; algo mecánico que su mano ejecutaba sin concurso de la inspiración. Todos aquellos rostros, con ligeras variaciones, tenían el

mismo perfil, el mismo modo de mirar, idéntica expresión; del obscuro fondo de los lienzos surgían cabezas análogas: cabezas guerreras, fuertes, amenazadoras, de rasgos duros, orladas de cabellos hirsutos y cubiertas por un casco.

En esta labor, que aseguraba ampliamente su porvenir económico, empleó muchos meses; luego, hostigado por su deseo de crear, quiso emprender algún trabajo original, pero los asuntos no se presentaban bien; todos le parecían vulgares, inexpresivos, indignos de ser pintados. Poco a poco, sin .embargo, la imaginación iba abriéndose camino, y misteriosamente las imágenes dispersas se acoplaban. Hasta qne una noche, hallándose medio despierto o medio dormido—que esto no lo supo él nunca—el ensueño de pronto cuajó, surgiendo de la ignorada sima en que la noche esconde a sus hijos: la impresión fué tan violenta, que Antúnez despertó, y ya despierto, continuó viendo el asunto de su pesadilla con perfecta nitidez.

Tratábase de un viejo acodado ante una mesa y con la pensativa frente entre las manos: delante de él y nimbada de luz blanca, una mujer rubia le sonreía; a su alrededor, surgiendo del suelo o bailoteando en el aire como sombras brujas, aparecían varias figuras grotescas o trágicas; pesadillas de carne que se retorcían presas de ignotos dolores y miraban al caviloso anciano con ojos que el tormento o el espanto desencajaban, cual si de él esperasen el supremo perdón; en el obscuro fondo blanqueaban siluetas espectrales, esqueletos, tal vez; un ángel, con rostro de mujer, descendía; las negras alas extendidas, a colocar en la cabeza del anciano una corona de laurel, mientras en lo alto varios serafines

bañados en un resplandor alechigado de amanecer, cantaban mirando hacia el cielo. El asunto estaba resuelto: era Dante meditando su *Divina Comedia.*

Claudio Antúnez quedó prendado de la originalidad de su concepción, y desoyendo perezosas vacilaciones empezó a trabajar.

Sentado en un alto banquillo, el cigarro entre los dientes y el semblante desencajado por la emoción, iba encerrando diariamente sus ideas en siluetas de contornos enérgicos, poniendo toda su intención en cada detalle, separándose del cuadro para examinarlo mejor y reanudando en seguida su tarea con nuevo ahinco, animado por la conciencia de las dificultades vencidas. Entre su cerebro y su obra realizábase un comercio de sensaciones: aquél concebía una actitud, un rasgo; la mano, obediente, lo dibujaba y al fijarlo, el lienzo devolvía al intelecto el concepto materializado, más fuerte, más preciso, informado de un poder sugestivo que determinaba la concepción de otros que, al materializarse también, reforzaban al primero. Era un constante intercambio entre el sujeto y el objeto, entre el artista y su obra, en el que ésta favorecía el trabajo de aquél y coadyuvaba a su triuufo; era la hembra, al principio remisa y pasiva, que después reanima el vigor del macho devolviéndole sus caricias.

El asunto elegido por Claudio resumía todos los matices de su temperamento: su afán de idealidad, sus desequilibrios de hombre nervioso, sus nostalgias de hijo del Mediodía, perezoso, imaginativo y sensual.

El no acariciaba el ideal misógino y anticuado de los pintores místicos; los ascetas de Ribera, las vírgenes de Murillo y de Correggio, las *madonas* del divino Rafael,

tenían a sus ojos una belleza tranquila; demasiado vaporosa para conmover el interesado corazón de la sociedad actual: había en ellas espiritualidad excesiva: el alma anulaba al cuerpo, y su fervorosa castidad iluminaba sus semblantes con merma de su belleza plástica. Aquellas cabezas femeninas eran impecables: aquellos ojos tan puros, velados por largas pestañas, sólo podían mirar al cielo; por aquellas frentes tersas, sólo serenos pensamientos pudieron cruzar; aquellos labios, mágicamente dibujados, sólo plegarias supieron decir; la carne no existía; eran mujeres que debieron de pintarse sin modelo; creaciones prodigiosas de la fe, en las cuales la materia quedaba vencida.

Rubens y Tiziano, tampoco le agradaban; porque en ellos, precisamente, había excesiva carne: narices dilatadas por la fiebre sexual, senos turgentes que pedían mordiscos, vientres rotundos capaces de una maternidad vigorosa, caderas que insinuaban anadeos lascivos, piernas de deslumbradora blancura, carnes lujuriantes... Serrallo incomparable, para esplendor del cual las mujeres más hermosas de Flandes, de Italia y de Circasia, prestaron el concurso de su belleza. Era, si se quiere, la la carne idealizada; pero materia al fin, ardiente y viciosa.

Claudio Antúnez soñaba un cuadro que compendiase el cielo y el infierno, lo metafísico y lo real; y el secreto de esta fusión creyó hallarlo en la figura de Dante.

Dante, con su nariz aguileña, reveladora de una voluntad firme, su semblante enjuto, su mirada imperativa y penetrante, su labio inferior montado sobre el superior—gesto predilecto de la duda—era la imagen perfecta del hombre que, consagrado a la conquista de la

inmortalidad, sacrifica a ella su sosiego y los alegres devaneos de la juventud distraída. Y aquella imagen que flotaba ante sus ojos, medio cerrados, magnificada por un nimbo astral, era Beatriz, la mujer impalpable cuya pureza se reflejaba en la rubicundez de sus cabellos y en sus frescas mejillas de joven aldeana montañesa; era el amor ideal que quiere sin besos ni abrazos, la gloria ofreciéndose seductura ante el poeta de Ravena; y aquel ángel de alas negras que traía entre sus manos el laurel, representaba la Fama, el aplauso, mudo y estruendoso a la vez, de la posteridad.

Las demás figuras significaban creaciones diferentes de la portentosa trilogía dantesca.

Allí, junto al poeta, la airosa pantera, símbolo de la lujuria, arqueaba el dorso como para saltar; a la derecha, Caronte, el barquero siniestro, y a su lado las sombras ensangrentadas de Pablo y de Francisca de Rimini, prolongaban entre tormentos su beso criminal; y en los extremos del cuadro y en caprichosas actitudes, los hipócritas, inclinados bajo el peso de túnicas de plomo; los cortesanos y aduladores, sumidos en un charco de inmundicias; los codiciosos, nuevos Sísifos condenados a empujar eternamente piedras enormes; las almas vulgares, sin virtudes ni vicios, acribilladas por millones de insectos insaciables, los rufianes, apaleados por demonios; Caifás, crucificado en medio de un camino para sufrir los pisotones de cuantos transitasen por él; Anastasio, purgando su herejía dentro de un sepulcro infecto; la trágica sombra de Ugolino mordiendo la nuca del arzobispo Ruggieri y dovorándole los sesos...y otros muchos fantasmas descoyuntados por la tortura, cuyo horrible conjunto hacía pensar en la utilidad de la virtud.

Contemplando aquellos rostros de agonía, aquellos miembros doblados bajo el peso de serpientes enormes, y toda aquella truculenta sinfonía de entrañas palpitantes y rotas, la figura de Dante adquiría la grandeza terrible del Dios Minos. Y para que la alegoría fuese completa, en el límite derecho y superior del lienzo, y contrastando con los tonos sombríos del conjunto, se vislumbraba la Gloria: un rayo de luz redentora bañando un grupo de ángeles rubios, vestidos de blanco.

Suspendido así el poeta entre el infierno y el paraíso, entre aquellos espectros cuyos brazos extendidos imploraban piedad, y los espíritus luminosos que volaban en lo azul, su figura era un compendio de filosofía moral: la virtud venciendo al pecado, la justicia castigando al delincuente, el ángel de la Fama laureando al hombre que supo vencer su carne para no pensar mas que en Beatriz, en lo suprasensible, en lo que no muere.

Nada intimida al escritor tanto como el rimero de cuartillas que ha de llenar de ideas, ni al escultor como el bloque de mármol que ha de vivificar, ni al pintor como un lienzo en blanco; el rimero de cuartillas, la piedra y el lienzo impoluto, son los elementos primordiales, el *protoplasma* de la obra artística, la materia pasiva propicia a recibir el soplo creador del genio y repetir la leyenda de Lázaro. Claudio Antúnez experimentaba repentinas congojas ante aquella tela que esperaba el contacto de su mano para vivir. Empezaba a trabajar sin gusto, poseído del malestar que acomete a los bañistas perezosos a la vista del agua; todo le distraía: la dureza del asiento, los ruidos que ascendían de la calle... Pero insensiblemente iba dominando su emoción, hasta que su entusiasmo le arrojaba a la tortura de dar forma a

sus ideas; verdadero pacto intelectual en que el artista deja que su cerebro se desgarre, como las mujeres se rompen las entrañas en el dramático instante de dar a luz: y entonces, enloquecido por el poder fascinante de su obra, encadenado a sus pensamientos, que resurgían poderosos de la antes inexpresiva tela blanca, se abstraía y pintaba sin desmayo, poniendo en ello todos los fuegos de su vehementísimo corazón.

El lienzo, mudo y frío al principio, parecía caldearse bajo el cosquilleo fecundador del pincel y devolver a Claudio el beso del Arte, la concepción objetivada, provocadora de otras que, sucesivamente habían de objetivarse también.

En estas horas de doloroso alumbramiento, Antúnez padecía un frío intenso que helaba sus dedos, dolíale la nuca y los menores ruidos le causaban conmoción violenta. Este penosísimo estado neuropático que le acometía con la llegada de la inspiración, le torturaba toda la mañana; por la tarde un mozo del café inmediato traíale un almuerzo suculento, que Claudio devoraba con apetito, y después se tendía en un diván, divirtiéndose mientras fumaba en mirar los cuadros que decoraban las paredes; cada uno de ellos le recordaba un episodio, una fecha, acaso una crisis económica: eran como los postes que señalaban el camino de su vida artística, existencia alegre que, entre risas y encogimientos de hombros, corría a su extinción.

Claudio evocaba su historia sin pesadumbre; tenía un carácter expansivo que no sentía esa nostalgia de vivir que atormenta a los temperamentos románticos. A él sólo le preocupaban el presente y el porvenir, lo que no ha sucedido, los placeres que aún están por gozar; la

triste grandeza de los cementerios no existía para él; era un hombre de la sociedad pagana, en quien las doctrinas de Cristo no influyeron; amante fervoroso de la forma y del deleite que a la forma va unido, prefería la Venus Anadyomena a las vírgenes cristianas, y no concebía cómo Naturaleza, que nos puso los ojos delante, nos diese al mismo tiempo la capacidad de volver la cabeza para mirar hacia atrás.

Después de cenar iba al teatro o al café, y en todas partes se aburría; envidiaba a los periodistas que trabajan de noche y renegaba de la luz eléctrica, que no puede sustituir a la del sol; la inacción a que diariamente le condenaba su colaborador durante doce o más horas le enfurecía, y si, por añadidura, no veía a Matilde, acostábase malhumorado, esperando la llegada del amanecer para vivir.

En los ratos que sus quehaceres le dejaban libre veía a Amparito Guillén; Matilde lo sabía y no se oponía a ello, persuadida de que estos amores, tan contrarios al temperamento de Claudio, terminarían pronto. Verdaderamente lo único que impedía a Antúnez romper con la pobre muchacha no era su amor, sino su misericordia; es decir: el cristiano recelo de hacerla sufrir demasiado.

Una mañana, estando Claudio desayunándose, entró doña Teresa a decirle que una señora pregunta por él.

—Es pequeñita—agregó—, así, como yo: lleva mantilla... viste bien...

Antúnez comprendió en seguida de quién se trataba.

—Dígale usted que entre.

Marchóse doña Teresa, y el pintor, apenas vió aparecer a su amante, lanzó un grito de júbilo.

—¡Matildita...! ¿Tú aquí..,?

La joven se arrojó en sus brazos.

—Sí, yo misma. ¡Estoy harta de tener cordura y de ser mujer de talento...! A Pablo le he dejado en la camita sudando un catarro que cogió ayer en la huerta; él mismo me rogó que saliese a cobrar una letra que hemos recibido; yo, naturalmente, no quería..., ¡figúrate...;! pero él insistió tanto, tanto... que, por complacerle, me resolví al sacrificio de venir a verte, mamarracho...

Claudio la había sentado sobre sus rodillas, y la acunaba como a una niña pequeña.

—¡Feucha de mi alma...!

—¡Chico, qué bien...!

Añadió:

—Lo más famoso del caso es que allá mi gente cree que almuerzo con Juana, y a ésta la he dicho que como con una amiga: ¿entiendes...? La carambola está hecha y almorzaremos juntos. Te digo que el demonio me ayuda. Yo venía diciéndome por el camino: «Si aquel supiese la sorpresa que voy a darle...» Pero, chico, ¡qué vergüenza he sufrido en ese pasillo...! Si llega a salir uno de tus compañeros de hospedaje y me mira y le gusto y empieza a florearme, me muero del berrenchín...

Hablaba de prisa, riendo, palmoteando, interrumpiéndose para responder a los besos que de su amante recibía; y estaba hermosa, con esa hermosura triunfante que refleja en el rostro un amor feliz.

—¡Tienes un cuerpecito que vale un corazón...!—repetía Antúnez entre dientes—. ¡Que monísima eres, Punto-Negro...!

Punto-Negro era el mote con que Claudio había confirmado a Matilde Landaluce, y que aludía graciosa-

mente a su pequeñez y al subido moreno de su color.

Ella sonreía, mientras miraba los cuadros con ojos habladores.

—¡Cuánta mujer!—dijo—; y me escamo, pues dudo de que el amor a la pintura le quite a los señores artistas la devoción a las faldas. La más hermosa es aquella, que tienes allí...—y señaló el retrato predilecto de Antúnez—. ¿Quién te sirvió de modelo?

—Nadie—replicó Claudio apasionándose—; es un tipo ideal, enteramente mío... ¡Es mi cuadro favorito...!

Quedaron silenciosos ante el bellísimo rostro de aquella mujer rubia, con ojos verdes, que les miraba fijamente.

—¡Y se parece a tí!—exclamó de pronto Antúnez—, y mucho... No tienes su pelo, ni sus ojos... y, sin embargo os parecéis.

Matilde se echó a reir.

—Eso lo dices para que yo no tenga celos.

Hubo un larga pausa. Claudio se había quedado pensativo.

—Es una semejanza prodigiosa—murmuró—; ¡que torpe soy...! Te había retratado de memoria, te había presentido... y he necesitado veros juntas para comprenderlo.

El resto del día lo pasaron en el estudio.

Era éste una habitación espaciosa, limpia y alegre, de suelo encerado y techo de cristales. A un lado estaba el cuadro de Dante, y al otro un ancho diván y dos butacas blandas y profundas: en el fondo, disimulada tras una cortina, había una puertecilla que conducía a las habitaciones interiores, destinadas a guardar armas, trajes y muebles antiguos.

Aquella mañana Claudio Antúnez no quiso trabajar, pero Matilde dominó pronto este acto de insubordinación: él pintaría hasta la hora de almorzar, y después darían un paseíto. Fué asunto resuelto y todo se hizo conforme ella lo dispuso; y mientras Claudio pintaba, Matilde fué a sentarse en el sofá: se había puesto la capita y meditaba, la inteligente cabeza sepultada entre las pieles del cuello. Tenía una pierna sobre la otra, lo que descubría la pantorrilla del pie sustentador, y los brazos cruzados en una deliciosa actitud de indolencia y altanería. Así, con su rostro aguileño cubierto de nerviosa palidez, sus grandes ojos pardos, sus cejas inquietas, su nariz fina; sus labios delgados y parleros, su barbilla saliente de hembra testaruda, y aquel pelo áspero y negrísimo que servía de marco a la frente, parecía, al lado de tanto cuadro, un retrato más, un semblante de cera modelado por Grévin, al cual un discípulo de Velázquez hubiese dado aquel barniz de distinción que el maestro supremo imprimía a sus figuras.

La conversación languidecía, reduciéndose a monosílabos; y Matilde, a quien encantaba aquel sosiego, se sentía bien. De pronto, dijo:

—Tengo miedo de estar aquí, Claudio; parece que los retratos de tus cuadros me miran.

—Porque no tienen confianza contigo.

—Chico, ¡bonitas explicaciones inventas para tranquilizarme...! Oye... ¿quién es aquel caballero de la derecha?

—¡Ah...! no te asustes; es Teudiselo, un buen amigo mío...

—Azacán más impertinente... ¡no me quita ojo!

—Pues, si quieres, de un brochacho le desfiguro;

ningún trabajo me cuesta. Pero, considera que soy un pobre diablo, sin otro bien que mi paleta; que por ese retrato me dan mil pesetas, y un rey que vale doscientos duros... es un gran rey...

Calló absorto bajo la fiebre de la concepción, que volvía a dominarle.

Matilde Landaluce le contemplaba poseída de inmenso bienestar, y suavemente fueron surgiendo en su memoria un callado enjambre de recuerdos. Aparecióse Antonio Santero: le veía con su estatura alta, su cuerpo delgado, sus ojos, que una enfermedad traidora entristecían y agrandaban, su barba rubia, y aspiraba su aliento, oía su voz, cada vez más débil, según la tisis iba desgarrando sus pulmones; y recordaba los detalles de aquella agonía, el esfuerzo convulsivo del postrer abrazo; el frío del último beso, la expresión desesperada, suplicante, inexpresable, de la última mirada. Aquel fué su primer desengaño; las lágrimas que entonces derramó, las primeras que escaldaron sus tiernas mejillas de niña dichosa.

¡Cuánta poesía encerraban aquellos tiempos...! ¡Qué hermosos eran los días, qué bien lucía el sol, qué regalado sabor el de aquellos besos deificados por el cariño y legalizados por la ley, qué ansias locas de reir en un mundo que a su inocente imaginación aparecíasele como el mejor de los mundos creados, y qué confianza tan hermosa en que su felicidad no tendría fin...!

Luego, este recuerdo se esfumó y llegaron los tristes días de su viudez, sus visitas al cementerio, sus deseos de renunciar al mundo y desposarse con Cristo en cualquier convento provinciano. Después dibujóse la figura de su primer amante...

Merced a un pequeño esfuerzo de atención también le veía, con sus ojos acariciadores, su nariz ancha, su barba corrida, sus ademanes y aptitudes, sus trajes, cuyo color veía ahora como si los tuviese delante; su muerte repentina, brutal, cual la del buey que recibe un mazazo en el testuz... Este amor vivió y murió inconfeso; pasión que tuvo de callada cuanto de franca y ostentosa tuvo la del primer marido...

Y más tarde, sus relaciones con Pablo Estrada, sus cartas salpicadas de requiebros cursis y de cálculos económicos, donde se asociaban en maridaje absurdo el amor y la aritmética mercantil.

¡Oh...! estas últimas impresiones eran más tristes que las otras, y sangraban aún. Para ver a Pablo Estrada no necesitaba fantasear: le veía, sí, aunque no quisiese, con su cuerpecillo enteco, sus piernas arqueadas, sus ojos penetrantes de mercachifle suspicaz, su color cetrino, su barba puntiaguda; conjunción funesta de rasgos que crispaban su nervios, poniéndoselos en horrible tensión...

Y acosada por la imagen del hombre infausto que había dejado sudando entre dos cobertores, miró a Antúnez, que seguía pintando, olvidado del mundo; y sonrió considerando su cuerpo atlético y su altiva cabeza, que la inspiración embellecía, tan fuerte, tan airoso, tan joven, tan vibrante, tan apasionado de su arte. Así era el hombre que ella erigió en prototipo del sexo masculino; entusiasta y soñador, capaz de dar su vida por una idea y de suicidarse por no despertar de un ensueño feliz.

Después la imagen de Pablo Estrada reapareció, y el semblante de Matilde tuvo un gesto de disgusto.

—¿Te aburres, Punto-Negro?—exclamó de pronto Claudio, sin volver la cabeza.

Ella no pudo contestar, sofocada por un dolor repentino: el presente abrumador se imponía al futuro engañoso y apareció su vida actual, sin otros regocijos que las misas domingueras, su madre regañona, su hotelito sumido en el silencio de los campos solitarios... y sus ojos se arrasaron en lágrimas. Entonces tosió, procurando serenarse: pero las figuras de los cuadros la examinaban con la mortificante curiosidad con que miran los retratos de Tintoretto, y esto acabó de desconcertarla; Teudiselo, el terrible rey godo tasado en doscientos duros, la fascinaba también bajo sus ojos feroces; la alucinación adquirió tales visos de realidad, que Matildita Landaluce levantóse bruscamente v exclamó, respondiendo a la pregunta de Claudio.

—No... no me aburro..., pero tenía ganas de que charlásemos un poquito...

Se acercó a él, complaciéndose en hacer sonar los tacones de sus botitas de charol sobre el suelo encerado del estudio.

VI

Insensiblemente Claudio Antúnez fué apartándose de la alegre sociedad de sus amigos, y dedicándose con mayor ahinco a su amor y a su cuadro favorito.

Punto-Negro triunfaba: era una criatura deliciosa que encubría cuidadosamente sus pesares, y siempre llegaba a Claudio alegre, sonriente, feliz de encontrarse a su lado, con ganas de jugar y de decir algo: jamás hizo un gesto ni pronunció una frase que pudiesen disgustarle, y le trataba con iguales deferencias que el día que se conocieron. Era la gran actriz adivinada por Matilde Díez; actriz anónima, más peligrosa que otra cualquiera, porque sólo empleaba las peregrinas donosuras de su entendimiento en el teatro del mundo.

Mujer de complexión delicadísima, tenía un temperamento de fuego, insaciable para el placer; la menor caricia estremecía la red de sus nervios, erizaba el vello de su espalda, y aceleraba el correr de su sangre; y, sin embargo, en los devaneos más íntimos demostraba un pudor que no se rendía a la confianza. Había nacido

para querida, para vencer por sí misma, con su ingenio y sus encantos, y retener a su amante sin necesidad de pedirle auxilio al Código; mujer extraña, mujer compleja, mujer refinadamente espiritual, que se hubiera quitado la camisa delante de Claudio y no se atrevía, sin embargo, a bostezar delante de él.

De estas raras cualidades iba apasionándose el pintor, y la musa dominadora surgía insensiblemente de la hembra vulgar. En la pequeñez de Punto-Negro hallaba Claudio precisamente la idealidad de su querida: imposible concebir nada más diminuto ni mejor proporcionado, ni cuerpo más chiquito que sirviese de vaso receptor a un espíritu más vibrante ni más enérgico.

Siempre que Matilde lograba escaparse de su casa, corría a sorprender a su amante a la plaza de Bilbao; y si calculaba, por la hora, que no le encontraría allí, iba al estudio.

La escena ofrecía invariablemente el mismo interés, la misma vehemencia. Ella empujaba la puerta y se quedaba en el umbral, esperando a que saliese a recibirla. Antúnez lanzaba un grito de satisfacción y corría a su encuentro.

—¡Punto-Negro de mi alma...!

—Chico, ¡qué bien...! ¡Oh...! Vengo sofocadísima...! Anda, toma mi boca para darme alientos...

El la conducía al sofá y allí se sentaban los dos, muy juntos, besándose mientras hablaban: ella refería minuciosamente el pretexto que ideó para salir, lo que dijo su marido, el mal gesto de doña Carolina al verla con la capotita puesta...

—Se quedaron refunfuñando—decía—, pero me tiene sin cuidado; chico, las iras de mi gente son tronadas

que no me quitan el sueño. El día menos pensado digo: «Vaya, abur, que esta mártir se cansó de sufrir y se declara independiente...» Y me voy y doy la campanada gorda, y los mismísimos periódicos se ocupan de nosotros... o de mí sola, si tú no quisieras seguir mi destino... ¡Eso tendría la mar de gracia! Si yo esta noche, por ejemplo, cuando vuelva a casa llamase a mi madre y a Pablo, y después de reunirles en el comedor les dijera: «Ea, señores, llegó el momento de la emancipación, ¿no me entendéis...? Lo creo, porque estais reñido con la gramática y el sentido común: pues, hablando en plata: que estoy harta, pero muy harta, de vosotros, y que me largo de aquí»... ¿Eh...? Vaya un zafarrancho que se armaría... ¡Ni en Trafalgar...! Y luego, lo peor que podría sucederme era que tú te hubieses metamorfoseado repentinamente en hombre formal y me dieras con la puerta en los hociquitos, como suelen hacer los enamorados no bien comprenden que el lance va de veras...

Y mientras ella charlaba él reía bonachón, incitándola a seguir hablando.

En tales momentos el estudio era para ellos el rincón mejor de Madrid. Volvíase Claudio loco de atar, y ella se entregaba a su pasión, sin curarse del patilludo Teudiselo, ni de los retratos, que les acechaban desde el fondo de sus marcos. Después Antúnez reanudaba su trabajo, y Matilde, con el devoto encogimiento del catecúmeno que va a conocer los secretos de una religión poderosa, le seguía en su tarea y observaba sus gestos, calladita, admirada del hilo de palpitante inspiración que parecía manar del pincel del artista.

El cuadro iba muy adelantado. El retrato de Dante

estaba concluído; era una figura altiva y severa, resplandeciente de genio: de su rostro sólo se veían la nariz aguileña, la barbilla saliente, las mejillas demacradas, los ojos grandes, finos, taladrantes, fijos en las cuartillas que esperaban sobre la mesa el soplo de su fantasía, para vivir y eternizarse; el cuello extendido, las espaldas apoyadas contra el respaldo del recio sillón claveteado, las flotantes vestiduras monacales cayendo en pliegues graves alrededor del cuerpo, las piernas cruzadas y rígidas, como contraídas por el trabajo mental. La frente desaparecía tras la mano en que descansaba; mano seca, de venas pronunciadas, cuyos largos dedos parecían escarbar el cráneo. En aquel semblante lívido, en aquella boca contraída dolorosamente, en aquel gesto de hombre que sufre un secreto suplicio, expresó Claudio sus torturas de artista, su fiebre de inmortalidad: así estaba él delante de sus lienzos, como el poeta de Rávena ante sus cuartillas: y lo expresó bien, porque era un dolor demasiado real para que la forma, siempre perezosa y tardía con los asuntos mal precisados, se negase a vestirlo espléndidamente. Dante merecía un rostro de Rivera, porque así traducía el espíritu de Antúnez, derramándose constantemente en una sangría de pintura melancólica; él, cuando trabajaba, era como el cantor de Beatriz: un mártir del arte, sin nervios, sin carne, ni otra pasión que la de inmortalizarse creando.

La pantera con que el poeta simbolizó la lujuria, también estaba concluída. Claudio la dió una actitud soberbia: las ancas vueltas hacia el espectador, la cola ondulante, en un ademán de impaciencia y fiereza; el lomo arqueado, como si fuese a saltar; era la imagen del pecado acechando una debilidad de la carne del

poeta para arrojarse sobre él y devorarle. El efecto fué magistralmente calculado: junto a aquel animal flexible y sanguinario que brincaba hacia adentro, resaltaba mejor la ascética frialdad de Dante, reconcentrado en sus pensamientos; era Ormuzd venciendo a Ahrimán, Eva pisando la cabeza de la serpiente tentadora.

Después la atención de Claudio se detenía en el ángel de la fama y en Beatriz; estas dos creaciones ofrecían dificultades casi invencibles; especialmente la última, personificación de ese amor ideal, totalmente contrario a su temperamento de hombre sanguíneo.

Beatriz es la más abstracta de las mujeres cantadas por los poetas. Beatriz era un ensueño de anemia, un jirón de neblina, el disco luminoso de la luna reflejándose en el cristal de un lago; era lo impalpable, lo no sujeto a leyes físicas, lo más supereminente de la idealidad. Claudio Antúnez no supo cuán difícil era el retrato de la musa dantesca, hasta que hubo de pintarlo. El no comprendía el carácter de Beatriz; su arquetipo femenino era menos vago, y cuando necesitó materializar la noción de una mujer que ama sin que sus nervios influyan en su amor, sintió flaquear su fantasía.

Pero su voluntad se impuso y empezó a trabajar lentamente; según la figura surgía del lienzo, su labor iba siendo, por momentos, menos difícil. Al fin apareció la imagen: aérea, sutil, desvanecida en una aureola luminosa: Antúnez agotó con ella el color blanco de su paleta; el carmín le asustó y únicamente lo empleó en los labios, pero con mucha prudencia. En las mejillas, en las manos, cruzadas sobre el pecho, en sus ropas flotantes, en su frente, derramó todos los reflejos del marfil: las cejas y las pestañas apenas eran perceptibles; su ca-

bellera rubia palidecía tras una sutilísima gasa; mostrábase tranquila, los ojos puestos en las cruces que formaban sus manos unidas. Esta figura sólo ofrecía un signo de vida: la tímida línea roja de sus labios; unos labios que, por la escasez de carmín, parecían yertos. Era una virgen muerta, un copo de nieve manchado por una gotita de sangre...

Mas cuando ya estaba casi terminada la figura de Beatriz, tropezó con la dificultad de pintar sus pies. Beatriz flotaba en un vapor luminoso, y sus pies aparecían bajo la túnica y a corta distancia del suelo; eran unos pies duros y sin idealidad, contraídos por un esfuerzo violento, como los de Moisés y Elías en la copia de Sanzio de *La Transfiguración*, de Rafael.

Entonces comprendió Claudio el gran escollo del cuadro *La Transfiguración*: Sanzio había luchado con él sin vencerlo; en vano iluminó los semblantes de Cristo, de Elías y de Moisés con los resplandores de la fe e hinchó los amplios pliegues de sus vestiduras, cual si un viento huracanado las agitase; aquellas tres figuras, no subían al cielo atraídas por una fuerza superior, sino impulsadas por un brusco esfuerzo de los músculos extensores de sus piernas. Este mismo obstáculo detuvo a Claudio; los pies de Beatriz, a pesar de su blancura y de su pequeñez, continuaban siendo humanos, y la imagen, aunque flotando en el aire, se arrastraba por el suelo. Newton triunfaba.

Muchas tardes Matilde encontró al pintor empeñado en esta porfía.

—Beatriz me trae desesperado—decía Claudio;—quince días he empleado en dejarla como la ves, y de ahí no puedo pasar.

—Claro; ¿cómo ibas a pasar de los pies si el cuerpo concluye ahí...?

—Demasiado comprendes lo que quiero decir. Con esto, por tanto, demuestro ser un pintor de brocha gorda, incapaz de terminar airosamente lo que empieza.

—No; con esto queda probado que eres un mediano zapatero... ¡Chico, cómo me gusta verte de mal humor...! ¡Eso tiene la mar de gracia...!

—Me parece que hay motivos para suicidarse.

Antúnez, que estaba de malísimo humor cuando ella llegó, había comenzado a pacificarse: Matilde, sentada a su lado, habíase recogido un poco las faldas para mirarse los pies; Claudio, la paleta y los pinceles en una mano, la observaba.

—Veamos—dijo Matilde—, qué tienen los pies de Beatriz, señor pedicuro?

—Prosa.

—¿Prosa...? Es decir, ¿juanetes...?

—No está mal—repuso Claudio—, pues también los juanetes son prosaicos; pero la prosa de los pies de Beatriz es prosa incurable, prosa de la peor... Figúrate, chiquilla, que los pies de esta Beatriz están llenitos de prosa—o de juanetes—desde el remate de los dedos meñiques a los tobillos, y calcula mi remordimiento de haber engendrado un ángel juanetudo; soy el Segismundo de los padres... ¡Qué fatalidad maldita...! Esos pies, por su blancura y su peso, parecen de mercurio...

Matilde examinaba la figura de Beatriz y, aunque hacía con la cabeza gestos dubitativos, no halló nada que la desagradase; de pronto volvió a reir, con aquella hilaridad nerviosa que inspiraba a Claudio deseos de morder.

—¡Chico—exclamó—, si estuviese aquí tu patrona, diría que estos pies eran prosaicos «por demás»... ¿Qué te parece...? Eso tendría la mar de gracia; era cosa de preguntárselo, ¿eh...?, y decirla: «Doña Teresita, ¿qué piensa usted de esto...? Que es por *demás*, ¿no es eso»...? ¡Chico, parece que estoy oyéndola...!

Reía con toda su alma, echando el cuerpo hacia atrás y dando traspiés como si sus carcajadas la hiciesen perder el equilibrio: sus hombros trepidaban. Claudio rió también.

—¿Y los míos—añadió ella—son también prosaicos...?

—¡Quita de ahí...! Tus pies son dos pedacitos de porcelana hechos para llevar sandalias de plumas.

Ella, parada en medio del estudio, se los miraba y sonreía, satisfecha de tenerlos tan lindos.

—Es la parte de mi personita que más piropos ha merecido—dijo—, y así los cuido tanto; no me importa ir mal vestida con tal de verme bien calzada. ¡Es una manía...!

Claudio la miraba absorto; luego dijo:

—Quiero que te desnudes un pie; acaso él me inspire algo que me libre del atolladero donde estoy metido.

Ella hizo un picaresco mohín de displicencia.

—Hombre, no... ¿qué humorada es esa...?

Sin saber por qué, repugnaba mostrar aquella parte de su cuerpo, creía que un pie pequeño y bien calzado, es bonito, pero que, desnudo, perdía sus encantos: los pies constituían una de sus mayores coqueterías y uno de sus pudores más firmes, tanto, que no la hubiese importado mostrarse ante cualquiera según se ofreció a Perseo la seductora Andrómeda, con tal de conservar

las medias y los zapatitos puestos. Con este pensamiento y no queriendo, al mismo tiempo, negarse al deseo del pintor, acercóse a él despacito, balanceando el cuerpo, el ceño fruncido, como el muchacho que ha estado llorando y luego, ya consolado, se llega a su padre para recibir el beso de paz, y zalamera le enlazó los brazos al cuello.

—¿Es cierto que quieres verme sin medias...?—ronroneaba—. Tontín... mis pies no pueden inspirarte nada; las Galeteas que prestaban con sus piececitos blancura a las espumas marinas, acabaron; de rodilla abajo yo también soy prosaica...

Pero tanto porfió Antúnez, que Matilde hubo de ceder. Por consejo del pintor subióse en el sofá, las faldas recogidas y el pie derecho colgante y desnudo sobre el fondo verde musgo. Como tenía que apoyarse en la pared para no caer, se burlaba a carcajadas de sus equilibrios.

—Si alguien viniese ahora—decía—pensaría que nos habíamos vuelto locos. ¡Qué ocurrencias tienes...! Bien puede agradecerme Beatriz los títeres que hago por ella.

Claudio no respondía, ni siquiera pestañeaba, concentrada su atención en el pie de la joven con la esperanza de resolver el secreto de los enigmáticos pies de Beatriz.

El de Matilde Landaluce era un piececito que apenas medía ocho dedos de longitud; delgado, blanquísimo, surcado de pequeñas venas azulinas; los dedos, unidos en apretado manojito, estrechábanse unos contra otros cual si tuvieran frío, e iban de mayor a menor, dibujando una curva perfecta, desde el pulgar hasta el meñi-

que, sonrosado y pequeñín como el de un niño que todavía no hubiese empezado a calzarse; el talón era redondo, los tobillos poco pronunciados, el tarso fino anunciaba el nacimiento de una gentilísima pantorrilla: allí no había callosidades, ni vellos, ni músculos fuertes, ni tendones contraídos; era un pie blanco, tranquilo, como el de Cendrillón, la milagrosa mujercita de Perrault; un pie que parecía no haber servido aún para caminar hacia el pecado. Viéndolo así, tranquilo, apreció Claudio el defecto principal del cuadro *La Transfiguración*: los pies de los bienaventurados los concebía Antúnez como el de Matilde; sin venas, ni músculos, ni tendones en tensión, pues los elegidos deben ascender a lo azul porque el cielo los atrae, y no necesitan recurrir, por tanto, en semejante viaje, ni a sus manos ni a sus pies.

—¡No te muevas—exclamó—, pronto termino...!

Volvióse hacia el cuadro y empezó a pintar; fué un dibujo rapidísimo hecho con prontitud y corrección admirables; Matildita, comprendiendo la sagrada misión que cumplen los modelos, quedóse muy seria, regocijándose íntimamente de legar, siquiera fuese un pie, a la posteridad.

—Ya es mío—dijo Claudio—, y mañana quedará mejor. ¿Ves, Punto-Negro...? Más pueden tus piececitos de cristal que mi cabeza.

Ella fué a abrazarle dando saltitos, para no pisar el suelo con su pie desnudo.

—Ahora sí puedo vanagloriarme—dijo—de haber impreso en una obra de arte la huella de mi hermosura...

A pesar de lo agradablemente que distraían las horas

en el estudio, Matilde prefería para sus entrevistas la guardilla de Antonia Carrasco; y en aquel gabinete, con su techo en declive, sus paredes desnudas y su insegura cama de hierro, era la mujer más feliz del mundo.

Siempre llegaba ella primero; Antonia ya la conocía por el modo de subir la escalera, y antes de que llamase a la puerta acudía a abrir. La recibía sonriendo, se saludaban alegres, agradeciéndose con los ojos los favores que mutuamente se prestaban, y se daban dos besos, uno en cada mejilla, en señal de buen afecto.

Antonia se sentaba al lado de Matildita, mirándola cariñosamente.

—Hoy sí que viene usted guapa—decía, acariciándodola las manos—amiguita, bien se conoce que tiene usted a quien agradar...

Punto-Negro reía, satisfecha del requiebro.

—Hombre, eso tiene la mar de gracia; ¿conque hoy vengo más guapa que ayer...?

Viéndolas juntas surgía entre ambas un raro parecido: las dos eran pequeñitas, de movimientos vivos, expresivos y picarescos. Su flaqueza era la misma: la afición a la vida mundana, el deseo de amar y ser dichosas. Punto-Negro simbolizaba la juventud ardiente, que empieza; Antonia, la vejez coronada de canas que se retira, evocando el dulce calor de los besos recibidos y el nombre de los antiguos amantes, viejos también; Antonia pertenecía a una generación que pasó con estruendo de fiestas, y ya había enmudecido; casi todos los hombres de su tiempo murieron; sólo algunos vivían aún, pobres rezagados de una feliz caravana perdida, que paseaban su incurable fastidio por las calles, arrastrando

los pies; Matilde representaba la generación presente que corre a la muerte repartiendo risas y abrazos. Esto establecía entre ambas mujeres una secreta corriente simpática; Antonia Carrasco era el ayer desengañado asistiendo conmovido a la ruina del hoy fugitivo.

Charlando esperaban la llegada de Antúnez: le sentían subir la escalera alentando bulliciosamente, y luego avanzar por el corredor con su paso largo, lento y pesado de hombre fuerte. Entraba en la salita y con su elevada estatura y su carácter turbulento llenaban la pequeña habitación. Antonia salía a recibirle.

—¡Hola, bala perdida...!

—Hola, Antoñita; ¿ha venido...?

Y, sin esperar la respuesta, pasaba al gabinete.

—¡Ah...! ¿Pero estabas ahí, Punto-Negro...?

Matilde alargaba la mano sin levantarse, como si estuviese en un salón sujeta a los prietos reglamentos de la etiqueta. Después, cuando Antonia Carrasco se marchaba, la joven corría a echarse en los brazos de Claudio: era un abrazo frenético, de amantes que vivieron largo tiempo separados.

—Punto-Negro, ¡qué guapa estás...!

—Eso me dijo Antonia, apenas entré...

—¡Y no mintió!

—¿Me quieres mucho...?

—Con toda mi alma.

—¡Chico qué bien...!

Hablaban mucho y de lo mismo, más sin sentir nunca la monotonía de la conversación; unas veces alegres, a ratos tristes, siempre enamorados y besucones.

Matilde refería sus disgustos íntimos, comentando el genio irascible de su madre y la soporífera vulgaridad

de Estrada; pero fiel a sus delicadezas de mujer culta, ridiculizaba a Pablo sin frases acerbas que trocasen la burleta ingeniosa en vergonzoso ludibrio; era un sarcasmo embozado, un bofetón dado con guante blanco. Antúnez apreciaba esta cortesía y la respetaba también.

Obsesionado por su arte Claudio solía tener extraños caprichos.

Una tarde quiso ver a Matilde enteramente desnuda. Nunca había logrado satisfacer este deseo, porque los reparos que ella oponía ladinamente, o el excesivo frío, o la conversación, le distrajeron; y él mismo no se atrevió a solicitar tan gran favor, temeroso de lastimar aquel recato, que no cedía ni aun en los momentos de mayor locura pasional. Al fin decidióse: había visto muchas mujeres desnudas, pero fueron modelos, esculturas animadas que nada dijeron a su corazón, y él esperaba que la desnudez de Punto-Negro produjese en su espíritu diferente impresión: fué un refinamiento de pintor pagano, que buscaba en el deseo carnal la revelación artística.

La joven quiso resistir.

—No seas caprichoso—decía—; todas la mujeres, con leves diferencias, somos iguales; además... me da mucha vergüenza, hijo...

Se había acercado a él ronroneando amorosamente, haciéndole carantoñas, como la tarde en que se negaba a enseñarle los pies. Y es que las mujeres tienen dos pudores: uno para el tacto y otro para los ojos, y prefieren ser tocadas a ser vistas; sin duda porque las impresiones tactiles, al encender el deseo, aminoran el rubor.

—Considera también—añadió—, que si como amada te gusto, puedo desagradarte como modelo; el arte no tiene corazón, ni nervios... y si te desilusionas, figúrate.., se acabó Matildita...

—No digas eso; tú eres hermosa siempre, con hermosura indiscutible. ¡Vaya...! Quiero verte desnuda, Punto-Negro; lo necesito...

Su acento fué tan apremiante, tan inapelable, que Matilde cedió.

Claudio entonces entornó las maderas de la ventana de modo que la luz iluminase únicamente la parte de la habitación donde Matilde había de colocarse, y él fué a ocupar una silla en el lado oscuro. Ella estaba en pie delante de la cama, que cubrió, por consejo de Claudio, con un mantón negro, de Antonia, para que sobre él los blancos perfiles del cuerpo resaltasen mejor.

Matilde empezó a desnudarse, poniendo en cada movimiento un exquisito mohín de coquetería; y mientras miraba a Claudio, sus ágiles dedos iban zafando corchetes y desatando cintas. Primero se quitó su chaquetita de color rojo oscuro, luego la corbata y el camisolín de cuello alto, quedándose con los brazos al aire; saltaron dos corchetes y cayó la falda; después las enaguas... Claudio observaba silencioso cada uno de estos detalles, fijándose en todos con una especie de voracidad visual.

La joven se quedó en corsé; un corselito de raso negro, adornado con cintas bermejas, por debajo del cual las caderas turgentes se desbordaban. Entonces Matilde miró al pintor, pidiéndole con los ojos autorización para quedarse así. Antúnez ni siquiera pestañeó.

—Sigue—ordenó—, sigue...

Y miraba, hipnotizado, por la proximidad del tesoro carnal que su imaginación presentía tras la tela sútil de la camisa.

En aquel traje, con el corsé, las medias negras y los anchos pantaloncitos ceñidos a las corvas, derecha y airosa, el cuerpo algo echado hacia atrás y los brazos en jarras, en ademán retador, Punto-Negro parecía un pajecillo de las viejas zarzuelas... Después los pantalones cayeron al suelo, y tras ellos las medias y el corsé; sólo quedaba la camisa de trasparente batista. Matilde había cruzado las manos delante del seno: de sus hombros arrancaba la línea del cuello, adornado por los negros ricitos de la nuca.

—Sigue—repitió Claudio—: pronto...

A su cerebro ofuscado no acudían otras palabras que expresasen mejor, ni más brevemente, su impaciente deseo.

La camisa fué descendiendo; tras los hombros aparecieron los pechos, que resistían sin humillarse la falta de corsé. Al llegar a la cintura, la camisa se detuvo, retenida por un último reparo vergonzoso. Matilde sonreía, procurando velar su turbación con aquella afectada alegría; los ojos chispeantes, las mejillas encendidas de rubor. Antúnez no habló; pero sus labios, sus cejas, la enérgica contracción de su frente, sus ojos, sobre todo, expresaron un deseo imperativo, irreductible, de mirar hasta el fin. Aquella orden silenciosa de tirano que no admite objeciones, fué obedecida: la camisa resbaló a lo largo de las caderas y cayó al suelo, formando una especie de concha a los pies de aquella Venus pequeñita.

Todo apareció de pronto: piernas, vientre, senos, en

una explosión de belleza, que sacudió los sensibles nervios del pintor con un estremecimiento brutal.

Claudio quedóse absorto, como un ciego que súbitamente adquiriese la capacidad de ver, y con la voluptuosa unción del niño que mira por primera vez una mujer desnuda.

El nunca sospechó que la belleza femenina llegase a límites tales de perfección. La locura de aquellos esclavos que morían por tomar a Cleopatra, le parecían invenciones de la historia antigua, y el suicidio de Werther y los amores de Manón, hipérboles de los escritores románticos. No concebía que por la posesión de un cuerpo pudiera sacrificarse el sosiego de una conciencia; a juicio suyo, la hermosura de la materia terminaba apenas empieza el hastío que, como castigo, sigue al deseo satisfecho; la idealidad de los desnudos estaba en el pintor, no en la carne, y era, de consiguiente, una ilusión de la mente creadora, no una realidad: las mujeres del mundo no podían, en su concepto, rivalizar con las pintadas; el artista se valía de aquéllas para sus obras, pero las eternas por antonomasia, las capaces de pasar a la posteridad, eran las segundas, cohorte gloriosísima arrancada por los magos del pincel a los siete colores del arco iris.

Así, la visión de Matilde desnuda, le trastornó; fué la realidad palpitante sobrepujando a la fantasía soñadora, el cuerpo enajenando al espíritu con seducciones perdurables. La veía y sus ojos no se saciaban: iluminada por la luz dorada del sol, destacábase del fondo negro como Friné ante sus jueces, con la divina gracia de sus piernas llenas de armonía, sus rodillas redondas y suaves, sus muslos magníficos, sus caderas espléndidas

sombreadas por dos leves hoyuelos, su pelvis ancha, separada del vientre por una ligera depresión; vientre duro, capaz de una potente maternidad; su cintura breve, sus bracitos pudorosamente recogidos, su esternón alto, su inquieta cabecita de mujer talentosa, bien afirmada sobre el redondo cuello. Allí no había huesos, ni músculos, ni tendones acentuados, ni vello, ni nada que afease la madorosa tersura de la piel; la línea recta, siempre dura, el ángulo brusco, no existían; todo era pequeño, pero todo bonito y gracioso. La línea que nacía bajo los lóbulos de las orejas, al prolongarse dibujaba la redondez de los hombros, las axilas, la depresión de los costados, el ensanche voluptuoso de las caderas, las curvas de los muslos y de las pantorrillas, hasta terminar en aquellos piececitos de china de jarrón japonés, que apenas contaban ocho dedos de longitud.

La carne de Matilde tenía ese color moreno mate de las ardientes mujeres de los países cálidos, en las que el hígado y las pasiones destruyen el tinte rosáceo de la piel; parecía un modelo de la escuela italiana, una Venus tizianesca, pero sin las formas excesivamente ampulosas de los desnudos del pintor veneciano; en sus carnes no había el carmín, ni los frioleros reflejos alabastrinos característicos de las mujeres flamencas; sí una blancura afelpada y tibia, que invitaba al amor.

Insensiblemente Claudio fué sobreponiéndose a su primera impresión, y al recordar las emociones que dió a sus manos aquel cuerpo, cálido y suave, sintió que, de súbito, sus apetitos se desataban, y se puso de pie. Como encendidos carbones le brillaban los ojos.

—¡Eh...!—gritó la joven—, quietecito ahí; porque, entendámonos, yo sólo me he desnudado para el pintor...

Antúnez se detuvo, temeroso de estropearla si la cogía entre sus brazos.

—Bien—dijo—, seré juicioso; pero, ya que empezaste a complacerme, sigue hasta el fin; vuélvete de espaldas... despacito...

Ella, impaciente, dió con el pie un golpe en el suelo y giró bruscamente sobre sus talones, deseando concluir pronto.

La mujer hermosa es una moneda que no tiene reverso, y así triunfa por cualquier lado que se la aprecie o examine. En aquella actitud la belleza de Punto-Negro resaltaba mejor: se veía el perfil del rostro, con su naricilla levantada y el crespo pelo echado hacia la frente; el moño alto, la nuca coquetona, el cuello corto, los hombros ebúrneos, la cintura delgada, los lomos separados por la depresión de la columna dorsal, pero sin que las apófisis vertebrales afeasen la tersura de la piel, cubierta en aquella parte de finísimo vello; las caderas poderosas se redondeaban en atrevida curva: las nalgas, eran de una morbidez dura y palpitante; los muslos, desarrollados magníficamente, descendían hasta las pantorrillas, llenas de ligera elegancia.

Claudio Antúnez miraba embelesado, vencido y como adormecido, bajo un hechizo sensual. Matilde aparecía a sus ojos de enamorado y de pintor como un supremo ideal artístico. Era la mujer eterna que ha guiado el buril del escultor y encendido la fantasía de los poetas, y hecho soñar a los músicos celestiales armonías: músicos, poetas, pintores, escultores, todos erigieron a la Mujer como norte único de su inspiración, y tradujeron al pentágrama el amoroso arrullo de los suspiros femeninos o las explosiones de su pasión, y cantaron sus

afectos en versos y en libros, y perpetuaron su belleza en lienzos y mármoles. Ella fué siempre el campo nunca yermo del arte; Naturaleza dió a su voz inagotables magnetismos, espejismos musicales que conmueven al corazón de mil sabrosas maneras; a su cerebro, concepción pronta, imaginación viva para engalanar los asuntos más prosaicos de cromatismos rientes; voluntad firme y dúctil, para vencer cediendo, y sentimientos variadísimos que el talento de los novelistas no pueden agotar; y a su cuerpo, formas magníficas, eternos arquetipos de las artes plásticas.

Nada hay comparable a una mujer desnuda: es la manifestación suprema de lo bello, lo que asegura la perpetuidad del arte y el triunfo de la especie: en sus caderas, naturaleza agotó sus mágicos recursos con la concurrencia de cuanto favorece los efectos estético y sensual más acabados; la dureza de las carnes, el colorido y aterciopelada suavidad de la piel, la serie de curvas que se retuercen lascivas, todo contribuye a enloquecer el cerebro después de embriagar el tacto y la vista. Es la apoteosis de la carne: dijérase que en la fabricación de tan soberano dechado los geniecillos protectores del amor cuidaron que ni aun los detalles más nimios, se olvidasen; que los diablos de la lujuria, con rostro de sátiro, hicieron todo lo grande, lo fuerte, lo que luego el deseo había de estrujar frenético; y que un artífice, mitad ángel de luz, mitad demonio, guió la habilidísima labor de unos y otros.

Antúnez no pudo reprimir más tiempo su deseo; el hombre aniquiló al artista y se arrojó sobre Matilde con un ardor de fiera encelada, sin darla tiempo a huír. Después la sentó sobre sus rodillas, oprimién-

dola contra su pecho fatigado, desnudita según estaba.

—¡Cómo te palpita el corazón!—exclamó ella—, me lastima oirlo.

Claudio experimentó un súbito acceso de mal humor.

—Me late—dijo—y me duele, porque los celos me atosigan; tengo celos de ti...

Ella le miró asombrada.

—Sí, de ti—continuó el pintor—¿de quién había de ser...? Celos terribles, que se refieren a tu historia; celos retrospectivos, que durarán lo que mi pasión, porque no pueden vengarse...

Matilde le escuchaba sin saber a qué venía aquello: él hablaba apresuradamente, pronunciando un discurso deshilvanado, en el que iban mezclados juramentos de cariño, arrebatos iracundos, tristezas, lamentos de amante que mira acongojado las impurezas que salpicaron la limpieza de su ídolo. Claudio, que conocía la historia de Matilde, empezó a recordarla, y cada episodio aumentaba su sombría pesadumbre. Habló de Antonio Santero, de aquel amante que empañó la viudez de Matildita Landaluce, de Pablo Estrada y de otros amores inconfesados que su suspicacia adivinaba palpitar en la sombra; torpes caídas, que ella negaba con el tesón de la mujer que quiere tener pasiones y no caprichos. En el celoso arrebato de Claudio había algo de infantil y de trágico, que apenaba.

—¿Cómo te rendiste?—repetía—, ¿cómo entregaste tantos atractivos por un instante de placer...? ¡Ah...! ¿No comprendías que ninguno de tus amantes apreciaba el inmenso valor de su victoria...? Y cuando los besabas ¿no presentías que ibas a pertenecerme...?

Sus palabras habían tal acento de tristeza, que Matilde Landaluce se conmovió; y como si encogiéndose fuese menos accesible al dolor, recogió los brazos y las piernas, ovillándose. En aquellos momentos, bajo la voz de su amante, que parecía la de su propia conciencia, revivió sus añejos dolores y sus menguados placeres perdidos: recordó el juvenil amor del primer esposo, su viudez, sus horas de nostalgia, su matrimonio con Estrada, su vida presente, llena de punibles emociones... Cada recuerdo apretó un poco el nudo de las íntimas pesadumbres que oprimían su garganta, y cuando la pena no la cupo en el pecho, rompió a llorar.

Antúnez meditaba ante aquel dolor, que respondía al suyo; era una escena muda, en la cual el amor bañaba con lágrimas de arrepentimiento las marchitas flores de los antiguos pecados. Nunca se sintió tan conmovido, y cuando Matilde levantó la cabeza para recibir en sus labios el beso del perdón, vió que Claudio, a pesar de su varonil entereza, también tenía los ojos húmedos.

VII

Cuatro Caminos es uno de los barrios más feos de Madrid; ocupa un terreno árido que se extiende a ambos lados de la carretera que conduce al pueblo de Tetuán, desde los sotos verdes de la Moncloa al canal de Lozoya, que lo limita por su parte oriental.

Lo constituyen las ventas de Amaniel, el templo de Nuestra Señora de los Angeles, cuyas blancas torres se yerguen alegres sobre el añil del cielo, los días de sol, con su bullicioso clamoreo de campanas y su risueño aspecto de iglesia moderna; dos conventos, muchos hoteles y algunas fábricas, y el caserío, que es pobre y casi todo de planta baja; viviendas mal revocadas y de ventanas irregulares, todas sucias, tristes, como si conociesen el dolor de miseria de sus moradores y quisieran revelárselo al transeunte. Las calles están sin empedrar, y las gallinas y los cerdos circulan por ellas libremente, cacareando las unas por encima de los estercoleros y hozando los otros en el fango de los baches;

muchas casas no tienen numeración y permanecen anónimas, esperando una cifra con la resignación inalterable de las cosas muertas.

El comercio es nulo; algunas tiendas, especies de bazares pueblerinos, donde se venden ligas y pantalones de mujer, y boinas y botas de cuero blanco, para hombres; encajes y trencillas, un poquito de ferretería y quincalla, fajas, alpargatas, sombreros... También abundan las tiendas de géneros ultramarinos y las tabernas, estas últimas en asombrosa cantidad.

En invierno, las lluvias y las nieves convierten la mayoría de las calles en barrizales intransitables; en verano, el suelo, de naturaleza arenosa y desecado por el sol, desprende un polvo espeso, que el viento barre y ciega al transeunte, y empercude el frontis de las edificaciones y estropea la bonitura de los revocamientos.

La mayor parte del vecindario es obrero: unos trabajan en Madrid, otros están empleados en el Fielato y muchos viven de la recova, de las basuras recogidas en la capital, de las faenas del campo y del contrabando. Por las noches, estos últimos, fiados en su habilidad o en la protección de algún guarda, conducen por extraviados parajes su matute; pero no siempre los resultados corresponden a sus deseos, y entonces procuran obtener a tiros lo que con amaños y dádivas no consiguieron: son las ignoradas tragedias del hambre, que que van rodeando a Madrid en un círculo de sangre que empapó el suelo y espera allí la hora de la venganza.

Las mujeres también se dedican a trabajos diversos: muchas merodean por las cercanías, recogiendo leña para sus hogares y pordioseando; otras lavan en una

artesa, delante de sus casas, al sol, las faldas recogidas alrededor de la cintura y los robustos pies desnudos; en los días bonancibles, las viejas dormitan junto a las paredes con el pañuelo echado sobre el rostro para que la demasiada luz no deslumbre sus ojos cansinos; son las vencidas de la vida, despojos del combate que la humanidad riñe a la miseria, y que sucumbirían a no tener hijas que las amparasen; y sobre aquella senectud abatida y harapienta que bosteza al sol, corretean millares de moscas testarudas, que vuelven si se las espanta, cual si olfateasen la carne que la muerte reparte en sus festines.

Hay varias escuelas públicas, adonde asisten multitud de rapaces culirrotos y carisucios, que sólo saben rezar mal y meterse los dedos en la nariz: van a ellas muy temprano y salen a las cinco de la tarde, con la cartera de los libros a la bandolera y las intenciones de Caín; los más pequeños marchan en grupos, cogidos de las manos para resistir los empujones de los mayores, y los remendados pantaloncillos sujetos al cuerpo por un tirante que les cruza el pecho y divide sus bustos con una línea semejante a un zodíaco de cuero; círculo máximo de aquellos cuerpos que el desaseo convirtió en planetillas habitados por legiones de insectos. Después el bullicioso enjambre de puntos negros se desparrama: unos juegan al toro en medio del camino, otros desaparecen silenciosos por las callejuelas del barrio, y algunos, más independientes o menos sensibles a los castigos paternales, se organizan en guerrillas y van a buscar camorra a los granujillas de Chamberí. Todos estos detalles reunidos dan una fisonomía especial al barrio de Cuatro Caminos, que con sus pobres viviendas de un piso, sus

calles anónimas y sin empedrar, abiertas muchas de ellas entre los paredones de dos huertas; sus lavaderos al aire libre, sus viejas tripudas sentadas al sol a lo largo de las paredes, y su chiquilleria pendenciera, parece uno de esos villorrios castellanos adonde aún no ha llegado el ferrocarril, y que viven ignorados de los geógrafos, a la sombra de sus conventos.

En la parte oriental hay numerosas calles apenas bosquejadas; sin duda se pensó edificar por aquel lado, pero luego las obras se abandonaron y las edificaciones yacen inconcluídas. De ellas se desprende ese aire frío que pesa sobre las cosas muertas: se ven muros aislados, torcidos, que amenazan ruina, y limitan solares que los vecinos han convertido en corrales; casas que quedaron sin cubrir y cuyas vigas, al podrirse, se desplomaron; de ellas sólo quedan las paredes y los huecos donde las ventanas debieron ser colocadas: algunas, a las cuales la paralización de los trabajos sorprendió en un mayor estado de adelanto, conservan los balcones y las puertas, cuyos batientes gimen lúgubremente a impulsos del viento; de otras sólo restan paredones resquebrajados, hechos con arcilla y pedruscos de diversos colores y tamaños. Estas ruinas yacen diseminadas, y al romper la aburrida monotonía verde del campo, dan a todo aquel barrio un aspecto tristísimo del pueblo abandonado.

El hotel de Matilde Landaluce era uno de los más bonitos de Cuatro Caminos: hallábase edificado a la derecha de la carretera, entre otros dos más pequeños, frente a un campo del que lo separaban una zanja poco profunda y algunos árboles. El hotelito constaba de dos pisos, planta baja y principal, y tenía además dos pa-

bellones laterales que, con la verja que los unía por delante y la fachada principal del edificio, cerraban el jardín.

Subiendo los escalones de piedra tendidos ante la puerta de entrada, había un pequeño recibimiento, que dividía la casa en dos cuerpos. A la derecha estaba el escritorio de Pablo Estrada; cuarto espacioso, bien ventilado y alegre, que convidaba al estudio. A este despacho seguía una salita adornada con gusto y sobriedad, y tras ella la habitación de la sirviente y el cuarto de baño, con su pila de mármol, su espejo y sus grifones de bronce.

El pabellón izquierdo, elegido por Matilde para cuarto de costura, era exactamente igual en dimensiones y decorado al despacho de Pablo, y comunicaba con el comedor, amueblado con un aparador, una mesa capaz para ocho personas y una sillería de cuero; del techo pendía una lámpara, cuya pantalla había adornado Punto-Negro con numerosos cromos: un *jockey* montado sobre un caballo lanzado a todo correr: varios conejitos diplomáticos metidos en sendos casacones azules; dos chulos riñendo, con las navajas abiertas; un angelito sentado sobre un caracol, monos, diablos y otros disparates...

Estas figurillas de vivos colores, que apenas tendrían tres centímetros de altitud, hallábanse unas a continuación de otras: de noche, cuando la lámpara ardía, las figuras se recortaban violentamente sobre la pantalla, llena de luz, y Matilde se divertía haciéndolas pasar en carnavalesca procesión.

Detrás del comedor, y relacionándose con él por un torno, estaba la cocina, grande y clara y con ventanas

abiertas sobre la huerta, donde Pablo Estrada entretenía sus aficiones de agricultor cultivando rosales y jazmines, removiendo la tierra para mejorar la calidad de las uvas del emparrado, cuidando los perales, guindos y albaricoqueros; abriendo hoyos para nuevas plantaciones, sacando agua del pozo y preparando injertos; siempre a vueltas con el rastrillo y la podadera, limpiando el suelo de hierbajos inútiles, persiguiendo a las larvas y a los caracoles voraces, feliz con respirar la fragancia de las flores por sus manos plantadas, comer las frutas de sus frutales y coger los huevos de sus gallinas.

Del recibimiento arrancaba la escalera que conducía al piso principal. En éste se hallaba el salón, vasta pieza rectangular, con un mirador de cristales y dos ventanas sobre el jardín: los muebles eran de brocatel, color salmón, rameado de plata vieja; había divanes rinconeras, un par de jugueteros de cristal y los retratos de don Juan Landaluce y de doña Carolina, dibujados al carbón; pendiente del techo una lámpara de bronce con colgajos de cristal tallado, y delante del mirador un transparente japonés, que filtraba una claridad discreta y lechosa de santuario. El salón comunicaba con los dormitorios de Matilde y de su madre, y había además un cuarto ropero y otras dos habitaciones espaciosas y limpias con alegres ventanas a la huerta.

No tenía más el hotel, y tenía lo justo; era precioso, nuevo, perfectamente distribuído, con todas las comodidades apetecibles y bien soleado; un hotelito que hubiera sido el edén para Matilde si Pablo Estrada se hubiese transformado en Claudio Antúnez.

Pablo se levantaba siempre antes que ella, fiel a sus inveteradas costumbres de comerciante a quien los ne-

gocios seducen más que las blanduras del ocioso colchón; Matilde fingía dormir para no hablarle, y con los ojos medio cerrados le veía saltar del lecho, calzarse las zapatillas y dirigirse a largos pasos hasta la ventana; en la penumbra de la habitación su silueta se dibujaba imprecisa; luego, al abrir las maderas, su figura violentamente se bañaba en sol: aparecía de espaldas y en ropas menores, la angulosa cabeza ladeada, el cuello débil y anacalado sobre el mezquino cuerpecillo: mucho rato permanecía contemplando la explanada y el cariz del cielo; después continuaba vistiéndose, y entonces descubría su estrecho esternón, su barba puntiaguda, su rostro ajado, sobre el cual las arrugas de la almohada dejaron algunas huellas...

A Matilde la repugnaban estos detalles, pero experimentaba un placer de ensañamiento o de voluptuosidad dolorosa, en observar toda la fealdad de Pablo, con sus piernecillas estevadas, sus tobillos prominentes, sus pies demasiado grandes, sus calcetines blancos y caídos. Jamás hubiera creído poder casarse con un hombre tan opuesto a su ideal varonil: Matilde Landaluce era la poesía que crea un mundo de hermosos ensueños para vivir en él; Pablo Estrada, el individuo prosaico dedicado a todo lo vulgar; ella, era una vida de artista ardiente que empieza; él una existencia de comerciante metalizado y aburrido que concluye: eran lo ideal y lo real abofeteándose, la materia vil degradando al espíritu, Sancho Panza mofándose de don Quijote y tirándole al rostro su grosería.

Cuando Matilde se levantaba acudía al dormitorio de su madre a informarse de su salud; y cumplido este deber filial, iba al cuarto de baño; allí encontraba a Pablo,

con la camisa y la corbata puestas, los tirantes caídos y los brazos en alto, ocupado en partirse el pelo delante de un espejo; entonces se saludaban; y ella se dejaba besar la frente. Durante el desayuno, Pablo Estrada solía quejarse del estómago; sufría de accideces; pensaba tomar una purga...

—Mírame la lengua—decía—; creo que la tengo sucia...

Extendía el cuello para que su mujer le examinase mejor, en tanto la acosaba con preguntas de enfermo aprensivo; ella se encogía de hombros, diciendo secamente:

—Púrgate, si quieres...

Luego él encendía un cigarro y se iba a la huerta, o se metía en su despacho a esperar la llegada del correo. Matilde, terminadas sus matutinas faenas de mujer hacendosa, cogía el periódico que muy temprano echaba un muchacho por la verja del jardín, y se sentaba a leer.

Este rato era para ella el mejor del día: leyendo el periódico se acordaba de Madrid, de su próxima cita con Claudio, del rostro picaresco con que saldría a recibirla Antonia Carrasco. El periódico era para ella un cosmorama; una especie de viaje rapidísimo hecho alrededor del Globo y sin moverse de su butaca; un eco del mundo: la voz de los humanos que diariamente se comunican sus impresiones por medio del telégrafo; el fonógrafo que llevaba a sus oídos el confuso latir de los pueblos remotos.

Sugestionada por sus lecturas, Matilde Landaluce padecía el vértigo de las distancias: hubiera querido verlo y saberlo todo por sí misma; ser ciudadana de

todos los países, visitar el Niágara y las cumbres del Himalaya, vivir una noche de juego en Monte-Carlo y ver desde las torres de la catedral de Cristianía una aurora boreal; conocer el calor enervante de los bosques africanos, con sus fieras desperezándose al sol y mostrando en largos bostezos sus fauces encendidas; los osos blancos que persiguen a las focas embarcadas sobre témpanos de nieve; los esquimales constructores de casas de hielo, y los indios que besan humildemente el suelo de sus pagodas... Todo tenía para ella el encanto inapreciable, la seducción maga, de lo desconocido y de la aventura.

La persona que no viaja demuestra ser tan indiferente como el inquilino que habitando en una magnífica casa no quisiera molestarse en salir del cuarto que eligió para dormitorio. Punto-Negro suspiraba incesantemente por un más allá; y según tras los anhelos máximos del espíritu hay otros que aparecen a medida que los primeros van saciándose, así tras el horizonte visible existen horizontes nuevos por los cuales la vida, y con ella los deseos, corren libremente.

En todo esto pensaba Matilde, y tan inútiles meditaciones sólo servían a acrecentar el tedio de su oscuro retiro. ¿Qué era su hotelito con sus dos pabellones y su huerta poblada de gallinas vocingleras, mas que un punto miserable, microscópico, infinitesimal, de esa Tierra que a su vez es un átomo inapreciable del Cosmos...? Y ante la idea de su vertiginosa pequeñez, Matilde Landaluce, que hubiera querido medir el infinito con su pensamiento, creíase más diminuta de lo que era y sentía ganas de morir, de anularse, llorando el inmenso infortunio de ser chiquita.

En estas imaginaciones invertía gran parte de la mañana, y cuando la llamaban a almorzar no se movía, dejando que repitiesen una y muchas veces el llamamiento; sólo entonces entraba en el comedor, con el semblante pálido y el áspero talante del que despierta de un sueño agradable.

La comida jamás ofrecía atractivos inesperados; era una reunión silenciosa de gentes burguesas que no tienen nada nuevo que decirse. La joven ocupaba el sitio de preferencia, entre su madre y Estrada, y el diálogo lo sostenian doña Carolina y su yerno; Matilde, entretanto, pensaba en Claudio, que también la recordaría, y observaba a Pablo, quien a pesar de su afectado atildamiento a cada momento descubría su ordinariez y mezquina crianza: comía de prisa, sin paladear los manjares; al beber hacíalo ruidosamente, sorbía con estrépito las cucharadas de sopa, como si fuesen ostras, y en vez de llevarse la cuchara a la boca, permanecía con los antebrazos apoyados sobre la mesa, inclinándose a cada momento para salir al encuentro de la cuchara.

Matilde le examinaba sin hallar término a su insignificancia: cada día se le antojaba más parvo, más insignificante, más insufrible; era el indiano del sombrero de jipijapa y la corbata verde, que menguaba...

Después de almorzar y mientras servían el café, la joven exponía brevemente los motivos que la obligaban aquella tarde a salir: no había chocolate, una amiga estaba esperándola, necesitaba comprar unas puntillas... y acto contínuo, como mujer acostumbrada a obrar libremente, subía a su habitación para vestirse. Doña Carolina, a quien no convencían los pretextos alegados por su hija, quedábase refunfuñando y concluía por me-

terse en su dormitorio, diciendo que tenía jaqueca y que no la llamasen aunque el hotel ardiese. Pablo Estrada quedábase solo delante de la mesa, balanceándose sobre las patas traseras de su silla y fumando un cigarro puro. En estos momentos ni el tabaco, ni el café le excitaban. Los trabajos de la digestión paralizaban las pulsaciones del cerebro y permanecía aletargado, pensando, como siempre en lo bien que vivía allí, sembrando flores, criando gallinas y sacando agua del pozo, junto a aquellas dos mujeres que tanto le querían; y discurriendo así, sus ojos recorrían el comedor, examinando cariñosamente el suelo, las paredes, el techo, la lámpara... todo aquello que compró con parte de los centenes ganados en muchos años de privaciones y de ruda brega, y que parecía amarle también. Estrada sentía hacia el hotel ese afecto que inspira a los gatos viejos la casa donde nacieron; aquello era suyo, y debía quererlo y cuidarlo por eso, y porque allí vivía Matilde, la mujercita que había de acompañarle en el ocaso de su vida, y a quien quería tanto por económica como por bonita.

Nunca apreció la cualidad sobresaliente de su esposa; el ingenio: cuanto late de pupilas adentro, la inteligencia, la imaginación viva, la amena conversación, formaban un mundo cuyos encantos él no veía; sólo apreciaba el cuerpo de su compañera y su habilidad en reducir los gastos de la casa; y la quería mansamente, con amor que tenía algo de fraternal, pues era tan avaro de su salud como de su dinero, y únicamente la abrazaba con mayor ternura cuando el apetito le estimulaba el corazón: era una pasión que satisfacía tranquilamente, con una periodicidad repugnante de bimano metódico que

así regula las expansiones de su amor como sus gastos.

Las esquiveces de Matilde no le sorprendían, ni siquiera reparó en ellas; él no conocía las hiperestesias frenéticas del amor, ni la emoción trepidante que precede a las citas, ni aquel primer saludo rápido seguido de preguntas dichas atropelladamente, ni aquel besar insaciable, ni aquel seguir con los ojos a la mujer querida, envolviéndola, en el momento de separarse de de ella, en una mirada de pasión; ni sospechaba el sibarítico deleite que los verdaderos amantes de la belleza hallan en contemplar una mujer desnuda, ni esas otras mil deliciosas lagoterías que son el amor mismo... Jamás tuvo el antojo de ver a Matilde desnuda, ni de besarla los pies: esto le parecía infantil y vergonzoso: el matrimonio, en su concepto de hombre morigerado, era la fórmula legal de satisfacer la sensualidad: el marido es el macho que desea; cuando este deseo falta, el marido desaparece y queda el hermano. Fiel a su criterio no extrañaba la frialdad de Matilde, en quien la carne, sin duda, influía muy poco. Esto le tranquilizaba acerca de su moralidad; para él todas las mujeres eran iguales, y suponía que ella juzgaba a los hombres de igual modo: no comprendía que el apetito tuviese predilecciones; el apetito era único e independiente, a su juicio, del objeto apetecido. Por eso nunca dudó del cariño de su esposa: creía que Matilde le amaba con un afecto tranquilo, pero firme, y él la quería con una pasión incolora de ciego-sordo-mudo, cuya alma, por efecto del embotamiento de los sentidos, no sufre tempestades.

Mientras cavilaba en esto, Matildita Landaluce, de pie ante el espejo, se vestía sus pantaloncitos de seda

y sus mejores camisas, prendiéndose lazos y perfumándose, para correr al adulterio. Después bajaba la escalera, dejando tras sí un penetrante olor a esencia de heno; saludaba a Pablo desde la puerta y salía, como una exhalación, hacia la carretera... El la dejaba marchar sin pesadumbre, satisfecho de tener una mujercita tan hacendosa, tan poco habladora y tan activa.

A la hora de encender los faroles, la joven reaparecía, explicaba sucintamente el resultado de su paseo y subía a desnudarse. Cuando volvía al comedor iba a sentarse en una butaca, y allí, con una piernecita cruzada sobre la otra, su cerebro cansado, se abismaba en una meditación incolora. Entretanto, Pablo Estrada iba y venía por la estancia, los brazos cruzados atrás, en la actitud favorita de los temperamentos irresolutos, y balanceándose al andar sobre sus piernas arqueadas, como los marineros viejos avezados a los vaivenes del buque: de pronto se detenía para decir algo, y clavaba en Matilde sus penetrantes ojuelos que brillaban de un modo singular a la luz del quinqué; ella le respondía entre dientes, arrastrando las palabras como si estuviese dormida; el eco de su voz vibraba un momento y cuando se extinguía, Pablo reanudaba su paseo y ella su meditación.

Después de cenar, Matilde, su madre y Estrada organizaban una partida de dominó o de lotería; doña Carolina jugaba con aire ausente y aburrido; Pablo, habitualmente serio, comentaba alegre los lances del juego, y Matilde respondía con monosílabos, muda y tristona como una esquela de defunción.

A las diez disolvíase la reunión: doña Carolina se retiraba a su dormitorio, y mientras Estrada recorría las

puertas cerciorándose de que estaban bien cerradas, Matilde subía a su cuarto para desnudarse sin que él la viese, y evitar así que sus encantos pudiesen encender en Estrada una antípática explosión de amor. Cuando Pablo llegaba a la alcoba, la joven fingía dormir: él no decía nada y, comedido, se acostaba en silencio.

En aquellos momentos de recogimiento que precedían al sueño, ¡qué psicologías tan diferentes la de aquellos dos seres abrigados con el mismo cobertor...! Matilde se acurrucaba en un extremo del lecho, las piernas recogidas bajo la camisa, en la cual se envolvía como en un saco, con un brazo bajo la almohada y el otro doblado sobre el pecho, tapándose el seno; de espaldas a su marido y cuidando de que la sábana formase a lo largo del lecho una arruga que evitara el inmediato contacto de sus cuerpos.

Entonces sentía que su cariño a Claudio aumentaba: le veía en su memoria según horas antes le viera; anhelante, estrechándola entre sus brazos nervudos: siempre era el Dantón con cabeza de Rubens del primer día, con su imaginación arrebatada y su carácter irreflexivo de niño grande.

Pensando en él comprendió Matilde que la fidelidad tiene para las mujeres mayores hechizos que el adulterio: es muy hermoso querer a un solo hombre, dedicarle todos sus cuidados, acicalarse para parecerle más hermosa, rebuscar conversaciones entretenidas para divertirle, humillarse, sufrir por él... Punto-Negro tan activa y tan dueña de sus afectos, sentía por su amante una debilidad de niña cándida que empieza a querer; hubiera deseado llegar a Claudio doncella, para ofrecerle la virginidad de su cuerpo como le había entregado, sin re-

gateos, la de su corazón; y ya que esto era imposible, procuraba serle enteramente fiel. Para ella, su adulterio no ofendía a Estrada, sino a Claudio, verdadero norte de su voluntad; entregarse a éste era lo lógico y natural; pero ceder a los caprichos de Pablo, la parecía un adulterio repugnante, pues se consumaba sin placer; y así, no queriendo prostituir aquello que su amante tanto enaltecía, junto a su marido hacíase un ovillo, huraña y fosca como un puerco-espín.

Una noche Pablo Estrada aventuró tímidamente algunos halagos; Matilde callaba, conteniendo la respiración; él la llamó varias veces, primero muy quedo, para no asustarla, luego más fuerte; finalmente, la tocó en un hombro: había acortado la distancia que les separaba y deshecho el pliegue redentor de la sábana: del fondo del lecho ascendía un vaho cálido y lujuriante de mujer desnuda; el temido comienzo del sacrificio se acercaba-ella se estremeció y volvióse bruscamente, rabiosa; mente.

—¿Te sientes mal?—preguntó Pablo.

—Sí, y además... tengo mucho sueño, ¿qué querías...?

—Nada, charlar un rato...

Habíala pasado un brazo por debajo del cuello, mientras su mano libre la acariciaba las caderas con ese retraimiento de los machos tibios; aquellos dos corazones, guardadores de afectos tan opuestos, iban a latir el uno casi encima del otro; aquellas cabezas, separadas por el eterno antagonismo de sus pensamientos, se juntaban sobre una almohada, ahuyentando la imagen del amante que parecía yacer entre ellas. Matilde quiso defenderse.

—Estoy enferma—murmuró—, déjame...

Al cabo entregóse con una repugnancia que sólo las mujeres, por su pasividad en momentos tales, pueden comprender; acongojada, inerte, el estómago invadido de un desconsuelo creciente que llenaba su boca de saliva, cual si fuese a prorrumpir en arcadas; y mientras complacía los apetitos del hombre odiado, recibiendo en sus entrañas la suciedad de su amor, creía oir la voz plañidera de Claudio murmurar en su oído:—«¡Soy uno de tantos, soy uno de tantos...!» como si su espíritu asistiese en aquellos instantes a la degradación de su ideal.

Fué un refinamiento de crueldad, un suplicio espantoso, en que la enormidad del castigo eclipsó la magnitud de la culpa; pues para las mujeres sólo hay un dolor comparable al placer de rendirse al amante que quieren: el de entregarse a un hombre aborrecido. Después, cuando Estrada la dió en los labios el beso de despedida para echarse a dormir, experimentó un nuevo asco, y se limpió la parte besada hasta lastimarse la piel.

Estos combates íntimos de Punto-Negro los ignoraba Claudio. Guiada por una maravillosa intuición, cuidaba de presentarse alegre y despreocupada a los ojos del amante para no aburrirle con inútiles quejas; cuando hablaba de «su gente», aludía casi siempre a su madre, enumerando sus rarezas de vieja austera y los disturbios domésticos a que estas brusquedades daban origen; pero todo lo decía de corrido, sin poner ensañamiento en sus quejas, acusándola y discupándola, temerosa de ser injusta con ella. Sin embargo, el recuerdo de sus dolores nocturnos era tan grande, había tal poso de amargura en ellos, que la sinceridad de sus afectos solía sobreponerse al estudiado comedimiento de sus

palabras; su graciosa boquirrita de finos labios dejaba de sonreir, y entonces hubiera querido decir cuánto padecía entre los brazos de aquel marido odiado, y desahogarse llorando y pregonando a gritos su desgracia.

Antúnez a ratos, vislumbraba estos dolores íntimos.

—¿Qué tienes?—exclamaba—; ¿por qué triste...? No te apures, chiquilla; esta es una cruz que llevamos entre los dos...

—¡Quiá!—respondía ella riendo—; si estoy bien, aprensivo...

El la zarandeaba sobre sus rodillas, abrazándola y dejándola, para volver a cogerla, según se hace con los niños para quitarles el sueño. Matilde, aturdida por tantas caricias, palmoteaba y reía, echando hacia atrás la cabeza.

—Punto-Negro, si mi amor fuese algo ponderable, se mediría por quintales. Ya conoces mi sed de gloria; pues bien: la Humanidad, batiendo palmas delante de un cuadro mío, no me conmovería tanto como tú, perdigón, enlazándome los brazos al cuello. Tu cariño me ha vuelto del revés; he dejado de ser pintor para ser amante; paréceme que tambien voy a conquistar la inmortalidad queriéndote mucho.

—¿Como los amantes de Teruel, que se hicieron famosos besándose...?

—Precisamente.

Ella reía, olvidada de sus dolores.

—¡Chico, qué bien...!

Matilde había hecho del arte de agrádar su principal preocupación; quería reir siempre que estuviese con Claudio, para que su alegría provocase la de él y subyugarle mejor.

La risa determina en el ánimo provechosas expansiones, excita la imaginación y dulcifica las asperezas del carácter; es la bulliciosa precursora de la felicidad, el benéfico rocío que esponja el corazón y hace germinar los afectos más dulces: la alegría es sentimiento expansivo y contagioso, que se desborda; es la música de la vida, el supremo bien, el arco iris de las almas; una boca que ríe es capullo que se abre para convertirse en flor perfumada, rayo de sol entre nubes obscuras.

Claudio Antúnez, viendo reir a Matilde lo olvidaba todo. Consecuente con su carácter llano, creía que los sentimientos no pueden desfigurarse. Este franco criterio nacía de su temperamento y de su profesión; los pintores, que nunca pasan de la superficie, son refractarios a la autopsia.

El médico y el psicólogo escudriñan los ocultos repliegues del cuerpo y los fingimientos morales; levantan tejidos, disecan músculos, analizan con el microscopio lo que a simple vista no puede apreciarse, persiguen al glóbulo sanguíneo en su marcha veloz por las venas, desgarran las entrañas para examinar a la luz sus fibras palpitantes, esclarecen la mecánica de los fenómenos nerviosos y sorprenden el dinamismo de las diminutas celdillas donde el pensamiento se recata; cogen una idea, y desmenuzándola deslindan las miriadas de conceptos que la componen, y que lentamente, y siguiendo abstrusas combinaciones, fueron mezclándose y superponiéndose hasta integrar una noción grande y compleja, síntesis fiel de otras menores. La anatomía y la psicología son ciencias enemigas de la forma; la primera destroza los cuerpos para conocerlos, y la segunda dise-

ca el espíritu. Pero el pintor se detiene en la línea y en el color, sin preocuparse de lo que aquellas falaces apariencias tapan o encubren; su misión termina donde empiezan la del médico y la del psicólogo; el sol es el colaborador indispensable de los pintores, y éstos van hasta donde llega la luz solar. El hombre, en Claudio Antúnez, no sobrepujaba al pintor, y por eso no dudaba de nadie y creía que Matilde, a despecho de su marido y de su madre regañona, era feliz...

...Y asi pasaron la primavera, y llegó el verano.

Los ardorosos días de Junio sirvieron de sólido pretexto a doña Carolina para impedir que su hija saliese; Estrada fué del mismo parecer, añadiendo que ir hasta Madrid con aquellos calores era exponerse a una insolación, y Matilde hubo de ceder y conformarse con la voluntad de sus carceleros mientras no se presentase una ocasión propicia para escapar.

Antúnez la esperó inúltimente tres días consecutivos en casa de Antonia Carrasco; al cuarto se vieron, y ella le puso al corriente de cuanto sucedía.

—Es preciso—dijo—que vengas a mi casa, pues de lo contrario debemos renunciar a vernos: yo he ideado una fábula que legitima tu presentación. Hace mucho tiempo, antes de conocerte, dije que quería retratarme; pero por no desearlo verdaderamente, mi proyecto no pasó adelante: ayer, intencionadamente, volví a insinuar la idea, y como Pablo asintió entusiasmado, y mi madre tampoco puso mal gesto, hoy salí diciendo que Juana me recomendaría a un pintor. Juana ya está prevenida y dispuesta a seguir punto por punto mis indicaciones: el pintor eres tú; tu visita puede efectuarse mañana mismo. ¿Qué te parece mi plan...? Tiene la mar de gra-

cia eso de presentarte en mi casa y saludarnos como si no nos conociésemos ¿eh...?

—Es una aventurilla deliciosa.

—Bien; tú eres amigo de Juana...

—Convenido.

—Y a mí sólo me has visto una vez en casa de ella, ¿sabes...? No lo eches a perder llamándome Punto-Negro..., porque entonces no respondo de abrazarme a tu cuello y comerte a besos.

—Perfectamente.

—Pues entonces te espero mañana a las cuatro de la tarde; serás bien recibido. Ahora voy a engatusar a mi gente hablándoles de ti... ¡Chico, qué bien...!

Cuando se separaron era muy tarde; ella escapó meditando en el pasillo cómico que al siguiente día iba a representar. Todo aquello, tan original, tan imprevisto, era la obra del Destino impenetrable, que empuja a los seres.

VIII

Momentos antes de la hora fijada por Matilde Landaluce para la cita, cruzaba Claudio la encrucijada de Cuatro Caminos.

Hacía un calor insoportable; la brisa levantaba pequeños remolinos de polvo que volaban por la carretera en zig-zags, agitando los toldos extendidos sobre las mesas de pino puestas al aire libre, delante de las tabernas. Dentro del convento de Nuestra Señora de las Maravillas resonaba el monótono guirigay de los chicos que repetían a gritos la formación de los diptongos.

Por el camino avanzaban, en dirección a Tetuán, varias carretas vacías; en cada una de ellas iba un hombre, todos parecían dormir; los unos boca abajo, los otros pecho arriba, el ancho sombrero de fieltro sobre la cara y las piernas y los brazos abiertos, estremeciéndose inertes a cada sacudida del vehículo cual si el cansancio hubiese relajado la tonicidad de sus músculos; las ruedas, mal engrasadas, giraban con chirrido tenaz,

desapacible, que iba desde los tonos más graves a los más agudos, sin interrumpirse jamás; era un quejido del hierro, un «yiiii» doloroso, que subía y bajaba, retorciéndose a lo largo del camino reverberante; los babosos bueyes caminaban perezosamente apoyado el uno contra el otro para sentir menos la fatiga, y el húmedo hocico pegado al suelo.

A lo lejos, a ambos lados de la curva y desierta carretera, blanqueaban multitud de casitas, y en último término, la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles levantaba su torre alba y puntiaguda, semejante a un colosal sorbete de arroz.

Claudio Antúnez no había vuelto a pasar por aquel sitio desde la noche en que conoció a Matilde, y esta segunda vez recordaba los menores detalles del primer encuentro: sus impresiones al ver a Punto-Negro en el tranvía, la oportuna prontitud con que él la cedió su asiento, y el modo que Matilde tuvo de sonreir y darle las gracias; las vacilaciones que le asaltaron antes de acercarse a ella, y la zanja que atajó a Matilde unos momentos y sirvió de pretexto para que la conversación se entablase; sus primeras palabras y el acento irónico que la joven dió a sus respuestas. Todo aquel enredo pudo frustrarse si la cuneta, llena de agua, no hubiese detenido unos segundos la marcha de Punto-Negro... y es porque la pereza de los hombres es la aliada más poderosa que tiene la virtud femenina.

Pasado el convento de monjas torció a la derecha, y subiendo un corto repecho ganó la explanada al fondo de la cual el hotel de Matildita Landaluce parecía esperarle.

Antúnez avanzó en línea recta por un sitio que el

continuo ir y venir de los viandantes despojó de yerba y convirtió en vereda; en la llanura silenciosa sus pisadas resonaban acompasamente; sobre el horizonte, inundado de luz, se extendía ese cielo blanquecino, característico de los países norteños, al cual los resplandores del sol parecen haber robado su primitivo color añil. Cuando llegaba al hotel vió el picaresco semblante de Punto-Negro que le sonreía tras de los cristales de su pabellón de costura; era una sonrisita de bienvenida, que infundía valor. Claudio se detuvo ante la verja, tiró de un cordón que hizo vibrar una campanilla oculta entre las enredaderas del jardín, y esperó, escuchando el silencio. La voz de Matilde resonó autoritaria:

—¡Juliana, sal a ver quién es...!

Abrióse la puerta del hotel y del fondo obscuro del recibimiento surgió la figura cobriza de una mulata.

—¡Es un caballero, señorita! —gritó, fijando en Claudio una mirada de criada inteligente.

Volvió a oirse la voz de Matilde, que disponía:

—Hazle pasar a la sala y avisa al señor.

Juliana cruzó el jardín y abrió la verja.

—Entre—dijo con marcado acento cubano—; y tenga la bondad de venir conmigo.

Antúnez la siguió hasta la sala.

—Aquí puede descansar mientras vienen los señores; dígame a quien anuncio.

—Al señor Antúnez—repuso el pintor instalándose en una mecedora.

En aquella habitación, débilmente iluminada, había una agradable frescura de cuarto interior. Al principio, Claudio no pudo distinguir nada; luego sus ojos fueron acostumbrándose a la obscuridad y los objetos acentuá-

ronse tímidamente: la mesa, con su escribanía de plata y su quinqué con pantalla verde; los muebles vieneses, cuyos asientos de rejilla amarilleaban alegres en la penumbra. Todo ello era propiedad de Pablo y a este recuerdo mortificante asociábase el de Matilde, que también andaba por allí, abriendo la ventana para renovar el aire, dejando en la atmósfera el perfume de sus vestidos y sobre el polvillo del suelo el diminuto contorno de sus pies: allí estaba *él*; pero también vivía *ella*, y no sabía si mirar aquellos objetos con alegría o con odio.

En el saloncito vió un retrato grande, que le preocupó: era el de un hombre de cuarenta o más años, con la frente espaciosa, el rostro enjuto, la nariz aguileña, la barba rala y puntiaguda. Claudio se levantó a examinarle más de cerca, hostigado por la singular expresión de aquella fisonomía cuyos ojos parecían mirar a todas partes.

Aquel retrato le mortificaba, cual si desde el marco donde fué colocado protestase enérgicamente de la presencia del visitante, que ofendía su hogar, y gritase: «¡fuera, fuera...!» en su misterioso lenguaje de estampa muda.

Luego, como oyese ruido de pasos, volvió a sentarse, y casi al mismo tiempo aparecieron Matildita Landaluce y un hombre: el original del retrato. Tras ellos y desde la puerta, Juliana alargaba el cuello para ver a Claudio, mostrando al sonreir, por entre sus labios carnosos, su blanca dentandura de mulata joven. Antúnez se adelantó, inclinándose ceremonioso. Matilde le saludó gravemente, cual negándose a intimar demasiado pronto con una persona que no conocía y con quien debía ajustar un trabajo: después le presentó:

—El señor don Claudio Antúnez, de quien te hablé; mi esposo...

Pablo Estrada avanzó y los dos hombres se saludaron. Juliana se había retirado, cerrando la puerta. Estrada ocupó una mecedora; Claudio otra; Matilde se sentó en el sofá, como sirviendo de conjunción copulativa entre aquellos dos machos rivales.

El diálogo empezó lánguidamente: hablaron de los inconvenientes del verano, de cuán feos son los alrededores de Madrid, de lo mucho que edificaban por aquella parte... Matilde cortó estas soporíferas divagaciones recordando el asunto que allí les había reunido.

—Quedará usted satisfecha del retrato—dijo Claudio.

—¡Ojalá sea así!—repuso Estrada—; pero lo dudo; mi mujer nunca queda bien; unas veces demasiado seria, otras... Y conste que la he llevado a casa de los mejores fotógrafos, porque aquí no nos andamos por las ramas; lo mejor, lo mejorcito... Yo siempre me hago la siguiente reflexión..,

—No culpes a los fotógrafos—interrumpió Matilde—, pues los pobrecitos son inocentes; la culpa es de mi cara; esta carilla que Dios me dió para negar la exactitud de la fotografía,

Su marido celebró el chiste.

—Tiene la mar de gracia!—exclamó ella riendo con aquella risa aguda que encendía en Antúnez deseos de morder.

—Comprendo que los fotógrafos no la hayan retratado bien—dijo Claudio,—pues los semblantes expresivos no bien se aquietan se descomponen y transfiguran. En mi concepto, la fotografía sirve únicamente para fijar la imagen de una estatua, de un paisaje o de un edificio;

para lo que no se mueve... Yo la detesto, porque la fotografía es para la pintura lo que para la música los pianillos mecánicos: las notas salen de ellos atropelladamente, duras, frías, despojadas de la intencionada expresión que la dió el artista; y el hálito pasional, el espíritu vivificador de la melodía quedan tronchados al rápido girar de la manivela; son notas muertas, esqueletos de sentimientos: las notas del violín o del piano provocan las risas o el llanto; es la música del corazón y de la cabeza: la de los pianillos sólo sirve para bailar; es la música emplebeyecida y embrutecedora de los pies. Pues bien; la fotografía es la pintura muerta, la pintura sin alma. Vamos a retratarnos y nos dicen: «¡No se mueva usted; mire a este punto y no pestañee: sonría un poquito y mantenga esa sonrisa...!» Los semblantes impasibles quedan bien, pues en ellos el espíritu duerme bajo la quietud de los órganos faciales; pero con las fisonomías alegres, como la de usted, en que la expresión de los ojos y el movimiento de los labios lo son todo, la fotografía no puede fijar el alma que se asoma a esas pupilas habladoras, ni la vida retozona que embellece los labios... pues para obtener un retrato exige precisamente que se quede usted seria, que no ría, que no vibre...

Habíase dejado llevar de su pasión, más pronto se reprimió, temeroso de haber cometido alguna imprudencia. Sus últimas palabras fueron dirigidas a Pablo Estrada, como solicitando la complicidad de su asentimiento.

—Y usted—preguntó Matilde—¿podría sujetar en el lienzo el espíritu de mi rostro...? yo creo, y vamos de comparaciones, que la movilidad del semblante es para

ustedes lo que para los tiradores al blanco el huevo que bailotea sobre un surtidor: ellos tiran y no aciertan a romper el huevo, constantemente inquieto; como los pintores pintan sin conseguir representar el elemento fisonómico que vive, que late...

—Es que yo haré con su retrato lo que los buenos estudiantes con las lecciones difíciles de aprender de memoria, que las leen varias veces hasta asimilárselas bien, y luego las dicen a su modo y fijándose más en el espíritu de la letra que en la letra misma. Yo emplearé un procedimiento semejante: examinaré el carácter de usted, estudiaré sus aptitudes habituales, sus gestos favoritos, para de este modo ir habituándome a su fisonomía; y así, cuando ponga manos a la obra, me será fácil relacionar la Matilde platicadora de mis recuerdos, con la Matilde muda que tengo delante, y el retrato quedará perfecto...

Pablo Estrada abordó la cuestión del precio, resuelto a obtener de Antúnez una contestación definitiva.

—No porfíe usted, pues yo nada pido, ni consiento tampoco que usted ofrezca—dijo el pintor—: esto depende de circunstancias múltiples que ninguno de los tres puede prever. ¡Quién sabe...! Acaso nuestra amistad se apriete tanto que pague espléndidamente mi trabajo.

Cuando ya Claudio se marchaba, Matilde quiso enseñarle la casa.

—Sí, si—dijo Estrada—; el hotel es modesto, porque yo creo que es pecado tener más de lo justo; pero, en fin...

La joven corrió a abrir la ventana, y el despacho y la salita se iluminaron.

—Aquí tiene usted el despacho de Pablo; esta es la sala que pudiéramos llamar de «batalla»; arriba hay otra mejorcita, que sólo se abre los días extraordinarios; aquellos en que las campanas de las iglesias se ehan a vuelo. Ya ve usted que desde la primera entrevista le tratamos llanamente. Síganme ustedes; serviré de *cicerone*

Recorrieron el cuarto de costura, el comedor, la cocina, el cuarto de baño, grande y estucado; con su pila y sus grifones de bronce; todo estaba limpio y arreglado, y envuelto en una dulce penumbra.

—La huerta la verá usted luego—dijo Matilde—; ahora subamos al piso principal; tómese usted este trabajo y conocerá a mi madre.

Volvieron al recibimiento: Antúnez lo inspeccionaba todo con escrupulosa minuciosidad, recreándose en conocer aquellos objetos de que Punto-Negro tantas veces le había hablado.

—Yo iré delante—dijo Matilde echando escalera arriba.

Ellos la siguieron: el pintor primero, después Pablo Estrada. La escalera era muy pina, y la joven necesitaba recogerse el vestido para no pisárselo. Claudio la veía subir titubeando mucho sus firmes caderas y agarrándose al pasamanos; caminaba tras ella aspirando el perfume de sus ropas y sintiendo el calor lascivo de su cuerpo, vibrante bajo la fina falda de percal. Entonces excitado por la proximidad de aquella mujer que tan poderosamente exasperaba sus sentidos, la desnudó con la imaginacion representándola como la viera en la guardilla de Antonia Carrasco: con sus hombros redondos, la suave curva de su cintura, el ensanche audaz

de sus caderas, la morbidez pomposa de su carne siempre fría, ensueño sensual que de noche solía acosarle como un demonio torturador... Ella, con esa doble vista que tienen las mujeres para adivinar los deseos que encienden, continuaba gozosa su ascensión, moviendo las caderas...

Ya arriba, se detuvo sofocada, la boca entreabierta, para respirar mejor.

—¡Uy, qué fatiga—exclamó—, creí ahogarme...! ¡Inconvenientes de ser pequeñita y de estar muy gorda! Empezaremos por la izquierda; este es un cuarto ropero; tiene una ventana desde la cual se ve toda la huerta...

—El hotelito es un hechizo—repetía Claudio distraido—; ¡qué bonitas son las habitaciones y con qué justa sencillez fueron adornadas...!

—No, señor, no exageremos—dijo Estrada—; porque yo, a quien podía ofuscar la vanidad de propietario, comprendo que no merecen tanta alabanza. Todo es bueno, sí, pues soy de los que creen.. vamos... que el dinero debe gastarse de golpe. Lo malo nunca luce, y en pocos años se queda usted sin dinero, sin casa y sin muebles, y diciendo: ¡quién lo pensara! ¡quién lo creyera...!

Antúnez le respondía maquinalmente, en tanto examinaba las trazas de aquel hombre vulgarísimo que rellenaba su conversación de lugares comunes y a cada momento se interrumpía, no por falta de aliento, sino porque las ideas le salían a tropezones, como el agua de una fuente intermitente.

—Esta es mi alcoba—dijo Matilde.

Claudio sintió celos al penetrar en aquella habita-

ción, cuyas frías paredes estucadas parecían responder a la yerta pasión que solía exprimirse en aquel enorme lecho de nogal. Matilde Landaluce notó su turbación y se apresuró a decir:

—Acérquese usted; le mostraré mi retiro favorito.

Abrió una ventana y pasó a la azotea; una azoteita con el piso de cinc y en declive, extendida sobre el pabellón que servía de despacho a Pablo Estrada.

El sol estaba muy bajo y sus postreros rayos sólo iluminaban los puntos más altos del paisaje; la brisa frescachona disipaba la grave galbana diurna; la menuda hierba que tapizaba el campo parecía más obscura, como si aquél hálito frío, heraldo bienhechor de la noche, la enverdeciese; las hojas de los arbolillos plantados delante del hotel murmuraban inacabables cuchicheos: en Oriente, venciendo los resplandores del sol moribundo, Venus suspendía sobre la inmensidad azulina una majestad de lámpara claustral: a lo lejos resonaban voces de arrieros, ladridos y alegres relinchos de caballos que volvían del trabajo.

Claudio se apoyó sobre el alféizar de la azotea, sus miradas, después de recorrer el horizonte, dilatáronse gozosas por el espacio con una sed de infinito, y su pensamiento voló hasta la estrella del Pastor, cuya aparición en los campos servía, y aún sirve, a los enamorados para fijar la hora de sus citas. Allá titilaba, a millares de leguas, fascinándole con su misterioso resplandor; y viéndola pensaba en Napoleón, a quien Sirio, la estrella más brillante del hemisferio austral, parecía revelarle, con parpadeos extraños, las desiertas latitudes de Santa Elena. Su distracción fué corta, pero bastó para que su fantasía voltease a través de la in-

mensidad, recorriendo cuatrillones de leguas; se acordó de Córdoba, de sus ansias de gloria... y de súbito comprendió la inutilidad de la fama, puesto que ni aún el nombre del mismo Homero trasciende fuera de la Tierra, partícula infinitesimal de la Creación. ¡Oh, no...! Erostrato no habría quemado el templo de Diana si antes se hubiese acordado de mirar al cielo...!

Aquello fué un chispazo de rabia, un humorismo de artista perturbado por la sed de inmortalidad y de ideales nuevos. De pronto oyó la voz de Pablo Estrada, que decía:

—Estos terrenos son muy buenos y cada día me alegro más de haber comprado este hotel; me costó veinticinco mil pesetas, y seguramente, dentro de diez años, valdrá doble.

Claudio Antúnez le miró sin comprenderle.

—Ahora hemos suscrito varios vecinos una solicitud para que nos traigan hasta aquí la luz eléctrica... ¿No le parece a usted bien...?

Esta pregunta derribó a Claudio desde Venus hasta el hotel de Pablo Estrada; era la materia que le encadenaba al mundo tirándole de los pies. Matilde le miraba, escudriñándole la conciencia con los ojos.

—Sigamos—dijo—aún he de presentarle a mi madre.

Llegaron al salón; las persianas estaban corridas y la obscuridad era completa.

—Adelántate tú, pues conoces mejor que yo la colocación de los muebles—ordenó Matilde a Estrada—, y abre las ventanas.

El avanzó, extendiendo los brazos.

—Cerramos las hojas de madera—dijo—para que la luz no deteriore el delicado color de la sillería.

Punto-Negro volvióse rápidamente hacia Claudio.

—Dame un beso—murmuró.

Antúnez la miró estupefacto, significándola con los ojos que allí era imposible.

—Sí, aquí: anda...

Púsose de puntillas para acercar su boca a la de su amante, estirados los labios, arqueadas las cejas... Claudio cedió a las seducciones de la oferta y sus rostros se juntaron; aquel beso rapidísimo dado allí, en la alcoba de Pablo, era un beso vengador.

—Es una habitación muy hermosa—exclamó Claudio, entrando en la sala—; ¿suelen ustedes dar reuniones?

—No, señor—repuso Estrada—; ¿para qué...? Matilde quería, pero yo jamás he sentido necesidad de recibir visitas, no siempre agradables: prefiero la soledad, y a mis años... mejor vivo así:

A Punto-Negro le apenaba aquel salón desierto y obscuro, y se apresuró a salir. Abrió otra puerta y penetró en la alcoba de su madre, seguida del pintor. Estrada quedóse en el salón, cerrando las ventanas para evitar que la luz mordiese el color de los muebles.

—Te presento, mamá, al señor Antúnez, que desde mañana vendrá todos los días a trabajar en mi retrato.

Claudio saludó a una anciana que leía un libro, sentada junto al balcón. Representaba sesenta o más años, era alta y gruesa, y tenía el pelo enteramente blanco; los años no afearon la esbeltez del busto ni la regularidad de las facciones; la nariz era fina y aguileña, los ojos grandes y platicadores, la boca, aunque sumida por la falta de dientes, pequeña y graciosa; cualidades todas demostradoras de que en sus mocedades debió

ser hermosa, con esa guapeza saludable de las vizcaínas.

Doña Carolina recibió a Claudio con una breve sonrisita forzada, y Antúnez advirtió que aquellos ojos penetrantes le examinaban con una mirada tenaz y casi hostil, que parecía protestar de su visita y echarle a la calle.

Estrada y Antúnez visitaron la huerta; Matilde no quiso acompañarles y salió al jardín. Después oyó los pasos de Juliana, que se acercaba.

—¿Se fué ese caballero, señorita...?—preguntó la mulata.

—No, está por ahí dentro...

—Es muy guapo.

Matilde se encogió de hombros,

—Sí, sí—insistió Juliana—; ya lo creo... y muy amable; ¡vaya...! y muy guapo...

—Sí—repuso la joven suspirando—, no es feo.

Reaparecieron Pablo Estrada y el pintor, y Matilde recobró su carilla de risa:

—¿Qué le parece a usted la huerta?—exclamó.

—¡Ah, deliciosa...! Y si usted adora en su hotelito, don Pablo tiene motivos para estar entontecido con su huerta.

—A «ésta» no le seduce la horticultura—dijo Estrada—; pero yo, como trabajo...

Aun estuvieron largo rato hablando de albaricoqueros y de perales, de conejos y de gallinas, y al fin se despidieron, prometiendo Antúnez regresar a la tarde siguiente para empezar el retrato. Claudio atravesó la explanada sin atreverse a volver la cabeza; pero al llegar a la carretera, miró hacia atrás y vió a Punto-Negro

que, desde la azotea, le decía adiós, agitando un pañuelo.

Al día siguiente la joven fué a sorprenderle al estudio.

—¡Esto es una imprudencia, monigote!—gritó Claudio enfadado.

Ella saltó a su cuello.

—Perdona, tontín; pude hacer una escapatoria y vengo a verte. ¡Chico, qué bien...! He ordenado a mi gente que, si ibas antes que yo, te dijesen que esperaras; y para ayudarles a digerir la mentira cometí la villanía de murmurar de tí, diciendo: «¡Ese hombre ya empieza a ser importuno; venir hoy, precisamente el día en que necesito ir a Madrid...!» Mi madre se ha quedado bufando; pero, por mí...

Claudio había acomodado a Matilde sobre sus rodillas.

—En fin, verás—continuó ella—: después de vestirme bajé al despacho, con el aplomo de una viudita independiente. Allí estaba mi marido, escribiendo cartas, como siempre; que hombre más... ¡Uy, no sé cómo llamarle...! parece un memorialista. Al sentirme levantó la cabeza.—¿Te vas?—Sí, voy a Madrid.—¿Con este calor? —¡Qué quieres...! No hay chocolate y el postre de la cena todavía está en la tienda.—Pero mujer.—Pero marido... Con que abur; si viene el señor Antúnez le dices que tenga la bondad de aguardarme, en seguida vuelvo.—Vete con la Virgen... Alargó el pescuezo pidiéndome un beso, ¿sabes...?: pero fingí no apercibirme de la maniobra y dí media vuelta. El se quedaría pensando: «¡Qué torpe es mi esposa!, no comprende los deseos de su maridito; después afirman que las mujeres son lis-

tas...» ¡Je, je...! ¡Tiene la mar de gracia, chico! Ya conoces su modo de hablar: lo hace mal, «por demás», como diría tu patrona, doña... ¿cómo se llama...? ¡Ah, sí, doña Teresa...! Una patrona chica, gorda y parlanchina... «por demás»...

—¡Qué bonita eres, y qué graciosa, y qué pelos tan largos te puso el Diablo en la trenza, Punto-Negro...!

—Escucha ahora la segunda parte de la sinfonía doméstica que voy relatando. Mi madre estaba cosiendo en el comedor; cuando me vió se puso lívida; creí que iba a comerme con los ojos—, ¿Dónde vas? —A Madrid—. ¿A estas horas?—Ya lo ves—. ¿Lo sabe Pablo?—Es natural que lo sepa—. ¿Y no ha dicho nada? —Nada. Yo estaba viéndola venir, ¿eh...?, porque comprendía que los demonios se la llevaban. Pero mi madre tiene un genio muy violento y no sabe contenerse. De repente estalló: ¡pum, allá va eso...!—Mira, mamá —dije yo entonces—, no te amontones así; para reñir no es necesario gritar. Sí—respondía—, estás burlándote de mí, y vas a quitarme la vida a disgustos... Y pum, purrumpum!... ¡Chico, la Biblia de improperios!... Yo estuve escuchándola con mucha cachaza, y cuando se quedó sin resuello dije tranquilamente:—Vaya, ¿has concluído ya...? Pues hasta luego... Y eché a correr. Corría, chico, corría como si alguien fuese a sujetarme por detrás...

Habíase tendido en el diván y reía nerviosamente, provocando a Claudio... Hubo un largo silencio pasional.

—Eres un loco impenitente—exclamó ella después—, ¡y aun dices que el arte dulcifica los caracteres...! Ya, ya... En fin, niño mío, van a dar las cuatro y

me voy; en cuanto llegue a casa, pregunto:—¿Ha venido el pintor? No—me dirán— ¡Jesús, que hombre...! Si lo sé no me apresuro tanto: estoy condenada a ser juguete de todo el mundo... Es diplomático enfadarse, porque viéndome irritada, mi gente se amansa. ¡Chico, hay que saber vivir...! Bien: después subo a mi cuarto a desnudarme, y cuando esté concluyendo, ¡tilín, tilín!, llegas tú. Ea, dame un beso... ¡Diantre, no sé qué tienen tus labios que jamás mé canso de besarlos...!

Ya había apoyado su manecita en el picaporte de la puerta, cuando se volvió.

—Dos palabras: ¿qué te pareció ayer mi marido?

—Lo que a tí: una vulgaridad muy grande.

—¡Oh, chico, qué prosaico es... Yo prefiero un hombre de mundo, aunque sea feo y viejo y tuerto y patizambo y pobre... a un Adonis millonario, que coma con los codos sobre la mesa y no se limpie los labios antes de beber... No comprendo cómo un individuo así ha podido enriquecerse.

—¡Toma!... Alguien dijo que el talento es un estorbo para ganar dinero.

—¿De veras...? Pues tiene la mar de gracia: parece que esa frase la inspiró mi marido. Ea, abur.

Salió deseosa de recobrar el tiempo perdido; para verla marchar Claudio se asomó al hueco de la escalera; ella bajaba de prisa, saludándole con una mano y sin levantar la cabeza, para no pisarse las faldas.

Cuando Antúnez llegó al hotel de Matilde, Pablo Estrada salió a recibirle: hubo, de una y otra parte, grandes vacilaciones acerca del sitio que debían elegir para trabajar, y al fin acordaron que la habitación de doña Carolina era la más idónea.

Claudio puso el caballete junto a la ventana: Matilde ocupó un banquillo sin respaldo, que la obligaba a mantenerse rígida; Estrada se paseaba de un lado a otro, los brazos cruzados a la espalda; a ratos se detenía para ver trabajar a Claudio, y después reanudaba su nervioso ir y venir, deleitándose con aquel taconeo monótono y adormecedor.

Aquella sesión duró cerca de una hora, y cuando Matilde se acercó al lienzo deseosa de inspeccionar la obra de su amante, quedó maravillada.

Era un apunte rapidísimo, trazado con magistral gallardía. Claudio lo acabó sin vacilaciones; tenía la imagen de Punto-Negro tan presente, hallábase tan acostumbrado a representársela y la había retratado tantas veces en la mesa del café, maquinalmente, que casi la dibujó de memoria.

—Lo más difícil está ya hecho—dijo Antúnez—; mi boceto tiene lo que podríamos llamar el aire de familia, o el ángel de la persona; algo inexplicable, resultado del color de los ojos y de su modo de mirar, de la forma de la boca y de su manera de reir, de las cualidades físicas y morales, en suma, del modelo. Ese «ángel» es lo que peor se retrata, porque es a modo de sutilísimo vapor que no depende rigorosamente ni de la forma ni del colorido.

Claudio Antúnez acudía a casa de Matilde todas las tardes y a la misma hora, con una regularidad que jamás aplicó a ningún acto de su vida. Insensiblemente, Pablo Estrada fué aficionándose a su trato y deponiendo su actitud huraña, la misma doña Carolina parecía más amable, y poco a poco aquel hotelito fué para Claudio el refugio donde pasaba sus horas mejores.

Estrada, que solía colocarse detrás de él para no molestarle, le decía:

—Pero, hombre, ¡usted pinta de memoria a mi mujer!...

—No necesito mirarla—respondió Antúnez distraído—, la llevo aquí dentro...

Cuando Pablo se cansaba de observar, se iba silenciosamente, a largos pasos; entonces Matilde miraba a todas partes, y convencida de que no había peligro, se acercaba a Claudio sigilosamente; éste alargaba el cuello y recibía un beso silencioso, sorbido, que le robaba el aire de la boca.

—No me beses así—musitaba—, me dan deseos de morder.

—Chist, habla más bajito... y toma, toma otros dos...

Y tornaba a besarle de aquel modo extraño, que no satisfacía; sorbiendo, cual si quisiera arrebatarle el alma en cada beso.

—¡Punto-Negro, me enloqueces!—rugía Claudio, apretando los dientes.

—Chico, ¡qué bien...!

El retrato de Matildita Landaluce dió al amor de Antúnez notable incremento; pensaba en ella contínuamente y sus ansias de éxito redoblaron. Esta labor continua mantenía su poderoso cerebro en ininterrumpida tensión; pintaba para satisfacer sus compromisos, mas apenas concluía un trabajo se le presentaba otro, todos se los pagaban a buen precio, y así la truculenta labor se prolongaba.

Al anochecer salía de su estudio con el semblante descolorido y los ojos abrillantados por la fiebre de la concepción, y acudía a la tertulia que sus amigos Ro-

berto Alcalá, Juanito Romero y otros, formaban en la Carrera de San Jerónimo, al aire libre. Esta calle es para los madrileños lo que el Coso para los romanos: un punto de cita al que acuden diariamente mujeres que quieren ser vistas y hombres desocupados que hacen del arte de enamorar una profesión. Aquellos momentos eran para Claudio Antúnez de grato solaz. Satisfecho de hallarse entre camaradas, hablaba con su voz metálica de orador de club, que dominaba el sordo rumor de los coches sobre el piso entarugado de la calle; refiriendo anécdotas y desnudando con una frase a las mujeres que pasaban. Entonces el pintor y el amante desaparecían de su espíritu y sólo quedaba el hombre soltero y sin preocupaciones dispuesto a llevar su dinero y su buen humor adonde dijesen sus amigos.

Después de cenar visitaba a Amparito Guillén, única sombra que entenebrecía el alegre programa de su vida diaria.

Durante noches de verano, Amparo y el pintor se sentaban en el balcón, muy cerca el uno del otro, de espaldas a la calle y con los semblantes bañados en la luz del quinqué colgado en medio de la habitación. Claudio tenía que iniciar conversaciones, porque ella no acertaba a inventar ninguna, y esto representaba, a veces, para Antúnez, un grave trabajo. Cuando iba alegre, Amparo, con sus ñoñeces, le ponía de mal humor: siempre le decía lo mismo y con idénticas inflexiones de voz.

—¿Has venido ya?—eran sus primeras palabras.

—Sí, niña, ya he venido.

O replicaba, bromeando:

—No, aún no he llegado; pero espero hacerlo felizmente de un momento a otro.

Ella exclamaba:

—Anda, tonto...

Y se echaba a reir. Después decía:

—¿Has trabajado mucho hoy...?

—Muchísimo; he adornado la cabeza de Leovigildo con una cabellera rubia digna de un peluquero.

—Pero, hijo mío, ¿para qué trabajas tanto?

—Muchacha, y si no trabajo, ¿de qué viviremos?

—¡Qué lástima...! Pues, mira... no trabajes.

—¿Y quién iba a mantenernos?

—Nadie... ¿yo qué sé...?

Sus labios y sus cejas hacían un gesto indefinido, y reía con risa de tonta. Luego balbuceaba, razonando consigo misma:

—¡Pobrecito, cuánto trabaja...!

Le cogía una mano y se la estrechaba efusivamente. Claudio Antúnez encendía un cigarrillo, pensando en Matilde.

—¿Te sientes mal?—interrogaba Amparo.

—No, estoy perfectamente.

—¿Por qué te pones así?

—¿Cómo?

—Con el ceño fruncido... No pienses, hijo; yo no quiero que pienses nunca. ¡Tanto pensar...! ¿No te cansas...?

Pasado un rato preguntaba:

—¿Me quieres mucho...?

—Vaya, muchísimo...

Ella hacía un gesto; el mismo gesto de cuando le aconsejaba que viviese sin pensar, y respondía:

—¡Qué bueno es quererse así...!

Amparo, no obstante su lozana juventud, tenía lo

que el pueblo llama *el angel espantado*; le faltaba la divinidad, la gracia que cautiva, el imán seductor de los ingenios despiertos; era un baile sin música, una ensalada sin aliño. Durante aquellas soporíferas veladas, Claudio examinaba la dulce psicología de su prometida, complaciéndose en penetrar los pensamientos que había tras aquellos ojos que siempre le miraban con una inalterable expresión de ternura. A veces, fatigado de verla tan callada, decía:

—¿En quién piensas?

—En tí.

—Y ¿por qué no dices algo?

—No sé: ¿qué quieres que diga?

—Pero, ¿me amas...?

—Con toda mi alma.

Claudio Antúnez estaba perplejo; ¿sería tan grande el corazón de aquella niña que los sentimientos en él guardados no rebosaban jamás? ¿O sería el suyo un amor incoloro como la ciencia del burro, que, según el gitano del cuento, sabía leer, pero no podía pronunciar...?

Matilde le hacía reir o desesperarse; la amaba por bonita, por graciosa, por discreta; y recordando sus seducciones, ¡cuán monótono le parecía aquel otro amor cuya dulce cantinela Amparito Guillén no sabía repetir! La pasión de Punto-Negro alimentaba en él un fuego infernal y torturante, mientras la de Amparo era la pasión del niño cándido que no sabe querer o la del anciano decrépito cuyos afectos tibios recuerdan los plácidos amores de la infancia: era un cariño sin esas alternativas que enardecen el corazón, una tonadilla sin variaciones, una llanura sin árboles que quiebren la uniformidad abrumadora del horizonte.

Claudio había procurado en diversas ocasiones romper los lazos que le sujetaban a Amparito; mas no lo consiguió, porque la blandura de su corazón inutilizó siempre las decisiones de su voluntad. ¿Cómo reñir con ella? En Amparo el amor había anulado el orgullo propio de la mujer, y humildemente accedía a todo, permitiéndoles tener queridas con tal de no dejar de ir a verla.

Una vez Claudio preguntó, sondeando en aquel espíritu tranquilo:

—¿Deseas casarte pronto?

—No sé—repuso ella—; yo, teniéndote a mi lado, soy feliz...

Y no dijo más, cual si aquella ignorancia que ostentaba a todo propósito fuese su más estimable virtud.

Los hilos que componen la red de la vida están confundidos en espantosa maraña, y Antúnez procuraba inútilmente desenredarlos. Matilde Landaluce, a quien adoraba, era de otro hombre, y Amparo Guillén, a quien no quería, iba a ser suya: y Claudio hubiese aceptado resignado esta bárbara imposición del Destino, a poder infiltrar en el carácter pacato de su futura consorte la alegría carnavalesca y desbordante de su insustituíble Punto-Negro.

IX

Mientras Antúnez se hastiaba en Madrid, porque sus amigos no le distraían y un indiferentismo de sajón enfermo iba devorándole, Matilde Landaluce gemía de tedio recluída en su hotel.

Punto-Negro tenía dos temperamentos. Para Claudio era la querida viciosa, originalísima, inagotable, que reía siempre, cual si llevase al dios Momo en las entrañas; picaresca y soboncita como un diablillo juguetón en la noche de un sábado, apasionada como una argelina, surpersticiosa como una gitana, hilarante y alegre como una bandurria. Tras este carácter había otro distinto, que sólo empleaba con su marido, ante el cual aparecía indiferente, silenciosa, irónica, con ironía mordaz y agresiva; era un espíritu y dos personalidades; el antiguo dios Jano transformado en mujer.

La ceremoniosa delicadeza de Pablo la exasperaba. En las relaciones amorosas el respeto del hombre suele agradar a la mujer; pero pronto la fastidia, pues

comprende que sus atractivos no le enloquecen. Estrada siempre era el indiano frío y vulgar, apocado y esquivo, de antaño, en cuyo cerebro las ideas se alineaban como las palabras en los Diccionarios; interesado y suspicaz, como un prestamista judío, y metódico como Salvaney, aquel inglés que, viviendo en Florencia, hacía que le planchasen las camisas en Londres, para no turbar el ritmo de sus antiguas costumbres. En sus ratos de buen humor experimentaba una vaga germinación sentimental que le ponía sobre su nivel ordinario; deseos imprecisos de desquitarse del tiempo perdido amando mucho y convirtiendo en juventud el ocaso de su existencia: era un remordimiento parecido al de las mujeres que llegaron a viejas sin el recuerdo de un desliz, y reconocen, de pronto, la inutilidad de su austera virtud; un baturrillo efectivo, en donde la pasión carnal y el interés desfiguraban el verdadero sentimiento amoroso, convirtiéndolo en una pasioncilla híbrida y rastrera de mercachifle metalizado, hecho, desde niño, a reducir el corazón a números.

Matilde, fastidiada, se retraía procurando aburrir a su marido con una inquebrantable fosquedad, y conquistar, ya que no su pretérita independencia de viuda un puesto de hermana que la evitase las odiosas intimidades matrimoniales.

Se ha dicho que el primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca; o, en términos diferentes: que la primera pasión es siempre el postrer estertor de la juventud. El corazón se agarra a ella desesperado, no queriendo renunciar a una esperanza que aún acelera su latir y le infunde calor; y como las mujeres apuran los recursos inventados por la química del tocador

para teñirse las canas y disimular sus arrugas, y buscan postizos que adornen sus frentes y coloretes que reanimen el carmín mustio de las mejillas, así el corazón, en las postrimerías de su existencia pasional, se acoge a las ilusiones que le restan, encastillándose tras ella para resistir mejor el asalto del tiempo implacable. Las pasiones mozas tienen la vehemencia de la sangre nueva; el joven quiere y olvida fácilmente; y su despreocupación le alivia de sus descalabros; pero el corazón que se agotó llorando sobre sus memorias muertas, ama con un egoísmo que exarceba la impetuosidad de su deseo; ama por convicción y calculadamente, pues se reconoce viejo y desvalido y teme quedarse solo: así quieren los padres a sus hijos, así quería Matilde a Claudio Antúnez.

No obstante su experiencia, la joven se engañaba acerca del verdadero carácter del pintor. A ratos, turbada por las palabras de Claudio, creía amarle con delirio, y entonces se abandonaba a la satisfacción de pertenecerle; otras, su espíritu suspicaz de mujer burlada muchas veces, sospechaba en Antúnez desplantes de despego o de ironía, que la punzaban. Tales vacilaciones procedían de la disparidad entre su idiosincracia y la del pintor. Punto-Negro tenía el carácter romántico de los nerviosos; pensaba en Dios pocas veces y acudía, sin embargo, a misa todos los domingos; no creía en brujas, ni en la virtud de los bebedizos, y aceptaba el don profético de las cartas; satirizaba con diatribas crueles a los que se suicidan por amor, y en cambio las novelas sentimentales la hacían llorar; más la conmovía una palabra que una caricia, porque ésta sólo estremecía su piel, mientras aquélla penetraba mucho más hondo; y entonces se enternecía

hasta llorar con una voluptuosidad espiritual semejante a la de esas mujeres que gustan de ser azotadas; misterioso galimatías de los nervios que transforman en placer el sufrimiento de la carne golpeada. Por eso Matilde detestaba a su marido, porque Pablo, era un macho feo, que no sabía hablar. Ella tomaba el amor en serio; el amor que ríe y se entrega riendo, es vicio, lujuria impudente que pregona su caída; el verdadero cariño se rinde llorando y escudando con lágrimas su vencimiento, no emborrachándose con vino.

Claudio Antúnez opinaba de otro modo: amar, para él, era reir, cantar, beber a la salud del bien amado, encontrar el mundo más hermoso; los amigos más decidores, el cielo más azul, riendo también, cual participando de nuestro júbilo. El buen humor y la hilaridad de Claudio aumentaban cuando Matilde, poseída de inexplicable tristeza, se estrechaba contra su pecho compungida, mendigando un poquito de amor sentimental que distrajese su pena anónima.

—¿Qué tienes, Punto-Negro...?

—Nada, chico.

—¡Embustera...! Apostaría un ojo a que estabas componiendo mentalmente una elegía relativa a la brevedad de la juventud, o algo así...

Ella, disgustada, fruncía las cejas y la nariz, levantaba los hombros y después los dejaba caer con el desconsolado abatimiento de quien, seguro de representar un mal papel, pretende dominarse y no puede.

—¡Qué quieres, Claudio! Es un vaho sentimental que me arranca lágrimas.

—¡Carape...! Punto-Negro metafisiqueando. Oye, ¿has comido?

—Eres un cabezota sin corazón.

—¡Adiós, morena...! Ya salió el corazón a relucir; pero, vamos a cuentas: ¿crees tú que los corazones son como los termómetros, que se ponen o se quitan en un momento...? Ea... no filosofes, porque estás en enaguas y la filosofía en ropas menores merece azotes...

Las burletas del pintor apenaban a Matilde. Después de la entrevista se marchaba cariacontecida, creyéndose desdeñada; se acostaba sin cenar, pretextando una jaqueca, y ya en su lecho, aprovechaba la ausencia de Pablo, que se quedaba en el comedor jugando al dominó con doña Carolina, para evocar sus impresiones de la tarde. Entonces recordaba su prisa en acudir puntualmente a la cita, las frases irónicas y escépticas de Claudio, más propias de un viejo calavera a quien la debilidad física ha devuelto su espíritu razonador, que de un joven ardiente. ¡Imposible...! Claudio no la quería con ardor novelesco, la amaba, sí, con el cariño firme del mozo consecuente en quien el hábito suplanta al deseo, pero sin esas locuras que arrastran al manicomio o al crimen; y las pesadumbres de su vida íntima, sus esperanzas de sacudir la tiranía del esposo odiado, toda aquella abominable armazón de recuerdos que tejían la urdidumbre de sus amores enterrados, eran dolores de los que Antúnez se reía con la insolente petulancia de los que no han sufrido. Después, rumores llegados del comedor la anunciaban que la partida de dominó había concluído: levantando la cabeza para tener los oídos bien expeditos, escuchaba a doña Carolina y a Pablo despedirse hasta la mañana siguiente, deseándose una noche feliz, y las pisadas de su madre que se alejaba hacia su habitación, y las de él, que venía a la

suya; y entonces ella se acoquinaba y reducía al borde del lecho, como para arrojarse al suelo si su marido se atrevía a acariciarla.

Una tarde—lo que nunca había sucedido—Claudio Antúnez no fué al hotel de Estrada; Matilde, presa de una de aquellas excitaciones nerviosas que la acometían por el motivo más fútil, decidió ir a buscarle: con este propósito se vistió y entró en el despacho de Pablo, poniéndose los guantes.

—Vuelvo—anunció desde la puerta—, voy a comprar unas chucherías que hacen falta: hasta luego.

Se marchaba cuando oyó a Estrada decir:

—Espera; saldré contigo.

—¿Conmigo ha de ser...?

—Hombre, mujer... puesto que vas a Madrid y yo también, nos aburriremos menos yendo juntos; me encargan un asuntillo y necesito contestar al interesado a correo vuelto... Debemos ayudarnos mutuamente—agregó bostezando—, por aquello de que una mano lava la otra...

El bostezo había llenado sus ojos de lágrimas, que secaba con una manga de su camisa.

—Pues si has de venir, date prisa; no puedo esperar.

Cuando salieron, Matilde echó a andar muy de prisa, y Pablo, que no podía seguirla y deseaba ir hablando, la cogió de un brazo para obligarla a caminar a su lado; ella se zafó con un brusco movimiento.

—No te agarres—dijo—, me arrugas las mangas.

Subieron al tranvía en Cuatro Caminos y llegaron a la Puerta del Sol, después de las seis.

—Sigamos por aquí—dispuso Matilde—, voy a comprar chocolate y café.

Quería pasar por la Carrera de San Jerónimo, con la esperanza de ver a Claudio.

—Pero, mujer... ya es muy tarde, y si he de ir a eso...

—Lo mismo me sucede a mí; anda pronto; decídete.

El dudaba, los brazos cruzados a la espalda.

—¡Diablo, no sé qué hacer...!

De pronto se resolvió.

—Vaya—dijo—, renuncio a todo y te consagro la tarde....

Entraron en la Carrera por la acera izquierda y muy despacio, pues la afluencia de gente era grande. Pablo caminaba distraído con los escaparates de las tiendas, y tropezando con cuantos transeuntes avanzaban en dirección opuesta a la suya; Matilde iba de puntillas, para ver mejor y ser más visible. De repente volvióse hacia Estrada y le tocó en un brazo.

—Mira, quién está allí.

El siguió la indicación.

—¡Hombre, qué casualidad...!

Claudio Antúnez, que les había visto, dejó a los amigos con quienes estaba y cruzó la calle, el expresivo semblante iluminado por la alegría del encuentro y su aire desembarazado de hombre de mundo. Explicó brevemente los motivos que le impidieron ir aquella tarde al hotel.

—He pasado el día en el Museo, trabajando.

—Entonces no ha perdido usted el tiempo—repuso Estrada—, y si las ganancias corresponden a la fatiga...

—No es el lucro lo que me mueve a pintar; mi entusiasmo por el arte es tan sincero, que si fuese rico regalaría mis producciones; las bellas artes deben prescindir de todo fin especulativo y, en mi concepto, el

artista que vende sus obras se empequeñece... Pero, variando de conversación: en el Museo me acordé mucho de ustedes; hubiésemos pasado un buen rato admirando juntos las bellezas que allí se guardan. ¿No conocen ustedes aquello?

—Matilde, sí—dijo Pablo—; yo estuve también hace muchos años y... naturalmente, de esas cosas que luego no se acuerda uno...

En la calle de Sevilla se detuvieron.

—Pues creo—exclamó Antúnez—que si mañana fuésemos al Museo nos divertiríamos.

La joven acogió con júbilo la idea.

—Me parece muy bien; ¿quieres que vayamos?

—Mujer, con este calor... Y, total, allí sólo hay cuadros que lo mismo pueden verse hoy que el año próximo...

Hubo acalorada discusión; Estrada transiguió al fin: se reunirían al día siguiente, a las diez de su mañana, en la puerta del Museo de Pinturas: después almorzarían en cualquier fonda, y por la tarde regresarían juntos a Cuatro Caminos. No había más que hablar y se despidieron, prometiéndose acudir puntualmente a la cita.

Claudio les miró alejarse; luego vió que, al atravesar la calle de Alcalá, Pablo Estrada cogía a Matilde por el talle, temeroso de que algún coche la atropellase, y este detalle insignificante le impresionó de modo que no podía desechar el mortificante grupo formado por los dos: Pablo avanzando a largos pasos sobre sus piernecillas arqueadas, mirando azorado a los coches que venían, y a ella dejándose llevar...

Cuando a la mañana siguiente fué al Museo, Pablo

Estrada y Matilde ya estaban esperándole. Ella estrenaba un vestido adornado con encajes blancos: la silueta del cuerpo se dibujaba insinuante bajo la falda estrecha: el rostro, embellecido por la emoción y la frescura de la mañana, parecía más joven, risueño y procaz. Pablo Estrada vestía, como siempre, un trajecillo gris; el color favorito de los hombres económicos que atienden, más que a la bonitura, a la duración de las prendas.

—Ahora podemos figurarnos—dijo Claudio—que realizamos un viaje gigantesco a través del mundo y de los siglos; viendo paisajes diversos y tipos de todas las regiones; panoramas cubiertos de nieve, que inspiran frío y deseos de frotarse las manos, y campos abrasados por el sol de los trópicos. Y mujeres... ¡ah, de mujeres, sobre todo, hay una galería inacabable...!

—Esa galería no me importa—interrumpió Matilde.

—¡Oh, ni a don Pablo tampoco!... Se entiende, en el pecaminoso sentido a que usted alude...

Penetraron en el salón principal, cuyo techo de cristales daba paso franco a la luz.

—Me parece que los pintores—dijo Matilde Landaluce—, a pesar de su cacareado puritanismo, son sultanes que visten a la europea, pero que poseen, como los de Oriente, verdaderos harenes.

—Acierta usted—replicó Antúnez—, yo aquí tengo varios gineceos; algunos cuadros, como *El jardín del amor*, de Rubens, por ejemplo, encierra un verdadero harén donde la hermosura flamenca me ofrece sus carnes blanquísimas.

Las miradas de Pablo ambulaban indiferentes de un cuadro a otro.

—¡Ya costará todo esto...!—exclamó.

—Muchísimo—repuso Antúnez—; cada lienzo representa un bonito capital.

Ellos caminaban delante: Claudio hablando, desahogando su entusiasmo, y Estrada silencioso, sin acertar a sostener la conversación. Matilde les seguía mareada por una multitud de sabrosas impresiones.

La rápida inspección de aquellas obras maestras la subyugaba, inmergiéndola en una atmósfera artística que mitigaba los prosaísmos de su existencia de mujer mal casada.

Todo la conmovía: los retratos de Velázquez y de Tintoretto, cuyos ojos parecen perseguir al visitante, al revés de lo que sucede en las figuras de los pintores místicos, que no miran a nadie; los ascetas de Ribera, más enjutos que los de Tiziano, con la mirada fija en el cielo, mientras los aparatos del tormento maceran sus músculos y sus huesos: las cabezas prodigiosas de Ribalta, los atletas de Zurbarán, los santos de Juan de Juanes, las mujeres de Murillo y de Rubens, tan diferentes en sus actitudes y expresiones, y tan hermosas, sin embargo, la infundían un respeto supersticioso hacia aquellas generaciones muertas. Todos los seres allí presentes vivieron como ella, sufriendo unas veces, gozando otras, amando y creyendo y cantando; jirones de la gran caravana humana, huyendo del mundo dejando una sombra tras sí, un rostro fijado en un lienzo que el hidrógeno sulfurado del aire iba ennegreciendo poco a poco.

¿Dónde fueron aquellos hombres demacrados o vigorosos que sirvieron de modelos a Ribera y a Zurbarán...? ¿Dónde las mujeres de Tiziano y de Murillo, y la

lujuriante querida de Rubens...? ¿Dónde las jóvenes que inspiraron a Ribalta y a Pantoja sus cabezas incomparables, y a Velázquez sus retratos, y a Juan de Juanes sus ascetas y a Teniers sus aldeanos y a Goya sus manolas y sus chisperos...? De todos ellos sólo quedaban vestigios: una actitud, una sonrisa o un dolor deslizados en un trozo de tela; y recorriendo los vastos salones del Museo, Matilde experimentaba la sugestión de los cementerios, donde no se oye a nadie pero se siente a mucha gente.

Allí el *Prometeo*, de Ribera, con el semblante desfigurado por el dolor, la bocaza entreabierta, los ojos desorbitados, los músculos frontales violentamente contraídos, luchaba por romper las cadenas que sujetaban sus muñecas y sus piernas de titán. La trágica grandeza del cuerpo se apreciaba mejor desde lejos: se le veía surgir del fondo negro del cuadro como una visión de calenturiento, y, recordando la fábula, parecía que el buitre que le desgarraba las entrañas aleteaba allá dentro, en las tinieblas impenetrables y silenciosas.

—Ribera me fascina—decía Claudio—, pero me aburre pronto: siempre es el mismo: el artista del sufrimiento, el trágico de la pintura, el folletinista que vive de la emoción pública y la aumenta poniendo al fin de cada capítulo un sugestivo *continuará*: los días que dediqué al minucioso examen de sus obras volví a mi casa triste, como si hubiese visitado un hospital o una sala de disección... Los artistas españoles dejaron el cielo sin santos. Aquí tenemos *La última cena del Señor* y las desventuras de *San Esteban*, originales de Juan de Juanes: no me gustan; todo ello está muy recortado; las casas, los árboles, las figuras, tienen contornos duros;

parecen cromos baratos. Este retrato es de Sánchez Coello, y aquél, que representa un viejo con ropa de cuello alto y lechuguilla, lo firma Tristán, un pintor del siglo XVII de mucho mérito... El retrato de Murillo, pintado por Alonso de Tobar, y *La Magdalena*, de Tejeo... Pero como es imposible verlo todo en un día, vamos en busca de Velázquez, y luego echaremos un vistazo a las escuelas italiana y flamenca. Síganme ustedes...

Se adelantó, indicando el camino, y Estrada aprovechó la coyuntura para acercarse a Matilde.

—¿Nos iremos pronto?—dijo.

Claudio volvía y la conversación no continuó.

—Estamos delante del milagroso cuadro *Los borrachos*—dijo dirigiéndose a Estrada, que se había sentado en un diván—; ese que está casi desnudo, sentado en un tonel y con la frente ceñida de pámpanos, es Baco, coronando de yedra a un beodo. El semblante más admirable es el de enmedio: lleva estereotipada la imbecilidad; los ojos quedaron tan prodigiosamente pintados, que aparentan ver, y sin embargo, no expresan ninguna idea: en cuanto a los labios macilentos, renegridos por la saliva espumosa de los bebedores, huelen a vino... ¡Qué color el de ese cutis, qué arrugas las de esa frente...! Es un milagro de arte; lo que decía Dumas de Shakespeare podría aplicarse a Velázquez: «Es el hombre que más ha creado después de Dios.» ¿Ve usted...? Esos borrachos tienen un carácter propio, el alma de que yo hablé la tarde en que nos conocimos. ¡Oh...!, si fuesen mías esas cabezas, moriría tranquilo, seguro de haber conquistado la inmortalidad. Después de este cuadro, en la obra de Velázquez admiro *La fra-*

gua de Vulcano; vean ustedes con qué expresión -hanesca escucha el dios de los cíclopes las lament -nes del rubicundo Apolo, que refiere los pecadill e Venus y Marte. Estúdiense las actitudes de esos cu o hombres, sus carnes enjutas, desecadas por la ab -dora proximidad de la fragua; la altiva indiferenci e este primero y la femenil curiosidad con que a l adelanta el cuello para oir mejor... ¿Y dónde deja s *La Rendición de Breda*...? ¡Con cuán humilde co a le entrega Justino de Nassau a Spínola las llaves a plaza, y con qué caballeresca benevolencia las reci l general español...! ¿Y esa colección de rostros ex i-vos...? El más famoso es el que asoma detrás del -llo: es un semblante picaresco, que invita a la -ridad...

Continuaron andando.

—Estos retratos—prosiguió Antúnez—son todos i-ginales de Velázquez: este es el de Góngora, pai o suyo; el otro, Felipe IV, ya viejo, vestido con m a armadura negra claveteada de oro. Aquí está el a o *Pablillos de Valladolid,* bufón del rey Felipe, u *hom re de placer*, como entonces se denominaban los corte s que ejercían la triste y difícil misión de hacer reir..

Llegaron a los salones destinados a las escuela -lianas.

Junto a la puerta estaban los cuadros del Greco: si todos eran retratos varoniles; caras aguileñas y muy pálidas, destacándose melancólicas de un fondo negro; gemelas parecían: tenían la misma frente tersa y bom-beada, adornada por un raquítico mechoncillo de pelo; las cejas arqueadas; los ojos grandes, arcanos, abrasa-dos en el fuego siniestro que inflama la mirada de los

tísicos; la naríz fina, los labios delgados, el rostro enjuto y largo: este era su rasgo más sobresaliente. Domenico Theopocupuli, murió loco, y su delirio le impulsaba a prolongar exageradamente los semblantes y los objetos: para él la anchura no existía y su mano febril, cuando daba longitud a una figura, no sabía detenerse. En su cuadro *Jesucristo difunto en brazos de su Padre*, se advierte mejor que en ningún otro esta manía: la nariz de Jesús, las piernas, los brazos, los dedos de sus manos, son largos en demasía, como los semblantes de los ángeles que le rodean; todos lloran y elevan al cielo sus ojos suplicantes, y Greco, incapaz de dominar su vértigo, les pintó las cejas contraídas hacia arriba, juntándose sobre la frente en forma de acento circunflejo.

Más allá estaban las obras de Tiziano, príncipe de la escuela veneciana en su época más floreciente. El cuadro *Venus y Adonis*, donde la diosa, presintiendo el fin sangriento de su adorado, le ciñe entre sus brazos; *Venus* tendida en su lecho, recreándose con el amor y la música; el magnífico retrato del emperador *Carlos V*, de cuerpo entero; vestido con coleto de ante recamado de oro, calzas blancas, gregüescos ajustados y gabán de tisú de plata, la mano derecha en el puño de la daga y sujetando con la izquierda, por el collar, a un magnífico lebrel.

—He aquí a *Dánae* recibiendo la visita de Júpiter, transformado en lluvia aúrea—explicaba Antúnez—; es uno de los mejores de Tiziano, y no hay en el diccionario epítetos para encomiar debidamente la belleza de esa mujer y la expresión codiciosa de aquel esclavo que para recibir la opulenta dádiva extiende un pa-

ñuelo. Tiene, sin embargo, un defecto garrafal, antiartístico, que produce malísima impresión en el espectador delicado. ¿Lo advierten ustedes...?

Pablo Estrada, que no sabía servirse de sus ojos alzóse de hombros sin responder. Matilde, sobrecogida por aquella pregunta hecha a su buen gusto, quedó perpleja, buscando el defecto apuntado.

—¿Lo digo?—preguntó Claudio.

—No, espere usted aún—replicó ella—, yo no he contestado.

Y añadió:

—El único defecto que hallo es la posición, un tantico pornográfica, de esa mano derecha.

El temor a equivocarse la había obligado a bajar la voz.

—¡Muy bien!—exclamó Claudio—; tiene usted un sentido artístico muy asotilado; esa es, justamente, la imperfección que yo noto. Como en el hombre se confunden la prudencia y el miedo, así en el arte es insensible el tránsito de lo natural a lo repugnante y soez, y esa mano colocada ahí, entre esos muslos abiertos, es de un efecto detestable.

Junto al cuadro de *Dánae* estaba *La Bacanal*, en donde a la sombra de un grupo de árboles varios mancebos y mujeres desnudas retozan y beben vino, las sienes ceñidas de pámpanos: en primer término y a la derecha, la bella Ariadna duerme junto a la margen de un arroyo de mosto; y al fondo y bajo unas vides, aparece el regocijado Sileno, echado indolentemente en el suelo, como un cerdo dormido.

En todas las mujeres de este lienzo clásico abundan los rasgos que caracterizan a la muchedumbre femeni-

n que pintó el célebre artista veneciano: Ariadna se p ce a Dánae, a Venus y a Diana; todas tienen el r no rostro ovalado de las italianas, los ojos adormi- l s y dulzones, el cuello grueso y mórbido, el vientre a lo, las piernas cortas; y todo liso y llano, sin arru- g ni músculos, ni depresiones que quiebren la luz y a en el colorido de aquellas carnes mates, faltas de s re bullidora.

-Allá va una observación—dijo Claudio—; cuando v mos a la calle verán ustedes cómo todas las muje- r e nos antojan feas, desgarbadotas, sosonas, y so- b todo, demasiado vestidas. La razón es obvia: del M eo saldremos saturados, si así puede decirse, de e belleza clásica indiscutible, y cuando tornemos al n do real, las mujeres que antes nos parecían boni- t las encontraremos feuchas, y las feas, horribles.

-Lo tendré presente—replicó la joven—, para no ir n a a visitar una exposición de pinturas con un hom- b quien quisiera agradar, pues las bellezas pintadas i a dejar muy mal parada a la mía: realmente los no- v no deben entrar aquí, y si yo pudiese, fijaría en la p ta principal un cartel que dijese: «Sólo para seño- r casadas».

s salones de la escuela flamenca ofrecían mayor h el desnudo abundaba más que en los cuadros italia- n y la luz se reflejaba alegremente en aquellas car- n blanquísimas, duras y coruscantes como el raso, q daban frío. Allí resplandecían los genios de Rem- b dt, Van-Reyn y Jordaens, y del soberano Rubens. T s las mujeres del gran fundador de la escuela co- l sta de Amberes parecían hermanas; todas tenían la r na cabellera rubia y ondulante, los ojos azules y

lángidos, la nariz gruesa, los labios carnosos, encendidos, un poco entreabiertos; los pechos altos y duros, el vientre ancho y de tersura alabastrina, las nalgas y las piernas con sinuosidades de exquisita morbidez.

Pablo Estrada, aburrido de tan largo paseo, fué a sentarse en un diván. Le dolía la nuca. Sus miradas, no obstante, continuaron paseándose de un lado a otro.

Allí estaban, viviendo en diferentes lienzos. *Andrómeda y Perseo;* la hermosa princesa etiope aparecía encadenada a un peñasco, junto al mar, y el héroe griego acudía a salvarla; él, vestido de hierro, la espada al cinto y los ojos encendidos por el deseo; ella completamente desnuda, mirándole con una languidez que le ofrecía su amor a trueque de su libertad.

La lucha entre *Lapitas y Centauros*, provocada por Eurito al robar a Hipodamia cuando ésta se hallaba celebrando sus bodas con Perithóo, son figuras de tamaño natural que reflejan el fuego de las más encontradas pasiones: Hipodamia se retuerce desnuda entre los velludos brazos de Eurito, que huye con ella a refugiarse tras el misterio de los bosques. Es la eterna mujer de Rubens: gruesa, blanquísima, sensual: Eurito y los centauros que le acompañan tienen los semblantes descompuestos por la ira y la lujuria que en ellos enciende la adquisición de tan rica presa; son cetrinos, vigorosos, ágiles y añaden a su inteligencia y a sus brazos varoniles, la rapidez de sus patas de caballo; ellas, lánguidas, procuran inútilmente defenderse y llevan en su propia desnudez el mayor enemigo de su virtud.

Juno amamantando a Hércules y formando la *Vía lactea* con un chorro de leche que se le escapó al augusto mamoncillo de la boca: fábula admirable del ge-

nio helénico que tuvo en la poderosa fantasía del pintor de Amberes fiel interpretación. Diana descubriendo la preñez de Calixto en el baño; Saturno devorando a sus hijos; el dios Vulcano forjando los rayos de Júpiter; Demócrito riendo con una máscara en la mano, y Heráclito llorando; Plutón robando en su carro a Proserpina; Orfeo bajando a los infiernos en busca de Euridice; el trágico banquete donde Procne, para vengar la deshonra de su hermana Filomena, presenta a Taveo la cabeza y los miembros destrozados de su hijo Itis; el *Juicio de París,* que contempla a tres diosas desnudas, mientras el maleante Mercurio enseña a éstas la manzana que ha de adjudicarse, como premio, a la más hermosa; *La Fortuna,* de pie sobre una esfera que flota a merced de las olas y de los vientos; Ganímedes arrebatado por Júpiter transformado en águila; el *Jardín del amor,* en que se hallan los retratos de Rubens y de Van-Dyck, y de sus dos mujeres. El cuadro de *Ninfas y sátiros,* donde unas y otros juegan locamente en una floresta inundada de sol; ellas, felices, satisfechas de poder tenderse sobre la hierba; ellos, bravíos, persiguiéndolas, con las narices coloreadas por la lujuria; y finalmente, el magnífico lienzo de *Las tres Gracias,* Eufrosina, Aglae y Thalía, de pie y desnudas, abrazadas bajo un grupo de árboles; una de ellas está de costado, la otra de espaldas, la rubia cabellera desplomada artísticamente sobre la nuca; la tercera, de frente, luce sus pechos turgentes y su vientre virginal, amplio y duro. Pero siempre, sea cual fuere su actitud, persistía la misma mujer, reproduciéndose indefinidamente en todos los lienzos del pasmoso flamenco: los mismos ojos platicadores y adormidos por la pereza o relampagueantes de pasión, la

misma boca húmeda y viciosa, el mismo cuerpo de carnes apretadas y exuberantes, la misma piel tersa, limada y marmórea.

Pablo Estrada, sin moverse de su asiento, contemplaba aquel cuadro con ojos absortos: Matilde, parada en medio del salón, miraba también las tres Gracias, humillada ante aquella exaltación de la hermosura rubia; y Claudio pensaba en ella, prefiriéndola a todo aquel harén pintado.

Habían dado las doce y Antúnez propuso ir a almozar.

—Hombre, sí—exclamó Estrada alborozado—, el arte me ha estimulado el apetito; vámonos...

De regreso, aún pudieron ver otros muchos cuadros. La reina Artemisa, recibiendo en una copa y mezcladas con vino, las cenizas de su esposo. Mausoleo, obra original de Rembrandt; a Snayers, que puso entre marcos dorados la historia de las guerras flamencas; a Pablo Vos, con sus cacerías de ciervos, sus zorras y sus perros vigilantes; los retratos de Mengs y los caprichosos lienzos de Brueghel, y otra vez aparecieron los anémicos rostros del Greco, y los atletas de Zurbarán, y los expresivos semblantes de Pantoja y de Ribalta, y los mártires de Ribera descoyuntándose en el suplicio, y las mujeres de Tiziano y los retratos de Velázquez y los niños inimitables de Murillo; y pasaban todos en procesión inacabable, con sus caras alegres o tristes, causando un vértigo semejante al producido en el espectador por el desfile de una gran multitud.

Claudio Antúnez y Estrada marchaban delante, hablando; Matilde les seguía, pareciéndole que examinando aquellos lienzos, guardadores de tantas bellezas

muertas, hojeaba un capítulo de la Historia Universal.

El resto del día estuvieron reunidos; almorzaron juntos y volvieron al hotel. Por la tarde, al tramontar el sol, salieron a la explanada a respirar el aire fresco; fué un ratito de deliciosa tertulia, durante el cual evocaron las impresiones de su paseo. Estaban sentados y conversaban sin mirarse, con esa confianza que engendra el trato diario. La brisa refrescaba lentamente el calor del suelo abrasado; de la carretera venían ruídos de voces y de carros, y cantares, ladridos y alegres relinchos, en pintoresca confusión; las campanas del convento tocaban el *Angelus*... Pablo Estrada silbaba una tonadilla en boga; Antúnez hablaba sin deseos, únicamente por sostener el diálogo; Matilde Landaluce, domado el levantisco espíritu por tantas sensaciones diferentes, se abandonaba a un dulce reposo.

Cuando Claudio quiso marcharse, se ofreció la ocasión que Punto-Negro había acechado inútilmente todo el día. Pablo entró en el hotel a buscar el sombrero del pintor, y los amantes quedaron solos.

Espérame mañana, a las tres de la tarde, donde siempre—dijo ella—voy aunque el cielo se hunda...

Claudio no pudo responder, porque Estrada volvía; pero la cita estaba ya dada: era un nuevo nudo que el Destino echaba al hilo fatal de su obra.

X

Y se vieron, y decidieron realizar la más disparatada aventura que jamás imaginaron cerebros enamorados.

—Tenemos que arbitrárnoslas así—dijo ella—mientras pasa el verano y yo pueda recobrar mi antigua autonomía; una independencia de invierno; libertad con sabañones y envuelta en pieles... Tú procúrate un disfraz y ve por las noches a rondar mi hotel, adoptando siempre las precauciones debidas... Situado en el punto que estimes mejor, esperas una señal mía; y... chiquito, si yo no pudiese dejar a mi gente, ¡qué diantre!..., nos contentaremos con vernos... Lo siento por ti, pero mucho, porque ¡cuidado si es largo el camino que has de recorrer...!

Este plan, magnificado por los misterios de la noche y del disfraz, cautivó la imaginación de Claudio.

—Por las noches—continuó Matilde—, á eso de las ocho u ocho y media, salimos a la explanada, y allí nos

sentamos a tomar el fresco y a charlar con los vecinos de los hotelitos inmediatos. A las once se deshace la reunión, y cada mochuelo vuelve a su olivo; luego, cuando todos duerman, procuraré hacerte entrar, o salir yo... escabulléndome como pueda... He de aceitar las rejas de los pabellones para que no se quejen si acaso necesitamos abrirlas. Chico, ¡qué trabajo me cuesta decir «te quiero»! Una frase tan pequeña y tan bonita...

Con objeto de fortalecer sus recuerdos, Claudio pidió explicaciones minuciosas acerca de las habitaciones y del sitio en que debía esconderse si era sorprendido, y la ventana o puerta más propicia a la fuga.

—Para prevenirlo todo—añadió ella—, por las noches te molestas en examinar la acerita que hay delante del hotel; yo, con toda idea, he aflojado un ladrillo junto a la pared, y allí esconderé mis cartas; tú pasas luego, levantas el ladrillo, coges el papelito, vuelves a dejarlo todo según lo encontraste, y te vas... ¿Entiendes?

Transcurrieron varios días sin que Antúnez recibiese la cita prometida; el retrato de Matilde, que hasta allí le sirvió de pretexto para ir a casa de Pablo, estaba concluído y fué preciso despedirse.

El retrato resultó un prodigio de ejecución; aquellos eran los ojos de Punto-Negro, grandes parleros; aquella su boca, fina, enigmática: aquel su rostro pálido, de mujer nerviosa, en quien las contínuas impresiones robaron a las mejillas su rosado color; aquella su frente, fértil en pensamientos: era Matilde, en cuerpo y alma, todo su carácter viviendo en aquella cabeza que se des-

tacaba del fondo negro iluminada por una misteriosa luz que parecía venir de arriba.

—¡Está hablando!—exclamó Estrada, resumiendo en esta frase trivial la satisfacción que el cuadro le producía.

Y doña Carolina añadió:

—Sí, sí; en efecto: está hablando...

Lo más sobresaliente lo había pintado Claudio de memoria, y tan fielmente obedeció su mano a sus recuerdos, que pintó un espíritu. Era un esfuerzo magnífico; digno de un Velázquez; una explosión soberana y genial que sólo pudo realizar un artista enamorado locamente de su modelo, porque allí resplandecía lo invisible, lo que sólo siente el corazón, lo intraducible, pues el alma no puede encerrarse en palabras ni en colores.

El mismo Antúnez contemplaba su obra admirado. Aquella cabeza era la realización rotunda y triunfante de un ensueño borroso; y entonces advirtió que la bonitura de Punto-Negro había hecho palidecer la de su antiguo ideal femenino: comparaba el retrato de su querida con el de su rubia amante de ojos verdes, y parecíale que ambos se fundían en un nuevo tipo mixto: los dorados cabellos de la cabeza primitiva se ennegrecían mientras los ojos de Matilde verdeaban, tornándose más tranquilos, enigmáticos y profundos...

Después oyó la vocecilla de don Pablo, que decía:

—Dentro de un siglo este cuadro valdrá muchísimo, ¿eh...? Porque, con los años... pues, ¡naturalmente...!, el valor de las obras artísticas se centuplica... Ahora, usted no se enojará si le pregunto qué desea percibir por su trabajo...

Negóse Claudio a aceptar cantidad ninguna, y aunque Matilde y doña Carolina porfiaron mucho para torcer su cortés determinación, el pintor no transigió.

—Aunque lo que voy a confesar—dijo—parezca una excusa, sepan que los cuadros que pinto más a gusto son los que pienso regalar, pues únicamente entonces me creo verdadero artista: pinto por el placer de pintar, no para comer de mi trabajo; y así deseo, ya que este retrato es de mi agrado, que tenga a mis ojos, amén de otras buenas cualidades, la de no haberme producido dinero.

Cuando Antúnez se iba, Pablo Estrada le acompañó hasta el jardín: el buen hombre no sabía cómo demostrarle su agradecimiento por aquel valiosísimo regalo que inmediatamente pensaba ocultar en la penumbra del salón para que no lo deteriorase la luz. A ratos parecíale que el cuadro no valía gran cosa; otras, recordando cuanto Claudio dijo del precio fabuloso de algunos lienzos del Museo, miraba al pintor tenazmente, asombrado de que le hubiese cedido un fortunón tan de improviso y generosamente. El obsequio le había transfigurado, y llegó a mostrarse locuaz y expresivo.

—Ya sabe usted dónde tiene un amigo y una casa; usted entra aquí cuando quiera, y un domingo en que no tenga usted mucho que hacer, echa una canilla al aire viniéndose a cenar con nosotros...

Claudio Antúnez se fué, prometiendo visitarle cuantas veces pudiese: cuando ya iba lejos volvió la cabeza para saludar a Estrada, que seguía parado delante de la verja, y vió a Punto-Negro, que le saludaba desde una de las azoteas: sólo pudo divisar la pequeña parte del busto que sobresalía del alféizar, su inteligente ca-

becita y su sombrilla encarnada, luciendo al sol como una enorme amapola.

Pronto comenzó a iniciarse en Claudio Antúnez una enfermiza germinación de celos. Bien a despecho suyo, no sabía recordar a Matilde sin al mismo tiempo verla con su marido atravesar la calle de Alcalá: a ella sofaldándose para acentuar las formas del cuerpo con aquel movimiento de perversa pulcritud; y a él balanceándose sobre sus endebles piernecillas, y rodeando el talle de su mujer con el brazo derecho. Estas puerilidades despeñaban el curso de sus meditaciones, y se torturaba representándose las escenas íntimas del matrimonio. ¿Y no podía suceder que el agradecimiento de Matilde hacia las mercedes de Pablo se pusiese algún día la careta del amor, disuadiéndola de sus liviandades y moviéndola a ser otra vez buena esposa...? Les veía cruzar el jardín y subir los escalones que daban acceso al recibimiento, y cerrar la puerta del hotel; el ruído de aquella puerta que les defendía y aislaba del mundo, parecíale a Claudio tan fúnebre como el ruido de un ataúd al cerrarse; y luego les imaginaba en un lecho que, al hundirse amorosamente bajo el doble peso de sus cuerpos, les ayudaría a reunirse. Los celos germinaban en su alma como la mala hierba en campo abonado, y tal incremento adquirieron que, no pudiendo disimularlos, se los confesó a Matilde.

—Tú me has metamorfoseado—decía—, no sé cómo empezó esta evolución, porque en el alma no hay linderos y de unos pensamientos vamos a otros insensiblemente. Yo, Punto-Negro, empecé contigo riendo, y lentamente parece que mi hilaridad va haciéndose dolor. ¡Si ésto pudiera evitarse...! Pero no: la vida es un

libro terrible que no tiene fe de erratas. Siempre pienso que eres de otro. Fomentan esta preocupación varias causas: nuestras entrevistas, cada una de las cuales te sirvió para afirmar tu imperio sobre mí; y luego mis visitas a tu hotel y tu retrato, pues mientras lo hacía pensaba en ti como amante y como artista... ¡Qué contubernio de circunstancias fatales...! Te llevo aquí, siempre aquí, entre las cejas..., y nada puede distraerme... Las mujeres que conozco, si son hermosas me parecen esculturas animadas, a quienes la posesión desnuda de atractivos; carne de orgía que se compra o se conquista fácilmente y que se menosprecia y olvida después... ¡Oh!, tú no puedes parangonarte con esas infelices anónimas que apenas ocupan un reglón en mi historia: ni con Amparo, porque entre vosotras toda comparación es imposible: tú eres la querida locuaz que espanta mi fastidio con sus risas; y ella la prometida fiel, callada, que a todos mis caprichos responde «sí»; el invariable monosílabo de los necios...

Este era el tema predilecto de sus conversaciones: él peroraba nervioso, excitadísimo; ella sonreía, poseída del suave quebranto que la producía el placer orgulloso de ser tan amada.

La pasión de Claudio modificó su ideal artístico: la Matilde soñada no era idéntica a la real: tenía los ojos más tranquilos y en ellos esa expresión quieta de las grandes pasiones reconcentradas que no hablan; el pelo más rubio, más ondulante, no tan encrespado; los labios más gruesos; y según aquella figura imaginaria se aproximaba a la abstracta mujer de los ojos verdes, ésta cedió y cambió también ante el influjo creciente de Punto-Negro. De este complejísimo movimiento psicológi-

co resultó una Matilde semirubia, con la frente bombeada, la barbilla saliente y el rostro ovalado y moreno, que realmente tenía, pero con los labios algo más carnosos y encendidos, más sereno el mirar y el color del pelo más claro. Cuando Antúnez explicaba estas enrevesadas cabriolas de su espíritu, Matilde reía.

—Chico, ¡qué bien...!

—Para mí hay dos Matilditas—decía el pintor—, una algo más negrilla que la otra. Todo lo tuyo me embelesa: tus vestidos, tus perfumes, el metal de tu voz, tan acariciador y pastoso como aguda es tu risa... ¿Qué más...? Adoro, no ya tu nombre, que es sonoro y gratísimo, por ende, al oído, sino la forma y disposición de las siete letras que lo componen... Me gusta la *M*, grande y ancha; la *a*, pequeñita; la *t*, tan airosa, con su trazo horizontal, que parece proteger a la *i*, que la sigue; la *l*, larga y esbelta... y así las demás. Es un nombre bonitísimo, como la retrechera personilla que lo usa... ¡Diantre! Quisiera que en tus pupilas se grabase mi imagen y en las mías la tuya, para que por nuestros ojos supieran nuestro cariño cuantas personas nos miren a la cara.

Estas conversaciones, frívolas y alegres, concluían tristemente: Claudio renovaba sus celos y sus deseos de conservarla para él solo.

—No consiento—decía—, que nadie disponga de ti: si te beso, pienso que Pablo también te besa; si me abrazas tú, imagino que así le abrazas a él: es un tormento horrible del que las mujeres no podéis formaros idea cabal porque vuestros celos son la parodia de los celos masculinos... Pablo representa lo legal, lo honesto; yo, el crimen, que huye embozado entre sombras...

¡Qué desesperación...! Yo anhelo de ti algo que me pertenezca exclusivamente: por eso te llamo Punto-Negro, porque «Matilde» te dicen todos; Matilde te nombró el cura para casarte... ¡Y me gusta tanto decir: «Ven, Punto-Negro...!» Así no te llama nadie, ¡nadie! En eso, por lo menos, tengo la seguridad de ser el primero...

Ella, conmovida, reía y lloraba; parecía una de esas tardes primaverales llenas de antojos, en las cuales la lluvia y el sol forman el arco iris.

—No digas eso—replicaba, enlazándole los bracitos al cuello—; yo me cuido muchísimo, para agradarte siempre, y lo dejaría todo por ti. Bien sabes que la mujer mejor alabada es aquella de quien no se habla; sin embargo, no me importaría el escándalo con tal de verte feliz...

Y proseguía, con aquel gracioso desenfado que la hacía adorable:

—Pablo me quiere mucho; al menos él así lo dice: pero su cariño es frío, reglamentado; es, la suya, una ecuanimidad incomprensible para nosotros; es como si llevase en un libro la cuenta de las caricias que me hace y tuviera un límite, del cual no debe pasar... ¡Chico, quien quisiera observarnos, reventaba de risa...! Cuando le siento venir por un lado, escapo por otro, pues siempre temo que en el ridículo cronómetro de su cariño haya llegado el momento de besarme. Ayer subía yo la escalera, y al llegar arriba ¡pum! salió él de mi alcoba.—Niña—dijo—, ven.— ¿Qué quieres...?—repuse—llevo prisa... Y en esto le veo poner cara de pascua y hacer ademán de abrazarme. Pues, ¿sabes lo que hice? Avinagrar el gesto y decirle:—¡Eres de lo más inoportuno...! Abrí la puerta del salón que, como recor-

darás, está a obscuras, a tientas acerté con el cuarto de mi madre y por allí me escabullí. ¡Chico, qué bien...! ¡Ah! lo chusco fué que mi madre se quedó estupefacta al verme.— ¿De dónde vienes?—preguntó. Yo iba tan furiosa que no supe contenerme.—Vengo—dije—, huyendo de ese... que ha querido abrazarme... Creí que la sorpresa desarticulaba la mandíbula inferior de doña Carolina, porque abrió la boca como para tragarse un panecillo.—¿Y quien es ese...?—Toma, ¿quién ha de ser...?, Pablo... ¡La Biblia, chico...! Por las noches sucede igual: no bien se acerca a mí, empiezo a quejarme: ¡me duele la cabeza, me duele el corazón, no puedo respirar...! Y al pobrete se le resfría la pasión y toma el olivo. Yo no sé fingir, y si no quiero a una persona la rechazo aunque me la presenten en bandeja de oro: ya no es por ti, a quien no ofendo ni con el pensamiento; es por mi... porque le aborrezco...

Y añadía bajando la voz, para darle mayor encanto a su confesión.

—Es... porque me inspira asco...

Al fin llegó la deseada y temida noche de la cita en Cuatro Caminos, con las precauciones, disfraces y demás picantes detalles, señalados por Matilde Landaluce.

Teresa fué quien buscó el disfraz, que el pintor dijo necesitar para un modelo.

—Escójalo usted todo grandecito—añadió Claudio—porque es un hombre tan alto como yo. La gorra que sea cumplida también; llévese usted de muestra ese sombrero viejo que tengo ahí...

Aquella noche Antúnez cenó en un santiamén y en seguida procedió a disfrazarse; él creía hacerlo de prisa, pero realmente iba muy despacio, mientras su pen-

samiento correteaba gozoso los campos de Cuatro Caminos. Al cabo quedó transfigurado, y tan completamente, que la misma Teresa tardó en reconocerle: con sus alpargatas blancas, su blusa gris listada de negro, su cuello desnudo, su barba negra y fuerte, y la gorra ladeada sobre una oreja, parecía uno de esos obreros atléticos de los Altos Hornos, de Bilbao, curtidos por el calor de las fraguas y los aires del mar.

—¡Pero, don Claudio!—exclamó la manchega signándose—, usted se ha vuelto loco. ¿Dónde demontre va usted a estas horas y con ese porte?

—Al infierno, Teresa.

—¡Jesús y María...!

—Nada consigue usted invocando nombres de redentores, ni de vírgenes; yo soy un diablo mundano que no teme al agua bendita... ¿Recuerda usted una joven bajita, enlutada, que olía muy bien...? ¡No sea usted torpe...! La que vino a verme algunas veces... Pues bien; esa señora es el demonio disfrazado de mujer; un diablillo monísimo, perfumado con esencia de Chipre; me citó para esta noche en los profundos y... ¡allá voy...!

Entonces Teresa desembuchó un enojoso rosario de prudentes observaciones.

—¡Ay, don Claudio...! Yo le quiero a usted como a hijo mío y le aconsejo por su bien. Esa mujer que le ha vuelto el seso, debe de ser casada cuando usted adopta tantas precauciones para verla. No sea tonto; no se enrede con mujeres casadas, porque es lo mismo que tomar pasaporte para el cementerio o para el presidio...

Cuando el pintor bajaba la escalera saltando los peldaños de dos en dos, aún oyó la voz de Teresa, que decia:

—Por la memoria de su madre, don Claudio, tenga usted juicio, que ya no es usted un niño...

Antúnez cruzó la Plaza de Bilbao y siguió la calle de las Infantas; en la esquina de Hortaleza se detuvo unos instantes para mirar atrás, y vió la negra silueta de su patrona asomada al balcón; pequeñita, rechoncha, con su rostro mofletudo y vivaracho de jamona alegre; y aun le pareció percibir su vocecilla que repetía prudente: «Tenga usted juicio, don Claudio, que ya no es usted un niño...» Después prosiguió su camino, codicioso de llegar pronto al fin.

Al principio encontróse un poco desconcertado bajo su nuevo atavío; extrañaba aquellas alpargatas que se deslizaban sin ruido por las aceras: aquellos pantalones estrechos, aquella blusa que le rozaba las corvas y colgaba sin gracia de sus hombros; aquella gorra, cuya visera proyectaba sobre sus ojos una sombra que le obligaba a mirar hacia arriba.

Acuciado por su impaciencia invirtió menos de diez minutos en llegar al Circo de Colón, lleno a la sazón de público y de ruido. En la gran plaza desierta, rodeada de solares y de casas silenciosas, y bajo aquel cielo espléndido cuajado de estrellas, el Circo, con sus paredes ventrudas, su murmullo de gente, su música, las risas de sus payasos y sus ventanas iluminadas, por las cuales salían bocanadas de aire cálido impregnado de olor a cuerpos humanos, parecía un globo reventando de vida y de luz.

Claudio continuó su marcha por el paseo de Santa Engracia. En la plaza de Chamberí, la iglesia y el paseo del Cisne trajeron a su memoria aquellas impresiones que pusieron a su cariño novelesco y regocijado

frepacio. Recordó su primera entrevista con Matilde, el aspecto sombrío de la iglesia, los frescos de Taberner, el angelote de alas negras que revolotea en la bóveda, y el altar donde el *Cristo de los Arencones*, lacio y esmirriado, moría de inanición: el delicioso rato pasado en el café, fumando y sumidos los dos en esa penumbra discreta que también favorece la explosión de las amorosas confesiones; la actitud de ella y los efectos que en él iba causando aquella verbosidad infantil y graciosa, sin vulgaridades ni giros retóricos... Y luego, el largo paseo alrededor del Hipódromo, andando despacio y hablando poco y a media voz; Matilde, muy derecha, la cabeza levantada, mirando al cielo para mirarle a él, que iba embozado y con la vista vacilante puesta en las pupilas de ella; cogidos del brazo sintiendo el calor de sus cuerpos, los estremecimientos de su carne en celo y el sensual latir de sus corazones; hipnotizándose a la vez con el tacto y el aliento de sus respiraciones entrecortadas. Veíase a sí mismo subiendo por la carretera que lleva a Chamartín, bordeando luego el Canal de Lozoya, y finalmente, recordaba el tácito consentimiento que Matilde otorgó a sus ruegos diciendo que quería sentarse a descansar, la breve escena que precedió a la caída, y la posesión; aquella posesión rápida, brutal, sobre un suelo árido que aumentaba con su dureza la deleitosa intensidad del espasmo. Y todo ello tan de súbito, al aire libre, en medio de la llanura solitaria, bajo un cielo gris propicio al ensueño...

Las diez sonaban en el reloj de Nuestra Señora de los Angeles, cuando Antúnez trepó a la explanada que conducía en pendiente suave al hotelito de Matilde.

El Campillo estaba desierto y alumbrado únicamente

por el tenuísimo resplandor de las estrellas, pues la luna parecía una resquebrajadura sideral. Claudio se detuvo a examinar el escenario donde iba a moverse. A su espalda quedaban tres o cuatro casitas de un piso; a la derecha, el campo se dilataba y perdía bajo el hollín de la noche; a la izquierda estaba la carretera, cuyo alumbrado esparcía un reflejo nimbado a lo largo del camino; al fondo aparecía el hotel de Estrada, iluminado por un farol de petróleo.

Delante de la verja había un grupo de personas, que se disponían con grandes voces y risas a comerse una fuente de gazpacho. En seguida el pintor vió a Matilde; estaba sentada de espaldas al campo. Entre los demás semblantes iluminados por la mortecina luz del farol, sólo reconoció el de doña Carolina, enjuto y grave, y hasta ceñudo, cual si estuviera acordándose de él; y el de Pablo Estrada, inexpresivo, amarillento, como esculpido en boj. Los otros contertulios le eran desconocidos. Temeroso de atraer la curiosidad de la reunión, tendióse en el suelo a esperar el desenlace de su aventura. Junto a doña Carolina había una mujer gruesa, cuyas nalgas rebasaban del asiento de la silla; después, Matilde; más allá otras dos mujeres; joven y picante la una; jamona y vistosa, la otra; al lado de ésta un individuo calvo que tenía un pañuelo colocado a guisa de babero para restañarse el sudor y defender la pechera de su camisa; luego un joven que dirigía la conversación, y cerrando el círculo, Pablo Estrada.

Aquel mozalbete le pareció a Claudio feo, vulgar y antipático, con esa petulancia insufrible de los necios que lograron ser aplaudidos alguna vez. Todos sus donaires eran reídos estrepitosamente, y él, animado por

tantos parabienes, continuaba hablando, muy ufano de su hegemonía. La conversación la sostenían él y Matilde Landaluce, que apuraba los traviesos recursos de su dialéctica para vencer; los demás circunstantes les escuchaban, sorbiendo afanosos sus cucharadas de caldo y celebrando los decires más agudos.

Claudio Antúnez, tendido y medio oculto tras una ligerísima elevación del terreno, seguía atentamente los incidentes de la conversación, y experimentaba, escuchando las carcajadas con que eran premiadas las ingeniosidades de Punto-Negro, el orgullo del padre que oye encomiar las facultades de su hijo único.

No obstante, apenas su nerviosa inquietud fué declinando, cuando empezó a sentir en todos sus miembros una deliciosa laxitud: el calor desprendido del suelo caldeado por el sol; la brisa, acarreadora de olores campestres y de lejanos murmullos, que a intervalos rozaba su frente; el cielo, siempre mudo, ofreciendo a sus ojos la monotonía augusta de lo eterno; la luz amarillenta de aquel farol que le producía un molesto escozor en los párpados, todo contribuyó a disponer la sorpresa del sueño. Entonces pensó que sus amigos estarían a tales horas en Fornos cenando con mujeres, soliviantados por la bebida y la proximidad de la hembra, mientras él, echado en el suelo, parecía un filósofo de la antigua escuela peripatética que hubiese salido a meditar bajo la luz de las estrellas una nueva cosmogonía. Miró al cielo y lo halló más alto, y lanzando una mirada a ras de tierra, le pareció que todo, casas, árboles, campos, se hundían hacía Oriente; y recordando el movimiento rotativo del mundo, bendijo la gravedad y la presión atmosférica, pues si la fuerza centrífuga vencie-

se, su pobre cuerpo iríase a describir perpetuamente eclipses alrededor de algún sol ignorado... Así pasó largo rato, entregado a este soliloquio pueril; luego procuró distinguir a Matilde, pero sus ojos sólo percibieron una luz confusa, y al fin esta postrera impresión se borró también.

Cuando despertó incorporóse azorado, creyendo que ya amanecía; estaba solo, y los campos se le antojaron más oscuros y el cielo más triste; los hoteles yacían cerrados; ni una voz en su interior, ni una luz en sus ventanas. Antúnez se levantó furioso contra aquella soñarrera estúpida que había esterilizado su viaje, y presumiendo que nadie le atisbaba, acercóse al pabellón junto al cual Matilde había escogido un ladrillo para buzón de su amorosa correspondencia. Avanzó cautelosamente y conteniendo el aliento: de pronto vió abrir la ventana y dibujarse en la sombra la cabeza de alguien que estaba acechándole, e instintivamente dió un paso atrás apercibiéndose a la defensa. Era Matilde Landaluce, que le esperaba; Claudio la reconoció en seguida.

—Punto-Negro—murmuró.

Ella, adelantando el rostro, repuso.

—¡Chist, hijo mío...! ¡Qué susto he pasado...!

—¿Y Pablo?

—Arriba, durmiendo; me deslicé de la cama con tal habilidad que nadie me ha sentido. ¡Chico, qué bien...! ¡Como si hubiese estado ensayándolo!

Antúnez, preocupado por la vecindad del farol, lanzó una mirada inquisitiba al campo, sumido en tinieblas: después se estrechó contra la reja cuanto pudo.

—Punto-Negro—dijo—, ¡si pudieras salir...!

—No propongas horrores; estoy en camisa, a trueque, por verte, de coger una pulmonía.

Acercó más su carita a los barrotes de la ventana: tenía la mirada brillante, el rostro desfigurado por la emoción y el frío, el pelo caído sobre la frente, la boca entreabierta mostraba sus dientes blancos y pequeñitos de lobezno... Claudio oprimía entre sus dedos las turgencias de aquella carne siempre deseada, y Matilde se rendía poco a poco al dulce contacto; a los desmayados temblequeos del farol, sus senos desnudos cobraron en la penumbra un encanto nuevo y fatal.

—Márchate—murmuró—; esto es jugarse la vida...

—Ven—porfió el pintor.

Ella razonaba aún; pero Antúnez, perdido todo discurso, no la oía.

—Ven, ven...—insistía—, ven...

Y para facilitar su victoria la acariciaba, despertando su carne cohibida por la emoción del lance y el frío de la noche; y Matilde, ya vencida, se estrechaba contra la reja, desnudita, anhelante, sin fuerzas para hablar... Así continuaron, las bocas juntas y los ojos del uno puestos obstinadamente en los del otro, mezclando sus alientos, abrazándose a despecho de la reja dura y cruel que les separaba.

—Ven—repitió Claudio.

—Hoy, no; mañana...; te juro, por mi amor, que mañana nos reuniremos en Madrid.

Hablaban en un tono casi imperceptible, que daba mayor hechizo a sus palabras; y como tenían que acercarse mucho para oirse, se besaban hablando.

—No, mañana, no—repuso Antúnez—, ahora, ven... sal por el jardín...

Y continuó besándola y oprimiendo entre sus manos incansables aquellas carnes frías y vibrantes; excelsa melopea del amor coreada por el prolongado susurro del viento entre la fronda, y el solemne epitalamio entonado por los insectos bajo la hierba...

Matilde cedió.

—Bueno—dijo—, espera; voy a vestirme una ropita que tengo aquí; retírate a un lugar obscuro donde nadie te vea.

Claudio se alejó, ocultándose lejos del indiscreto farol, impaciente, fluctuando entre el deseo de la posesión y el justificadísimo temor a una sorpresa. Luego oyó chirriar la verja en que tenía puestos el alma y los ojos, y apareció Matilde. Cuando se juntaron, la joven estaba tan emocionada que no podía hablar; largo rato permanecieron abrazados y mudos; después avanzaron, buscando una hondonada donde guarecerse.

—¿Me quieres, Punto-Negro?

—Chiquito, con tres o cuatro hazañas como ésta, me quitas la vida...

Alargó el cuello para besarle, pero se detuvo.

—¿Oiste...? Alguien se acerca.

Claudio miró hacia el hotel, cuya verja había quedado entreabierta.

—No; el ruido viene de Madrid—añadió ella poniéndose de rodillas.

Escucharon: en efecto; las pisadas de alguien que avanzaba por el campo resbalando sobre la arena del camino, rompían el silencio nocturno.

—¿Irán a mi casa?—murmuró Matilde; ¿será algún telegrama...?

El rumor crecía.

—Será algún matutero—dijo Claudio.

Después mostróse indecisa la silueta de un hombre que iba en dirección al Hipódromo; le vieron surgir del fondo negro, alejarse, desaparecer; el eco candencioso de sus pasos disminuía, y entonces volvieron a abrazarse con la fruición del que ha burlado un gran peligro.

—¡Chico, qué bien...!

—Así deseaba yo poseerte—murmuraba Claudio—, así, en el campo y al aire libre y de noche; una noche como ésta, diáfana, para que las miriadas de mundos que aljofaran el infinito fuesen testigo de nuestro amor, y para contemplarlos a todos reflejados ahí, en el fondo de tus pupilas enamoradas. Una pasión como la nuestra no debe vivir presa en las estrecheces de una alcoba, sino que merece por dosel el cielo y por tálamo la tierra fecunda...

Ella languidecía y tendida en el suelo se abandonaba, arrobada por aquel canto lujuriante. Claudio prosiguió enardeciéndose con el fuego de sus palabras.

—Abre tus ojos, prenda mía, que yo te los vea; aproxima tu boca, Punto-Negro, que yo te la bese...

Matilde se estremecía, ronroneando como una gata. El viento soplaba mansamente: de la tierra caldeada por los rayos solares ascendía un vaho trastornador que encendía la sangre; los hierbajos del campo agostado, vivificados por el húmedo hálito nocturno, exhalaban olores acres, afrodisiacos, de un mundo en germinación. Aquellas horas en que el cosmos parecía aletargarse en una arcana vibración sexual, son las escogidas por la Humanidad para sus amorosos delirios; horas fecundas en que las flores reciben en su pistilo el

polen generador, y los insectos se llaman con el sordo ruidito de sus élitros y se buscan bajo la hierba para perpetuar su especie en infatigables maridajes. Sólo velan los sabios persiguiendo alguna fórmula rebelde, o el artista que prolonga su labor hasta la madrugada; horas de fiebre delirante en que el Genio y la Gloria duermen juntos. El resto de la creación reposa; la Tierra parece un inmenso tálamo donde millones de seres rinden su tributo al amor, y las estrellas los eternos luminares encendidos sobre la cámara nupcial de lo inmenso.

Claudio y Matilde, en brazos el uno del otro, aspiraban la brisa frescachona, olían los perfumes silvestres, observaban con religiosa emoción aquellos mundos que forman el maravilloso engranaje de la máquina cósmica, y que giran atrayéndose y rechazándose cual si entre ellos mediasen corrientes simpáticas, y así fuese la ley newtoniana la fórmula matemática en que el genio del milagroso astrónomo inglés encerró la explosión del universal amor. Ellos presentían los innumerables sacrificios que en momentos tales ofrecían todos los seres a Venus Afrodita, y el amor de la Tierra lo respiraban en las bocanadas de viento; y la pasión que inflamaba los mundos lejanos, en los dulces parpadeos de su luz pálida... En todo esto pensaban mientras gozaban del voluptuoso contacto de sus bocas húmedas, esperando aumentar la intensidad del deleite con la prolongación del deseo. El, entretanto, continuaba sugestionando a su querida con el mágico afrodisíaco de sus palabras.

—Te quiero más que a la Gloria, la diosa a quien dediqué mi juventud. Tú eres mi redentora y mi guía,

Punto-Negro. ¡Ah! ¿Como no amarte, si yo era antes un hombre desequilibrado y caótico que estuvo en borrador, hasta que tú, con tu habilidad, definiste mis pasiones y me pusiste en limpio...?

Y tras estas frases vinieron muchos besos y una pasión delirante, que la dureza del suelo hizo más rabiosa: ella, en el paroxismo del deleite, suspiraba con estertores agónicos, mientras él saciaba su deseo con las piernas rígidas y los brazos abiertos, como si estimando el cuerpo de una mujer incapaz de resistir su pasión, quisiese gozar a la Tierra y engendrar en ella nuevos mundos. Después, ya más tranquilos, continuaron besándose llenos de mutua y voluptuosa gratitud.

—Chico, ¡qué bien...!

Claudio la miraba gravemente y como en sueños. Hubo una pausa: súbitamente Matilde Landaluce se levantó asustada.

—Me voy—murmuró—; tengo un miedo espantoso, ¿eh...? Adiós, bien mío...

El pintor no se movió.

—Y, ¿hasta cuándo?—dijo.

—Ven mañana a la misma hora, y veremos qué sucede... Ea, adiós, adiós...

Y echó a correr, recogiéndose las faldas para no pisárselas; torció a la izquierda, sorteando los accidentes del terreno, y esfumóse entre las sombras: luego Antúnez la vió reaparecer junto a la verja, con su faldita de percal y su chaquetita roja, y abismarse en las tinieblas del jardín sin volver la cabeza.

Entonces Claudio atravesó la explanada y ganó la carretera. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos de la blusa y los ojos bajos, meditando en su cita

próxima y en las palabras de Matilde, la soboncita tiranuela de su albedrío, en quien hubiera deseado generar un mundo donde poder vivir después con ella...

Los primeros resplandores matutinos le alcanzaron en la Glorieta de Quevedo; detúvose un instante junto a la farola y miró hacia atrás: la calle de Bravo Murillo se prolongaba recta entre dos filas de árboles; a lo largo de ella brillaban los rieles del tranvía, extendidos paralelamente y muy próximos, pero sin coincidir jamás, como muchas almas mal casadas. El pintor suspiró. Allá lejos quedaban su amor, sus ilusiones más preciadas; pero el Destino le empujaba por derroteros diferentes, y Claudio Antúnez siguió andando...

Decía Napoleón que el hombre dominado completamente por una hembra, ni es hombre ni es nada: Napoleón había olvidado que la Gloria, por quien tanto luchó, tenía nombre de mujer...

XI

Obligados por las circunstancias, los dos amantes cambiaron la alcobita de Antonia Carrasco por la oscura explanada de Cuatro Caminos; y casi se alegraron, porque la soledad del lugar, la dureza del suelo convertido en tálamo, y los peligros que traían aparejados tan arriscadas citas, añadían a su pasión el sabrosísimo pique de lo raro y de lo nuevo.

Para Claudio, aquellas horas de espera eran interminables: las oía sonar en el reloj del inmediato convento de frailes, luego las melancólicas campanadas repercutían rítmicamente en los campos silenciosos, y escuchándolas parecíale que el cielo era un inmenso filtro por cuyo agujero central la eternidad dejase escapar el tiempo reducido a gotas.

Siempre recibía las mismas impresiones: a un lado la carretera serpenteando bajo un tenue resplandor nimbado; al opuesto, los campos sembrados de cebada y centeno que conducen al Hipódromo y al Canal sumi-

dos en tinieblas, cual si hubiesen derramado sobre ellos un océano de tinta; al otro extremo, del lado de Madrid, algunas casitas blanqueando a la luz astral; y a intervalos, pasos lejanos de caminantes invisibles, gallos que anunciaban con su clarineo la proximidad del amanecer; y a pocos metros delante de él, los tres hotelitos iluminados por el mortecino resplandor de un farol, silenciosos, como aletargados en un perezoso nirvana por el monótono susurrar de la brisa entre los árboles.

Muchas noches Claudio tenía que contentarse con las palabras de amor que Punto-Negro escondía bajo el ladrillo, o con hablarla por la reja; pero otras las menos, porque el trance era difícil y Satanás no siempre ayudaba, ella salía a renovar su pasión sobre el suelo agostado; hablándose en voz muy queda por parecerles que sus juramentos, al salir de sus labios, resonaban en la extensión de los campos como en una caja sonora, y poseyéndose rabiosamente, seguros de que tras estos minutos de placer vendrían horas inacabables de lánguida soltería.

Cuando Matilde Landaluce hallaba medio de preparar una escapatoria, escribía a Claudio citándole en casa de Antonia, la irreemplazable sobajañí de sus atormentados amoríos, o iba a buscarle a su estudio: subía de prisa, codiciosa de placer y de libertad, y levantando un huracán con su abanico y el ruido de sus faldas, el taconeo de sus zapatitos de charol, el trajín de sus piernas bajo las bien almidonadas enaguas, y finalmente el tintineo de las pulseras y el vagaroso rumor de sedas y encajes moviéndose al rítmico compás del cuerpecito. Claudio Antúnez la presentía: de súbito experimentaba un calofrío extraño, se le alteraba el pulso,

los oídos le zumbaban con sordo hervor, como si la sangre hubiese encontrado en ellos una venilla rota y se precipitase por allí; dejaba de pintar y acechaba sediento aquel ruido que crecía. Cuando Matilde llegaba al piso tercero, último de la casa, y empezaba a subir el caracol que conducía al estudio, ya no era posible dudar: era ella. Entonces la pasión de Claudio tocaba a somatén; tiraba los pinceles y corría a la puerta, y después de abrirla abría los brazos para recibir a Punto-Negro, quien se dejaba estrechar cual si ya no pudiera sostenerse en pie.

—¡Punto-Negro de mi alma...!

—¡Chico, qué bien...!

Y oprimiéndola contra su pecho la conducía al sofá y la acomodaba sobre sus rodillas, secándola el sudor, desembarazándola de los objetos que había comprado para justificar ante su familia su escapatoria, ayudándola a quitarse los guantes, dándola azotes, mordiscándola los morritos, el cuello, los hombros, como queriendo hacer pepitoria de su cuerpo...

No obstante los recursos empleados por Punto-Negro para suavizar las asperezas que, por momentos, iba ofreciendo el carácter de Claudio, éste seguía dominado por la venenosa obsesión de los celos, y la fijeza de su mirada reflejaba la inmutabilidad de su pensamiento. Aquella preocupación era tan intensa que le incapacitaba para el trabajo, y entonces se marchaba a la calle procurando inútilmente dar reposo a su espíritu, pues todas las mujeres jóvenes le recordaban a Matilde; ésta por su manera de andar, otras por su vestido o su estatura.

Tales hipermenesias cerebrales eran seguidas de lar-

gos períodos de postración: entonces su pensamiento esfumábase y recordaba a Matilde, no en puntos concretos de lugar o de tiempo, sino abstractamente, desligada de cuanto no fuese ella misma y flotando ante sus ojos como un ser ideal. Unicamente hallaba cierto alivio entre sus amigos, quienes, ignorantes de sus penas, le hablaban de asuntos diversos, obligándole a discutir; entonces sacudía su quebranto y peroraba apasionadamente, comprendiendo que sólo así podía aplacar su truculento combate interior. De noche se acostaba con el recuerdo de Punto-Negro como un niño con su primera muñeca: se le fingía sentada al borde del lecho, hablándole del porvenir, o dormida a su lado, con el pelo extendido sobre la almohada y la fresca boquirrita entreabierta, cual si continuase satisfaciendo en sueños su eterno afán de discutir. Atormentado por el insomnio y convencido de que sólo la muerte le proporcionaría la paz que el amor de Punto-Negro no le dió, y de que Pablo era su único enemigo, redujo el problema de su tranquilidad a este sencillo dilema: «El o yo...» Mas no vaciló entre los términos de tal disyuntiva, y halló preferible el golpe con que se mata al golpe de que se muere: todo se reducía a envasar seis dedos de acero en el cuerpo de Pablo Estrada.

—Le doy una puñalada—pensaba Claudio—; y así ella queda viuda y libre, por tanto, para seguirme.

Cuanto más vivía en él este propósito más necesario se le antojaba a su bienestar, tanto, que con criminal sosiego empezó a buscar trazas que dieran a su empresa feliz término y remate. Y así continuó varias noches, pasteleando inconvenientes y perfilando detalles hasta tropezar con este obstáculo irreductible: ¿Qué adelan-

taba deshaciéndose de Pablo, si las liviandades pretéritas de Punto-Negro continuarían torturándole siempre que su celosa inquietud las evocase...? Todos los amantes confesados por Matilde murieron y ella no debía de avergonzarse de ninguno, pues cada cual bajó a su tumba el misterio de su pasión. Pero, ¿les habría olvidado ella...? ¿No subsistirían en su cerebro, inmortales bajo el poético velo que cubre, como milagroso cristal, a los sucesos y a los hombres que fueron...? ¿Para qué matar al marido, si luego su recuerdo iría a sumarse al de los rivales difuntos y su tortura sería la misma?

Entonces empezó a discurrir un medio de romper con Matilde o de quererla tan ciegamente que se lo perdonase todo, y en lo sucesivo le pareciese dechado de perfecciones femeninas y clarísimo espejo de amor y de virtud. Y, meditando así, pensó algo que era una reacción contra lo que antes imaginara, y fué que, en vez de restarle a la sociedad un hombre matando a Pablo Estrada, la aumentaría engendrando en Matilde Landaluce un hijo que acabase de unirle a ella con nuevas y perdurables ligaduras.

No era el proyecto de fácil ejecución, pues las amorosas entrañas de Punto-Negro desde hacía años parecían infecundas. De su matrimonio con Antonio Santero tuvo un niño; pero el parto se presentó en condiciones adversas, y como la vida de la madre peligrase, el médico sacrificó al hijo. La impresión que este crimen legal produjo en Matildita Landaluce fué tan violenta, que no volvió a ofrecer síntomas de embarazo.

En todo esto pensó Antúnez, y después de bien vistos y meditados los motivos que facilitaban o contradecían su paternidad, reconoció que, dado el vigoro-

so temperamento de Matilde y los años transcurridos desde el parto, sus ovarios habrían recobrado la debida tonicidad y que seguramente aquel cuerpo tan bonito, que parecía estéril, podría reverdecer y dar nuevos frutos.

El pintor quedó admirado de su descubrimiento, que aquella noche comunicó a Punto-Negro, aplazando conversación tan sabrosa para la primera entrevista que tuviesen en Madrid; y como transcurrieran varios días sin que ésta llegase, Matilde tuvo a su vez tiempo de aficionarse a la idea de ser madre. Tan noble anhelo prestó a su entrevista novedad encantadora.

—Yo quiero que nuestro hijo sea niña—dijo Claudio.

—O niño, tontín, ¿qué más dá...?

—No, niña,—repetía el pintor—, para que se parezca a tí.

Ella quería que se pareciese a Claudio en los ojos, y que fuese rubia: Antúnez la prefería trigueña.

—Siendo rubita — porfiaba Punto Negro —, tendrá más de ángel que su madre; ya sabes que a los ángeles siempre les pitan rubios.

Discutieron luego el nombre que habían de imponerla, los trajecillos que más favorecían su bonitura y hasta las condiciones del hombre con quien habían de casarla, cuando fuese una linda moza con mucho garabato en su ingenio y en su persona, y ellos dos abueletes buenos únicamente para salir a tomar el sol, cogidos del brazo... De todo hablaron con infantil regocijo, como si el embarazo de la joven fuese ya un hecho probado, y ella no estuviese sometida a la autoridad de Pablo, su esposo y señor natural.

Con estas halagüeñas esperanzas entretuvieron la úl-

tima decena de Julio y gran parte de Agosto, hasta que poco a poco la realidad venció a la ficción y los celos retoñaron en Claudio. Esta obsesión provenía de cansancio mental. Claudio Antúnez, a pesar de su enérgico temperamento, estaba muy gastado por la funesta trinidad que esteriliza a tantos artistas: el vino, las mujeres y el trabajo: había bebido mucho, y amado hasta la hartura—como Byron—, quien deseaba «que todas las mujeres tuviesen una sola boca, para besarlas a todas de una sola vez»; y había luchado más que bebió y amó, forzado por sus necesidades y su afán de gloria.

En la vida azarosa de los artistas, el público sólo estima las obras sobresalientes, las que parecieron conquistar, por sí solas, la inmortalidad para su autor; pero la labor inmensa que la voluntad realizó en la sombra durante muchos años de amarguísima brega, el libro que no se vendió, el artículo que ningún periódico quiso publicar por atentatorio a su alambicado criterio, el drama no representado, los cuadros que, por falta de tiempo, quedaron a medio pintar, todas las miserias innúmeras del avinagrado calvario artístico, pasan inadvertidas, como tentativas baladíes de principiante. El escritor triunfa publicando un libro o estrenando una comedia, y el vulgo cree que aquél es su primer libro, su primera comedia, y únicamente extraña que haya vencido tan viejo... No recuerda el agrio camino recorrido por aquel genio que negaron tantas veces la ambición, la indiferencia o la envidia ajenas, ni las angustiosas estrecheces económicas de quien luchó simultáneamente por la vida y la fama; ni sus horas de desmayo mortal...

Claudio Antúnez sufría la melancólica postración con-

siguiente a un combate incesante de doce años, y esto influyó mucho en la pasión que le inspirara Punto-Negro, a quien su cariño erigió en musa inspiradora; y lo más peregrino de esta fusión fué que su descompuesto magín, andando por ignorados caminos y apercibiendo series misteriosas de retorcidas alegaciones, consiguió hermanar tan perfectamente a la mujer con el arte, que Matildita Landaluce llegó a simbolizar el arte puro, la fuente de toda inspiración y de todo deseo. Y más adelante, cuando los celos empezaron a entenebrecer su pasión, convirtiéndola en desconfiada y vidriosa, quiso a Matilde a regañadientes, porqué este amor era una debilidad de su corazón y se le derramaba del palpitante vaso como se orinan sin querer los que tienen relajado el esfinter uretral.

Las nefandas consecuencias de su desbaratada juventud llegaron en tropel: sin causa aparente, concebía ideas estrafalarias, asuntos disparatados, figurones monstruosos que luego complacíase en pintar; según decía para solazarse, y que acusaban en él una verdadera decadencia.

De estas extravagancias llegó a apercibirse la sagaz y escrutadora atención de Matilde Landaluce, y aunque no entendía un pitoche de medicina, bien se la alcanza ba que el origen de la mayoría de las dolencias debe buscarse en el pasado de cada enfermo. Entonces recordó los tristes antecedentes patogénicos de Claudio, las miserias de su bohemia artistica, sus días sin pan, sus noches sin luz y con frío, sus esfuerzos para abrirse camino y triunfar, sus orgías cuando la veleidosa fortuna comenzó a ayudarle, las enfermedades que padeció y de las cuales conservaba inextinguibles reliquias;

todo aquello, en fin, que el enamorado pintor cordobés la confesó mientras ella, astutamente, le excitaba á hablar.

La inspiración de Claudio declinaba. Su cuadro de Dante había adelantado muy poco: todo estaba concluído menos la figura del ángel de la fama, para cuya ejecución tropezaba el artista con obstáculos invencibles. Primero lo pintó ciñéndose al arquetipo femenino que inspiró sus primeras creaciones, hasta que la fortaleza de su amor empañó su ideal de pelo rubio y ojos verdes, hecho, según el decía, con esmeraldas y hebras de sol; lentamente aquella figura fué emborronándose, los cabellos se tornaron castaños y luego fueron negros, como los ojos; y el cutis perdió su nacarado color primitivo, resultando de todo ello un tipo mixto que no conseguía satisfacerle. En cambio avaloró con briosas pinceladas ciertos detalles que antes le parecían bien: dió mayor serenidad a la venerable cabeza del poeta florentino, más idealidad a Beatriz, mayor esbeltez al cuerpo de aquella pantera que brincaba hacia adentro; y cuando todo lo tuvo muy bien concluído y retocado, volvió a tropezarse con la figura del ángel que no sabía pintar y ante el cual permanecía horas y horas absorto.

Cuando Matilde iba a verle al estudio, Claudio Antúnez la explicaba prolijamente estas enrevesadas crisis de su inspiración, y también su falta de trabajo, que le profetizaba una crisis económica cercana... Era la primera vez que hablaba de negocios a su querida, y lo hacía con el tono grave y reposado del hombre a quien los azares de la vida preocupan hondamente.

—Entonces ¿qué haces ahora?

—Me divierto en pintar tonterías; pero por mero pasatiempo y sin idea de lucro...

La condujo a una habitación donde guardaba varios lienzos que parecían copias de Ribera: brujas retorcidas en lúbrica danza alrededor de una figura enigmática; demonios de ojos brillantes que reían sardónicos, mostrando en la obscuridad su doble hilera de dientes blancos y agudos; espectros sin nombre ni clasificación posible, perdidos en un fondo tenebroso; todo ello ejecutado de prisa, nerviosamente con una especie de delirio trágico.

El desarreglo mental de Claudio llegó a ofrecer caracteres patológicos evidentes. La locura tarda mucho en manifestarse, pero ya iniciada, crece y destruye rápidamente los complejos resortes que regulan la actividad de la red nerviosa; es una especie de tela de araña que aprisiona el encéfalo, dificultando o paralizando sus movimientos, deformándolos, atrofiándolos, cual si el demonio del vértigo babease sobre la razón hasta perturbarla y arrastrarla tras sí.

La locura del pintor empezó por una idea fija, como la inmensa mayoría de los desarreglos psíquicos: indudablemente su cerebro estaba predispuesto a la neurosis, y como las causas eficientes del mal continuaban, tanto más poderosas cuanto mayor era el imperio de Punto-Negro, los efectos aumentaban en la misma desoladora proporción. La piedra angular donde la locura cimenta sus variadísimos andamiajes, es la idea fija; las ideas fijas son las carcomas que destruyen las milagrosas retortas en que el pensamiento se elabora, los invisibles animáculos que barrenan el cerebro.

La obsesión celosa fué el motivo inmediato de la lo-

cura del pintor, sin que por eso pudiera asegurarse que enloqueció de celos. Esta prinera neurosis provocó otras muchas, que surgieron rápidamente, cual si las unas tirasen de las otras, hasta formar una aterradora falange de manías, augures siniestros de la vesania; la enfermedad más trágica de cuantas consigna la patología en su larguísimo catálogo de dolores.

En el cerebro de Claudio operóse un fenómeno semejante al que sucede en la olla de agua puesta al fuego. Este empieza a caldear las paredes del recipiente; luego las capas líquidas inferiores, dilatándose, inician pequeñas corrientes ascendentes, que a su vez determinan otras descendentes de agua más fría; este ir y venir de moléculas, bajando unas, subiendo otras, según la ley del equilibrio movible de temperatura, es solapado, invisible, se efectúa sin manifestaciones exteriores; pero su agitación misteriosa continúa hasta que la calefacción alcanza cierto grado y entonces del fondo de la masa líquida trepa a la superficie la primera burbuja: aquel globito de aire que sube presuroso, caracoleando, retorciéndose sobre sí mismo como el hierro de un sacacorchos, para estallar no bien toca la atmósfera, señala una alegre germinación de burbujas que se multiplican en sonora y tumultuosa behetría, según la temperatura aumenta, hasta producir en la superficie del líquido, antes tranquilo, un pequeño oleaje: dijérase que todas estaban allí desde el principio, adheridas a las paredes de la vasija, y bastó que una más atrevida se lanzase hacia arriba, para que las otras, imitasen su ejemplo. La ebullición empezó apenas la olla fué puesta al fuego, y, sin embargo, ¡cuánto tiempo transcurrió desde entonces hasta que brotó la primera bur-

buja, si la comparamos con el que luego invirtió la masa líquida en trocarse en bullicioso y arrebatado hervidero...!

Así la locura de Claudio; doce años necesitó para lanzar su primera manifestación, su burbuja matriz; pero después las neurosis se multiplicaron como desbocadas: primero la obcesión celosa, luego la hiperenesia de sus facultades oratorias, que se traducía en torrentes de verbosidad inagotable; y, finalmente, sus crisis lascivas, que le dejaban extenuado y afásico, balbuciente como un niño: anomalías todas que cayeron sobre su razón mordiscándola, desgarrándola, cual hormigas hambrientas que se reparten una presa fresca.

Claudio Antúnez era un genio «macho» como Wagner o Shakespeare: las figuras de sus cuadros eran grandes, sugestivas, ricas en expresión y colorido; sus mujeres parecían arrancadas de los lienzos de Rubens; carnes limadas, pomposas y suaves, como el alabastro. Si pintaba retratos, rivalizaba con los discípulos mejores de Velázquez o de Pantoja; los tonos obscuros de la escuela italiana no le seducían, y a cultivar el género místico hubiese emulado a Zurbarán o a Ribera. Su genio desigual, levantisco, lleno de ardores y de impaciencias meridionales, no hubiera podido concebir los bajorrelieves del Partenón, pero seguramente hubiese hecho algo semejante a las Pirámides, supliendo así, con la magnificencia del conjunto, la flojedad de los detalles. Si pintaba un paisaje, ofrecía un campo constelado de ocres y de verdes violetas; si una marina, despreciaba el gran recurso que ofrecen al artista los accidentes de la costa, y presentaba al Océano en toda su augusta majestad, sin horizontes, unas veces acari-

ciador, otras encrespado y rugiente; pero siempre solo, sin barreras que refrenasen su poder, con sus olas bravías coronadas de espuma y bajo un cielo inmenso como el mar, y como él alegre o ceñudo; eran las dos únicas majestades que Claudio reconocía y gustaba de presentarlas frente a frente, desafiándose a continuar la sempiterna epopeya de sus combates. Era un artista pagano: las mujeres de Murillo le inspiraban tedio, y asco los bufones velazqueños, con sus rostros abrutados y sus piernecillas torcidas: estaba más cerca de Miguel Angel que de Rafael, y mejor hubiera retratado a Nana Saib, el atlético bandido de los pagodas, que al Bobo de Coria; comprendía los delirios de Ribera y hasta se creía con alientos para igualarle, pero se ahogaba ante las miniaturas de Madrazo; mosaicos retocados, llenos de minucias aburridas, como los tapices venecianos del siglo XV.

Su cuadro de Dante modificó los derroteros de su inspiración, pues, contra lo que de un pintor realista podía esperarse, aquel lienzo compendiaba perfectamente la ficción dantesca. Para este mundo disparatado, Claudio descubrió colores, actitudes y expresiones que representaban gallardamente los espectros del inmortal poema: mandíbulas dislocadas, riendo con una carcajada histérica eterna; miembros descoyuntados y sangrientos; ojos enormes abiertos desmesuradamente por el dolor o el miedo, brillando entre las sombras como carbunclos... Y en el aire, Beatriz, personificación del amor ideal, y más allá un grupo de ángeles blancos, jugueteando en un rayo de divina luz.

Este cuadro, por sí solo, nada significaba; pero lo que alarmó a Matilde fué la inclinación súbita de Clau-

dio a los asuntos extravagantes: fué una manía que estropeó en poco tiempo sus verdaderas aptitudes, como aquella que dominó á Doré, cuyo genio, extraviado por el opio, veía serpientes en las ramas de los árboles y rostros humanos en los celajes.

Esta perversión de su gusto artístico coincidió con ciertos cambios de carácter. Hasta entonces Claudio jamás había padecido barruntos de tristeza: dotado de un talento que avasallaba con poquísimo esfuerzo a las medianías; hermoso, con gallardía varonil que secuestraba las voluntades femeninas; galante y presumido, descarado con los hombres y locuaz y gaitero con las mujeres, tenía una superabundancia vital, una plétora de energías, que desbordaban de su persona como torrente de alegres notas. Ni en su cuerpo hicieron presa las enfermedades, ni su carácter despreocupado admitió pesadumbres. La vida es la adaptación de los actos internos a los externos, lo cual supone una lucha incesante entre el sujeto y el medio; cuando éste triunfa, el individuo sufre dolores, nostalgias; y si el sujeto se impone, merced a una mayor acumulación de fuerzas, la salud del cuerpo y el regocijo y tranquilidad del espíritu son perfectos: el mundo reclamando al indivíduo para empujarlo al torrente circulatorio de la vida universal, representa el dolor, las lágrimas, la muerte; en cambio el sujeto, luchando por la existencia y venciendo, simboliza el placer y la risa; por eso la risa es excelente, porque supone acumulación y desbordamiento de energías.

Claudio Antúnez siempre fué dichoso, aun en sus épocas de negra bohemia, y nadie gozó mejor que él del deleite de vivir. Jamás padeció el depresivo influjo

de ninguna negación: ni conoció la fealdad, que es negación de la belleza, ni la cobardía, porque era valiente con ese aplomo que sugiere la convicción de la propia dignidad; ni la envidia, pues nunca imaginó que los triunfos ajenos deslustrasen los suyos; ni la tristeza que es la tétrica, anémica y ojerosa negación de la alegría, porque las asechanzas del pesar rebotaban sobre la recia cota de malla de su despreocupación. Hasta en su regocijo brillaba su carácter franco y leal; reía sin disimulos, a carcajadas, como un niño en un teatro de fantoches: la sonrisa incisiva, volteriana, que sólo contrae las comisuras labiales, le fué desconocida. Siendo pobre, se burlaba de su miseria y del amigo que acudía a remediarla; cuando fué rico, continuó riendo con mayor gana: no comprendía la tristeza de Leopardi, llorando en sus versos su fealdad; ni la nostalgia de Heine, deplorando traiciones y veleidades amorosas; ni el pesimismo de Schopenhauer, atormentado por «la conjuración del vacío.» El mundo le parecía hermoso, y él, que navegaba embarcado en sus esperanzas, sólo vivía para gozar, sin dudas, ni envidias, ni pesares; y si el misticismo le hubiese atraído, sólo hubiera tenido un altar, y en ese altar a Momo, el dios de la risa.

Mas cuando los recursos de su organismo declinaron, su idiosincracia moral cambió; el deleite, al fatigar las energías medulares, provocó una irritación en las células periféricas; los abusos alcohólicos actuaron perjudicialmente sobre el cerebelo y por reflexión en el cerebro, harto fatigado ya por las laboriosas vigilias prolongadas con auxilio del café y del tabaco; no había proporción entre los ingresos y los gastos de fuerzas vitales y pensantes; empobrecióse la substancia gris,

debilitóse la circulación sanguínea y sobrevino la anemia.

De esta primera «negación» física deriváronse a granel multitud de neurosis: gradualmente fué perdiendo el arrebato, la fe en su ingenio, la sed de gloria, la alegría: y como esta postración coincidía con su mayor afición a Punto-Negro, a ésta convergieron cuantas energías empleaba antes en empresas diversas, cual si Matildita Landaluce fuese la vorágine de un remolino.

Paulatinamente iba desasiéndose de sus viejos amigos y de sus malas costumbres, y como se aburriese en todas partes recurría a Matilde, ansioso de solaz y de grata conversación. En estos diálogos rara vez hablaba de Amparo Guillén, pero Matilde la temía, porque según la ostentación viste con frecuencia en ciertas damas aristócratas la máscara del atruismo; así la compasión suele disfrazarse en los hombres con el antifaz del cariño, y, por lo tanto, en el número de las desgracias posibles estaba que aquellas relaciones insípidas condujesen al altar. De estas dudas procuraba curarse interrogando mañosamente a Claudio, quien exasperado por las soserías de Amparito, vaciaba de secretos su corazón.

—Reconozco—decía—que es una criatura buena y muy bonita, capaz de satisfacer a cualquier hombre menos exigente que yo. ¡Ah! ¿Cómo explicar estas inconsecuencias mías? Yo deseaba que mi mujer fuese dócil y Amparo lo es: si la trato con dulzura, me quiere; si la trato mal, me quiere más y estoy seguro de que no hay en su cuerpo una gota de hiel para mí: vive pendiente de mis ojos, de mis palabras, sin ideas, sin voluntad, esperando a que yo ría para reir... Y sin embargo, no la

quiero; su cariño es soso, inexpresivo, mudo, como el que se profesan las palmeras; su docilidad me parece una miopía de su entendimiento, que cede a mis deseos no porque piense como yo, sino porque no piensa... Ahora bien: estos defectos, ¿son reales y están en ella? ¿Son, por el contrario, imaginarios y viven en mí...? ¡Qué importa...! ¡Ay...!, yo sería feliz si Amparo me olvidase por otro...

Matilde procuraba consolarle, invitándole a aceptar a Amparito, pues era probable que más adelante, el cariño engendrado por el trato, le acercase a ella.

—El Destino nos ha separado—exclamaba—y es inútil contradecirle. Si yo fuese libre y de mis actos no dependiese la vida de mi madre, única persona que comparte conmigo los rinconcitos de mi pecho..., yo lo dejaría todo por seguirte, pues según a mi voluntad no la mueve la ambición, a mi virtud no la desmoronan las dádivas. En esto, sin embargo, no pensemos; cásate con Amparo, ya que tu hidalguía y tu compasivo corazón así te lo aconsejan; pero no me olvides... ¡Yo te hubiera amado tanto...!

Antúnez callaba arrobado por aquel epitalamio que la peritísima cantarina decía pulsando todas las cuerdas del sentimiento, desde la más infantil a la más romántica; admirando sus ademanes de seductora llaneza, los mohines de su boca, la expresión tierna, ingenua o apasionada de sus ojos, maravillado secretamente de ser dueño de un tan rico manojito de encantos; y aunque no era renco ni manco del entendimiento, admiraba las habilidades de que la joven se valía para atraerle, y el regalado artificio con que desplegaba la red barredera que su fértil ingenio tenía para pescar y rendir corazones.

—No quiero oirte discurrir de ese modo—decía el pintor—; ¿olvidaste lo tratado...? ¿Y nuestra hija...? ¿Es creíble que renuncies a ella por mi bien...? Te aseguro que mi salvación está ahí, precisamente; en esa niña que mi pasión quiere arrancar de tus entrañas dormidas...

El verano declinó sin que ningún incidente desagradable turbase la monotonía de las noches, y cuando empezaron los fríos otoñales, la casualidad preparó los acontecimientos de suerte que Matilde Landaluce reconquistase su antigua libertad.

Fué que acertó a visitarla una señora muy devota, a quien doña Carolina y Pablo Estrada tenían en grande estima; se habló de la miseria que asolaba a Andalucía y de los socorros que iban a enviarse. La dama, que pertenecía a una Asociación benéfica constituída en Cuatro Caminos bajo la advocación de un santo influyente, se enfureció diciendo que pobres había en todas partes, y pues el Gobierno se mostraba tan filántropo debía empezar por atender a los menesterosos de Madrid.

—Ustedes no pueden figurarse—decía—cuánto trabajamos; la obligación que nos hemos impuesto es durísima y hasta peligrosa, pues frecuentemente ignoramos con qué gentes hemos de habérnoslas; pero en cambio, las bendiciones de esos infelices que, merced a nosotras, andan vestidos y alimentados, nos hacen olvidar las amarguras y fatigas. Estamos muy bien organizadas: tenemos una presidenta, elegida por sufragio; una vicepresidenta y una secretaria, que anota diariamente los ingresos y los gastos, de todos los cuales rinde cuentas, una vez por semana, ante la Junta general; estos son los tres cargos que constituyen la direc-

ción. Hay, además, el de inspectora, que es el peor. Las inspectoras somos ocho y debemos andar siempre de zoco en colodro averiguando la vida y milagros de cada vecino, para evitar sorpresas y no confundir la miseria aparente, nacida de la holganza, con la verdadera necesidad...

Todos reconocieron que doña Sofía era una mujer de altísimo mérito, caritativa y trabajadora, y Matilde, que se había quedado pensativa, preguntó:

—¿Es numerosa la Asociación?

La interpelada hizo un gesto doloroso que arrugó su mofletudo semblante de vieja devota.

—No, hija mía; desgraciadamente no llegan a cuarenta las personas inscritas; pues aunque cada cual abona mensualmente una cuota, la caridad impone asimismo sacrificios de otras clases. Estos asuntos requieren un tacto especial; no hay nada tan frágil como el orgullo de los pobres honrados. Si gira usted su visita vestida de trapillo la estiman en poco; si lleva usted sombrero y falda de seda, empiezan a murmurar, creyendo que pretendemos humillarles con nuestra riqueza... ¡Y si no tuviésemos más misión que la de enjugar lágrimas...! A veces también topamos con mujeres groseras o con hombres soeces, a quienes el dolor ha quitado todo recato...

Calló, impresionada por sus recuerdos. Matilde aprovechó la ocasión para decir.

—Pues cuente usted, desde hoy, con una compañera más; yo quiero pertenecer a esa Asociación.

Doña Sofía demostró un júbilo extraordinario, y Pablo Estrada alzóse de bombros, significando con este gesto ambiguo que no desaprobaba el deseo de su es-

posa. Fué asunto aprobado y resuelto, y doña Sofía se marchó, quedando obligada a presentar a Matilde Landaluce a las tres señoras que formaban la Junta directiva de la benéfica Asociación.

Esta filantrópica determinación fué el pretexto hallado inesperadamente por Punto-Negro para callejear sin que Pablo ni doña Carolina pudieran estorbárselo; y aunque la visita sólo se giraba en el barrio, siempre esperaba hallar ocasiones de escaparse a Madrid, o decidir a Claudio a alquilar en alquellos alrededores un cuartito donde reunirse con toda reserva.

De esta serie de favorables circunstancias habló Matilde al pintor la primera vez que se vieron; y tras mucho discutir y a fuer de mujer benigna y conciliadora, convino en que unas veces vendría ella a Madrid y otras iría él a Cuatro Caminos, repartiéndose así equitativamente las molestias del viaje. Todo se hizo según Punto-Negro lo dispuso; Claudio continuó sirviéndose como hasta allí de la guardilla de Antonia Carrasco, y en el paseo de Santa Engracia, cerca ya de la Glorieta de Cuatro Caminos, encontró una sobajañí, corredora de alhajas, alegre y despreocupada como todas las de su oficio, que le cedió una habitación amueblada, y con un mirador desde el cual se oteaba un bonito paisaje. En este nuevo escondrijo continuaron los amantes cosechando el agosto y aun la vendimia de sus deseos, y así fueron pasando el invierno, sin temores ni contratiempos graves.

Los excesos de esta germinación pasional agravaron la neurastenia del pintor; trabajaba sin deseos, mediante un esfuerzo voluntario muy grande; comía poco, dormía mal y su caracter, de alegre y decidor, tornóse zahareño y arisco.

Pero nada le preocupó tanto como el inexplicable desasosiego que le acometía no bien hallábase en una habitación cerrada: era una sensación de ahogo, una opresión creciente, cual si una máquina pneumática invisible fuese enrareciendo el aire. Claudio había oído hablar de la claustrofobia o terror a los espacios cerrados, pero estaba muy seguro de la solidez de su cerebro y todo aquello lo achacó a un desarreglo cardíaco pasajero. Esta nueva neurosis, sin embargo, continuó empeorando; en la calle nunca le acometía, pero en su estudio necesitaba sentarse a trabajar con la puerta abierta, y muchas noches, hallándose acostado, hubo de levantarse a abrir la ventana; sólo entonces recobró el sosiego.

Para procurarse algún entretenimiento que amenizase el monótono programa de su vida diaria, dedicóse a corregir la miopia intelectual de Amparito Guillén, ya que la flaqueza de su corazón le sujetaba a ella.

Amparo era una masa de carne movida por una pasión única: su cariño a Antúnez. A su juicio, ser buena era carecer de deseos, ceder siempre a todo con resignación beatífica; por eso no cuidaba de mostrarse discreta ni graciosa, ni de adobar y pulir su persona para parecer bonita, porque esto implicaba cierta iniciativa contraria al desaliño que, en su opinión, debe caracterizar a las mujeres honestas. Como su cerebro no era susceptible de contener dos ideas, su corazón tampoco podía guardar dos afectos: antes sólo amaba a su madre, y cuando conoció al pintor, olvidó a su madre para mejor dedicarse a Claudio: le quería con la ceguedad del cerebro que no vacila porque no tiene motivos diversos que le distraigan; y, midiendo los alcances de su

novio por los suyos, no pensaba en divertirle, ni atraerle, suponiéndole dichoso a su lado. Sus aficiones armonizaban con su ecuanimidad; repugnaba todo lo que supusiese fuerza o movimiento, y se divertía en coser, bordar y hacer flores, ocupaciones tranquilas que la costumbre la permitía ejecutar mecánicamente.

Esta pereza intelectual afeaba su conversación. Hablar bien supone pluralidad de conocimientos y de palabras, y un esfuerzo mental sostenido. Amparito se expresaba con el menor trabajo posible, y la pobreza de su caudal filológico la impedía concretar debidamente sus ideas, como asimismo establecer entre ellas las debidas graduaciones; discurría de un modo fragmentario y borroso, como los niños, y esto se revelaba en su discurso, vago, heterogéneo y sin detalles salientes. Refiriéndose al pasado jamás precisaba fecha y decía: «*una vez...*»; si al presente decía, «*hoy...*» cual si las nociones de mañana, tarde y noche, no acudiese bien a su memoria; y si hablaba de árboles o de flores, usaba los conceptos genéricos, «*árbol*» y «*flor*», pero sin determinar jamás las especies.

Todas las impresiones las clasificaba en «bonitas» y «feas,» según le agradasen o no, y así había para ella paisajes y olores bonitos, y sabores feos. Como era incapaz de atención, desconocía el nombre de las calles y si Claudio la interrogaba acerca del sitio adonde hubiese ido a pasear, Amparo no sabía responderle.

—No sé—decía—, por ahí... fuimos; pero hijo, yo iba tan cansada, que iba muerta... y nos vinimos corriendo: yo no podía más y la dije a mi madre: vámonos, vámonos corriendo, que yo me muero y nos vinimos...

El tiempo pasaba, y todo, en apariencias, seguía igual: ni Matilde se resolvía a satisfacer al pintor fugándose con él, ni Amparito cuidaba de escamondar su ingenio para hacerse más deseable; y Claudio continuó sufriendo la ineluctable esclavitud a que aquellas dos mujeres le obligaban: sufriendo por la una y aburriéndose con la otra; torturado por los celos y abatido por el hastío, el contínuo trabajo y la sensualidad insaciable de Punto-Negro.

Claudio procuró orientarse en aquel obsuro laberinto de enemigos afectos. Matilde Landaluce era el tiranuelo de su voluntad, pero también Amparito le atraía con su abnegación y los encantos de su virginidad no gozada. ¿No sería el cariño de esta última el primer paso firme dado hacia su redención...? Si Matilde le quería tanto, ¿por qué no renunciaba a todo para seguirle...? ¿No era doña Carolina, quizá, la pantalla que Punto-Negro utilizaba para encubrir su interés y su desamor...?

Entonces pensó que debía imitar el ejemplo de su querida, buscando algo nuevo que le distrajera: nada más fácil que casarse con Amparito Guillén y alquilar un hotelito que reuniese cuantas comodidades estuvieran al alcance de su modesta posición. Matilde continuaría siendo para él lo que siempre fué, y así viviría, resignándose con aquellas migajas de felicidad, ya que no podía obtener otra dicha mayor.

En esto discurría Claudio por las noches, mientras escuchaba a los inquilinos de la habitación situada encima de la suya. Era un matrimonio joven, con un hijo de corta edad, y el pintor sufría comezones extrañas oyéndoles hablar y besarse. Ella se acostaba a la misma hora

que Antúnez; su marido volvía más tarde. Claudio, metido en su lecho, permanecía con los ojos muy abiertos, cual si a través del techo pudiera ver lo que arriba sucedía: escuchaba a la mujer ir de un lado a otro, y el tenue roce de sus vestidos al desnudarse; después la sentía orinar, lo que producía un ruido claro y alegre de agua corriente, que repercutía en la quietud de la noche como si el piso fuese el parche de un tambor; enseguida la oía subir al lecho, y el gemir de los muelles del colchón bajo su cuerpo.

Todo quedaba en silencio hasta que el marido volvía; entonces la joven brincaba de la cama, y sus talones desnudos se alejaban con un rumor sordo; era el andar sigiloso de la mujer que camina a obscuras.

Después el matrimonio entraba en la alcoba y el tálamo volvía a crujir; era ella que se acostaba, acoquinada por el frío: él hablaba alto, tosía, pisaba recio y reía a carcajadas; siempre venía alegre y con deseos de prender la hebra con su mujer... Claudio le sentía quitarse las botas, que caían al suelo con estrépito, y acercarse a la cuna para besar al niño, y la voz de la madre que gritaba; «¡Hombre, no le despiertes...!»

Claudio se dormía pensando en el placer que su bullicioso vecino experimentaría ensabanándose en un lecho que el cuerpo de su hembra había calentado, comparaba aquella felicidad, cuyos murmullos llegaban a su fría alcoba de soltero; con su vida monótona, tan pobre en afectos, y oyendo el vaivén de la cunita, recordaba al hijo que su pasión quiso engendrar en las entrañas estériles de Punto-Negro, y en que quizá Amparito Guillén satisfaciese sus deseos de paternidad.

Lentamente el pintor fué aficionándose a la idea del

matrimonio, que consideraba indispensable a su tranquilidad. En sus conversaciones con Matilde deslizó ciertas frases en este sentido, y anunció como una probabilidad lejana su enlace con Amparito; la joven le miraba atentamente, y engañándose acerca del alcance cierto de tales palabras, alzábase de hombros con aire sumiso.

—¡Cásate, si gustas!—decía—; yo no he de oponerme a tu boda; porque mi cariño no me autoriza a tanto...

El pintor no insistía, para no empujar sus explicaciones demasiado lejos, y todo quedaba así. Hasta que un día se atrevió: fué en casa de Antonia Carrasco, y un pequeño incidente le infundió el valor que siempre le había faltado. Matilde le miró de hito en hito, escrutándole el pensamiento con los ojos, más sin contestar, dudando aún.

—Sí, sí—agregó el pintor respondiendo a esta mirada—; es asunto convenido.

Entonces la joven, hasta entonces desconfiada y remisa; cedió, persuadida por un mohín doloroso que contrajo los labios de Antúnez.

—Pero; ¿es posible...?

Palideció y dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—Sí, Punto-Negro—repuso Claudio vacilante—; es cierto... Me voy a casar...

XII

Matilde Landaluce volvió a su hotel transtornada por aquella aceda confesión, tan breve, tan dura, que resonaba en sus oídos sibilante como un cohete: «Punto-Negro, es cierto... Me voy a casar...»

Por primera vez sintió gravitar sobre ella la mano del Destino, que al arrebatarla su único amante la condenaba al tremendo suplicio de no querer. Aquella noche estuvo nerviosísima, y después de cenar, mientras Pablo escribía en su despacho varias cartas urgentes, subió a su habitación y se acostó vestida; pero en esta actitud se ahogaba, cual si las vísceras ventrales, precipitándose sobre la laringe, impidiesen la entrada del aire en los pulmones, y sus sienes latían con martilleo pertinaz. Entonces se levantó, arropóse en su mantón y abrió la ventana.

La noche, aunque de invierno, era tibia; las estrellas brillaban intensamente; la luna bañaba los campos en suaves efluvios de claridad lechosa; ni un ruido importuno, ni una ráfaga de aire frío en la tierra; ni una ame-

naza en el cielo. Matilde acarició con sus manecitas de muñeca su frente ardorosa, y el aire libre la produjo una grata emoción; avanzó de puntillas sobre el cinc de la azotea y fué a apoyarse en el alféizar; después, montada sobre la velocísima Alborak de su fantasía, perdiose en una meditación de filósofa atea.

Pensó en los mundos que rodaban a millones de leguas y que en la distancia aparecían tamaños como luciérnagas: y en la Luna, aquel asteroide muerto semejante a una tersa y burilada calavera, cuyas secas llanuras y picachos escuetos brillaban melancólicos a la luz solar. ¿Qué tragedias pudieron ocurrir en aquel satélite abandonado? Allí, tal vez, hubo en siglos remotos animales semejantes a los de la Tierra, que alegraron el silencio de las florestas con sus gritos agudos, y pintadas avecillas que saludaron con gorjeos al amanecer; y quizá hubiese también una sociedad parecida a la humana, con artes, ciencias y ciudades cultísimas; pero la muerte estrujó las entrañas de aquel mundo pequeñín, apagó su fuego interior, secó sus mares y las savias vitales de sus campos, destruyó su atmosfera, transformó en terrenos calcáreos e infecundos las que antes fueron lozanas praderas, y allí seguía, con sus torrentes mudos, sus volcanes apagados que mostraban sus negros cráteres como bocas enormes a las que el último estertor agónico imprimió una mueca eterna; y el dilatado cauce de sus mares sin agua, en cuyas riberas desiertas ya no volvería a resonar el eco solemne de las olas; y así volteaba un siglo y otro alrededor de la Tierra aquella momia gigantesca que un hechicero parecía haber embalsamado y apartado con milagrosos ungüentos del movimiento rotatorio de la vida universal...

Y poco a poco, induciendo unas veces y deduciendo otras, Matilde Landaluce, tan aficionada a alambicar las sutiles quintas esencias de los pensamientos, fué concretando la finalidad de aquella meditación y asociándola a sus ideas religiosas.

¿Era finita la creación...? Aquellos mundos ¿se moverían en virtud de leyes fatales, o su admirable concierto sería obra de un poder inteligente regulador único de tan poderosa maquinaria...? Considerando esto sentía el vértigo que deben experimentar los teólogos cuando quieren coquetear con lo incognoscible, o los astrónomos que por primera vez se asoman al poderoso ocular de un telescopio Rosse. Emparentó aquella magnitud infinita, con su infinita pequeñez.

Aquel hotelito era una porción tan inapreciable de Madrid, que nadie advertiría su desaparición si ella tuviese el capricho de demolerlo; y aquel Madrid magnífico ocupaba una extensión insignificante de España, que a su vez representa bien poco en la superficie del globo, astro microscópico perdido en la inmensidad de los espacios: y siendo esto así, ¿qué relaciones mediarían entre el cosmos y ella, partícula infinitesimal del mismo...? ¿Era admisible que sus alegrías y sus dolores llegasen a oídos de aquella fuerza inteligente ante quien se arrodillaban en la iglesia todos los domingos...? ¿Qué podían interesarle al Espíritu Soberano, creador de mundos pregoneros de su poder, los deseos de una pobre mujercita que flotaba en la creación como un átomo de polvo en un rayo de sol...?

Estas preguntas cambiaron el rumbo de sus ideas: hasta allí se había humillado ante el poder consciente que su devoción imaginaba allende los cielos; pero ex-

citada por aquella burla procaz del Destino, tuvo, de pronto, un arranque subversivo; deseos de desplegar todo su ingenio y donaire para avasallar y retener a Claudio, represar la autoridad de Pablo y auparse sobre los obstáculos mayores. Era estúpido solicitar de un cielo sordo y vacío de mente directora, la realización de hechos que acaso estuviesen en su mano; y súbitamente sus celos estallaron contra Amparito Guillén, aquel muñeco incoloro en quien su orgullo, al principio, no reparó, y que llegaba lleno de ufanía a despojarla de la joya que más estimaba. ¿Era soportable que una mujer sin argumento, insignificante y gurrumina, fuese con su humildad perruna y su incurable sosería la piedrecilla que descarrilase el tren de su felicidad...? Y con los ojos clavados en el cielo infinito y un gesto de chulita airada, Punto-Negro juró no ceder en aquella demanda en que su acendrada pasión y su amor propio iban comprometidos: ella vencería al hado adverso, pulverizando la piedra indiscreta que obstruía su camino y amenazaba convertirse en muralla infranqueable...

Entonces oyó a Pablo Estrada que tosiqueaba allá abajo, en su despacho, mientras escribía cartas comerciales, y aquella tosecilla abatió su inspiración; de pronto la ilusa sintió frío, volvió a su dormitorio, cerró la ventana y se acostó.

Desde aquel día Punto-Negro multiplicó sus atractivos para cobrar nuevo valimiento y ofrecerse a los ojos del pintor más amena y codiciable: de sus celos, de sus pesares, nada dijo, considerándolos adversos a la amenidad de la conversación, y heroicamente echó sobre su dolor la máscara de su optimismo, como los guerreros griegos, al caer heridos, se ocultaban bajo sus escu-

dos para que su agonía no acobardase a sus compañeros. Si Antunez hablaba de su matrimonio, ella seguía la conversación; sondeándole el ánimo pero sin traslucir el menor asomo de pesadumbre o de indiscreta curiosidad. Otras veces le aconsejaba acerca de la conducta que debía observar en su hogar futuro, y tras estas reflexiones, dichas tranquilamente, volvía a su habitual regocijo, inventando encantadoras diabluras y charlando a cántaros, como para acentuar mejor las diferencias que entre Amparo y ella mediaban. Entonces su travesura desplegaba extraordinarios recursos, y todo en ella era genuinamente suyo: su fantasía, capaz de magnificar lo más humilde; su conversación inagotable, su inalterable buen humor... Siempre llevaba consigo el inapreciable tesoro de su alegría, y con espontaneidad infantil se maravillaba de lo más trivial; todo la parecía bien, a todo se allanaba la optimista acometividad de su temperamento, y su risa, lejos de dimanar del ajeno regocijo, lo provocaba.

Realzaba estos méritos su cuerpo, digno vaso receptor de espíritu tan excepcional.

Matilde poseía el májico secreto de no envejecer, como Ninón de Nenclós, que habiéndose entregado al abate Gedony a los ochenta años de edad, le dejó prendado de sus hechizos: ella, según Ninón, burlaba al tiempo conservándose en perdurable primavera, viciosa, lozana, embarnecida, sin arrugas en el rostro ni desmayos en el cuerpo; y se acicalaba con el cuidado prolijo y el esmerado desvelo de una vieja coqueta, sabiendo que los secretos del tocador aumentaban el prestigio de sus encantos.

Tantas exquisitas atenciones reforzaron la enfermiza pasión del pintor.

Su claustrofobia aumentó y la experimentaba a todas horas: Matilde le había oído hablar de esta alucinación, pero cuando pudo comprobarla por sí misma, creyó que su amante se había vuelto loco.

Hallábanse en su modesto escondrijo del Paseo de Santa Engracia: la mañana era fría; había nevado copiosamente y la joven llegó con los pies mojados. Claudio la obligó a dejar las botitas junto al brasero, para que se secasen; después se acostaron: desde el lecho, y a través de los cristales de la ventana, veían caer la nieve... El desapacible recuerdo de la calle parecía aumentar la buena temperatura de la habitación; estas sensaciones diversas acrecían y refinaban el voluptuoso abandono de Punto-Negro: manteníase silenciosa, quietecita, los ojos fijos en las pupilas de su amante; después le echó al cuello los brazos y le atrajo hacia sí, dándole en los labios aquellos besos largos, sorbidos, que tanto le exaltaban.

—No me beses así—murmuró él—me enloqueces..

Pero ella continuó: era una succión diabólica que Matilde realizaba con un refinamiento cruel, tanto más grande cuanto mayor era el desfallecimiento de Claudio: parecía un bedelómetro, o uno de aquellos feroces vampiros de que habla la fábula. El pintor hizo un gesto angustioso y se incorporó.

—¿Qué te sucede? — preguntó Matilde sorprendida.

—¡Me ahogo...!, ¡me ahogo...!

Ella le ofreció un vaso con agua.

— No quiero beber — dijo Claudio — no tengo sed...

Sentía un aplanamiento general, como si le hubiesen vestido una armadura de plomo, o una máquina pneumática fuese enrareciendo la atmósfera de la habitación.

—¡Me ahogo!—repitió—; aquí no hay aire; esa ventana y esa puerta cerradas me aterran...

Tenía la frente bañada en sudor y saltó del lecho.

Matilde lanzó un grito.

—¿Claudio, qué haces...? ¿Te has vuelto loco...?

Él se abalanzó a la ventana y la abrió de par en par con el ansia de recibir en pleno rostro el aire helado de la mañana: algunos copos de nieve cayeron dentro de la habitación.

Matilde empezó a tiritar, estornudó y tuvo que arroparse hasta los ojos, haciendo de las colchas reducto aspillerado contra el frío. Desde su escondite gritó.

—Claudio, ¿qué demonios te aconsejan...? Vas a coger una pulmonía...

El pareció no oirla y permaneció delante del balcón, respirando con deleite; cuando cerró la ventana y regresó al lecho, estaba pálido y su cuerpo temblaba.

—No ha sido nada—murmuró—; ¡ay, Punto-Negro... creí ahogarme...!

Bien pronto comenzó a ofrecer diversos síntomas de atonía cerebral.

Una tarde se reunieron Claudio y Matilde en casa de Antonia Carrasco: él había llevado pasteles, ostras y dos botellas de vino manzanilla con que mejor alegrar la entrevista. Cuando acabaron de comer, la segunda botella estaba vacía y ambos se hallaban muy conten-

tos; a ella, las mejillas y los labios la ardían; a él le escocían los ojos, y se los frotaba con el dorso de la mano parecíale que la habitación daba vueltas.

—¿Nos acostamos?—preguntó.

—Sí—repuso Matilde—. Hace frío.

Empezó a desnudarse con las discretas coqueterías de la mujer elegante que desea agradar. Él la contemplaba sin desplegar sus labios, nerviosamente contraídos.

—¿Te gusta esta bajera?—continuó ella—. Antes era preciosa; ahora no me cae bien, porque como he engordado... Chico, los años escriben en prosa vil el poema de la vida... ¡Vamos, que si de repente me volviese loca y saliese a la calle así...!

Se examinaba de arriba a bajo, azotándose provacativa las caderas, meditando el efecto que su belleza causaría en los transeuntes; Antúnez, poseído de inexplicable temor, no respondió.

—¿Qué harían los hombres si me viesen desnuda?—insistió ella.

Lo sabía pero deseaba oir la ratificación de sus presunciones.

—¡Toma!—repuso Claudio—, te desgarrarían, y se repartirían tus miembros como carne bendita...

Matilde rió satisfecha: seguramente era épico morir despedazada por la lujuria, en un sacrificio monstruoso de su cuerpo rendido simultáneamente al loco apetito de muchos machos encelados. Ya en el lecho, Claudio comenzó a besarla; pero su deseo estaba ausente; sin razón, la visión de Matilde desnuda le había trastornado; sus manos temblaban, se enfriaban.

Ella le abrazó, y mirábale amorosamente, los ojos en-

cendidos, quemándole los labios con aquellos besos largos, sorbidos, que enajenaban a Claudio. Pero la carne del pintor faltaba siempre; nunca había experimentado decaimiento semejante, y sin embargo, jamás Matilde le pareció más codiciable. Permanecía fascinado, perplejo ante aquella absurda balumba de emociones contrarias que así le desposeían del natural y tranquilo dominio de sí mismo.

Para que la sensación se produzca debe haber cierta proporción entre el objeto y el sujeto consciente; porque si aquél es pequeño en demasía, pasará inadvertido, y si demasiado grande, abrumará y aturdirá.

Una falta de equilibrio era lo único que podía explicar la repentina impotencia de Claudio. Sus ojos apreciaban bien los encantos de su querida: sus rojos labios entreabiertos por la pasión, sus dientes, fuertes y blancos, de mulata joven; su mirar lánguido, su pelo negrísimo, graciosamente recogido sobre la nuca; y al mismo tiempo, mientras sus oídos escuchaban la voz acariciadora de Punto-Negro, sus manos sobajeaban las turgencias de su cuerpo vibrante. La vista, el oído, el olfato, el tacto, todos los sentidos, contribuyeron con tal violencia y tan exacto sincronismo a pregonar la belleza de la mujer, que el fatigado cerebro de Claudio desmayó, rompióse el equilibrio entre el objeto y el sujeto, y la sensación voluptuosa faltó; pues el exceso o la falta de ilusión producen efectos iguales, que sabido es cómo los extremos de todas las series concluyen por juntarse a lo largo de retorcidos e inextricables vericuetos. La demasiada luz deslumbra y ciega cual la obscuridad; la mucha música aturde; los perfumes excesivamente fuertes sólo son perceptibles a distancia. En Antúnez ocu-

rrió algo semejante; no pudo resistir el choque de sus sensaciones y quedó vencido: el deseo palpitaba allí, en lo íntimo de su ser, pero era un deseo tímido, que no podía sobreponerse, y sus órganos sexuales experimentaron un retraimiento parecido al que sufren los nadadores a la vista del agua fría.

A estos fenómenos, puramente orgánicos, se ligaron otros de carácter reflejo. Claudio tuvo vergüenza de su estado, y cuanto más meditaba en él, mayores eran su laxitud y derrota. Con vertiginosa celeridad pensó en asuntos diversos y sufrió alucinaciones extrañas, parecióle que estrechaba entre sus brazos a una muñeca de cartón... De pronto recordó su situación y quiso serenarse; pero sus esfuerzos fueron inútiles y Matilde comprendió que algo anormal se producía en él.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—No sé, Punto-Negro... me ahogo.

—¿Es que no me deseas... que no te agrado ya...?

No hizo movimiento ninguno, pero sus palabras tuvieron un acento leve de reproche.

—Te engañas—interrumpió Claudio—, nunca me pareciste más bonita que hoy; pero, te tengo miedo...

Ella le miraba, burlona.

—¡Cuánto sufro, Punto-Negro!—gritó el pintor exasperado—; no me cabe mi cariño hacia tí en el corazón, y estoy emocionado, como el adolescente que se acercase por primera vez a lo prohibido... Y el deseo lo siento aquí dentro, en las entrañas; me abrasa, como un veneno...

Matilde murmuró:

—¡Es extraño, muy extraño...!

Se había quedado seria. Entonces él, codicioso de-

poseerla, empezó a besarla el cuerpo con los sibaríticos refinamientos del eunuco que, después de haber sufrido la dolorosa amputación de su virilidad, rindiese a una mujer largo tiempo deseada. Luego acercó su rostro al de Matilde; ella entreabrió los ojos y, sin hablar, suspiró blandamente: tenía la húmedá boquirrita contraída, el mirar desmayado, brillante las pupilas. Claudio devolvió aquél beso y quedó inmóvil; fué un abandono repentino de su voluntad y de su imaginación fatigadas; se olvidó de todo y sólo pensó que ella estaba en sus brazos. Y la reacción se produjo; la hembra volvió a ofrecerse a sus sentidos, y la poseyó brutalmente como para desquitarse en un instante del cruel martirio que sufrió antes de readquirir sus fueros de macho.

Esta anomalía se repitió en las entrevistas siguientes, y como a su debilidad se aunaba la preocupación constante de la misma, creció su tormento. Una vez, cansado de luchar contra su carne, inerte, dejó la habitación a obscuras, y merced a este aminoramiento de sensación pudo recobrarse; idéntico resultado obtuvo otros días absteniéndose de desnudar a Matilde, para debilitar la impresión tactil, o suplicándole que no hablase, para que su voz no ahuyentase el deseo sexual. Pero bien pronto su neurosis empeoró, y en su cerebro perturbado comenzaron a germinar miriadas de cerebraciones inconscientes que al distraer la imaginación evitaban la explosión franca del deseo. Todo esto determinaba en él descargas nerviosas que le dejaban extenuado; le dolían los riñones y la cabeza, sentía frío, y pronto la claustrofobia, la afasia y la obsesión del ángel dantesco, reaparecieron con mayores bríos...

—Estoy loco—repetía; esta pobre cabeza no funciona bien; probablemente moriré en un manicomio. ¡Y tú tienes la culpa, Punto-Negro... porque no me das el hijo que deseo, y me amas con una pasión prudente, que no quiere compromisos! Los celos no me dan treguas: eres mi obsesión implacable, la pesadilla de mis noches. ¿Es que la vanidad de tu belleza exige más hombres, más víctimas...? ¿Has matado a dos y necesitas un tercer cadáver...?

Estas conversaciones y los visibles estragos que la locura realizaba en el pintor preocuparon a Matilde Landaluce, y como en su espíritu meridional todo lo extraordinario ejercía imperio, quiso rasgar el porvenir preguntando a las cartas.

La maravillosa conferencia se verificó en el comedor, después de cenar. Doña Carolina se había acostado y Pablo dormitaba en un sillón, junto a la chimenea, las piernas extendidas; en el silencio latía el isócromo tictac de un reloj.

Matilde cogió la baraja con la mano derecha, luego la pasó a la izquierda y empezó a barajar con el arte gitanesco que las adivinadoras derrochan en estos embolismos; después partió, poniendo encima el montón que antes estuvo debajo, y fué extendiendo los naipes en líneas paralelas hasta formar doce montoncitos. El libro del Destino quedaba abierto: en la primera fila de cartas estaban—de derecha a izquierda—el dos y el rey de copas, el as de bastos, el cuatro de oros, el siete y el cinco de espadas; y sucesivamente, el dos de oros, la sota de bastos, el nueve de espadas, el as de copas, etc... Aquel dos de copas colocado al revés anunciaba calamidades innumerables, y el rey de copas, apareado

con el as de bastos, indicaba pensadumbres y remordimientos. Matilde Landaluce amoldó fácilmente a su situación estas profecías; ¿pues qué mayor desventura que vivir separada del hombre objeto de su pasión...? Y remordimientos... ¡vaya si sufría... el de no ser buena esposa y haberse entregado maquinalmente a personas a quien no quiso. El cuatro de oros aconsejaba prepararse para grandes y arriesgadísimas empresas; el siete de espadas la alegró, porque en el galimatías nigromántico indica próximo nacimiento: el cinco de espadas, susceptible de múltiples interpretaciones, la dejó perpleja. Pero era indudable que iba acertando en la traducción de las cartas, pues el ocho de oros que seguía significaba mujer morena, es decir, ella, Matildita, a quien se refería toda aquella revelación. El siete de copas no supo comprenderlo; el dos y el seis de oros confirmaron la halagüeña esperanza del siete de espadas...

Detúvose a repasar los naipes mentalmente, temiendo confundirse; mas no había cuidado: el Destino estaba allí, transparentándose con una claridad de letra impresa.

La sota de bastos anunciaba niños y secretos interesantes que tardarían en descubrirse; la de oros, dolores y escándalos; el nueve de espadas, misa de difuntos... La joven quedó aterrada ante esta última revelación, que derribaba el andamiaje de ilusiones que su cabecita iba construyendo; sintió frío, un frío repentino, insano, de superstición, y se frotó los ojos, pereciéndola que las nueve puntas de aquellos puñales pintados la herían en las pupilas.

Matilde Landaluce creyó que la profecía del horósco-

po terminaba allí, y empezó a releer los naipes consultados. ¡No mentían...! Aquel ocho de oros, símbolo de una mujer morena, era ella, que quedaría embarazada muy pronto, según indicaban el dos y el seis de oros, y el siete de espadas; este secreto tardaría en averiguarse si no mentía la sota de bastos, y los dolores que presagiaba la de oros, serían los del alumbramiento... Matilde cerró los ojos, feliz; después volvió a preocuparla el trágico nueve de espadas, signo de malísimo agüero; y lo miraba obstinadamente, con terquedad de loca, queriendo conocer lo irresoluble a través de la delgada cartulina.

A la tarde siguiente refirió a Claudio Antúnez cuanto las cartas le habían comunicado.

—¡Punto-Negro!—exclamó el pintor—, ¡tú crees en esas truhanerías...!

—Chico, yo... así, así... Pero el vaticinio es tan bonito, que nada perdemos en aceptarlo como verídico. ¡Toma...! ¿Y por qué no habíamos de tener un hijo guapo, fuerte y talentoso, como tú...? Nuestro Destino va por ahí.

Así transcurrieron los meses y llegó el de Mayo, y Claudio, sumido en un marasmo indefinible, aplazó su matrimonio con Amparito Guillén hasta principios de invierno, diciendo que sus negocios iban mal y que necesitaba un semestre, cuando menos, para conciliar su amor con el eterno problema gastronómico de la vida.

De estos secretillos íntimos estaba al tanto Matilde, cuya política reducíase a impedir ladinamente que Claudio se casase. Antúnez sentía hacia Punto-Negro una pasión enfermiza que diariamente se renovaba y crecía. A mi juicio, hay mujeres vulgares a quienes se

posee de una vez; seres simplicísimos cuyas cortas ideas se conocen en seguida, y cuya belleza se apura en un abrazo, y son a modo de libros insulsos que se arrojan desdeñosamente después de leídos y sin dejar en la memoria ninguna emoción; y otras, en cambio, desenvuelven en su trato tal gracejo y tan cortesana truhanería, que siempre ofrecen algo nuevo o, por lo menos, modificado, que sirve al amor de poderoso aperitivo: mujeres inagotables que tienen, según Proteo, la capacidad de renovarse, y trampillas y mágicos resortes y rinconcillos ignorados, como las cajas de doble fondo de los prestidigitadores.

Matilde Landaluce era una de esas mujercitas milagrosas que nunca se poseen. Ella sabía que la eterna mutabilidad de la naturaleza es lo único eterno, y convencida de que la novedad es la aliada mejor del deseo, hizo con sus atractivos lo que las muchachas hacendosas con sus trajes: que los tiñen, vuelven y modifican de tal guisa, que quede debajo lo que estaba encima, y así parezca nuevo lo que anduvo a punto de ser desechado por inservible.

—Tu cuerpo—decía el pintor—parece una ilusión; un ideal inasequible; cada día te encuentro mas bonita, hoy no eres como ayer, y mi desventura es tal, que nunca puedo poseerte a mi gusto.

Ella, comprendiendo claramente lo que aquellas ansias significaban, reía como mujer que domina la situación; y entonces, para concluir de sugestionarle, clavaba en los de Claudio sus ojos perversos, le sujetaba la cabeza entre sus gráciles manecitas y empezaba a besarle lentamente, procurando morderle los dientes para que el áspero chirrido del esmalte fustigase el deseo con

histérica sacudida; soplando dentro de su boca y sorbiendo su aliento después...

—¡Chico, qué bien...!

Matilde utilizaba siempre, como escudo de salidas, la benéfica Sociedad donde había ingresado; pero cuando se formalizó el verano, doña Carolina y Pablo Estrada se aliaron para no dejarla escapar, y no obstante sus enérgicas argumentaciones quedó vencida, y sus entrevistas con Claudio volvieron a ajustarse a horas y días determinados.

Los domingos se reunían en su cuartito del paseo de Santa Engracia; si entre semana Matilde venía a Madrid, arreglaba sus asuntos de modo que la quedase tiempo para ir a casa de Antonia, y por las noches se veían, como el año anterior, en la explanada de Cuatro Caminos, frente al hotel. Claudio volvió a vestir la blusa y las alpargatas que estuvieron olvidadas en un armario durante el invierno, y experimentando idénticas impresiones a las que recibiera cuando recorrió aquel camino por primera vez, llegó al campo de sus peligrosas operaciones y tornó a sentarse en el duro suelo, agostado por el sol estival. Nada había cambiado: el hotel seguía allí, con su verja, sus pabellones y sus floridas y odorantes enredaderas. Matilde y su familia charlaban con otros vecinos al pié del farol, cuya luz mortecina temblequeaba a impulsos del viento; allá, en la lejanía obscura, ladraban los perros; arriba, las estrellas proseguían en misteriosas eclipses su marcha eterna y cabalística: la misma frescura, los mismos ecos, las mismas escenas, en la tierra; en el cielo idéntica y perdurable majestad: hubiérase dicho que aquel pedazo de la creación no cambiaba y permanecía embalsamado, sustrayéndose,

como las momias, al vértigo vital. Claudio Antúnez acudía todas las noches a aquellas citas, y regresaba a Madrid muy tarde y arrastrando los pies a lo largo del camino polvoriento.

A mediados de Agosto, la salud del pintor estaba tan quebrantada, que Matilde Landaluce se asustó: Claudio necesitaba placeres tranquilos y un trabajo higiénico que evitase las melancólicas propensiones de su espíritu.

A fines de Septiembre; hallándose una tarde los dos en el estudio, Matilde, con una brusquedad que parecía envolver una sorpresa, exclamó apoyando sus manecitas en los hombros de Claudio y mirándole a los ojos fijamente.

—¿Cuándo te casas...?

El quedóse perplejo, sobrecogido por la pregunta.

—Aún no lo sé... aún no lo he pensado...

Ella no contestó: hizo un gesto de resignación, tosió para disimular un suspiro y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¿Por qué lo decías?—agregó Claudio.

Matilde callaba, con deliberado propósito de hacerse rogar mucho. Al fin murmuró, poniendo en cada frase un prestigioso retintín.

—Me da vergüenza.

—¡Vergüenza, Punto-Negro...! ¿Y de qué...?

—De que me veas la cara mientras hablo.

—¡Famosa ocurrencia!—exclamó Antúnez riendo—. Pues confiésate con el rostro tapado...

Ella reía también, mimosa y soboncita; al fin se decidió.

—Sabrás que la profecía de los naipes empieza a cum-

plirse: el primer barrunto lo tuve hace nueve días y no quise decir nada para no alegrarte en vano. ¿Entiendes? Creo que vamos a tener un rorro...

Antúnez la cogió por los brazos y la separó un poco de sí para verla mejor.

—¡Punto-Negro de mi alma...!

No supo decir más, y luego:

—¡Lo que acabas de anunciarme me atonta...! ¡Ser madre...! Si parece cuento... ¿Y qué relación hallas entre esto y mi matrimonio...?

La joven se encogió de hombros, como mujer prudente que no quiere hablar.

—Tú—prosiguió Claudio—eres el amor insustituíble que ha de llenar toda mi historia, y el hijo que genere en ti, será el preferido, el hijo por antonomasia; mi mejor obra... ¡Punto-Negro, mío...! Desde hoy el sol va a salir sólo para alumbrarme a mí...

Estaba tan emocionado que no podía hablar; ella, sobrecogida también de súbito, rompió a llorar de alegría.

—Chico, ¡qué bien...!

Desde aquel día, Matilde Landaluce tuvo para Claudio nuevos hechizos, y observando la lánguida expresión de su rostro amarillento, sus vómitos biliosos y la pronunciada tumefacción de los pechos, no se atrevía a abrazarla, temeroso de lastimarla.

Este suceso modificó poderosamente el carácter de Claudio; la figura de Amparo Guillén se empequeñecía en su memoria, apareciéndosele mezclada a sus primeros recuerdos juveniles. Luego, de súbito, tuvo celos de aquel hijo, como antes los tuvo de su madre. ¿Sería suyo...? Y esta duda, tan lógica tratándose de una mujer casada, le aterró; tanto más, cuanto que su delicadeza

le prohibía interrogar a Matilde acerca de punto tan quebradizo. Su desconfianza creció rápidamente; hasta tuvo vergüenza de haber acogido con tanto júbilo la noticia del embarazo, y cuando la joven le hablaba de «su hijo», Claudio, turbado, no sabía qué responder. Al fin, sus celos sobrepujaron a su miramiento y abordó la cuestión, si bien con habilidosas pleguerias.

—Dime, Punto-Negro, ¿tú crees que ese hijo se parecerá a mí...?

Aunque había expresado su pensamiento con exquisita mesura, Matilde apreció el largo alcance de la pregunta, pues el gesto y la voz temblorosa del pintor desautorizaban el comedimiento de sus palabras.

Sí, se parecerá—repuso la joven—; porque es tuyo; tengo esa evidencia inquebrantable.

Claudio no respondió; en su espíritu, a intervalos, producíase una gran sombra. Días después experimentó los primeros síntomas de enajenación mental.

Salía de su estudio, y al bajar la escalera vió en el suelo un agujero, negro como una sima; sorprendido retrocedió, miró mejor y no vió nada; entonces continuó bajando; sin explicarse tan extraño fenómeno, y al llegar a la calle la visión se repitió: sobre las piedras de la acera, aquel pozo sin brocal le atraía con el misterio poderoso del abismo. La ilusión fué tan completa, que Claudio lanzó un grito, y durante el paseo la terrible alucinación que aterraba a Pascal se repitió con horrible porfía; en vano quería sobreponerse al terror que iba invadiéndole, y ante aquel hueco siniestro, sus piernas, paralizadas por el miedo, permanecían rígidas e insensibles a los mandatos de la voluntad.

Por la noche, desesperado de estar así y convencido

de que todo ello era un antojo, se emborrachó para no pensar. Acostóse muy tarde y se durmió con sueño intranquilo; después despertó sobresaltado: cerca de él, en el estrecho espacio comprendido entre el lecho y la pared, oscilaba una sombra: cuanto más miraba, mejor aparecían los contornos de la silenciosa figura, y sucesivamente fueron bocetándose en la penumbra la cabeza, la curva de los hombros, el busto...

Era un ángel, igual a los descritos en los libros místicos; un ángel negro, con rostro de mujer, que permanecía inmóvil, las alas plegadas a la espalda y las manos cruzadas sobre el pecho. Tenía la cabellera crespa y flotante, la frente pequeña, el semblante ovalado y pálido; y sin contraer ningún músculo sonreía tristemente, acariciando al pintor bajo una mirada pensativa.

Antúnez cerró los ojos para sustraerse al influjo que en él producían aquellas pupilas; luego se incorporó sofocado por una molesta opresión en la garganta: el ángel negro estaba allí, sobre el lecho, y tan cerca que casi le cubría. Claudio reconoció entonces aquel rostro femenino que antes, en la penumbra, sólo pudo vislumbrar: era Matilde.

Antúnez contemplaba el ángel negro que por arte mágico habían sustituído al abismo que le persiguiera durante todo el día, cual si la temerosa sima se hubiese cerrado después de engendrarlo. Bien pronto aquella Matilde imaginaria trocóse en una de esas alucinaciones lujuriantes que turban las noches de los adolescentes y les debilitan con halagos mentidos. Claudio experimentó el dulce contacto de unos brazos acariciadores, el roce cauteloso y experto de unas manos, y sin-

tió que su lujuria despertaba, estremeciéndole de pies a cabeza, como si le sometiese a una intensa corriente galvánica. El ángel continuaba torturándole con su mirada; después unió sus labios a los del pintor; era el beso de Matilde; succión terrible, voráz, que no concluía nunca...

Esta alucinación extenuante se repitió en noches sucesivas y cada vez con caracteres más acentuados: la visión se aproximaba al lecho, cogía la cabeza de Claudio entre sus manos, le enardecía con su aliento, y sólo cuando el deseo carnal quedaba satisfecho, la hipermenesia imaginativa del enfermo declinaba y el ángel negro desaparecía.

Cuando Matilde Landaluce supo estos detalles, quedó aterrada. Aunque ningún otro motivo la hubiese ligado a Claudio, siempre le hubiera querido por ser padre de aquel hijo tan deseado, que Antunez formó en un instante de delirio y que probablemente heredaría los desequilibrios mentales de su progenitor. Discurriendo así, Punto-Negro padecía remordimientos feroces, y cuando Claudio quería poseerla, se resistía.

—¡No, nunca, no quiero!—decía—; mi amor te pierde..., ¡déjame...!

Esta catástrofe que su previsión no supo evitar, la aterraba, hubiese preferido verle muerto o casado, antes que loco. Comprendiendo que jamás tendría fuerzas para resistir a los deseos de su amante, procuró asustarle.

—¿No temes—decía—morir sin asegurar el prestigio de tu nombre y sin conocer a tu hijo...?

Antúnez, que ya no ambicionaba laureles, sonreía indiferente como un musulmán.

—Tú vives en mí—respondía—, y si no me matas, me matará el ángel negro que llevo aquí, en la frente. La vida, Matilde, tiene exigencias brutales; el público que asiste a una corrida de toros, excitado por el sol, el ruido y la sangre, exige: «¡Caballos, caballos...!» Yo, embriagado por tus encantos, pido: «¡Amor, amor...!» Y cuando me complaces, el deleite espolea mi lujuria y sigo gritando: «¡Más, más, más...!» ¿Qué quieres...? El amor es un dios inhumano que, como el Moloch fenicio, necesita víctimas; tú bien lo sabes, pues mataste a otros .. Recuerda que no hay mujer hermosa que no haya emulado a Cleopatra alguna vez, y cumple tu misión, sacrificándome. Dices que desvarío, y ¿qué?, mi gloria eres tú. Cuerdo, te sacrifiqué mi razón; loco, quiero sacrificarte mi vida... ¡Sigue, sigue... Punto-Negro de mi alma, matándome a prisa...!

XIII

Matilde supo la terrible noticia repentinamente. Aquella mañana se había levantado tarde y malhumorada, pensando en Claudio: a quien esperó inutilmente en su refugio del Paseo de Santa Engracia tres días consecutivos. Al salir de la alcoba vió a doña Carolina, cuyas frecuentes neuralgias aumentaban las angulosidades y acritudes de su fatigada senectud: se saludaron secamente, poseidas ambas de inexplicable antagonismo, y Matilde bajó al despacho en donde Estrada leía el periódico que acababan de traer.

—Buenos días—dijo la joven al entrar.

—¡Hola!—repuso Pablo distraído.

Ella cogió otro periódico y se sentó: él añadió sin levantar la cabeza:

—¿Te has enterado del incendio de anoche?

—¿Cómo, si acabo de levantarme...?

—Hasta ahora han hallado un muerto y cinco heridos. ¡Qué atrocidad...! No somos nada...

Matilde no respondió; acababa de leer el nombre de Claudio Antúnez, y un estremecimiento doloroso agitó sus entrañas cual si el feto hubiese dado en ellas un vuelco.

Sin embargo, la curiosidad del amor venció al miedo, y con los ojos desmesuradamente abiertos, empezó a leer:

«Hace tiempo que este artista, tan justamente respetado y querido, empezó a ofrecer síntomas de enajenación mental...»

Febril leyó el último renglón:

«¡Pobre Claudio...!»

Y en seguida, yerta, lívida, ojeó el artículo a saltos, buscando las palabras que mejor y más pronto pudieran informarla: su dolor era tan grande, la trágica noticia irrumpió tan de súbito en su alma, que no pudo apreciar ningún detalle: únicamente comprendió que Antúnez se había vuelto loco y que estaba en el manicomio de Leganés.

Con esa insensibilidad que sigue en los temperamentos nerviosos a las grandes explosiones sentimentales, Matilde Landaluce, poseída de repentina tranquilidad, releyó el artículo y supo cuanto necesitaba saber.

Según el dictamen facultativo, Antúnez padecía de delirio persecutorio: la víspera de ser conducido al manicomio estuvo almorzando en su casa con varios amigos; después, excitado por el vino, salió al balcón, allí permaneció largo rato, inmóvil y cruzado de brazos, contemplando la plaza de Bilbao. De pronto: —¡Se me escapa esa idea...!—exclamó—; y quiso arrojarse al vacío para alcanzarla. Las personas que allí estaban le contuvieron y a duras penas lograron encerrarle en su al-

coba. El resto de la tarde lo pasó delirando, diciendo que se ahogaba, que las ideas se le iban y que le dejasen solo cuando viniese el ángel negro; durante la noche su excitación creció, y a la mañana siguiente fué conducido a Leganés. El articulista añadía algunas sentidas consideraciones relativas al carácter de Antúnez y a sus principales cuadros: la demencia le mataba para el arte en el apogeo de su juventud; moría pobre, moría loco: «¡Pobre Claudio...!»

Sobrecogida de dolor, Matilde rompió a llorar.

—¡Yo le maté!—exclamó.

Pablo, aunque no pudo entender esta frase, se levantó sorprendido.

—¿Qué tienes?—dijo.

Y como viese en el periódico la noticia que su mujer le indicaba con un gesto, se apresuró a leer.

—¡Qué barbaridad!—murmuraba el buen hombre—¡qué barbaridad...!

Ella seguía llorando y retorciéndose las manos.

—Siento haberle conocido—añadió Estrada—. ¡Lástima de muchacho...!

Estas exclamaciones exasperaron a Matilde

—¿Iremos a verle?—preguntó imperativa.

—¿Adónde?

—Al manicomio, a Leganés.

—¿Y para qué...? Estás delicada y no te conviene andar. De todos modos, nuestra presencia no ha de aliviarle...

—Pero es un deber de humanidad visitarle; un hombre que no tiene familia, que está allí solo, a merced, quizá, de enfermeros sin conciencia... ¿Por qué no he de ir yo...? ¿No vienes tú conmigo...?

Estrada, vencido por las palabra y el ademán suplicante de la joven, cedió.

—¡Si es gusto tuyo, iremos; pero es un desatino!

—No importa, saldremos en seguida, en cuanto almorcemos...

—No, hoy no salimos—dijo él—; mujer, ¿tú también te has vuelto loca...? ¿No ves como llueve...? Además, no sabemos si a los enfermos les dejan ver por la tarde.

Matilde, sin hallar medio de justificar su impaciencia, se asomó a la ventana del pabellón: caía una llovizna menuda que durante la noche había enfangado los campos. ¡Oh! ¡Qué triste, qué amenazador, le pareció aquel cielo plomizo de invierno...! ¡Cuán húmeda, cuán muerta aquella tierra donde tantas noches su pasión se satisfizo sobre el suelo seco por el sol...! Estuvo un momento pensativa, la frente apoyada en el cristal, evocando aquellas escenas que parecían muy lejanas. Luego, al salir del despacho, necesitó cerciorarse de que al día siguiente realizaría su anhelo de ver a Claudio.

—¿Iremos mañana entonces?—preguntó.

—Bien, mañana o pasado, es igual; eso depende del tiempo—repuso Pablo.

Durante el almuerzo se habló de Claudio: doña Carolina, en sus mocedades, había visitado el hospital de dementes de Zaragoza, y aún conservaba la desagradable impresión que sufrió.

—Me dan miedo y lástima—decía—. ¡Qué verbosidad la suya, qué gritos, qué mirar tan penetrante...! Todavía no he olvidado la cara de un loco que encontramos al cruzar un patio: venía cargado con dos cubos de agua; al llegar junto a mis acompañantes, levantó la cabeza y

miró; pero a mí sola, y de un modo desesperado... cual si yo fuese la causante de su desgracia...

—Es fácil que mañana—apuntó Pablo—vayamos ésta y yo al manicomio; no conozco ninguno, y dicen que el de Leganés es bastante bueno. ¡Me alegro...! Así, con el pretexto de visitar a Antúnez, lo veremos todo bien.

—Es muy curioso—replicó doña Carolina—, y puede ser que alguna vez os acompañe.

Pablo Estrada encontraba en los vesánicos algo sobrenatural que le aturdía.

—Prefiero—dijo—estar tísico o tener un cáncer en el estómago, a morir loco. ¡Qué barbaridad...! Los locos me parecen endemoniados; estoy por declarar que más me gustan los idiotas.

Matilde, entretanto, procuraba distraer su dolor comiendo; pero las últimas palabras de su marido la indignaron.

—Los imbéciles—exclamó—me repugnan; me producen un malestar íntimo, semejante al que dejan en el estómago los manjares mal digeridos: pero los locos me gustan, me atraen, con el misterio de su locura; son cabezas desorganizadas; mas en la turbamulta de sus ideas disparatadas surgen, a intervalos, algunas de encantadora novedad. Los cretinos no piensan; los locos sí, aunque no quieran, porque su manía ahuyenta el sueño en sus párpados.

Y agregó, recordando sus noches crueles de insomnio:

—¡Ay, compadezcamos a los condenados a vivir pensando siempre...!

La tarde la pasó Matilde sumida en el marasmo profundo de su pena: después encendió la lámpara del co-

medor antes de costumbre, pareciéndola que así acortaba la duración del crepúsculo; cenó mal, y cuando por la noche se halló en su alcoba, junto a su marido que roncaba, se juzgó casi dichosa. A pesar del frío no pudo soportar el abrigo del embozo, que apartó de sus mejillas ardientes; los párpados la escocían de tanto llorar y la sangre golpeaba violentamente en sus sienes.

La lluvia continuaba cayendo con testaruda porfía; Matilde Landaluce la oía chocar contra el cinc de la azotea, y su pensamiento recorría los campos encharcados y las calles de Madrid hasta llegar a Claudio, tendido en la tarima de algún cuartito frío, austero y desamparado, del manicomio. Su imaginación, oscilando siempre como una vela latina, examinaba asimismo los diversos períodos de su propia historia. La parecía que una noche eterna entenebrecía su porvenir, y que su cuerpo era una porción de materia condenada a voltear ciegamente sin conciencia ni rumbo: Antúnez, transportado al mundo vidrioso y quimerista de los locos, sería quizá feliz rodeado de ficciones que suplieran ventajosamente a las realidades de la vida; mientras ella quedaba en el mundo horrible de la verdad, sujeta a su madre, a su marido y a su hotel, que era una cárcel; y, por añadidura, pensando en Claudio y dándose a otro hombre... Y entonces, al verse tan sola, rompió a llorar, y lloró mucho y silenciosamente, hilo a hilo, lágrimas que caían unas en el lecho, y otras que penetraban por las comisuras de su boca, cual si pretendiesen aumentar con su amargura la de sus entrañas. Pablo Estrada continuaba roncando: fuera se oía el monótono musitar del agua y de los árboles sacudidos por el viento; así fueron pasando las horas, que Matilde contó

una a una. Empezaban a filtrarse por los interticios de la ventana los primeros resplandores mañaneros, cuando Punto-Negro, entumecida de cansancio y de frío, se durmió con dos lágrimas entre los párpados.

El día amaneció encapotado, pero no lluvioso, y un fuerte levante arrastraba las nubes cual veloces escuadrones de fantásticos caballeros. Estrada, animado por el mejor cariz del tiempo, se resolvió a acompañar a Matilde al manicomio; la esperaba paseándose por el recibimiento, las manos metidas en los bolsillos del gabán. Tiritaba. De pronto, aburrido, se asomó al hueco de la escalera:

—Matilde, ¿vienes...?, es muy tarde.

La joven estaba concluyendo de ataviarse, pálida, temblorosa, el bonito semblante afeado por el insomnio y el paño del embarazo. Acabó de prenderse la mantilla, recogió sus guantes y su portamonedas y apareció vestida de riguroso luto.

—¿Os espero para almorzar?—preguntó doña Carolina.

—No—repuso Estrada—, porque no volveremos hasta la noche. Ea, ¡adiós...!

Y echó a andar delante, con el paraguas abierto.

A las once de la mañana subieron al tranvía que salía de la Puerta del Sol para Leganés. Pablo Estrada se sentó junto a Matilde, el rostro escondido en el cuello levantado del gabán. El coche se llenó rápidamente de viajeros, mujeres en su mayor parte: todas llevaban algo en las manos, un cesto o un lío de ropas, cual si fuesen a emprender algún largo viaje.

Al arrancar el tranvía, la lluvia arreció; los cristales se empañaron. Estrada, disgustado, masculló una interjección.

—Si sé esto—dijo—, no salimos; ¡al diablo se le ocurre ir a Leganés con este temporal...!

Matilde no respondió. Mientras el vehículo descendía la rápida cuesta de la calle de Toledo, Pablo Estrada miraba atentamente el aspecto de aquel populoso barrio que apenas conocía: las tiendas de ropas, con chaquetas de pana y grandes fajas de color colgadas sobre las puertas; las sombrererías y zapaterías que exponen al aire libre algunos géneros deslucidos por la lluvia, el polvo y el sol; los paradores, con sus enormes portalones empedrados de agudos guijarros, y su continuo trajín de arrieros, carros y bestias cargadas: dentro de la plaza de la Cebada resonaba el rumor mareante de millares de gargantas que gritaban a un tiempo. Pasado el Matadero, atravesaron la Puerta de Toledo y continuaron descendiendo en dirección al Puente. A Estrada le interesó aquel paisaje.

—Esto debe ser muy bonito en primavera—dijo—; en cuanto abonance el tiempo hemos de dar un paseo por aquí.

Matilde asintió con la cabeza. Pablo miraba a todas partes: primero le preocuparon las estatuas que rodean la plazoleta que precede al puente y donde se realizaban antiguamente los autos de fe; después el puente, con su sólida contrucción y sus dos figuras lapidarias mutiladas por los siglos; también le interesaron el río y los lavaderos... El coche se detuvo al otro lado del Manzanares para cambiar de mulas, y Pablo Estrada, que se comía la lengua de curiosidad, preguntó:

—¿Cómo llaman a esto?

—Lo llaman—repuso una mujer—el barrio de Mataderos.

—¿Falta mucho para Leganés?

—¡Anda...! Cerca de tres cuartos de hora; antes hemos de cruzar los Carabancheles.

Pablo sonreía, pareciéndole desempeñar a maravilla su papel de hombre amable que sabe alegrarse a tiempo.

Avanzaban por la carretera, donde las herraduras del ganado sonaban como sobre un fangal. Dejaron a mano izquierda el Colegio de Huérfanos de la Unión, y prosiguieron ascendiendo siempre. Por las calles de Carabanchel el tranvía pintaba curvas rapidísimas: las casas recordaban las de Cuatro Caminos: casi todas eran de pobre aspecto; el comercio lo componían tiendas de géneros ultramarinos, tabernas y algunas barberías, sobre cuyas puertas oscilaban dos bacías de metal. La lluvia tamborileaba en la techumbre del coche con furiosa insistencia; la tibia atmósfera, formada por el aliento de los viajeros, al congelarse cubrió los cristales de las ventanillas de un vaho blanquecino que restaba alegría a la luz. Pasado el pueblo, el tranvía atravesó el arroyo Butarque, medio seco en verano, pero que entonces corría espumoso y cantarín, y siguió por una cuesta arriba cuyo monótomo horizonte interrumpían algunos caseríos. Luego cruzó otras calles; estaba en Leganés, pueblo grande sobre el cual descollaba la iglesia con su elevada torre de dos cuerpos.

El coche se detuvo en la plaza de la Constitución, y Matilde Landaluce y su marido se encontraron cogidos del brazo, chapoteando barro y bajo un paraguas que apenas les defendía la cabeza. La plaza era de forma rectangular: a un lado había un colegio de niñas que en aquel momento repetían a gritos su lección; después

una fábrica de buñuelos, con sus dos puertas adornadas con visillos rojos, y seguidamente el café de Madrid, instalado en una casa de dos pisos, cuyas guardillas se recortaban taciturnas del cielo obscuro. Al frente estaba el edificio del Ayuntamiento; su reloj marcaba las doce y media.

—¿Qué hacemos?—preguntó Estrada.

—Vamos al café—dijo la joven—; almorzaremos y nos informarán de lo que debemos hacer para visitar el manicomio.

Entraron: el salón era espacioso; cuatro columnas de hierro sostenían la pesantez del techo ahumado; entre las mesas con piedra de mármol había algunas de tresillo, y en las paredes varios espejos pequeños y tan sucios, que era inútil mirarse en ellos.

Allí supieron, por el mozo que les sirvió, que podían ir al manicomio de una a tres de la tarde, para lo cual bastaba una autorización del Director del establecimiento.

—¿Y cree usted que la otorgará?—preguntó Matilde acobardada ante aquel inesperado inconveniente.

—Es probable; y como ustedes vienen a ver a un enfermo...

Matilde comió poco, achacando a su embarazo lo que era efecto de su pena: Pablo la examinaba atentamente, juzgándola hinchada y pálida en demasía. Terminado el almuerzo se dirigieron al manicomio por la plaza de Salvador, donde está la iglesia, y luego siguieron una calle que se retuerce entre los muros del hospital de alienados y una fila de casas bajitas.

El manicomio es un basto edificio, dividido en dos cuerpos por un patio rectangular sembrado de árboles.

Un portero con gorra galoneadâ salió a recibir a los visitantes.

—Queremos—dijo Matilde—ver a un enfermo que ingresó aquí hace dos a tres días.

—¡Ah, sí...! ¿Un pintor?

—Precisamente.

—¿Traen ustedes permiso?

—No; pero esperamos que el señor Director no tendrá inconveniente en concedérnoslo.

—Entonces, aguarden ustedes aquí—dijo el empleado —voy a decírselo al Secretario.

Estaban en un zaguán grande y húmedo, de cuyo techo pendía una farola; la joven, temblando de emoción y de frío, se sentó en un banco; Pablo, según costumbre, comenzó a pasearse, los brazos atrás. Los empleados del establecimiento, que pasaban por allí, les saludaban respetuosamente. Después apareció una Hermana de la Caridad, que les preguntó sin levantar los ojos:

—¿Los señores desean ver a don Claudio Antúnez...?

Matilde se apresuró a responder:

—Sí, hermana; estamos a sus órdenes.

—Bien—repuso la religiosa—, síganme...

—Dile que también queremos ver el establecimiento —murmuró Estrada—; entonces ¿a qué hemos venido..?

Calló, porque junto a ellos pasaron dos religiosas: eran pequeñas, feuchas, con esos semblantes pálidos y gordiflones de las personas que viven a la sombra.

—En este corredor están los enfermos distinguidos, los que pagan—dijo la hermana.

Y agregó abriendo una puerta:

—Miren este cuarto; así son todos.

Era una habitación de regulares dimensiones; estu-

cada y muy clara, con tres camas y un lavabo con espejo y piedra de mármol. En ella había un anciano, que les abordó diciendo:

—Yo le conozco a usted.

Estrada hizo un gesto evasivo.

—¡Ya lo creo, que le conozco!—añadió el viejo aturdiéndole con la impertinente mirada de sus ojuelos glaucos—, y usted también me conoce...

—Vaya, hermano—interrumpió la religiosa—, retírese que hace frío...

Y cerró la puerta.

—¡Ah!—exclamó Pablo—, ¿pero es un loco?

—Sí; el infeliz tiene la manía de conocer a todo el mundo.

Todas las ventanas del corredor se abrían sobre un patio en el cual paseaban numerosos enfermos: algunos permanecían inmóviles, la vista fija en el suelo; otros corrían de un sitio a otro, recitando versos: otro aleccionaba un pelotón de quintos:

—¡Media vuelta a la derecha; media vuelta a la izquierda...! De frente... ¡marchen...! uno; dos; uno, dos; uno, dos... ¡Alto! Uno, dos...

—Era militar—dijo la hermana viendo la sorpresa con que sus acompañantes miraban a este loco—, y perdió el juicio de resultas de la caída de un caballo. Aquel que habla solo, fué periodista. El señor Antúnez ocupa un cuarto al final de este corredor; es pobre y no sé cómo le han traído a este departamento, donde todas las celdas son de pago.

Matilde estaba tan emocionada que no supo responder, y se ahogaba como si el feto hubiese hecho algún nuevo movimiento hacia arriba y la oprimiese los pulmones.

—Dicen—prosiguió la religiosa—que era un artista de talento.

—¡Oh! —exlamó la joven —; fué y continuará siéndolo... porque, indudablemente, recobrará la razón...

La hermana la miró un momento con ese disimulo peculiar a la gente devota: era la primera vez que se atrevía a levantar los ojos, atraída por aquel grito apasionado en el que su espíritu femenino creyó adivinar la amarga queja de un amor inconfeso, tal vez criminal...

—¿No habrá peligro en verle?—preguntó indiscretamente Pablo Estrada.

—Ninguno; su locura es mansa; ¡pobrecillo...! Se cree perseguido; dice que todos los días recibe la visita de un ángel. Probablemente se habrá puesto así de trabajar o... ¡Cuentan que el mundo es tan malo...!

Miró a Matilde de reojo; pero apartó la vista en seguida, avergonzada de aquella maternidad puesta tan de relieve. Después se detuvo frente a una puerta.

—Aquí es—dijo.

Y abrió.

Matilde y Estrada permanecieron en el corredor, dudando.

—Entren sin cuidado—agregó la religiosa—, no conoce a nadie.

Antúnez, sentado en un sillón, leía un libro: al ver a los visitantes se adelantó a saludarles.

—Supongo, hermana—dijo—, que estos señores vendrán a verme.

—Sí, hermano...

Y añadió, dirigiéndose al matrimonio:

—Siéntense; pueden hablarle de lo que gusten, pues responde muy acorde; únicamente desbarra cuando se acuerda de su manía.

Aquellos instantes fueron para Matilde de insoportable sufrimiento. Claudio estaba metamorfoseado: las arrugas de su entrecejo eran más profundas, sus ojos más lánguidos, más tristes, cual si la locura hubiese condensado en pocos días la destructora labor de muchos años.

—¿Vienen ustedes de Madrid?—preguntó Claudio.

—Sí, señor—repuso Estrada—; ¿no se acuerda usted de nosotros?

Antúnez frunció las cejas, queriendo recordar.

—¡Oh, no es fácil; tengo tantos amigos...!

La Hermana de la Caridad escuchaba impasible la conversación, las manos cruzadas sobre el abdomen. Matilde se ahogaba; un nudo terrible la oprimía la garganta. Hubiera deseado estar sola para arrojarse al cuello de su amante; era imposible que entonces, al sentir el contacto de sus brazos, no se acordase de ella, de su Punto-Negro, tan querida, tan besada... Claudio, entretanto, hablaba con Estrada; se expresaba bien y únicamente a ratos se advertían incongruencias en su pensamiento. El pintor refería sus pasados triunfos, su gloria perdida, y su rostro expresaba pesadumbre infinita.

—¡Cuánto, cuánto he trabajado!—repitió—, ¿y para qué...? Mi nombre bajará a la tumba conmigo...

Evocando sus ambiciosos ensueños se parecía a Satanás, el gran proscripto, meditando en el paraíso perdido; o a Napoleón, en Santa Elena, llorando su imperio deshecho. Matilde le contemplaba atónita. De pronto pudo hablar y lo hizo esperando que el eco de su voz causase un milagro.

—¡Claudio...!

El pintor la miró rápidamente, estremeciéndose.

—Señora...

Por sus pupilas había cruzado una expresión que alteró momentáneamente la pertinaz fijeza de la mirada. Pero aquello pasó y el milagro no se produjo. La joven repitió:

—Claudio, ¿no me conoce usted...?

Su voz temblaba, vibrante, magnética.

—Es probable—repuso él—: mas en este momento... usted perdonará que no recuerde...

Maltilde rompió a llorar.

—Usted está enfermo—exclamó—, ¿qué tiene usted...?

Había aludido a la demencia del pintor, y el desdichado empezó a disparatar.

—Afirman que estoy loco—dijo—y por eso me trajeron aquí; pero juro por lo más sagrado que la veo entrar en este cuarto, como por las mañanas veo, desde mi lecho, la salida del sol... Ella es quien origina la fuga de mis ideas...

Miró recelosamente en torno suyo, y continuó:

—Esa mujer es mi ángel negro: penetra por cualquiera parte, surge del suelo, atraviesa los muros, desciende del techo; lleva el pelo suelto, viste una larga túnica vaporosa que sólo deja al descubierto las puntas de sus pies, blancos y diminutos; llega de improviso, sin ruido, batiendo sus enormes alas, negras y silenciosas como tinieblas... Hace mucho tiempo que me visita: al principio tuve miedo... después, su sonrisa y su ademán, me tranquilizaron...

Detúvose unos instantes y añadió con la voz ahogada del hombre que discute consigo mismo.

—Sí, es ella; su mismo rostro, su boca, sus ojos... aquellos ojos que no pueden olvidarse después de mirados... Es ella, pero no recuerdo su nombre. ¡Oh, maldita cabeza mía...! No me acuerdo... y ella no quiere decírmelo...

Hubo otro silencio. Pablo Estrada callaba, sobrecogido por un vago temor superticioso; le parecía escuchar las confesiones de un hombre extraordinario, que habla con los muertos. El pintor continuó:

—Mi angel negro viene aquí muchas veces al día; de noche nunca se aparta de mi lado. Entra como la sombra que se desliza por una pared; permanece unos segundos quieto, apreciando el efecto que su aparición causa en mí; luego sonríe y se acerca... Ya sabéis que mi angel negro es una mujer... a quien quise mucho... tanto, que... según aseguran, perdí el juicio por ella... Pues bien, esa mujer sonríe continuamente, avanza con sus grandes alas negras recogidas y se sienta a mi lado. Su presencia me infunde miedo y alegría, placer y dolor... Y, no me preguntéis más—agregó excitadísimo y levantándose—; el recuerdo de estas visiones me atormenta mucho, y algo extraño me anuncia que *ella* va a venir. ¡Ah...!, si llegase estando ustedes aquí, procuren saludarla... ¿Verdad...? Hay que ser corteses... Procuren saludarla...

Y como Matilde hiciese ademán de hablar, él continuó:

—Básteles saber que *ella* me estrecha entre sus brazos y junta su boca con la mía, produciéndome cosquilleos inenarrables; que sus manos acarician mi cuello; que sus ojos me bañan en una mirada de fuego; y sobre tantas impresiones irresistibles, la de sus besos, largos,

venenosos... Y cuando me tiene así, convertido en un polichinela, abre sus alas y me cubre con ellas. Aquel es nuestro escondite, nuestro tálamo: el tálamo negro donde me asesina... mi lecho de muerte...

Calló y fué a reclinarse en la cama, al otro extremo del cuarto. La religiosa se había vuelto de espaldas para ocultar su turbación; Matilde lloraba y sofocaba con su pañuelo sus suspiros. Claudio Antúnez sonreía, luego abrió los brazos, desmazalado, jadeante: palideció: era el ángel negro que le enloquecía con su beso eterno... Pablo Estrada aprovechó la ocasión para escapar.

—Vámonos—dijo—, vámonos, antes de que despierte...

Y arrastró a su mujer tras sí.

Matilde salió tan acongojada que necesitó beber algunos sorbos de agua para serenarse, y no quiso continuar viendo el manicomio. En la plaza de la Constitución subieron al tranvía que iba a Madrid: eran las cuatro y media: la lluvia continuaba. Cuando el coche partió, Matilde Landaluce sintió que su hijo se estremecía violentamente. Allá lejos quedaba Claudio, amándola en su frenético delirio, muriendo por ella..., y pensó que las mulas que arrastraban el coche eran las ejecutoras inconscientes del Destino...

Desde aquella fecha, hasta que su embarazo la impidió salir a la calle, Matilde Landaluce estuvo otras dos veces en el manicomio: fué sola, a hurtadillas de su marido y de doña Carolina, y vió a Claudio, encontrándole siempre más demacrado, más decaído; evidentemente la desventura del pintor era irremediable. Esto aumentó sus remordimientos; durante el día evitaba ha-

blar con nadie, y por las noches su angustia crecía, viéndose expuesta a que los halagos de Pablo envileciesen el duelo de su alma.

—¡Yo le maté—repetía—; yo le maté...!

Evocaba sus esfuerzos por separarle de la empecatada sociedad de sus amigos y exaltar en él la pasión por el arte y la gloria; y los agasajos que más tarde desplegó para rendirle y retardar su enlace con Amparo Guillén. Todo ello ¿fué resultado de una pasión desequilibrada y exagerada hasta el delirio...? Analizando minuciosamente los recónditos elementos primordiales de su pasión, hallaba mucho bueno y mucho malo, y esto último redoblaba su pena. Siempre tenía presente los detalles de su obra destructora. ¡Pobre Claudio...! A cada momento le había dado un poco de amor, y en ese amor y sin responsabilidad ninguna, un átomo de veneno, porque el beleño del deleite no deja señales. El crimen se perpetró en horas incalculables de dulce abandono, y escapaba a la acción de los tribunales humanos... Recordaba los ataques de afasia en que Claudio balbuceaba como un idiota; su claustrofobia, su impotencia, y no comprendía el ahinco insano con que siguió empujándole al hospital; y recordaba también los gritos suplicantes que el placer arrancaba a la víctima:

—¡Punto-Negro, me matas, déjame...!

¡Oh...! ¡Y con qué fuerza resonaban ahora en su cerebro aquellas frases acusadoras del amante que implora el perdón de un deleite que sus nervios no pueden rehusar...!

Esta procupación aumentó de tal modo y determinó desarreglos fisiológicos tan considerables, que Matilde

hubo de guardar cama. Había entrado en el séptimo mes de embarazo, y aunque no ofrecía síntomas de alumbramiento, doña Carolina y su yerno decidieron llamar a un médico.

Don José Tarazona era el mejor acreditado en el distrito. Llegó un anochecer, disculpando su tardanza con sus numerosas y perentorias ocupaciones. Era de regular estatura, delgado, moreno, con el pelo y el bigote teñidos de negro; frisaba en los cincuenta años y vestía de riguroso luto. A pesar del escrupuloso atildamiento de su persona, su indumentaria no correspondía a las ganancias que su gran clientela debía de proporcionarle; sus botas estaban muy limpias, pero harto desgobernadas por el uso; los pantalones, demasiado estrechos, ceñíanse ridículamente a las enjutas pantorrillas: la levita, excesivamente larga, descendía más abajo de las corvas. Hablaba lentamente y subrayando cada frase con una mirada y un gesto, ufano de que los circunstantes no le comprendiesen; pero, no obstante su empaque autoritario, Tarazona era un simple practicón que sólo conservaba en la memoria algunas generalidades técnicas y campanudas, con las cuales pretendía reanimar el espíritu del paciente.

Cuando entró en la alcoba, precedido de Pablo Estrada, doña Carolina, de pie junto al lecho, concluía de darle a su hija una taza de caldo. Don José saludó ceremonioso y Matilde le recibió tranquila, cual mujercita que ya sabe lo que son partos. Tarazona pronunció un breve discurso encaminado a ponderar el influjo benéfico que el optimismo ejerce en el curso de los padecimientos, y después pulsó a la enfermita, informándose de si padecía jaquecas, vértigos..., etc.

—Bien, bien—repetía—, todo es normal. Debe usted, sin embargo, sacar fuerzas de flaqueza y comer mucho: ese cuerpo está muy débil...

Para cerciorarse de la fecha del embarazo, o por querer ostentar sus conocimientos, manifestó deseos de reconocer a la joven.

—Estos reconocimientos—dijo—se practican por la palmación abdominal, el tacto vaginal o la auscultación obstétrica; yo me serviré únicamente del primer procedimiento, a fin de concluir pronto.

Colocó a Matilde en actitud supina, con las caderas sobre una almohada y las piernas en semiflexión, y empezó a palparla el abdomen suavemente para facilitar la relajación de los músculos ventrales. Maniobraba por debajo de las colchas, la cabeza levantada y la vista fija en el techo, cual si esto le ayudase a recoger mejor sus impresiones tactiles. Pablo y doña Carolina le miraban silenciosos.

—El útero está perfectamente—dijo Tarazona—; aquí se perciben algunos tenues movimientos fetales... No me acordé de traer el estetoscopio, y por ahora no podremos apreciar los ruidos del corazón; pero, con lo visto basta...

Formuló varias preguntas relativas al estado general de la paciente, recomendóla mucha serenidad de espíritu, y se marchó llevándose en una botella los últimos orines de Matilde para analizarlos.

—Quiero saber—anunció—si hay en ellos ese producto que los médicos llamamos kyesteina y se forma por la oxidación de los principios azoados de la orina.

Pablo Estrada hizo un signo afirmativo y Tarazona

salió muy contento de que no le hubiesen entendido.

Aquella anormalidad fué pasando, y Matilde Landaluce volvió a levantarse, aunque sus piernas estaban tan débiles que apenas la sostenían en pie: la palidez de sus mejillas exageraba la longitud del rostro: la nariz era más fina; la frente más ancha, cual si las cavilaciones hubiesen despoblado las sienes de sus antiguos rizos; los labios menos perceptibles: sólo triunfaban los ojos, grandes, expresivos, revelando con su brillo el trajín incesante del pensamiento, entenebrecido por el remordimiento de que en un manicomio un loco continuaba muriendo de amor por ella y gozándola en fantásticos desposorios.

A mediados del octavo mes de embarazo el volumen del vientre era tan considerable, que Matilde necesitó recurrir al empleo de una faja hipogástrica. Su respiración era trabajosa; sin duda, el intestino recto, dilatado por la acumulación de materias fecales endurecidas, molestaba al útero, que a su vez oprimía al diafragma y éste a los pulmones; lo que producía a la paciente sofocaciones, zumbidos de oídos o una leucorrea blanca abundantísima.

Un nuevo desarreglo, motivado por el mismo embarazo, contribuyó a exacerbar su pasión amorosa. Matilde sufrió ataques desesperantes de prurito vulvaris: era una sensación cuya intensidad crecía de noche: inútilmente procuró distraerla lavándose con agua tibia; el deseo volvía con mayor ahinco, ahuyentando al sueño, y entonces pensaba en su amante loco, mientras Pablo roncaba tranquilo a su lado, la cabeza metida en un gorro negro. A ratos, también, sentía necesidad de consolarse viendo las chucherías que guardaba de Claudio y

leyendo sus cartas. Entonces se encerraba en su dormitorio y abría un departamento oculto de su lavabo: allí había cintas descoloridas donde Antúnez escribió fechas, ya lejanas; mechoncitos de pelo, flores marchitas, retratos, alfileres..., todo eso, en fin, que forma el enigmático alfabeto de los amores muertos; y muchas cartas: unas largas, escritas con tinta, otras breves, trazadas con lápiz, rápidamente, en un trozo cualquiera de papel; pero todas vehementísimas, como las de «Werther» a «Carlota».

Una de las últimas decía:

«Tú no eres para mí la querida viciosa que divierte, ni la vieja amiga a quien referimos nuestras ansias y nos fortificó con sus consejos: tú eres todo eso y algo más, que no acierto a decir. Responde: ¿nunca, después de larga ausencia, visitaste un sitio donde fuiste feliz, y oiste músicas olvidadas y aspiraste perfumes añejos y queridos...? Pues algo semejante experimento a tu lado. Tú eres para mí, que no supe querer el sitio donde naciera, pues la suerte me sacó de él demasiado pronto, el pedazo de tierra en que empecé a vivir, porque en tus brazos aprendí a amar; tus palabras son el conjuro que ahuyenta mis tristezas; el eco de tu voz, una armonía que sacude mis nervios y es para mí lo que el rumor del Océano para el viejo marino que vuelve a verlo tras prolongada ausencia; lo que una malagueña para el andaluz que sueña, bajo el cielo de Londres, con las sierras alpujarreñas bañadas en sol... Sí, Punto-Negro: tú eres eso, ¡todo eso...! y más...»

El carácter violento y romántico de Claudio se traducía tan bien en aquellas cartas, que, leyéndolas, creía Matilde oirle hablar y ver los gestos de su rostro ex-

presivo, kaleidoscopio animado que reflejaba sin disimulo las impaciencias de su pensamiento.

Entretanto, la joven veía indiferente acercarse el momento del parto, como si aquel hijo tan esperado ya no la importase: y miraba tristemente a su madre, muy atareada en preparar las ropas del nieto.

—¡Quién iba a decirme—exclamaba doña Carolina bromeando—, que a mi edad tendría que ponerme las gafas para coser camisitas de niño...!

Oyéndola, Pablo Estrada sonreía con la fatuidad del hombre satisfecho de sus actos.

Cierta mañana la joven empezó a ofrecer síntomas alarmantes de alumbramiento: había pasado la noche volviéndose, ya de un lado, ya de otro, sin saber que postura adoptar, atormentada por los primeros dolores del período de dilatación: después de desayunarse experimentó un desasosiego en el bajo vientre, que la obligó a sentarse y bien pronto se convirtió en dolor agudo. Así resistió mucho tiempo sin quejarse, aferrada convulsivamente a los brazos del sillón, y la vista fija en el suelo; doña Carolina y su yerno, de pie junto a ella, la observaban.

—¡Id a buscar a Tarazona!—exclamó de pronto Matilde.

La anciana se acercó a ella y la besó en la frente, con ese interés que liga a las mujeres en los supremos dolores: ella también había parido y sabía cuán terrible es esa tragedia de la carne.

—¿Estás muy mal?—preguntó.

—¡Oh!, sí, sí..., ¡muy mal!

Quiso levantarse y no pudo: doña Carolina llamó a Juliana, y entre ésta y Pablo transportaron a la joven a

su dormitorio: allí la dejaron en pie, asida a uno de los pilares del lecho.

—Juliana irá en busca de don José—dijo Pablo.

—No, ve tú mismo y que Juliana se quede aquí: la necesito...

Estrada salió apresuradamente, y Matilde, acongojada por un violento dolor, reclinó la cabeza contra el seno de su madre. Pensó en el tormento de sus entrañas que se desgarraban; en la inutilidad de su vida sin ilusiones; en aquel hijo que ya no podría ofrecer a Claudio, y en lo estéril, por tanto, de su sacrificio; y presa de mortal congoja rompió a llorar.

—¿Qué tienes?—preguntó su madre abrazándola,—¿qué tienes...?

—¡Oh, mamá, mamá...!—balbuceó—¡Cuánto sufro...!

XIV

Cuando regresó Pablo Estrada, acompañado del médico, Matilde continuaba de pie y asida convulsivamente a un pilar del lecho: doña Carolina y Juliana la sujetaban por los hombros y la fortificaban con sus consejos: ella no se quejaba, pero la expresión alocada de sus ojos y la súbita demacración del rostro, revelaban la intensidad de su padecer. Al entrar en la alcoba, Tarazona se detuvo a observar el cuadro.

—¿Cómo está la enfermita?—preguntó.

—Mal, don José, muy mal—repuso ella procurando serenar el nervioso temblor de su voz.

—¿Cuándo comenzaron los dolores de dilatación?

—Hoy, entre tres y cuatro de la madrugada...

Tarazona consultó lentamente su reloj, como hombre que sabe medir el valor de los minutos.

—Suponiendo que fuese a las cuatro—dijo—, lleva usted seis horas así... y me extraña, pues las multíparas no suelen retardarse tanto...

Añadió dirijiéndose a Pablo, que le miraba:

—En eso influye mucho la debilidad de la paciente.

Acercóse al lavabo, apartó los botecitos de esencias y empezó a colocar los objetos que traía envueltos en un trozo de franela blanca: papelitos de cornezuelo de centeno, un frasquito con cloroformo, dos hebras de hilo encerado, destinadas a ligar el cordón umbilical, una esponja, una sonda, el tubo laríngeo, los fórceps, que quedaron ocultos bajo un paño... y sin apresurarse se quitó la levita y los puños de la camisa, cuyas mangas remangó hasta dejar descubiertos los antebrazos: permanecía delante del espejo entretenido en esta operación, y observaba a la parturienta con la tranquilidad del comadrón viejo que sabe restar de los quejidos un noventa por ciento.

Después dijo:

—Necesito un limón, estopa, vinagre, aceite, la venda para fajar a la madre, y muchos paños; todo ello debe estar aquí, porque luego, con el aturdimiento, no podrán ustedes encontrar nada. ¿Hay agua caliente...? También la necesitaré más tarde, para lavar la criatura.

Juliana salió a cumplir las órdenes del médico; doña Carolina tenía cogida a su hija por los hombros y la animaba con besos y palabras de resignación; Pablo, convencido de su inutilidad, permanecía junto a la ventana, deseando que le mandasen para obedecer. Los dolores de parto arreciaban: Matilde sentía que algo muy duro, muy poderoso, descendía desgarrando los profundos de su ser, o se detenía, cual si de pronto desfalleciese la fuerza impulsiva; y cada uno de aquellos movimientos iba acompañado de una desconsoladora im presión en el empeine y en las caderas. Un dolor más

agudo que los otros la sorprendió, arrancándola un grito que resonó lúgubremente en la habitación silenciosa. Tarazona se acercó.

—¿Sufre usted mucho?

—Sí; muchísimo...

Entonces él colocó su mano izquierda sobre el vientre de la joven, mientras con la derecha oprimía fuertemente la región sacra a cada nuevo dolor, dejando de apretar cuando la punzada disminuía. Matilde le miró con tal expresión de gratitud que conmovió al médico.

—¿Siente usted consuelo?—preguntó sonriendo.

—Sí, mucho; ¡qué bueno es usted...!

—Pues, nada—agregó don José dulcemente—; a pujar con fé y a tener confianza en mí.

El parto, sin embargo, no avanzaba, y Tarazona quiso reconocer el cuello del útero, para asegurarse de la posición exacta de la criatura. Hincóse de rodillas delante de Matilde y, sin sofaldarla, la introdujo una mano por entre los muslos, con el índice untado de aceite y extendido horizontalmente, buscando el surco de las nalgas; una vez en él, deslizó el dedo de atrás a adelante, y al encontrar la comisura posterior de la vulva lo adelantó suavemente por la curvatura de la vagina, hasta quedarse con el pulgar extendido sobre el pubis y el antebrazo colocado verticalmente. Doña Carolina observaba a su hija fijamente para conocer en su rostro sus sensaciones; Pablo Estrada miraba también, un poco disgustado de aquel reconocimiento tan íntimo, cuya necesidad no comprendía, y que su mujer aceptaba sin protestar.

—El parto—dijo Tarazona levantándose--parece ofrecerse bien; pero hasta que los dolores expulsivos n

echen al feto de la matriz, no puedo augurar nada... ¡Quién sabe...! Tal vez haya algo de inercia uterina...

Mientras fumaba un cigarrillo que Pablo le dió, púsose a explicar cómo la pelvis está formada por la reunión de los huesos ilíacos, y parece un embudo vuelto hacia arriba; luego se extendió en consideraciones acerca del feto y de las túnicas que lo envuelven.

—El feto—decía—tiene, generalmente, cincuenta centímetros de longitud, y vive en la matriz rodeado por las membranas caduca, corión y amnios; entre estas dos últimas forman un saco sin abertura, que ustedes llaman bolsa de las aguas, en el cual hay un líquido seroalbuminoso, denominado amniótico, cuya función capital es librar a la criatura de las compresiones y golpes que pueda sufrir la madre. ¡Oh...! La Naturaleza sabe más que nosotros...

Nadie respondía y sus palabras quedaban resonando en el aire.

—El feto, cuando está en la matriz---agregó Tarazona---, dibuja una masa ovoidea, con el tronco encorvado hacía adelante, las piernas y los pies aplicados sobre los muslos, éstos sobre el vientre, y la cabeza y los bracitos doblados delante del pecho. Casi siempre está cabeza abajo, y esta actitud obedece no a un movimiento instintivo del nuevo ser, según afirman algunos autores antiguos, sino a que, al flotar la criatura en el líquido amniótico y por ser la cabeza la parte más pesada del cuerpo, es natural que quede debajo, pues la gravedad...

Iba a continuar cuando un segundo grito de Matilde le interrumpió, obligándole a arrojar el cigarrillo.

—¡Apriéteme usted como antes—susurró la joven—; me duele mucho...!

—Bien, bien, yo la favorezco; pero usted debe ayudarme a mí; sea valiente y en cuanto venga el dolor puje usted y mantenga el esfuerzo... Alégrese de sufrir; eso indica que la matriz reune buenas condiciones y que la criatura desea nacer. Veamos: ¿ahora viene el dolor...? Ea, valiente; arriba con él; ¿pasó ya...? Bueno; ¿otro...? Mejor..., así, así, seguido... Esa boquita cerrada; andando...

Y mientras ella pujaba, él la oprimía vigorosamente la región sacra, y así mitigaba, con su esfuerzo bien hechor, la cruel intensidad de las punzadas.

A la una de la tarde, como el parto no adelantase, Tarazona obligó a Matilde a tomar, para reanimarse, dos tazas de caldo y una copita de vino generoso.

—Ustedes—añadió, encarándose con doña Carolina y su yerno—váyanse a almorzar; es indispensable que todos estemos ágiles y dispuestos cuando llegue el momento decisivo.

A media tarde comenzaron los dolores expulsivos: Matilde estaba desfallecida, aniquilada, por aquel rudo batallar de tantas horas; con la frente cubierta de sudor y las pupilas inmóviles y vidriosas, de los calenturientos: únicamente la sostenía su inquieta voluntad, que no quería rendirse al dolor. Parada junto al lecho, las piernas un poco abiertas y las arterias del cuello dilatadas por el esfuerzo, pensaba en Claudio, con lo que sentía una especie de consuelo, cual si aquella tortura fuese la expiación de su crimen.

Tarazona estimó indispensable practicar un segundo reconocimiento. Esta vez la operación fué más larga: el médico callaba cual si toda su inteligencia estuviese condensada en sus dedos, y doña Carolina y Estrada le

veían mover el brazo bajo las faldas de la paciente, adelantarlo, encogerlo, sin hallar lo que buscaba. Luego fué a limpiarse las manos en una toalla: su semblante expresaba la perplejidad del hombre que batalla contra algo insoluble.

—¿Y bien?—preguntó Pablo.

Tarazona iba a hablar, pero vió los ojos de Matilde, los de su madre y los de Juliana, fijos en él, y recordó el aplomo que los libros de obstetricia recomiendan a los comadrones.

—Por ahora—dijo—el feto se presenta bien...

Dudaba, y volvió a ensimismarse.

—Siento que un líquido me corre por los muslos—exclamó Matilde—, ¿será sangre...?

Don José volvió a examinarla, hincado de rodillas.

—Ayúdeme usted—dijo a Estrada—, haga lo que yo: poner una mano en la región sacra y apretar gradualmente según el dolor aumente. Estamos en el período más crítico e importa aprovechar las energías de la paciente.

Todos se agruparon a los pies de la cama. Juliana y doña Carolina sostenían a Matilde por detrás; Pablo la oprimía según le indicó el médico, y éste continuaba arrodillado, reconociendo los movimientos de la criatura que avanzaba trabajosamente. La joven empezó a gritar, acobardada por tanto suplicio; de pronto, ahogó sus quejidos metiéndose un pañuelo en la boca y sus lamentos fueron roncos, estertorosos, como los del que muere por asfixia. En aquel momento Tarazona, asustado por el curso difícil del parto, decidióse a romper la bolsa de las aguas, sin prever que dada la posición dudosa del feto, acaso necesitase practicar alguna ver-

sión, operación difícil que el líquido amniótico favorece.

—Traedme una palangana—dijo imperiosamente.

Juliana acudió en seguida.

—Abra usted bien las piernas—agregó dirigiéndose a Matilde—más, mucho más..., necesito operar con libertad.

De súbito retiró la mano y una gran cantidad de líquido cayó en la vasija; la bolsa de las aguas estaba rota.

—Ahora, a pujar---ordenó---, a pujar mucho y seguido.

Pero advirtiendo que la joven, a pesar de su decisión, ya no tenía alientos, empleó otro procedimiento que, en casos tales, produce resultados decisivos. Hizo que Pablo Estrada se sentase en una silla, con las piernas abiertas, y encima y de espaldas a él, sentaron a Matilde, de suerte que sus muslos descansasen sobre los de su marido: Tarazona se colocó delante de ellos, en otra silla y también con las piernas separadas, sujetando con sus rodillas las de la paciente; Juliana, como más forzuda, púsose detrás del médico, llevando en las manos una toalla dobladá en forma de zurriago. Pablo sujetaba á su mujer por debajo de los sobacos, de tal manera que, sin llegar al vientre, no la lastimaba los pechos; y Matilde, cumpliendo indicaciones de Tarazona, cogió con ambas manecitas la toalla. De este modo, cuando venía un dolor expulsivo, Pablo Estrada oprimía el cuerpo de Matilde contra el suyo, Juliana tiraba hacia sí y la joven, sometida simultáneamente a la acción de aquellas dos tracciones violentas y contrarias, con los pies en el aire, las piernas separadas y sin otro apoyo que

las rodillas del médico, pujaba vigorosamente, sacando de su debilidad bríos nuevos: don José, los dedos índice y tercero de su diestra introducidos en la vulva, esperaba al feto que llegaba. Era una operación terrible, un tormento inquisitorial que descuartizaba al condenado. Matilde gruñía sordamente, con pena, con ira. La vagina, no obstante, estaba relajada y los movimientos expulsivos cesaron casi por completo.

—Eche usted en medio vaso de agua—dictó don José a doña Carolina—un papelito de cornezuelo de centeno, de esos que están ahí, encima del lavabo...

La anciana corrió a obedecer la orden, mas en su aturdimiento sus manos temblorosas derribaron el vaso, que se quebró contra el marmol de la mesa. Tuvo que salir apresuradamente en busca de otro, y cuando volvió, Matildita Landaluce había perdido el conocimiento. Fué preciso esperar a que pasase el síncope para administrarla el cornezuelo, y como se hallase muy extenuada, la transportaron al lecho, colocándola en posición supina, con una almohada bajo las nalgas. Transcurridos algunos momentos de atonía, se recrudecieron los dolores: hacía un calor sofocante; todos estaban abatidos, faltos de valor para presenciar aquel suplicio inacabable.

Doña Carolina, inclinada sobre el lecho y sin poder vencer su emoción, lloraba mientras procuraba consolar a su hija; Pablo, sin saber que aptitud adoptar, recordaba sus tardíos arrebatos de marido prudente, y un secreto remordimiento le inducía a arrepentirse de su obra, ya que tantos dolores y lágrimas costaba; Juliana, conmovida también, se enjugaba los ojos con su delantal. Tarazona, inmovil, las piernas muy abiertas y los

brazos cruzados en actitud napoleónica, miraba a Matilde meditando en las dificultades que presentía y que serían tanto mayores cuanto más cerca estuviese el momento supremo del alumbramiento.

La joven volvió a quejarse. Don José se acercó a ella y por debajo de las mantas intentó un tercer reconocimiento. Entonces los movimientos fetales eran más pronunciados: a cada nuevo esfuerzo de la madre, la criatura abanzaba un poco; pero luego la madre se replegaba y el feto retrocedía, y con este inútil ir y venir la duración del parto se prolongaba indefinidamente. Por indicación del médico, Estrada volvió a oprimir las caderas de la joven a cada nueva punzada, y como el lecho era alto, necesitó apoyar sobre él una rodilla; esto le incomodaba mucho; a cada instante perdía el equilibrio, dejaba de apretar y se malograban los mejores dolores expulsivos. Matilde, con la cabeza violentamente apoyada en las almohadas, pujaba siempre; tenía el rostro congestionado, las arterias del cuello pletóricas de sangre detenida allí por el esfuerzo, los dientes convulsivamente cerrados, rechinaban unos contra otros, las manos crispadas, escarbaban las sábanas con ahinco de moribundo. El cornezuelo cumplía su demoledora misión.

—Venga, así, seguidito... y sin abrir la boca, porque entonces el feto desanda su camino y nos encontraremos como antes.

—¡No puedo más, don José, no puedo...—gritaba ella asustada de aquel hombre impasible que exigía constantemente de sus entrañas nuevos desgarros.

—Sí, sí puede usted—repetía Tarazona—; otras pueden; todas las mujeres, desde que el mundo existe, han podido; ¿por qué no había usted de poder...?

—¡No, ya no más, ya no más...!

—Eso no es nada aún; a pujar y a callar, que hablando se pierden tiempo y fuerzas...

Y ella apretaba y Pablo la favorecía mareado, sudoroso, jadeante; mientras Tarazona, los dedos dentro de la vagina, pretendía justipreciar el curso del parto.

Su torpeza y aturdimiento eran tales, que no sabía lo que palpaba: encontraba en el centro del orificio uterino un cuerpo blando y grueso, que era la nalga anterior de la criatura y él creyó la cabeza; fué necesario que el feto avanzase más para que su alambicado entendimiento de comadrón indocto y rutinario comprendiese la situación. Detrás de la nalga había un surco oblicuo, a lo largo del cual fué reconociendo la cresta del cóxis, el ano y los órganos genitales; la criatura ofrecía una presentación pelviana completa: esto es, las nalgas estaban más bajas, más inmediatas al orificio de salida que los pies, y era varón. Ante la gravedad del caso, Tarazona quiso, al pronto, declarar sus temores y exponer la conveniencia de llamar a otro médico; pero la esperanza de triunfar sin la ayuda de nadie, el amor propio, el temor, tal vez, de deslucir su prestigio, le hicieron arrostrar la situación con cuantos accidentes sobreviniesen. Entonces se dirigió al salón, haciéndole a Estrada señas de que le siguiese.

—A usted no debo ocultarle la verdad—dijo—; el parto de su señora se ofrece en condiciones peligrosísimas.

Pablo estaba tan emocionado que balbuceaba como un niño.

—Aquí tenemos que practicar la versión—añadió el médico.

—¿La versión...?

Pablo Estrada no comprendía.

—Si usted me autoriza la intentaré solo, pues los acontecimientos se precipitan y no hay tiempo de ir a Madrid en busca de otro profesor: es una de las operaciones obstétricas más difíciles; pero, ¡no podemos esperar; la salud de la madre corre peligro...!

Estrada, aturdido por aquella amenaza, se encogió de hombros.

—¡Qué barbaridad...! Haga usted lo que quiera...

Volvieron a la alcoba. Matilde, viéndoles muy pálidos, sospechó de qué se trataba.

—¿Hay que operarme?—preguntó.

—Sí—repuso don José—; el feto está mal colocado.

—¿Cree usted que resistiré...? Séame franco. ¿No moriré durante la operación...?

Habló con perfecta naturalidad: era un desenlace en el que había pensado muchas veces. Allí estaba su fin; los naipes se lo anunciaron: sería madre, moriría desesperada; el hijo nacería vengando la locura de Claudio, ofreciendo en holocausto a aquella razón presa del vértigo la juventud de la mujer que le enloqueció con el veneno de su amor. Ella lo esperaba; la predicción del infausto desenlace de su vida, lo recibió en Leganés cuando al subir al tranvía para regresar a Madrid, sintió que el fruto de sus entrañas se estremecía violentamente, cual si hubiese volteado sobre sí mismo... Y, no obstante, a aquel hijo asesino, Punto-Negro le quería ya y reconcentraba en él la afición que tuvo a Claudio.

—¿Y el niño—preguntó—, vivirá...? ¿Vivirá mi hijo...?

—¡Ya lo creo—exclamó Tarazona afectando una tran-

quilidad que no tenía—; el niño nacerá bien, si usted es valiente y sufre un poquito!

Eran las siete y minutos de la tarde, y en las quince horas mortales transcurridas desde que comenzaron los dolores de dilatación, la enferma había trabajado tanto, que sus manos se abrían y cerraba los ojos de debilidad. Fué necesario administrarla una taza de caldo y algunas copitas de vino, con los oportunos intervalos; Juliana la ayudaba inclinándole la cabeza hacia adelante para favorecer la deglución: Pablo, enternecido, acariciaba entre sus manos rugosas y amarillas las de la enfermita; doña Carolina se retiró a su dormitorio a aliviar su pena llorando; sus lamentos continuos se percibían tenues, ahogados por los cortinajes y las puertas cerradas. El médico murmuraba al oído de Pablo:

—Si es una niña... ¿cómo querían ustedes que pariese bien...?

De pronto, Matilde abrió los ojos.

—¿Por qué llora, mamá?—dijo.

—Tu madre ha salido—repuso Estrada—; tenía que hacer...

—No, mamá está llorando; ¿por qué llora...? Y mis hermanas, Juana y María del Carmen... ¿por que no vienen?

—No saben qué estás enferma; ¿quieres que vaya yo a avisarlas?

—No, no... no me dejes...

Al ver a Pablo tan solícito, tan sufrido, sintió hacia él un enternecimiento repentino, una conmiseración de agonizante, que todo lo perdona; y lo que nunca había hecho, le cogió una mano y la estrechó contra su corazón.

—Dile a mamá que venga—dijo—; necesito teneros a mi lado... a ella y a ti...

Estas frases cariñosas, a que no estaba acostumbrado, y aquella caricia tardía, arrasaron en lágrimas los ojos de Estrada.

Cuando todos estuvieron reunidos, y previo el consentimiento de la enferma, procedieron a operarla. Matilde fué colocada al través del lecho, cara a la luz y de modo que el sacro quedaba en alto y la vulva descubierta; después aproximaron a la cama dos sillas para que apoyase los pies; las piernas se las taparon, por separado, con sábanas.

En una de las sillas se sentó Pablo, Juliana en la otra, cuidando ambos de mantener separadas e inmóviles las piernas de la paciente; doña Carolina, puesta al otro lado de la cama, sujetaba a su hija por los hombros. El médico se colocó delante de Matilde, las mangas de la camisa remangadas y vestido con un delantal; en el suelo dispuso varias toallas, para secarse las manos, una cazuela con aceite y los fórceps.

—Usted, don Pablo, cuidará de dármelos—dijo;—cuando yo le pida la rama de tornillos, me alarga usted ésta; la rama de mortaja, es esta otra.

Todavía hubieron de aguardar, porque Tarazona quería agua caliente para calentar los fórceps, y Juliana salió a buscarla.

—No nos hemos acordado---dijo---de hacer defecar a la enferma ni de sondarla... Pero, en fin, estas son precauciones muy secundarias.

Metió en la vulva su mano derecha untada en aceite; el feto seguía, como antes, presentándose de nalgas. Entonces procedió a la versión cefálica, introduciendo

en el útero, mediante una acción compleja de presiones y de movimientos rotatorios, su mano plegada en forma cónica; al llegar al orificio vaginal se detuvo esperando a que pasase la contracción espasmódica del músculo constrictor, y enseguida avanzó suavemente para no provocar con el roce ningún movimiento violento de matriz; así aprovechaba los instantes de reposo que mediaban entre los dolores expulsivos. Esta operación acreció el sufrimiento de la joven: sus rodillas temblaban, su frente se cubría, a cada momento, de un sudor frío y copioso.

Era una situación horrible: Tarazona, vaciando la bolsa de las aguas, cometió un disparate cuyos fatales resultados empezaba a conocer: el líquido segregado por los folículos mucíparos de la vagina no bastaba a lubrificar las paredes de este órgano, y las dificultades de la versión arreciaron. Además, asustado por la posición del feto, en vez de intentar extraerlo de pie, quiso practicar la versión cefálica, sin presumir que, dada la falta del líquido amniótico y la extenuación de la madre, el resultado de sus manipulaciones sería funesto. Pero su ignorancia le animaba y siguió trabajando afanoso sudando como si estuviese en la boca de un horno encendido.

La operación se prolongó más de una hora, durante la cual fué necesario darle a la paciente otro papelillo de cornezuelo. Al fin la versión cefálica quedó hecha, aunque mal; la criatura se presentaba de vértice, con procidencia de un brazo: Tarazona, desesperado, lanzó un juramento y procuró introducir el bracito, pero sin resultado: la cabeza del feto se veía ya oscilar en el fondo de un agujero negro. La resignación y el valor

heróicos de Matilde se habían agotado, y la infeliz empezó a gritar:

—¡No, no puedo más; me muero, me muero...! ¡Arrancádmele de una vez...!

No se acordaba de nadie: el dolor la enloquecía y el instinto de conservación, el ansia de vivir, sofocaban los demás sentimientos. Era inútil hablarla, porque no atendía; por sus mejillas corrían abundantes dos regueros de lágrimas, y sus gritos resonaban lúgubremente en el silencio del hotel y de la noche.

---¡Vengan los fórceps---exclamó el médico---, el izquierdo...! ¡No, hombre, esa rama, no; la otra...!

Estrada le dió las dos, aterrado ante el brillo siniestro de aquel aparato. Matilde, entretanto, continuaba vociferando, desesperada.

—¡Arrancádmele de una vez...!

Tarazona aceitó los fórceps rápidamente y sólo por sus caras convexas, e introdujo la rama del tornillo por el lado izquierdo de la pelvis, hacia el occipucio de la criatura; la rama de mortaja la cogió con la mano derecha: pero la operación no se ofrecía bien, había resistencias misteriosas cuyo origen el médico no sospechaba: aquel brazo indiscreto le entorpecía y tuvo que sacar los fórceps para meterlos de nuevo; tras algunos tanteos y cuando se cercioró de que la cabeza del feto estaba bien cogida entre las ramas, se afirmó sobre los pies para tirar. En aquel trance decisivo, la matriz, estimulada por el cornezuelo, empezó a contraerse violentamente, y la parturienta gritaba a cada nuevo dolor, esta vez más intensos, más continuados, más feroces.

—¡A pujar firme!—repetía el médico—, un poco más y es nuestro; esa barbilla recogida y esa boca cerrada...!

Pablo Estrada y Juliana, que sujetaban las piernas de Matilde, veían asustados la cabeza de la criatura asomar por el orificio exterior de la vulva, avanzar unas veces, retroceder otras, según las contracciones uterinas o los movimientos respiratorios de la madre, pero sujeta siempre por los fórceps: y aquel antebrazo, cuya mano entreabierta parecía pedir auxilio.

—¡Vamos, arriba—gritó Tarazona—, puje usted más, más... más...! ¡El niño se ahoga!

Matilde Landaluce, el semblante enrojecido y los puños crispados, empujaba siempre y sin abrir la boca. De improviso el periné se desgarró y la sangre corrió abundante, manchando las sábanas; la joven lanzó un quejido, pero su voluntad no flaqueó y continuó pujando. En este momento la cabeza del recién nacido salía fuera de la vulva, y el médico dejó los fórceps y siguió tirando de él con las manos hasta extraarle completamente. Entonces Tarazona le sopló en la cara, le ató y cortó el cordón umbilical, y lo levantó en el aire, diciendo:

—¡Aquí tiene usted a su hijo!

—¿Vive?—preguntó Matilde.

—Sí... y ya con los ojos abiertos.

Todos se levantaron.

—¡Es varón!—dijo Estrada.

—¡Varón!—repitió doña Carolina llorando de gozo.

Pero esta alegria duró un instante: de sopetón, cual si acabasen de romperle una vena, Matilde empezó a arrojar por sus órganos sexuales un caño de sangre; fué una hemorragia terrible, hedionda, que empapó las sábanas, los colchones y la alfombra. El médico dejó a la criatura envuelta en una toalla, y acudió a fajar a la madre; después la introdujo en la vulva un gran trozo de

estopa empapado en vinagre; mas la hemorragia no se contenía y pronto se formó bajo el lecho un charco de sangre; en pocos minutos el semblante de Matilde quedóse lívido, sus labios palidecieron y un frío nervioso agitó sus mandíbulas; castañetearon los dientes. El médico quiso evitar el peligro poniéndola de costado, pero este movimiento, lejos de disminuír el derrame, lo aumentó.

—¿Qué es, qué sucede...?—gritó Estrada.

---No sé---repuso Tarazona---, no sé... tal vez un desprendimiento del disco placentario...

Doña Carolina abrazó a su hija llorando y besándola frenéticamente. Matilde no se movió: tendida boca arriba, las manos abandonadas sobre el embozo y entreabiertos los labios, yacía en un letargo tan profundo que retardaba los movimientos respiratorios. Estaba transfigurada: con los ojos más escondidos en las órbitas, y la frente más grande y más transparente... Doña Carolina y Pablo la llamaban desesperados.

---¡Se nos muere, don José...! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Matilde, Matilde!

Ella abrió los párpados lentamente y miró a todos sin sorpresa, cual si volviese de un sueño muy dulce; era una agonía tranquila de niño, que aún no conoce el temor a la muerte.

---¿Y mi hijo?---preguntó.

---Ahí está---repuso Pablo---, ¿cómo te encuentras?

---¿Vive... vive mi hijo...?

No dijo más y entornó los ojos. Entonces su espíritu tuvo algunos momentos de reflexión: pensó en Antúnez y en ella, y comprendió que su fin había llegado: moría joven, pero no le importaba, puesto que Claudio había

muerto para ella. Cuando despertó de aquél segundo síncope, Tarazona procuró hacerle beber una taza de caldo.

---No; ¿para qué...?---dijo ella---; todo es inútil; la vida se me va poco a poco...

Fué una escena patética: el eterno drama de los que se dan al borde del sepulcro, el último abrazo. La agonía avanzaba y el médico ordenó que Juliana fuese en busca de la Extrema-Unción. Matilde hablaba difícilmente.

---Pablo---dijo clavando en Estrada sus pupilas, que la muerte empezaba a vidriar---deseo que ese niño se llame Salvador...

Pablo Estrada, sentado al borde del lecho, lloraba con el rostro oculto entre las manos.

---Quiérele mucho---añadió ella---; es mío...

En instantes tan solemnes, sus labios repugnaron una mentira y no se atrevió a decir: «¡Es nuestro...»

Y volvió a dormirse, como Lucano dentro del baño fatal, vencida por la muerte, que iba rompiendo uno tras otro los lazos de su personalidad. Según la vida disminuía, la expresión del rostro era más aniñada, más inocente, cual si el tormento de su maternidad la hubiese purificado.

Cuando tornó a abrir los ojos dijo que la trajesen al niño; Tarazona se lo presentó según estaba, en la toalla, y Matilde le besó sin hablar.

---¿Y vosotros---preguntó---, me perdonaréis el daño que os haya hecho...?

Hubo una pausa.

---Sí... perdonadme---repitió---, perdonadme... Y decid a mis hermanas que me he acordado de ellas...

Su voz iba extinguiéndose.

Aún dijo:

—Perdonadme...

Un estremecimiento sacudió su cuerpo; temblaron sus labios y expiró...

Al día siguiente, a las tres de la tarde, fué conducida al cementerio en un modesto ataud negro, sobre el cual los amigos más allegados depositaron algunas coronas; en aquella caja, con las manecitas cruzadas sobre el pecho y de cara al cielo, iba Matilde Landaluce, poco antes tan locuaz, tan alegre, tan pecadora, a reposar junto a su primer marido, el sueño eterno. Era domingo y en los ventorros de Cuatro Caminos resonaban los alegres acordes de los pianillos: al ver el coche mortuorio, los transeuntes saludaban, sorprendidos de que no fuese blanco aquel féretro tan pequeño. Unicamente Pablo Estrada la acompañó.

Madrid.—Noviembre, 1897.

FIN

DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

	Pesetas.
La alegría de andar. (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6,00
Europa se va. (Novela)	5,00
El otro. (Novela)	5,00
Memorias de una cortesana. (Dos tomos). (Novela)	8,00
Punto-Negro. (Novela)	4,00
El seductor. (Novela)	4,00
El misterio de un hombre pequeñito. (Novela)	5,00

EN PRENSA

Duelo a muerte. (Novela)	4,00
Sobre el abismo. (Novela)	4,00
Confesiones de un niño decente. (Autobiografía)	5,00

EN PREPARACION

La opinión ajena. (Novela)	5,00
La cita. (Novelas)	4.00
La serpiente sonríe. (Novelas)	5,00
Tik-Nay *(el payaso inimitable)*. (Novela)	4,00
Incesto y Loca de amor. (Dos novela)	4,00

	Pesetas.
La vida extraordinaria de Luis Leal. (Novela).....	5,00
La enferma. (Novela).....	4,00
Teatro.....	4,00
Dos años en América. (Viaje).....	5,00
Desde mi butaca. *(Apuntes para una psicología de nuestros actores)*.....	5,00
La carreta de Thépsis. (Autores, comediantes, escenas de la vida de bastidores, etc.).....	5,00
La ola de plomo. *(Episodios de la guerra europea)*....	5,00
El secreto. (Novelas).....	5,00
Bodas trágicas. (Novelas).....	4,00
Para tí... (Crónicas).....	5,00
Río abajo. (Crónicas).....	5,00
De Carne y Hueso. (Cuentos).....	5,00
Horas crueles. (Cuentos).....	5,00
Impresiones de Arte. (Crítica).....	5,00
Años de miseria y de risa. (Autobiografía)	5,00

199072

LS
Z232

Author Zamacois, Eduardo

Title Obras completas, vol.7.

DATE.	NAME OF BORROWER.
	[illegible]

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "R.-I. Index Filie"
Made by LIBRARY BUREAU